

A woman in a pink, off-the-shoulder, floor-length gown with a ruffled bodice and long white gloves is the central figure. She is surrounded by men in tuxedos, some holding champagne glasses. The background is dark, and the floor is black and white checkered.

AE
& I


DÍAS *de*
CHAMPÁN

RAFEL NADAL

DÍAS de CHAMPÁN

Rafel Nadal

*A mi bisabuelo Francisco.
Le gustaban las personas inteligentes,
pero le horrorizaban las demasiado inteligentes
y las excesivamente pretenciosas,
porque, imbuidas de esa superioridad,
generalmente, todas ellas fracasan.*

PRÓLOGO
LA CONSPIRACIÓN DEL
FRANCÉS

LA COMIDA DE LOS SÁBADOS

En casa, siempre que se descorchaba una botella de champán, mi padre pedía el tapón, lo miraba un buen rato con gesto de entendido, se lo llevaba a la nariz y lo hacía rodar entre los dedos buscando la marca del fabricante.

—Buen tapón —sentenciaba con mucha solemnidad cuando reconocía las iniciales FO, que lo identificaban como un producto de Francisco Oller-Bouchons à Champagne, la empresa familiar especializada en la fabricación de tapones de corcho para cava y champán.

Después, nos lo íbamos pasando y cada uno de nosotros asentía con la cabeza, aunque en aquella época no sabíamos nada de cuadros, ni de discos ni de mangos.

La baba [1] Teresa era la encargada de las compras, que ordenaba por cajas, como si fuéramos un gran hotel, porque cuando al cava todavía lo llamábamos champán, esa ceremonia se repetía muy a menudo: brindábamos en Nochebuena y en la comida de Navidad; en San Esteban, en Nochevieja y el día de Reyes; el Domingo de Ramos y en Pascua; luego en el Corpus y en las verbenas de San Juan, San Pedro y San Jaime; también en la Ascensión, en las ferias de San Narciso, el día de Todos los Santos y el de la Purísima Concepción; y, por supuesto, descorchábamos botellas de champán en cada uno de nuestros santos y cumpleaños, que en una familia de doce hermanos inevitablemente se sucedían a un ritmo alocado; y por último, estaban los bautizos, las comuniones, las confirmaciones y las comuniones solemnes.

Más adelante también empezamos a brindar en las bodas y aumentaron los bautizos — entonces de los nietos— y poco después, en los aniversarios de boda. Con el paso de los años, nos hemos acostumbrado a descorchar alguna botella de champán casi todas las semanas y siempre hay más de una razón que lo justifique. En las comidas familiares de los sábados, cuando llegan los postres, mi madre enumera todas las fiestas de la semana:

—Hoy celebramos los santos de Quim, de Quimi y de las dos Annas, el cumpleaños del pequeño Guillem y el aniversario de boda de Pep y Lamén.

Por eso ahora, cuando oigo que se descorcha una botella de champán o de cava, se dispara mi nostalgia por los brindis que hicimos con la baba Teresa y toda la familia alrededor de la mesa en la plaza de Santa Llúcia de Gerona, en la Fosca o en la casa de Aiguaviva, y aún puedo ver a la baba ordenando que se descorchasen las botellas y a mi padre reclamando el tapón para sentenciar:

—No vale nada. Me he dado cuenta enseguida de que no era nuestro.

Como aquel primero de marzo de 2004, cuando mi padre condenó con un gesto despectivo un tapón de la competencia y mi hermano Jaume, el abogado de la familia, aprovechó para reclamar la atención de la mesa:

—Los franceses han dado un golpe en Oller y se han hecho con el control de la fábrica.

EL COCHE

Cualquiera habría gritado «¡Hijo de puta!» y habría escupido en la cara a Jean-Pierre. Pero Jaume tenía claro que no podían caer en el estilo burdo y sin escrúpulos del primo de Reims.

—¡Ni se te ocurra tenértelas con él! Devuélvele las llaves y las tarjetas. Pero no le hables de la caja fuerte de Sant Feliu —había aconsejado Jaume al director general.

—Desde ahora tienen prohibida la entrada en el recinto. —Kiku escuchó la voz del Francés dando órdenes a un guardia de seguridad—. Y que no toquen el coche, es de la empresa.

Jean-Pierre no entendía de sutilezas.

El director se mordió el labio y salió al patio, acompañado por el guardia, que lo observaba todo con cara de desconcierto. Cruzó rápidamente la explanada, mirando el coche de reojo; solo se detuvo cuando llegó a la puerta.

Aquella mañana, cuando se dirigía hacia la fábrica, le había parecido que los frutales de los huertos de la Verneda ya florecían. Ahora, el viento del sur, casi siempre tan cálido, era helado y traía el aire frío del Montseny, cubierto por una nevada tardía. Pensó un momento en los árboles, que quizá esa noche se helaran.

Después ya no pensó en nada. Solo quería llegar a casa y ducharse.

El coche quedó aparcado en el patio de la fábrica, justo en la parte más visible desde la carretera. Al día siguiente parecía un animal herido, teñido de blanco y con medio dedo de hielo en el parabrisas tras una de las noches más frías del invierno. Durante todo el día, la gente de Cassà desfiló por delante de la planta para comprobar el rumor que ya corría de boca en boca y que causaba angustia y rabia a partes iguales; la inestabilidad de la compañía podía poner en peligro los puestos de trabajo.

—Los franceses han dado un golpe en Oller y se han hecho con el control de la fábrica.

«La fábrica» era la empresa más grande y con más tradición del pueblo: Francisco Oller, S. A., fabricante de tapones de corcho para cava y champán, con sedes en Cassà de la Selva y en Reims, la capital de la Champaña. Continuada de Oller et Cíe., la empresa fundada en 1892 por mi bisabuelo Francisco Oller en Épernay, en el corazón de la región champañera de Francia, daba trabajo a ciento veinte trabajadores en su planta de Cassà y exportaba a una veintena larga de países. Hacía más de cien años que tenía como clientes a algunos de los nombres más glamurosos del planeta: Louis Roederer, Taittinger, Bollinger, Deutz, Veuve Clicquot...

En los últimos tiempos, Oller había vivido una etapa de éxitos internacionales muy notable: con la apertura de nuevos mercados, había conseguido facturaciones y beneficios récord, y amortizaba sin problemas la planta más moderna de toda la industria corchera del Empordà, proyectada por iniciativa de mi tío Francisco y ejecutada por Kiku, el primo que hasta ese día había dirigido con entusiasmo la compañía. En realidad, la rama gerundense de la familia había capitaneado con acierto la fábrica de Cassà desde hacía casi cien años.

Cuando las ramas francesa y barcelonesa pactaron el golpe, la sorpresa fue extraordinaria; no es usual arrebatar el control a los directivos de una empresa que funciona a toda máquina, y menos si pertenecen a la familia de los fundadores y ellos mismos son también accionistas. Y tampoco es habitual hacerlo de una manera tan grosera, ni obligarlos a devolver el coche de la empresa y dejarlo aparcado a la vista de todos, en el patio de la fábrica.

Jaume, en nombre de la familia, pidió a la empresa que le vendiera el coche. El Francés se negó. Luego, el abogado de la familia se humilló y le llamó para pedirle que, al menos, lo aparcara en los cobertizos traseros, en la parte donde se almacenaba el

corcho recién sacado y las planchas ya hervidas y listas para rebanar y fabricar los tapones. Ni se inmutó.
Sin embargo, Jaume tenía la llave.

LA CAJA DEL DEUTSCHE BANK

Cuatro días después del golpe, Jaume me propuso que le acompañara a Sant Feliu de Guíxols para revisar el contenido de la caja fuerte de la empresa en la sucursal del Deutsche Bank. Al pasar por Cassà, vi por primera vez el coche aparcado en el patio de la fábrica. Luego lo vería muchas más veces, porque durante muchos meses siguió expuesto en la entrada de Oller, junto a la carretera; el coche era un monumento a la derrota, alimentaba las especulaciones y atizaba las pasiones más bajas de la gente de Cassà. El Francés sabía cómo hacer daño y se aplicaba a ello a conciencia.

En el banco, cuando oímos el clic de la *caja*, al abrirse, Jaume me miró con una sonrisa de curiosidad. Era tal y como la habían descrito siempre mi abuelo Joaquim, mi tío Francisco y Kiku, los familiares que se habían sucedido desde 1920 en la dirección de la empresa: un par de sobres con moneda extranjera, dos montones de cartas sujetos con una goma, planos, escrituras, legajos de documentos antiguos, dos viejos cuadernos de tapa dura, fotos, documentos oficiales, facturas...

Contamos el dinero: había veinticinco mil dólares australianos, cien mil rands sudafricanos y un puñado de francos suizos. Ojeamos algunas de las cartas, que se habían enviado a mi bisabuelo Francisco Oller, a mi tío abuelo Louis Oller —al que llamábamos «el tío Lluís de Francia»— y a mi abuelo Joaquim Nadal. Luego estudiamos los planos: allí estaba la Thiérion, una máquina financiada por la empresa Oller que revolucionó la industria de los tapones de corcho en los años sesenta y que aún no ha sido superada. También figuraba la fórmula de la cola italiana que durante años ha marcado la diferencia entre los aglomerados de Oller y los de sus competidores. Estos eran los documentos realmente importantes para la empresa. Después estuvimos repasando un montón de papeles intrascendentes; ni estaban vigentes ni tenían relevancia histórica.

Entre ellos apareció el testamento del bisabuelo, que Jaume se metió en la cartera. Yo cogí los legajos de cartas, las fotos y las dos libretas de tapa dura, escritas con una caligrafía escolar muy elaborada. La primera tenía una cubierta con aguas negras y azules y una etiqueta blanca dibujada por mi bisabuelo: «Francisco Oller. Viaje a Francia (1885)»; las aguas de la otra eran rojas y negras, y en la etiqueta, debajo del nombre «Francisco Oller», rezaba: «Voyage Épernay-Champagne (1891)».

Volvimos a guardar el dinero, los planos, las escrituras y el resto de los documentos de la empresa en la caja fuerte. Jaume la cerró y se metió una llave en el bolsillo; la otra se la devolvió al director del banco. Nos despedimos de él y salimos al paseo de Sant Feliu de Guíxols justo en el momento en que un barco soltaba amarras y se separaba del muelle.

Después de una semana inesperadamente fría, un sol espléndido calentaba aquel mediodía de marzo, y caminamos hasta el final de la escollera. El mar brillaba totalmente en calma. El agua era transparente. En las rocas, las algas habían quedado al descubierto, como en enero, cuando se producen los descensos en el nivel del agua. El barco que habíamos visto maniobrando cuando salíamos del banco enfilaba ya la bocana del puerto. Pasó ante nosotros con la cubierta repleta de planchas de corcho atadas en fardos. El día invitaba a embarcarse, pero nosotros nos dimos media vuelta y regresamos a Gerona.

Desparramé las cartas sobre la mesa del comedor y las ordené por fechas y por remitentes y destinatarios. Eran bastantes más de las que había calculado un par de horas antes, cuando estábamos en el banco, y su procedencia, más diversa de lo que

había supuesto a primera vista. Hasta 1941, casi todas correspondían a productores de champán de todo el mundo que se dirigían a mi bisabuelo Francisco Oller Martinell, bien a la dirección de Cassà o, la mayoría, a la fábrica y al domicilio familiar de Reims. A partir del 41, el destinatario principal era mi abuelo Joaquim Nadal Vilallonga, y muchas estaban firmadas por su cuñado Louis Oller. Pero también había correspondencia de mi bisabuela Joana Viader, de Angèle Oller —mi abuela— y de sus hermanas, Yvonne y Hélène. Y una carta colectiva dirigida por los ocho hermanos Nadal Oller —entre ellos, mi padre— a Louis Oller, el tío Lluís de Francia.

Bajé de un estante los álbumes de fotos de la familia y un plano de Francia que desplegué en el suelo del comedor, sobre la alfombra de color carmesí con un estampado de gatos negros. Luego cogí la libreta más antigua de mi bisabuelo, la de las tapas negras y azules. Las primeras páginas estaban llenas de dictados que Francisco habría copiado siendo joven en las clases de francés, en Cassà de la Selva: «La girafe, une cage, mon genou, un gigot, mon village. L'horloge du clocher sonne midi. Sortant de l'école, je rencontre les gens du village. Georges rentre en grange son fourrage. Le forgeron ferre le cheval du gendarme. La boulangère Gertrude me donne un pain frais en échange de mon argent. Sur les toits les pigeons roucoulent. La brise légère fait tourner la girouette».

A mitad del cuaderno se interrumpían las lecciones de francés y empezaban unas anotaciones en forma de diario: eran los apuntes del viaje de mi bisabuelo a Toulouse de Languedoc, en 1885, cuando tenía dieciséis años, se había quedado huérfano de padre y madre y la filoxera había arruinado a Cataluña.

PRIMERA PARTE

EL BISABUELO

EL MAYOR DE CAN PARÓ

Francisco Oller, el mayor de can Paró, había subido con Calau a buscar setas a las Gavarres, más arriba de las Dues Rieres. Francisco, que acababa de cumplir dieciséis años, se convirtió en el heredero de can Paró al mes de haber nacido, cuando murió su hermano mayor, Josep, con solo cuatro años. Desde aquel día, se sucedieron los entierros en la familia: primero murió otro hermano más pequeño, Jaume, de dos años; después, en un parto que se complicó, fallecieron a la vez la madre, María Martinell, y el pequeño, que iba a llamarse Menna; finalmente, una larga enfermedad pulmonar se llevó al padre, Gaspar Oller, *Gasparó*. Francisco se convirtió en el hombre de la casa, porque la mayor era una chica, Agnès.

Pasaron toda la mañana en la umbría, entre las Dues Rieres y el Puig Gros, y al mediodía, cuando se reunieron, tenían los cestos repletos de setas. Las tormentas de agosto habían descargado con más fuerza en aquella zona de las Gavarres y ahora, a primeros de septiembre, ya aparecían los primeros *ceps* de la temporada; por eso habían ido tan lejos. Francisco sorprendió a Calau:

—Subamos a los Metges.

—¿No te parece bastante lo que hemos cogido?

—Sí, pero allí se estará muy bien a la hora de comer, con este día tan despejado.

El chico de can Paró llevaba días raro, y Calau no quiso contradecirle. Bajaron la hondonada del Daró y subieron a la otra vertiente.

Una hora más tarde comían un pedazo de pan y tocino, con la ermita de los Metges a sus pies, rodeados de romeros y madroños tan cargados de frutos que las ramas parecían a punto de quebrarse. Sentados uno al lado del otro, con la espalda apoyada contra un alcornoque recién pelado, miraban hacia el norte, los ojos perdidos en la llanura del Empordà y el golfo de Roses. El Montgrí se veía tan cerca que daba la impresión de que podían tocar la montaña con la punta de los dedos y, alargando un poco más la mano, incluso habrían podido acariciar el cabo Norfeu.

Escucharon voces que se elevaban desde los bancales que tenían detrás y supusieron que eran *burros* que transportaban planchas de corcho recién sacadas hacia alguna caldera, puede que a can Gironès. Francisco cortó un trozo de tocino y lo sostuvo entre el cuchillo y el dedo gordo. Después partió un trozo de pan y se lo metió todo en la boca con el cuchillo. Masticó despacio, para ganar tiempo y dejar que las palabras se ordenaran en un tono muy solemne.

—Me voy a Francia.

Calau hizo una mueca, pero no dijo nada. Permanecieron en silencio un buen rato, masticando. Francisco cogió la bota. Desde el verano, Agnès ya no le bautizaba el vino. Echó un trago largo y se pasó la manga por la boca.

—¡Maldita sea! Desde la filoxera, aquí ya no hay nada que hacer —insistió y ahora miró a Calau, que seguía inmóvil, con la mirada perdida hacia el norte.

—El viejo Forns dice que unos taponeros catalanes de Reims han dado trabajo a cuadradores de Llagostera. Y parece que también los buscan en Toulouse.

Calau no contestó. Con la punta del pie había arrancado una seta venenosa. La cabeza le daba vueltas tratando de imaginarse cómo sería viajar al norte: pensó que quizás él también podría irse. Después se dio cuenta de que no tendría valor para abandonar a su madre y empezó a marearse. Francisco era huérfano, no tenía ataduras, y estaba cargado de razón: hacía cuatro años que en el pueblo todos habían perdido las viñas y también habían dejado de cortar cuadrados para hacer tapones de corcho, porque desde la plaga nadie los compraba.

Se levantó y pisó con rabia el boleto de Satanás, que había quedado boca arriba; el musgo amarillo se había vuelto morado.

—Bajemos —se limitó a decir—. Pronto refrescará.

Descendieron por los senderos de misa. En can Gironès, los hombres entraban y salían del bosque cargados de planchas de corcho y las iban dejando en la era para el primer hervor. Otro grupo apilaba los fardos ya hervidos en la pila para que el corcho reposara hasta el verano siguiente; Francisco pensó que en el almacén al aire libre, de lejos, las pilas de corcho parecían una colmena gigante. Adelantaron a un carro que bajaba planchas reblandecidas, del año anterior, hacia los almacenes de Cassà o de Llagostera, que empezaban a estar saturados: los propietarios seguían de saca en los alcornoques, pero si las cosas no mejoraban, pronto nadie compraría el corcho.

Volvieron a ascender para rodear el Puig Gros y cuando tuvieron el pueblo a sus pies, decidieron llegar hasta él por el camino de la Verneda. Ya estaban abajo, junto a cal Rebitxo, cuando Calau rompió el silencio:

—¡Mierda de filoxera!

EL DÍA DE LA PARTIDA

A partir de aquel día, Calau se volvió escurridizo. Cuando Francisco se presentaba en su casa, a primera hora, le decían que se había ido cuando aún era de noche. Hacía días que le oían llegar cuando ya se habían acostado.

—No sé qué le ocurre. No nos ayuda con los cuadros, y no llegaremos a tiempo de entregar el único encargo que nos han hecho en todo el año —se lamentaba la madre, preocupada.

Durante cuatro o cinco días, Francisco intentó localizarle. Se presentaba en su casa, cada día un poco más temprano, hasta que terminó aceptando que Calau no quería saber nada de él y lo dejó por imposible. Las horas que antes pasaban en el bosque las ocupó con un curso intensivo de francés: el señor Forns acababa de regresar de Argelia para trabajar en el proyecto del *tren pequeño*, de Gerona a Sant Feliu de Guíxols, y le daba clases gratis. La víspera de la Purísima Concepción encontró un sitio en la tartana del viejo Fullaca para bajar a la costa, a Sant Feliu. En el puerto apalabró un pasaje para la primavera en un barco que cada mes cargaba corcho hasta Sète. El señor Forns le había conseguido el contacto.

En Navidad no pudieron matar ningún pollo, pero Francisco se espabiló para poner ballestas y también subió a Santa Pellaia con la escopeta: Agnès pudo freír una buena parrillada de tordos y preparó una cazuela de arroz con conejo de bosque; la acompañó con los cardenales que habían salado cuando Calau todavía lo acompañaba todas las mañanas a buscar setas en los bosques de las Gavarres y, por las tardes, ranas en las pozas de la Verneda.

El primer día de marzo de 1885, cuando apenas amanecía, se concentró una multitud ante la puerta del número 21 de la calle Avall. Los primeros en llegar fueron su tía, con una manta para el viaje, y sus primos, que le llevaban pan con tortilla de judías y butifarra. Enseguida se presentó el cura, que a toda costa quería bendecirlo, y después fueron llegando las vecinas, que le abrazaban como si nunca fuera a regresar. También estaba el señor Forns, que le había prometido que le acompañaría hasta Sant Feliu de Guíxols. Cuando llegó Fullaca con la tartana, Francisco no se lo podía creer: con las riendas de la yegua en la mano, era Calau quien conducía. Le saludó como si no se hubieran dejado de ver:

—¡Vamos, muchacho, que vas a perder el barco! —gritó. Y se echó a reír como un loco. Francisco levantó la mano para despedirse de todos. Abrazó una vez más a sus hermanos Agnès y Joan, que estaban llorando, y se subió a la tartana.

La niebla se mezclaba con el humo de los dos talleres que habían sobrevivido a la filoxera, y el olor a corcho hervido les acompañó hasta las afueras de Llagostera. Cuando se disponían a bajar por el camino de Solius, Francisco le pidió a Calau que parase un momento. Se bajó de la tartana y se quedó de pie, mirando hacia Cassà para tratar de retener la silueta del campanario, pero pronto desistió. Pensó que, a partir de aquel día, no debía recordar nada de su pueblo.

Calau vio un nubarrón que se acercaba por levante, por encima de los bosques de Romanyà.

—Vamos, que está tronando.

—Calau lleva razón. Si queremos estar al mediodía en Sant Feliu, no podemos entretenernos. Aún nos queda un trecho —asintió Fullaca.

Y los cuatro se apresuraron a subir de nuevo: el carretero y los dos chicos, de un brinco, en el banco delantero de la tartana; el viejo Forns, más despacio, apuntalando el culo en las tablas traseras y girando las piernas hacia el interior de la caja.

Al mediodía llegaron a Sant Feliu. Fullaca detuvo el carruaje en el paseo, junto a la arena, y Francisco vio por primera vez el barco que lo había de llevar hasta Sète. El

Verge de Montserrat se hallaba fondeado en medio de la bahía; un montón de barcas iban y venían desde la playa, cargando provisiones al tres palos. Las planchas de corcho ya estaban en las bodegas y también se veían fardos en la cubierta.

—Con tanto corcho no hay peligro de que os hundáis —bromeó el señor Forns cuando vio que Francisco miraba con aprensión la tormenta que ya descargaba en alta mar—. ¡Piensa que el corcho flota tanto que los romanos ya lo usaban para fabricar boyas y lo encorchaban en las redes! —añadió, como si le estuviera impartiendo una clase.

Calau ayudó a Francisco a subir su equipaje a una de las barcas y lo acompañó a bordo. Cuando hubieron descargado el baúl, se acercó a él, fingiendo desinterés.

—Te he traído algo.

Y se sacó del bolsillo un frasco de cristal, con la tapa agujereada y una rana verde que respiraba hinchando todo su cuerpo.

—Es de las balsas de la Verneda. ¡La primera del año! Con este frío no he podido encontrar ningún grillo —se disculpó—. Te habría dado la tabarra durante todo el viaje, pero la rana quizás consiga que tardes un poco más en olvidarnos.

—¡No os olvidaré nunca, burro!

—Pues harás mal. Es lo que te conviene. Si te vas, te vas. Y sanseacabó.

Cuando regresaron a la playa, el viejo Forns también tenía un regalo, un libro encuadernado en piel que Francisco reconoció enseguida: *Le Comte de Monte-Cristo*. Lo habían utilizado aquellos últimos meses en las clases de francés. Abrazó al señor Forns, que también parecía emocionado. Después volvió a abrazar a Calau, se dio media vuelta, corrió hacia la barca y se sentó de espaldas a la playa, para ocultarles su emoción.

Los marineros remaban deprisa y enseguida se alejaron de la arena. Francisco aprovechó para mirar atrás y vio al señor Forns y a Calau diciéndole adiós con la mano. Se puso de pie de un brinco y empezó a mover los brazos.

—Siéntate o volcarás la barca —le gritó uno de los marineros.

Cuando anochece aún no habían levado anclas. Se quedó en cubierta, agarrando con fuerza el frasco con la rana de Calau, y le pareció distinguir dos manchas en la arena, pero no debían de ser ellos, porque ya hacía un buen rato que no se veía la tartana.

Por la noche, cuando entró en la bodega, abrió su baúl y palpó las pocas cosas que se llevaba a Francia: la cuchilla de cortar corcho y el cuchillo grande de su padre; el último cuadro que había cortado su padre antes de morir y la medalla de la Virgen de los Ángeles de su madre, que Agnès le había puesto en las manos por la mañana, cuando ya subía a la tartana. También palpó el frasco de cristal con la rana de Calau y el libro en francés del señor Forns; se moría de ganas de leerlo, pero no podía encender una vela, porque los marineros ya estaban dormidos.

Recordó las palabras de Calau y las repitió en voz baja:

—Es lo que te conviene. Si te vas, te vas. Y sanseacabó.

Y él también se quedó dormido.

«LES CATALANS»

Se despertó en plena oscuridad y supo que ya navegaban, porque el Verge de Montserrat se agitaba como una coctelera. Sintió el estómago revuelto y tuvo que salir a cubierta. Apoyado en la borda, se concentró en la silueta oscura de un litoral que se alejaba y apenas reconocía. Con la primera luz del alba se le pasó el mareo. Acababan de rebasar el golfo de Roses y una punta que debía de ser el cabo Norfeu. El barco empezó a separarse de los acantilados. Después de un buen rato navegando mar adentro, aún no habían perdido totalmente de vista la costa. Francisco se cansó de aquella inmensidad y regresó a la bodega. Abrió su baúl y se acercó a la cara el cuadro de corcho de su padre para olerlo. Cogió el ejemplar de *Le Comte de Monte-Cristo* y volvió a cubierta. Encontró un fardo de corcho en la esquina de la caseta de popa, se sentó y abrió el libro al azar:

A cien pasos del lugar donde ambos amigos, con las miradas clavadas en el horizonte y aguzando el oído, se bebían el espumoso vino de La Malgue, se elevaba, detrás de un cerro pelado y roído por el sol y por el mistral, el barrio de los catalanes. Un día, una colonia misteriosa salió de España y fue a parar a la lengua de tierra donde aún se encuentra actualmente. No se sabía de dónde venía aquella gente que hablaba un idioma desconocido. Uno de los jefes, que entendía el provenzal, pidió al municipio de Marsella que les dieran ese promontorio árido y pelado en el que, como los marineros antiguos, acababan de sacar del agua sus barcos. La petición les fue concedida y, tres meses después, alrededor de las doce o quince embarcaciones con las que habían llegado aquellos gitanos del mar, se levantaba un pueblo.

Cada vez estaba más sorprendido. ¿Gitanos del mar? ¿De quién demonios hablaba Alejandro Dumas? Vio al marinero que la tarde anterior le había regañado en la barca, en el puerto de Sant Feliu. Ahora estaba haciendo nudos apoyado en el palo de mesana, y admiró la elegancia con que movía las manos, como las mujeres cuando seleccionaban los tapones en la entrada de su casa. Llevaba el torso desnudo y mostraba la piel curtida por el sol, bañada por una capa muy fina de sal, como una telilla blanquecina. En las horas que llevaban a bordo ya le había sorprendido su fuerza sorprendente, salvaje. Puede que fuera agitanado, pero emanaba una dignidad incontestable. Volvió al libro:

Construido de una manera extraña y pintoresca, medio moro y medio español, es lo que hoy vemos habitado por los descendientes de aquella gente que habla la lengua de sus padres. Al cabo de tres o cuatro siglos, siguen fieles al pequeño promontorio sobre el que se lanzaron como una bandada de aves marinas, sin mezclarse para nada con la población marsellesa, casándose entre ellos y conservando sus costumbres y el vestido de la madre patria de la misma manera que han conservado su lengua.

Retrocedió unas páginas y buscó el título del capítulo: «Les catalans». Empezó a leerlo línea a línea, intentando revivir la impresión que le habían causado aquellas páginas cuando las leyó con el señor Forns, pero no la recordaba.

Ahora le desconcertaban. Nadie le había dicho que hubiera catalanes pobres y mal considerados en algunas barriadas de grandes ciudades francesas como Marsella. Atrapado por el giro inesperado de la historia, mi bisabuelo leyó de un tirón hasta la declaración de amor de Fernand, un joven pescador catalán, enamorado de su prima Mercedes. Cuando ella le rechaza porque está comprometida con Edmond Dantès, el héroe de la novela, el pescador hace un gesto de rabia y la muchacha trata de calmarlo:

Le comprendo, Fernand: se volverá contra él porque yo no le quiero a usted. ¡Cruzaré su cuchillo catalán con su puñal! ¿Y qué conseguirá? Perder mi amistad si acaba vencido o verla transformada en odio si sale vencedor. Créame, buscar pelea con un hombre es una mala manera de gustar a la mujer que le ama.

Siguió leyendo todo el día, presintiendo la traición de Fernand. Cuando dejó el libro, aún estaba confundido.

«¿Y si yo también acabo en una barriada de catalanes pobres? ¿O en una choza, como Mercedes? ¿Y si me vuelvo falso y traidor como Fernand? ¿Y si termino peleándome con alguien a cuchillo?», escribió aquella noche mi bisabuelo Francisco en su diario. Y por primera vez, las páginas de la libreta de aguas negras y azules dejaban entrever una incertidumbre.

Después debió de consolarse con la determinación del conde de Montecristo y soñar con los tesoros que estaban por descubrir, porque, por primera vez desde que había salido de Cassà, se sintió en paz y se quedó dormido como un tronco, tumbado en cubierta, hasta que le llamaron a la mañana siguiente.

—Espabila, que ya estamos en Sète y vas a perder la barcaza que te llevará a Toulouse.

LAS CARTAS DE ÉPERNAY

El primer cuaderno termina abruptamente el 3 de marzo de 1885, cuando la barcaza que llevaba a Francisco Oller hasta Toulouse llegó a la primera esclusa del canal del Midi. En aquel momento, y sin más explicaciones, mi bisabuelo dejó de anotar sus peripecias en la libreta azul y negra que había estrenado en Cassà el día que anunció a Calau que se iba a Francia. Cogí el segundo cuaderno, el de las tapas rojas y negras, «Francisco Oller. Voyage Épernay-Champagne (1891)». Me disponía a leerlo cuando recordé que, mientras ordenaba las cartas, un par de ellas me habían llamado especialmente la atención. Me levanté para ir a buscarlas; eran de 1891, las dos más antiguas depositadas en la caja fuerte del Deutsche Bank. La primera iba dirigida a Francisco Oller Martinell, al Vico San Filippo, 4, de Génova, Italia, y estaba fechada en Épernay el 25 de febrero:

Querido Francisco:

Hemos recibido magníficas referencias de su trabajo en Toulouse y en Génova. Parece que han fructificado las enseñanzas de su padre, Gaspar Oller, y de su abuelo, Josep Martinell, que siempre fueron unos magníficos preparadores de corcho, los mejores proveedores de cuadros de nuestros talleres de Llagostera. En una carta reciente, su cuñado, Manuel Tolosà, que también nos suministra cuadros de corcho de muy buena factura, nos informa de su próximo enlace con la joven Joana Viader. Una decisión muy sensata, que alegraría el corazón de sus padres, que conocían muy bien la magnífica reputación de la casa Viader de Bescanó. Pensamos que, una vez celebrado el matrimonio, podría darse una ocasión propicia para que, en compañía de su esposa, se trasladaran a Épernay, la capital del champán, donde le podemos ofrecer un puesto de responsabilidad como encargado de nuestros seleccionadores. La posición y el salario le permitirían empezar una nueva vida, muy del gusto de sus suegros, que verían asegurada una posición mejor para su amada hija.

Quedamos a la espera de su respuesta, con los mejores deseos para usted y para su futura esposa.

El sello «Jaime Coris e hijos, tapones para champagne» estaba impreso con letras en relieve en el papel de carta. Encima había una firma ilegible, que debía de corresponder al patriarca, Jaume Coris, o a Francesc, el hijo mayor de la estirpe de fabricantes de tapones, originarios de Llagostera, que había hecho fortuna en la Champaña. Era una de las diez familias de taponeros catalanes emigradas a Francia que desde hacía medio siglo lideraban la producción en aquella región.

El remitente de la segunda carta era mi bisabuelo Francisco. Fechada en Épernay el 22 de agosto de 1891, iba dirigida a su hermana, Agnès Oller Martinell, en la calle Avall, 21, de Cassà de la Selva (Garonne-Espagne). Su marido, Manel Tolosà, la debió de mezclar años después con la correspondencia relacionada con la fábrica y así habría ido a parar a la caja fuerte del banco.

Querida Agnès:

Ya nos hemos instalado en Épernay, en la Rue du Donjon, en una casa situada junto a las viñas más verdes que he visto jamás. Esta gente lleva años replantando cepas sin contaminar que importan de América. La vivienda es modesta, pero en cualquier caso viviremos mejor que en Cassà, porque hay mucho trabajo y poca gente preparada para hacerlo; desde que llegamos a la fábrica de los Coris, ya me han hecho otras ofertas.

Los franceses son muy exigentes, pero no entienden nada de tapones; todos los fabricantes son catalanes que quieren trabajadores de allí, bien entrenados. Por lo demás, este país es moderno y no se parece en nada al nuestro. La gente es más disciplinada y más trabajadora, los campos son más verdes, hay agua por todas partes y en las tiendas se encuentra de todo. Reims es incluso más rica y más bonita que Toulouse, de la que te hablaba tan bien. Las chicas son muy elegantes, ya lo verás cuando vengáis a visitarnos. Reims est magnifique et les filles sont très belles.

Dile a Joan que debe estudiar francés con el señor Forns; yo ya he cerrado un trato con él por carta. Que se vaya haciendo a la idea de que pronto podré hacerle venir a Francia. O quizás le podré encargar algún trabajo para mí desde Cassà. ¿Quién sabe? Estoy tramitando el registro para instalar un pequeño taller en casa, y a principios del año que viene ya podré cortar tapones o vender los que vosotros podáis enviarme. Tengo muchos proyectos y por primera vez siento que las cosas van viento en popa.

Saluda afectuosamente de mi parte a Manel y recibe un abrazo de tu hermano, que no os olvida,
Francisco

Pta.—Joana os manda muchos recuerdos.

TRES FOTOS

En el interior del sobre de la segunda carta encontré tres fotografías de estudio. En las tres aparecía un Francisco Oller jovencísimo, vestido y peinado con raya ex profeso para las sesiones del estudio fotográfico. Las coloqué una junto a la otra sobre la mesa como las cartas de un solitario, y las estuve mirando un rato. Luego cogí con cuidado la primera, que era la peor conservada, y la dejé caer en la palma de la mano.

Mi bisabuelo se había vestido con esmero, consciente de posar para la posteridad, y, aunque la ropa parecía de mala calidad, había tenido el detalle de colocarse con gracia un pañuelo en el bolsillo superior de la chaqueta. Todavía era un niño, pero desafiaba a la cámara con un aire entre fanfarrón y presumido, como un camorrista o un gánster de poca monta de película americana. A pesar de que escudriñé bien su rostro en busca de algún indicio de miedo o de añoranza, no encontré ninguno. Giré la foto de golpe, como cuando das la vuelta a las cartas con la adrenalina disparada, ansioso por descubrir el juego que el azar te ha repartido: la habían tomado en la Ancienne Photographie Terraillon, en el número 22 de las Allées Lafayette de Toulouse, en julio de 1886; mi bisabuelo Francisco tenía diecisiete años, solo llevaba un año y cuatro meses en el sur de Francia.

En la segunda fotografía, había pegado un estirón, había perdido su cara de niño y lucía mucho más elegante: se había dejado un bigote fino, curvado hacia abajo; llevaba el pelo bien recortado, peinado con raya, y debajo del traje asomaba un chaleco de buena hechura. Del bolsillo de la chaqueta sobresalía la punta de un pañuelo. La foto era del estudio de Giulio Rossi, en la Via Garibaldi de Génova, y había sido tomada el 2 de diciembre de 1889. Tenía veinte años.

Un año y pico más tarde, en febrero de 1891, mi bisabuelo Francisco ya había adquirido el aspecto de gran señor que yo le conocía por sus fotos de mayor pegadas en los álbumes familiares. Se había hecho retratar en Reims por Édouard Thiel, jeune, Photographie Parisienne, en el número 18 de la Rue Buirette: el traje y el chaleco eran impecables, el pañuelo del bolsillo estaba doblado con elegancia, llevaba pajarita, se había perfilado el bigote para que fuera un poco más puntiagudo y se había dejado una barba que solo le duró unos meses, porque en la foto del día de su boda con mi bisabuela Joana que corre por casa se la había afeitado.

Ni en las cartas ni en ningún otro documento encontré más noticias de su estancia en Toulouse. Ni tampoco de cómo en 1889 acabó en el norte de Italia, o de su compromiso, poco después, con Joana Viader, del mas Viader de Bescanó. Me quedaban en el aire un montón de preguntas que quizás nunca tendrían respuesta, pero por primera vez tenía la sensación de que el rompecabezas de las raíces francesas de mi familia comenzaba a encajar. Y me dispuse a leer el segundo cuaderno y el legajo de cartas, que me habrían de servir de guía al menos hasta la posguerra española. A partir de ahí, ya podría recurrir a los testigos directos de una familia con una indiscutible tendencia a la longevidad.

EL PRIMER PÈRE NOËL

El segundo cuaderno del bisabuelo, el de tapas rojas y negras, era mucho más extenso y estaba escrito en francés. No tenía el tono ni el formato de diario de la primera libreta, pero había explicaciones detalladas de los primeros años en la Champaña: listas de eventos familiares, reflexiones personales, notas de gastos y, sobre todo, borradores de cartas. El joven Francisco debía de escribir siempre bocetos muy meticulosos que luego pasaría a limpio. Me senté en el sillón orejero y cuando empecé a descifrar las anotaciones, descubrí con satisfacción que completaban la amplísima información recogida en las cartas.

Mis bisabuelos se instalaron en Épernay y los hechos se sucedieron muy deprisa. Al cabo de un año, los Coris nombraron a Francisco encargado de la fábrica, cuando él ya había empezado a pensar en establecerse por su cuenta. En 1892 registró la primera sociedad para actuar comercialmente en Francia, y en enero de 1896 le llegó su gran oportunidad; el industrial Francisco Ferrer, de Sant Feliu de Guíxols, le ofreció un trato: él se dedicaría a cortar los tapones en Cataluña y mi bisabuelo, a venderlos en Épernay. Así nació la sociedad Ferrer et Oller, Bouchons à Champagne.

Dos años y medio después, en julio de 1898, firmó el mismo acuerdo con la casa Perdrieux, que también preparaba los tapones en Sant Feliu y se los mandaba al bisabuelo para comercializarlos entre los productores de la Champaña. La nueva sociedad trasladó su actividad a Reims, a un pequeño edificio de la Rue Saint-Hilaire que durante siete años alojó el negocio y la vivienda de mis bisabuelos. En las últimas páginas de la libreta de tapas rojas y negras, Francisco había escrito el nombre de la nueva compañía y subrayado con trazos gruesos su apellido, que por primera vez encabezaba la denominación oficial de la empresa: Oller et Perdrieux.

En julio de 1900, Henri Salmon, un productor de champán de Épernay, le proporcionó el capital para crear Oller et Compagnie y transformar el nuevo almacén de Reims en centro de producción. Desde el primer día, el bisabuelo se reservó la mayoría de las acciones y la dirección de la compañía. Salmon aportaba el dinero y se quedaba con el cuarenta por ciento del negocio. Ese mismo año ya compraron tres millones y medio de cuadros de corcho en Cassà y Llagostera; transformados en tapones en la pequeña fábrica de Reims, los comercializaron en toda la región. Los tratos funcionaron y la asociación se mantuvo hasta 1914, cuando Henri Salmon le vendió su parte y se jubiló.

Mis bisabuelos adoptaron enseguida las costumbres y tradiciones francesas. El primer año en Épernay dejaron de hacerse regalos en Reyes y en 1892, cuando nació Angèle —mi baba Angèle—, decoraron su primer árbol de Navidad con docenas de velas sujetas con pinzas en las puntas de las ramas: en Nochebuena, tras volver de la *messe de minuit*, dejaron los zapatos al pie del abeto y al día siguiente se intercambiaron los regalos a la luz de aquellas velas de colores que, ya casada, Angèle incorporó a su propio árbol de Navidad. Muchos años después, en Cassà, antes de repartirnos el Père Noël, la baba encendía las velas una por una y apagaba las luces. El efecto era sorprendente: el árbol parecía una tarta de cumpleaños.

Dos años después tuvieron otra niña, Hélène, y mi bisabuelo decidió aprovechar los primeros ingresos como revendedor de tapones para celebrarlo como Dios manda. Apenas recuperada del parto, mi bisabuela se encerró dos días en la cocina y preparó ella sola todos los platos del primer convite a la francesa de los Oller; el día del bautizo de Hélène entraron en la tradición familiar los embutidos con gelatina, con trufa o con pistachos que muchos años más tarde me amargaron las comidas de Navidad o de Año Nuevo en casa de los abuelos de Cassà: *terrines de lapin aux noisettes*, *jambon de Reims* (con perejil y caldo de cerdo para que saliera la gelatina), *pâté de sanglier à la pistache*, *pâté de foie de volailles*, *pâté de volailles à la truffe*. Mi bisabuela acompañó

los entrantes con *oeufs en gelée y asperges violettes*, unos espárragos que tienen la punta violeta cuando se cosechan y una vez hervidos se vuelven blancos. Luego sirvió un menú exagerado: *potage crème de Laitue, saumon Victoria, filet de boeuf forestière, dinde, faucon de York, salade, timbale d'Auvergne* y, de postre, un fondant de chocolate que bautizaron como *Le fondant Hélène*. Y para dejar constancia de semejante banquete pantagruélico, mi bisabuelo mandó imprimir el menú en los recordatorios del bautizo, bajo el dibujo de unos angelitos que también comían alrededor de una gran mesa.

Ese mismo invierno, Francisco se aficionó a la ensalada de tocino, que mi bisabuela preparaba con patatas y escarola, bien aliñada con un poco de vinagre y servida caliente, como primer plato. Y también los caracoles a la *bourguignonne* o a la *champenoise*. Pero, en cambio, vetó la entrada de otra tradición gastronómica de renombre: el *piéd de porc*, que se servía en todas las buenas mesas de la región.

—¡No hemos venido a Francia para comer pies de cerdo, como en casa!

A principios de 1899, cuando la vivienda de Épernay se les quedó pequeña y ya se habían trasladado al centro de Reims, ampliaron la familia:

Monsieur et Madame Francisco Oller tienen el honor de participarles el nacimiento de su hijo Louis. Domicilio familiar: 2, Rue Saint-Hilaire. Reims, 2 de febrero de 1899.

En la nueva casa de Reims celebraron por primera vez *les étrennes*, una tradición del norte de Francia que tiene su origen en los regalos que se hacían los romanos el primer día del año: a la hora de comer, Francisco deseó solemnemente un feliz año 1900 y un feliz comienzo de siglo a toda la familia, besó a Joana y le dio un sobre con dinero; después pidió a Angèle que se acercara hasta la cabecera de la mesa para darle un beso y también le entregó un sobre. Repitió la ceremonia con Hélène y luego tendió otro sobre a su mujer.

—Para el pequeño Louis. ¡Ábrele una libreta en la Banque Chapuis!

Ajeno a este nuevo paso de mis bisabuelos hacia el afrancesamiento, Louis, que aún no había cumplido un año, dormía en su moisés.

Al año siguiente nació Yvonne, y mi bisabuela sofisticó un poco más la comida de celebración: *les petits pâtés remois, les oeufs Nitchevo, les truites de Sourdon à la gelée, les poulardes de Fresnes rôties, les petits pois à la fermière, la galantine de ferrants fresnois agrimentée de quelques feuilles du jardin à l'huile douce de Provence, fromages et fruits*. A la hora de los postres, mi bisabuela llevó a la mesa una bandeja enorme de crema con una isla de merengue y azúcar quemado por encima. La *île flottante* acababa de entrar por primera vez en la mesa de los Oller y, a partir de entonces, siempre ha estado entre los postres preferidos de nuestras celebraciones familiares.

El bisabuelo aprovechó el momento de euforia para descorchar una botella de champán; cogió el tapón, lo examinó con detenimiento, se lo colocó bajo la nariz y exclamó:

—¡Excelente!

Desde que comercializaba su propia marca, no se quedaba tranquilo hasta que descorchaba las botellas y comprobaba la calidad de los tapones. Sufría solo de pensar que alguno de sus clientes pudiera descorchar una botella en una gran celebración familiar y descubrir que el tapón Oller había salido malo y había *bouchonné* todo el champán. Muy de vez en cuando, la desgracia se producía en su propia casa; en esas ocasiones, mi bisabuelo ponía cara de espanto, lanzaba el tapón sobre la mesa y gritaba, horrorizado:

—*Ça pue!*

Y ya lo teníamos de mal humor todo el día.

LA CASA DE LA RUE CLOVIS

El menú del bautizo de Yvonne era la última anotación en la libreta de aguas negras y rojas de mi bisabuelo. A partir de ahí, tuve que recrear el rompecabezas familiar con la ayuda de las cartas, que ya había ordenado cronológicamente.

Una vez en Reims, el negocio de los tapones prosperó muy deprisa y pronto tuvieron que volver a trasladarse. En 1907 abandonaron las instalaciones de la Rue Saint-Hilaire y aprovecharon para separar la fábrica del domicilio familiar: la producción fue a parar a la Rue Lecointre, en el ensanche de la estación. Ocupó un solar con un edificio muy sencillo para los despachos, un patio enorme con cubiertas para almacenar el corcho y una nave para la maquinaria y los seleccionadores. La casa, en cambio, era muy céntrica, en la Rue Clovis, a dos pasos de la catedral y de la Place Drouet-d'Erlon. La parte trasera daba al canal, y el sol de la tarde penetraba por encima de los plátanos y los tilos de las Promenades del puerto fluvial. Reunía todas las ventajas del casco antiguo y el aire fresco de las afueras, así que enseguida se hicieron a ella.

La *maison* presentaba una doble entrada: una puerta que daba al recibidor y un arco en un extremo de la casa que se abría al patio y al jardín. Era la antigua entrada para los carruajes que ellos empezaron a usar para sus coches; una ventana de la cocina daba directamente a la arcada, de modo que el servicio podía controlar quién llegaba o quién llamaba a la puerta. Desde la calle o desde la arcada de los carruajes, subiendo cuatro o cinco escalones, se accedía a la planta baja, donde estaban el comedor, la sala de estar y el despacho de mi bisabuelo, todos exteriores, más una tribuna —que ellos siempre llamaban *véranda*— y el cuarto de los juegos, que daban a un jardín sencillo que proporcionaba buena luz y ventilación cruzada a toda la casa. En el jardín no había muchas flores ni una jardinería complicada, pero sí al menos tres árboles notables: dos abetos y una higuera que el abuelo había mandado traer de Cataluña, en uno de sus envíos de tapones, y cuyos higos nunca llegaban a madurar. Al fondo se levantaba una segunda edificación, las antiguas caballerizas, que servían de garaje y de vivienda a Jeanne y Marcel, el matrimonio del servicio.

Una escalera siempre alfombrada de rojo conducía al piso de las habitaciones, y más arriba estaban las *chambres de bonne*, que mis bisabuelos usaban solo para los trastos, porque el mayordomo y la doncella vivían en la casa del jardín. El sótano albergaba la carbonera y una bodega llena de vinos y champán, un espacio oscuro y húmedo que asustaba a los pequeños y causaba el deleite de los adultos.

El pequeño Louis tenía un brazo insensible, inútil. Mi bisabuela se sentía culpable de la tara, porque durante el embarazo se cayó y se dio un buen golpe. Tras el parto, el doctor atribuyó la lesión a esa caída.

—Este niño no puede crecer lisiado. Tenemos que hacer algo —se quejaba Joana.

Su marido estuvo de acuerdo y, en cuanto el negocio empezó a funcionar, se llevó a Louis a Alemania, que en aquella época tenía algunos de los hospitales con más renombre de Europa. Allí le confirmaron que no había nada que hacer. Louis siempre tuvo un brazo con la movilidad reducida y, de mayor, su minusvalía le valió el apodo de «el Manco», sobre todo entre los propietarios forestales y los trabajadores de la fábrica de Cassà.

LAS MATAS DE MENTA

Mi bisabuela Joana era hija del mas Viader de Bescanó, una de las casas de payés más ricas de Gerona. El enigma de un chico huérfano de padre y madre, emigrado a los dieciséis años a Francia, que consigue casarse con una chica de tan buena familia es bien difícil de explicar. ¿Acaso antes de la desgracia de la filoxera los Oller o los Martinell disfrutaron de una buena posición? ¿Los industriales que dieron trabajo al bisabuelo en Toulouse y en Génova también actuaron como padrinos ante los Viader? ¿O, simplemente, el chico era un encantador de serpientes, capaz de engatusar a todo el mundo?

Lo cierto es que, con veinte años recién cumplidos, Joana Viader abandonó la seguridad y el confort de la casa familiar de Bescanó, se casó con Francisco Oller y aceptó instalarse primero en Épernay y luego en Reims. Y se volvió incluso más francesa que mi bisabuelo.

Ambos mezclaron enseguida el catalán y el francés en sus conversaciones. Cuando nacieron sus hijos se acostumbraron desde el primer día a hablarles *toujours en français*, la misma lengua que empleaban en las cartas si alguno de ellos estaba de viaje. Joana no tardó en convertirse en Jeanne. Aún no se había normalizado el catalán escrito y, entre el español y el francés, mis bisabuelos no tuvieron ninguna duda, se decidieron por la lengua de su país de acogida.

Años después, en cambio, cada vez que volvían a Cassà, hablaban en un catalán cerrado de Gerona, incluso entre ellos, aunque en cada visita lo iban salpicando con nuevas palabras francesas y exageraban más las erres a la francesa.

Poco a poco, mi bisabuelo fue borrando todos los rastros de su catalanidad. Pasados los años, cuando ya habían prosperado, una tarde que Yvonne estaba regando las flores, el olor a menta se esparció por todo el jardín de la casa de Clovis.

—Huele igual que cuando Agnès regaba la menta y los dondiegos a la puerta de casa —dijo por sorpresa mi bisabuelo, y por un momento pareció que se dejaba atrapar por los recuerdos de Cassà, y que estos lo hacían feliz.

Al día siguiente, antes de salir de casa, llamó a Marcel, que también hacía de jardinero.

—¡Arranque estas matas de menta! —le ordenó.

Se subió al coche y salió hacia la fábrica.

Muchos años después, cuando estalló la Guerra Civil, encargó a Louis que fuera a Cassà para recoger a los hijos de Angèle y trasladarlos a Francia, a fin de evitarles los peligros de la contienda. Cuando llegaron a Reims, la primera noche, antes de repartirlos —dos en casa de Louis, dos en la de Yvonne y tres con ellos—, los reunió en el comedor.

—Pensad que quizás nunca volváis a Cassà. A partir de hoy, vosotros también sois franceses.

En la casa de Reims, mis bisabuelos llevaban una vida muy austera, aunque, si tenían invitados, eran unos anfitriones espléndidos. Joana se había convertido en una gran señora que nunca desentonaba entre sus amigas de la burguesía de la ciudad. Más bien al contrario, su origen campesino le había proporcionado una gesticulación muy sobria, apreciada por las esposas de los amigos y clientes de su marido.

No era nada partidaria de las grandes fiestas ni tampoco de las reuniones de amigas para merendar o jugar a las cartas y, en cambio, le gustaba mucho quedarse en casa.

En muy poco tiempo asumió todas las convenciones de la alta sociedad de Reims. Tenía una conversación culta, que se nutría de una formación autodidacta y, también, de una capacidad excepcional para absorber todo lo que veía y oía en los círculos más cultivados. A sus hijos les impuso una educación basada en los valores republicanos franceses y les inculcó la obsesión por el orden, el trabajo y el ahorro, principios que compartía con su marido. Pero le pesaba el lastre de su formación rural, incompatible

con las decisiones poco convencionales de sus hijos, que habían heredado la personalidad fortísima de mi bisabuelo y nunca dejaron de hacerla sufrir. Cuando alguna de sus hijas o de sus nietas leía un libro se ponía nerviosa y se quejaba. —¡Basta ya de leer, que hay muchas cosas que hacer!

LA MISA DEL CARDENAL

El día de la Asunción de la Virgen, en la misa solemne de la catedral de Reims no había un alfiler: la oficiaba el cardenal Luçon antes de viajar a Roma para participar en el cónclave que iba a elegir al nuevo papa, Benedicto XV. Mi bisabuela acudió acompañada de sus hijos; su marido, en cambio, se quedó en casa leyendo los periódicos, que desde la declaración de guerra le causaban una gran inquietud. El solo entraba en las iglesias para los bautizos, las comuniones y las bodas.

Los Oller salieron con tiempo suficiente para pasear y disfrutar del sol de agosto. Recorrieron la Rue Clovis y la Rue Libergier, que da directamente a la fachada del templo, y por el camino fueron saludando a los conocidos que estacionaban los coches a la sombra de los tilos y se deseaban alegremente una buena festividad de la Virgen.

Como si hubieran cronometrado los relojes, traspasaron el pórtico de la catedral al mismo tiempo que Madame Mupoile y sus hijas. Mi bisabuela y su mejor amiga se dieron un beso bajo las magníficas estatuas de la fachada interior; después desfilaron cogidas del brazo por el pasillo central, seguidas por las chicas, muy risueñas. El organista tocaba música de Bach y exaltaba los espíritus de los fieles que llenaban la seo, porque en Francia, el día de la Asunción de la Virgen es una fiesta muy importante y, sobre todo, porque en tiempos de guerra hay una tendencia general a la espiritualidad y a preocuparse por el más allá. Francia estaba en guerra desde el día 2 de agosto, y aquel verano de 1914 los franceses experimentaban un retorno a la fe muy generalizado.

Los Oller y los Mupoile se sentaron en el tercer banco. Siempre se situaban muy adelante, en la segunda o tercera fila, donde todos los pudieran ver, pero nunca en el primer banco, porque podía parecer demasiado ostentoso. Al otro lado del pasillo estaban los Duprés. Angèle sonrió a su prometido y luego hizo un gesto con la cabeza a Madame Duprés, justo cuando el organista bajaba la intensidad de la música. En ese mismo momento sonaron tres repiques de campana y el cardenal salió de la sacristía presidiendo la procesión, que se encaminó hacia una de las naves laterales. Le precedían dos diáconos, que manejaban el incensario en todas direcciones, y un sacerdote que llevaba una gran cruz de plata; detrás, otros dos curas llevaban velas muy grandes, del tamaño del cirio pascual que ardía en el altar, y abrían un cortejo larguísimo de canónigos y sacerdotes, algunos de los cuales habían de concelebrar la misa con el cardenal.

Con la procesión ya en marcha, los coros empezaron a cantar:

Magnificat: anima mea Dominum.

Et exultavit spiritus meus:

in Deo salutari meo.

Quia respexit humilitatem ancillae suae:

ecce enim ex hoc beatam

me dicent omnes generationes.

Sonaron otros tres repiques de campana y los fieles se sumaron al coro, cantando con entusiasmo y provocando un efecto muy solemne, como si toda la catedral se hubiera puesto de acuerdo para contestar la oración:

Quia fecit mihi magna que potens este;

et sanctum nomen dus...

Mi bisabuela cantaba con convicción, y cuando la comitiva presidida por el cardenal enfiló el pasillo central, los cánticos se elevaron hasta el punto más alto de los

campanarios. El incienso también se esparció por encima de los feligreses y llegó a todos los rincones de la nave. Finalmente, el cardenal, los canónigos y los curas subieron al altar y empezaron a decir la misa, que se prolongó durante más de dos horas.

Al final del oficio, coincidiendo con la retirada de los concelebrantes, los coros volvieron a subir el tono.

A esa hora, el sol pasaba por encima del vecino palacio episcopal y proyectaba contra los muros de la catedral los colores vivísimos de los vitrales. Angèle se dejó llevar por el entusiasmo de sus veintidós años. El olor a incienso le penetraba hasta los pulmones, como un estimulante. Los coros, el órgano, los cirios, los monaguillos, las campanas y los cantos de los feligreses se mezclaron en el crescendo final. Y en ese instante fue consciente de que formaba parte de una comunidad rica y poderosa y se sintió orgullosa de la familia Oller, que había sido acogida en los círculos más selectos de la ciudad.

La ingenua satisfacción de Angèle era un fiel reflejo del orgullo francés de la sociedad acomodada de Reims. En poco más de cien años, la ciudad se había convertido en una de las grandes villas industriales de Francia y había pasado de tener solo veinte mil habitantes a los más de ciento quince mil que estaban censados en el verano de 1914.

Reims se había enriquecido con la lana, sobre todo con las franelas y los merinos, y también había prosperado gracias a los bizcochos y el pan de especias, que habían impulsado las primeras cadenas de alimentación francesas, las *chaînes de magasins à succursales multiples*, con franquicias repartidas por todo el país. Y contaba con una catedral de una belleza extraordinaria, que le daba una notoriedad turística muy considerable. En ella se han coronado la mayoría de los reyes de Francia, una nota de alcurnia añadida para una villa que ofrecía a los visitantes calles y plazas con casas medievales, alguna con soportales, y paseos muy elegantes a orillas del río Vesle y del canal.

La ciudad también presumía del Faubourg Pommery, el barrio construido sobre lomas y laderas que ofrecían unas vistas urbanas espléndidas y escondían su mejor tesoro: cientos de kilómetros de galerías excavadas en el subsuelo calizo de la antigua abadía de Saint-Nicaise, donde envejecían millones de botellas de champán, indiscutiblemente el atractivo más internacional de la ciudad.

En el verano de 1914, cuando Angèle sintió con orgullo que formaba parte de aquella comunidad poderosa, Reims era rica y prosperaba. Y era una ciudad feliz.

EL BOMBARDEO

El 4 de septiembre, la guerra llegó a Reims por sorpresa. La ciudad se desayunó con un bombardeo intimidatorio de los alemanes que derribó algunas casas en la Place du Palais de Justice y la Rue Jeanne d'Arc. El Museo de Bellas Artes, recién inaugurado por el presidente Poincaré, sufrió importantes desperfectos. Louis y algunos compañeros del Lycée fueron los primeros en llegar.

La planta baja del antiguo seminario era un caos de cuadros descolgados por el impacto de las explosiones. En la segunda galería del primer piso, el panorama era mucho peor: se había derrumbado una pared y muchos cuadros yacían destrozados entre los escombros. Los conservadores trataban de rescatarlos.

Louis llegó a casa indignado.

—Esos bárbaros han destrozado el museo. ¡Hay obras maestras que no podrán recuperarse!

—También hay casas en ruinas y más de sesenta muertos. Y en cualquier momento pueden darle a la fábrica. ¡Déjate de museos! —explotó el bisabuelo.

—Pero es una salvajada. He visto cómo sacaban un Corot y un Rousseau de entre los cascotes...

—¡Cállate! Cuando tu padre hable, tú te callas. A partir de ahora, nadie sale de casa sin mi permiso.

—Estábamos preocupados. No sabíamos dónde andabas...

Mi bisabuela Joana trató de rebajar la tensión, pero su marido aún no había terminado.

—No te quiero ver más con los amigos del instituto. Se acabaron las salidas a los billares de la Brasserie Alsacienne y se acabaron esos «encuentros artísticos» —ordenó en un tono cada vez más alto. Y quiso ser tan irónico con el tema de las sesiones literarias de Louis y sus amigos que acabó por soltar un gallo, lo que le enfureció todavía más—. ¡Se acabó! —Dio un puñetazo en la mesa y se levantó.

La bisabuela lloraba. Angèle, Yvonne y Hélène estaban acostumbradas a un padre inflexible, pero no le habían visto nunca perder el control y estaban desconcertadas. Louis no se atrevía a levantar la vista del plato.

Al día siguiente por la mañana, los alemanes ya habían ocupado la ciudad. El alcalde y los ediles eran meros altavoces de sus instrucciones. Los invasores habían inundado las calles de pasquines: se comprometían a respetar a la población civil y la propiedad privada y a pagar todas las provisiones confiscadas, siempre que los habitantes de Reims se abstuvieran de participar en las hostilidades militares; en caso contrario, los culpables serían fusilados.

A media mañana, la bisabuela envió a Jeanne y a Marcel en busca de noticias por las calles de la ciudad.

—Hay alemanes por todas partes. Están acampados en la Place Royale, en la del Hôtel de Ville y en la Place du Parvis. Han convertido la catedral en un hospital. No hacen más que entrar carros de paja para los camastros de los heridos; dicen que hay más de un millar.

Las promesas de los ocupantes duraron poco. Exigieron a las autoridades locales cien mil kilos de pan, quinientos mil de avena, veinticinco mil de legumbres, sesenta mil litros de gasolina, paja y heno en cantidades astronómicas, y una fianza de un millón de francos que era prácticamente imposible de recaudar. La moneda oficial había desaparecido y los intercambios locales se pagaban con el papel moneda de veinticinco y cincuenta céntimos, uno y dos francos que acababa de poner en circulación la Banque Chapuis.

Los capitostes de la ciudad desconfiaron desde el principio y se encerraron en sus casas. Los comerciantes también mantuvieron los postigos echados.

Mi bisabuelo, en cambio, salió a primera hora y fue andando hacia la Rue Lecointre. Al menos, tuvo la precaución de coger su pasaporte español. Cuando volvió de la fábrica, ya le esperaban en la mesa para comer. Traía mala cara y fue al grano.

—Han comenzado a tomar rehenes. Henri Abelé, Léon Collet, el doctor Raimond, el padre Camus..., todos detenidos. Hablan de casi un centenar. Si hay disturbios, los colgarán.

—¿Qué tienen que ver el doctor y el cura con todo esto? —se asustó la bisabuela.

Su marido no le contestó. Llamó a Marcel y a Jeanne y empezó a dar instrucciones.

—De momento será mejor que ustedes tampoco salgan de casa. —Luego se dirigió a todos los demás—: Cerrad puertas y ventanas. Y preparadlo todo por si tenemos que abandonar Reims.

Durante toda una semana, gracias a su pasaporte español, el bisabuelo fue el único contacto con el exterior. Dentro de casa y en toda la ciudad, los nervios fueron en aumento, hasta que el día 12 las tropas francesas expulsaron a los invasores hacia las colinas del norte y del este y la población respiró aliviada. Los comercios reabrieron sus puertas; los que habían huido, regresaron; y las calles se llenaron de gente con ganas de celebrarlo. El general francés entró en Reims encabezando su tropa, en medio de ovaciones entusiastas de los ciudadanos liberados.

LOS TAXIS DEL GENERAL GALLIENI

Aquella tarde, cuando mi bisabuelo se dirigía hacia el club privado de los productores de champán, se encontró la Place Drouet-d'Erlon colapsada por los taxis que llegaban de París. Había más de cien. De ellos se apeaban jóvenes que querían ir al frente por iniciativa propia. Un grupo de oficiales trataba de ordenar aquella maraña de vehículos poniéndolos en fila a ambos lados de la plaza, junto a los soportales de las casas; una tercera hilera atravesaba la explanada hasta las Promenades. Los taxistas y los aspirantes a soldados iban de un lado a otro exhibiendo su euforia patriótica; cantaban y bebían, y las chicas de Reims se dejaban piropear, como si estuvieran en plena fiesta del 14 de julio.

Mi bisabuelo pensó que las autoridades militares tardarían horas en recuperar el control de ese guirigay, y cuando subía las escaleras del Círculo tuvo otro sobresalto: del piso de arriba llegaba una algarabía de gritos patrióticos y cantos desafinados. El portero recogió su sombrero y le aclaró:

—Un senador y un grupo de industriales llegados de París celebran que sus hijos se incorporan al frente.

Cuando entró en el salón, los vio con las copas de champán en la mano, brindando por la victoria del ejército francés. Casi todos tenían las mejillas rojas y soltaban risotadas. Cuando se acercaba a ellos, el que llevaba la voz cantante empezó a lanzar vivas a la libertad de Francia. Era el senador Lamarque. A su lado distinguió a René Falguière, un buen cliente de la Maison Oller que tenía bodegas en Épernay y en Alemania.

—Cuando he visto ese montón de taxis en la plaza he pensado que el general Gallieni en persona había venido para proteger Reims —le dijo mi bisabuelo a su cliente a modo de saludo.

El día 7 de septiembre, el general había movilizado en París a más de mil taxis para trasladar parte de la Séptima División y reforzar el ala izquierda del ejército francés en la batalla del Marne. Hacía cinco días que no se hablaba de otra cosa, y Joseph Gallieni se había convertido en el hombre más popular de Francia.

—¡Estamos en las mejores manos! Estos chicos que vienen a agrandar nuestro ejército nos dicen que no podemos perder. Mi hijo Guy también se incorporó la semana pasada al frente del Marais de Saint-Gond —le contestó Falguière muy orgulloso—. Los alemanes querían penetrar en el corazón de París siguiendo los valles del Marne y del Sena, pero ya les hemos obligado a retroceder en Reims, y en pocos días les echaremos de Francia.

—¿Y no temes por tu chico?

—Los muchachos están perfectamente organizados y bien dirigidos. Quienes deben tener miedo son los alemanes.

—La obligación de los franceses es salvar la patria y expulsar a los invasores —empezó a replicar mi bisabuelo, que no daba crédito a la aparente despreocupación de su cliente—. Pero si mi hijo Louis tuviera dos años más y estuviera en edad de ser llamado a filas, estaría muy asustado. Jamás habría imaginado que dos países civilizados como Francia y Alemania dirimirían sus pleitos en el campo de batalla. Francia se defiende con valentía, y tenemos que estar orgullosos de ella; pero de ahí a celebrar las hostilidades como una fiesta... Creía que la violencia y la voluntad de aniquilar al enemigo eran exclusivas de los españoles.

—No es solo la obligación de liberar la patria. Y tampoco se trata de aniquilar al enemigo. En la guerra, los chicos se disciplinan, se hacen fuertes, asimilan valores importantes...

Unos gritos de euforia interrumpieron la conversación y Falguière se apresuró a justificarlos.

—El Estado Mayor ha autorizado que dos de nosotros acompañemos al senador en una visita a las trincheras, a una demostración de fuego de las nuevas baterías del Marne. Mañana veremos a los muchachos en acción; con un poco de suerte, abrazaré a Guy y le podré animar sobre el terreno.

Dos días después, el 14 de septiembre, los alemanes empezaron a bombardear por sorpresa. Desde las colinas donde los franceses les habían obligado a replegarse tenían Reims a su alcance. Mi bisabuelo desafió a la artillería enemiga y a la lluvia persistente, y a media tarde se presentó en el Círculo para calibrar la gravedad de los ataques. Los prohombres de la ciudad estaban confundidos. Solo unas horas antes se creían a salvo y ahora, de golpe, volvían a estar sometidos a los obuses incendiarios. No se ponían de acuerdo sobre qué hacer. En un rincón, el senador y Falguière comentaban su visita al frente. Parecían mucho más preocupados que dos días antes. Una terrible ofensiva alemana les había obligado a salir corriendo de las trincheras, inundadas por la maldita lluvia.

—Los nuestros estaban bombardeando una posición enemiga con los nuevos cañones de setenta y cinco milímetros —explicaba el senador—. Cuando los alemanes respondieron, dieron de lleno en nuestra posición: fue un infierno. No sé cuántos chicos han muerto, porque el guía nos ordenó alejarnos de la zona de combate. Anduvimos más de tres horas por kilómetros y kilómetros de trincheras hasta alcanzar una posición más segura. A medio recorrido, bajo la lluvia, nos volvieron a disparar y tuvimos que lanzamos al barro.

Falguière se acercó a mi bisabuelo.

—Cuando nos fuimos, aún no habíamos visitado la posición de Guy. El senador sí pudo animar a su chico; coincidió que estaba en la batería desde donde observábamos la demostración de nuestra artillería. Después tuvimos que huir...

Un militar se acercó al senador y le dijo algo al oído. Era el mismo que dos días antes trajo la autorización del Estado Mayor para la visita al frente. Ambos salieron precipitadamente del Círculo, Lamarque con la cara desencajada. Al cabo de ocho días el senador volvería a París con la ambulancia que trasladaba a su hijo: los cirujanos de campaña le habían mantenido con vida, pero no le habían podido salvar la pierna.

Cuando el senador se fue, mi bisabuelo se fijó en que Falguière se había apartado a un rincón de la sala. Miraba al suelo y estaba temblando.

UNA CRUZ DE FUEGO

El mediodía del 19 de septiembre, los alemanes intensificaron el bombardeo. Sus obuses cayeron en la Place Royale y derribaron una buena parte de las casas de su alrededor. Luego, el desastre se repitió en la Place Drouet-d'Erlon y en la Rue du Temple, donde se quemó la iglesia protestante.

Hacia las tres, un obús estalló de pleno contra la torre norte de la catedral, que estaba en obras; los operarios apenas habían comenzado a retirar el andamiaje, que se incendió y actuó como una antorcha gigante. El bosque de vigas y pilares de la cubierta prendió enseguida y extendió el fuego en todas direcciones. Más de cuatrocientos kilos de plomo del techo se fundieron y empezaron a chorrear y a quemar la paja que los alemanes habían esparcido días antes para acomodar a los heridos en el interior de la nave. Al cabo de una hora, la catedral ardía por los cuatro costados y el fuego continuó durante toda la tarde, alimentado por la estructura de madera de la cubierta.

Cuando se hizo de noche, aún seguía ardiendo y las llamas de color azul, verde y naranja imitaban un siniestro arcoíris. Los aviadores que sobrevolaron la ciudad para atacar las baterías alemanas dijeron que desde el cielo parecía «una cruz de fuego». El general Jofre envió un comunicado oficial al presidente y a los cardenales reunidos en cónclave en el Vaticano: «Los alemanes se han ensañado, sin motivos militares, disparando contra la catedral, que está en llamas».

Hacia las nueve de la noche se produjo el desastre final: el rosetón de la fachada estalló, los arcos reventaron y la cubierta se derrumbó, produciendo un estruendo infernal. Los habitantes de Reims se asomaron a las ventanas y salieron a la calle, hipnotizados por las llamas. Durante unos minutos, el silencio fue total. Después cayeron más proyectiles, alguien lanzó un grito desgarrado y la ciudad se puso a aullar como un animal herido de muerte. Y se rompió aquella hipnosis colectiva: todos empezaron a correr de un lado a otro, desorientados e incrédulos, presas del pánico y la histeria.

Desde las ventanas del despacho de la casa de la Rue Clovis, los Oller también llevaban horas contemplando las llamas, horrorizados. Cuando se derrumbó la cubierta y el caos se apoderó de las calles, mi bisabuelo Francisco fue el primero en superar la conmoción. —¡Es como el fin del mundo, pero mucho peor organizado!

Y cuando se dio cuenta de que todos le miraban asustados, supo que tenía que tomar una decisión.

—Cuando amanezca, saldremos para Épernay.

Aquella noche, en Reims, no durmió nadie. En la Rue Clovis, la dedicaron a preparar el equipaje. Hacia las ocho de la mañana, cuando los alemanes dejaron de hostigarles, mis bisabuelos se despidieron del servicio, que se quedaba para cerrar la casa, y salieron en dirección a Épernay, que había sido liberada al mismo tiempo que Reims y quedaba fuera del alcance de la artillería enemiga. Querían ganar tiempo para decidir si podían quedarse en la Champaña o si era mejor buscar un refugio más al sur.

Una vez en las afueras, empezaron a respirar más tranquilos. Nubes bajas salían a su encuentro desde detrás de la montaña de Reims y pasaban raudas por encima del coche, en dirección a la ciudad sitiada. Cruzaron campos de remolacha y de alfalfa y empezaron a subir hacia la cota de los viñedos, por la pendiente de Sacy. El pueblo parecía abandonado; los jóvenes habían marchado a la guerra y los adultos llevaban días encerrados en sus casas a la espera de que los ejércitos definieran los límites del frente.

Mi bisabuelo conducía tenso, atento a cualquier imprevisto. Angèle ocupaba el asiento del copiloto; mi bisabuela, Louis, Yvonne y Hélène se apretujaban en el asiento trasero.

En Ville Dommange no vieron ningún movimiento en torno a la iglesia y tampoco a nadie haciendo la colada en el lavadero. Las calles desiertas y el silencio resultaban extraños porque el día era espléndido y en los jardines las campanillas trepaban por las pérgolas de hierro forjado. Salieron del pueblo por una carretera que discurría entre dos hileras de espléndidos nogales, pero ni Angèle ni mi bisabuelo las vieron: ella nunca se fijaba en los árboles y él llevaba rato mirando solo hacia delante, hacia el campanario de la capilla de Saint Lié, que asomaba entre un bosque de fresnos.

Cuando llegaron al pie de los árboles, el bisabuelo detuvo el coche y les ordenó que se bajaran. Tenían ante ellos toda la llanura de Reims y volvieron a sentir el horror de unas horas antes, cuando vieron desplomarse la cubierta de la catedral. Permanecieron más de una hora allí de pie, mirando la ciudad de la que huían. Distinguían perfectamente el humo de la catedral, que seguía ardiendo, y también podían localizar la Place Royale, por las columnas de fuego que desprendían sus casas.

Mi bisabuela Joana liberó la tensión acumulada y se echó a llorar. Yvonne la imitó. El bisabuelo Francisco, Louis y Angèle intentaban situar la Rue Lecointre, pero había tantos fuegos alrededor de la estación que no consiguieron tranquilizarse.

—Cualquiera de aquellas columnas de la izquierda podría ser nuestra fábrica; esta tarde volveré para organizar el traslado de los tapones al almacén de Épernay —dijo mi bisabuelo—. Dejaremos a Joan Rich en Reims; el encargado es el único que puede organizar a los pocos operarios que nos quedan y vigilar las instalaciones hasta que vuelva la tranquilidad.

Ninguno de ellos vio que Héléne estaba temblando y también se echaba a llorar. Mi bisabuela añadió tensión al momento:

—¿Y si también se quema la casa?

—No, mujer. En esa zona del canal no hay ningún fuego.

Pero no la tranquilizó, porque justo en ese momento los alemanes volvían a bombardear. Surgieron nuevas llamaradas en la ciudad y cuando les llegó el ruido de las explosiones, retumbó en su estómago y les dejó una inquietud aún mayor.

Al retomar el camino, encontraron las primeras viñas y después entraron en el bosque de la montaña de Reims, que debían cruzar hasta las viñas de Hautvillers, en el otro lado. De repente, el bisabuelo redujo la marcha. En la cuneta había un hombre muerto. Se abrazaba las piernas con las manos, enroscado como un erizo; llevaba los ojos vendados y tenía la boca muy abierta, como si antes de morir hubiera querido coger una última bocanada de aire. Llevaba colgado un cartel en el cuello: «Espía».

—Sería un traidor que pasaba información a los alemanes sobre los objetivos que bombardean —dijo mi bisabuelo para sí mismo porque nadie le escuchaba.

Todos se habían puesto a gritar, histéricos, y miraban a ambos lados de la carretera por si quedaba algún emboscado.

El bisabuelo giró el volante y arrancó, siguiendo un camino lleno de flores blancas, en dirección al valle del Marne, que ya se intuía al final del bosque. Joana, Yvonne y Héléne estaban llorando otra vez en el asiento trasero.

EL COMPROMISO DE ANGÈLE

En Navidad, mi bisabuelo Francisco sintió que volvía a controlar la situación y se concentró en reorganizar el negocio y la vida familiar en Épernay. En primer lugar se ocupó de los hijos, pensando que la guerra podía frustrar el futuro que tenía planificado con detalle para ellos. Contrató un tutor particular para los estudios de Yvonne y también le puso un profesor de música. El piano era la pasión de la chica y él, de momento, la toleraba, porque una buena formación musical no podía estorbar en los planes que tenía para la pequeña de la casa, que acababa de cumplir trece años. A Louis, que era un año mayor, lo envió a Toulouse, a completar los estudios de bachillerato lejos de la zona en conflicto. Hélène celebró sus veinte años entrando a trabajar en las oficinas que su padre había improvisado en el antiguo almacén de Épernay, transformado en sede provisional de la empresa. A Angèle la tenía siempre a su lado, pendiente de las gestiones importantes para el negocio. Desde que había empezado la guerra le rondaban por la cabeza un montón de proyectos que afectaban de lleno a la hija mayor. Y decidió pasar a la acción.

Hacía casi dos años que Angèle se había prometido con Bertrand Duprés, pero había sido movilizado y el día de Reyes de 1915 las familias se reunieron para hablar de la pareja. Mi bisabuelo había comunicado a los Duprés su intención de irse a Cassà con la familia antes del verano. Los padres del chico entendieron que debían adelantarse a ese traslado y ofrecieron romper el compromiso.

—Puede que nuestro hijo no vuelva o quizás lo haga mutilado. Vosotros os iréis a España y no sabemos cuándo podréis volver, porque esto va para largo. Es mejor deshacer el compromiso y, cuando termine la guerra, lo que tenga que ser, será.

Angèle se sorprendió al escuchar al padre de Bertrand resumiendo tan fríamente la situación. No sabía si estaba enamorada, pero recordaba muy bien su ilusión por el acuerdo con los Duprés, porque la había hecho sentirse una mujer preparada para volar. También recordó con simpatía el día que celebraron el compromiso en ese mismo salón de la mansión de Rilly-la-Montagne. Entonces las viñas brotaban muy verdes; ahora, las cepas recién podadas eran troncos torturados que se proyectaban sin vida contra los cerros nevados. El matrimonio la atraía, pero la idea de irse a España, como le había insinuado su padre antes de entrar en la reunión, también la había seducido.

—Cuando terminó la guerra, Bertrand volvió a Reims sano y salvo —recordaba años después la baba Angèle—. Pero yo ya no regresé a Francia. Cuando se firmó el armisticio, estaba casada y acababa de tener al primero de mis ocho hijos.

UNA PISTOLA EN LA GUANTERA

A finales de febrero, Angèle cogió el Hotchkiss de su padre, escondió una pistola en la guantera y condujo durante cuatro días hasta la frontera española, cruzando de punta a punta un país en guerra. El quinto día llegó a Cassà, aparcó en la calle Avall, justo enfrente de la casa de su tía Agnès, llamó a la puerta y durmió sin parar un día entero.

El día de Reyes, mientras volvían de la casa de los Duprés en Rilly-la-Montagne, mi bisabuelo le había revelado sus planes por primera vez.

—Deberías irte a Cassà y dirigir las obras de reforma de la vivienda que he comprado.

—¿En Cassà? ¡Pensaba que no querías volver allí nunca más!

—Es un edificio magnífico, en la misma carretera, un poco más arriba de la casa de Agnès. Formaba parte de la finca que compré cuando el almacén de tu tío Manel se nos quedó pequeño y le encargué que montara uno nuevo en el paseo Vilaret. Ahora tenemos que convertirlo en una fábrica. Por culpa de las movilizaciones en Reims, nos hemos quedado sin los mejores trabajadores y no podremos cumplir mucho más tiempo con los suministros a los clientes. Debemos empezar a fabricar en España.

Angèle no se lo podía creer. Siempre había estado convencida de que su padre no volvería a Cassà. De hecho, ella había estado allí tres o cuatro veces para visitar a Agnès y a su marido, Manel Tolosà, pero su padre siempre se había quedado en Bescanó, en can Viader; era lo más cerca que había estado del pueblo desde que lo abandonó, veintinueve años atrás.

—También deberás supervisar las obras de la fábrica. Manel te ayudará; él ha controlado el proyecto con las indicaciones que le he ido mandando por carta. Está trabajando en ello desde el mes de agosto.

—¿Desde el mes de agosto?

—El día de la Asunción le envié el dinero y las primeras instrucciones. Antes de Navidad ya empezó a construir un cobertizo nuevo en uno de los patios donde almacena el corcho de Extremadura que compra a los Nadal.

Angèle no supo qué decir. Se había quedado con la boca abierta, como un pececillo justo antes de picar el anzuelo. Todavía estuvo un buen rato pasmada, mirando a su padre, que no expresaba ninguna emoción especial, pero emanaba una determinación absoluta que ya le conocía: tenía claro lo que debía hacer y no se detendría ante nada.

Cuando llegaron a Épernay, antes de bajar del coche, el bisabuelo le puso en la mano una medalla. Angèle le volvió a mirar sorprendida.

—Es la Virgen dels Àngels que llevaba colgada del cuello mi madre cuando murió. Me la dio Agnès el día que me fui de Cassà. Tal vez te ayude.

Después entraron en casa y le terminó de dar las instrucciones.

Mi bisabuela Joana aceptó el viaje de Angèle a regañadientes, pero acabó cediendo porque intuía que tarde o temprano deberían refugiarse en Cassà.

—¿No puedes hacer que la acompañe alguien de la fábrica? —medio suplicó—. Sola por esas carreteras, en plena guerra...

—Sola estará mejor. Y si le surge algún problema, tiene la pistola en la guantera.

—¿Una pistola?

Mi bisabuela lanzó un chillido. Cada vez lo veía todo más negro.

—Sabe perfectamente lo que tiene que hacer —insistió su marido—. Y conduce mejor que muchos hombres.

Angèle se repitió aquel halago muchas veces mientras conducía hacia el sur, y luego lo recordó muchas veces más a lo largo de su vida, cuando veía al volante a algunos hombres de la familia, sobre todo a mi abuelo Joaquim.

Ella siempre había conducido con nervio, acelerando sin miedo y cogiendo el volante con tanta fuerza como determinación. Su marido, en cambio, lo hacía con una enorme parsimonia.

—¡Vamos, Joaquim, un poco de garra! —le increpaba cuando lo veía maniobrar con tanta flema. Y después, dirigiéndose a los que compartían el viaje, sentenciaba, sin una pizca de diplomacia—: ¡Virgen Santa, qué lento es este hombre!

Pero muchos años más tarde, poco después de la Guerra Civil española, un día la baba Angèle bajó en el Citroën del abuelo a Gerona con su hija Conxita y mi bisabuela Joana. Iban a comprar pasta, porque en Cassà, en pleno racionamiento, los derivados de la harina eran muy difíciles de encontrar. A la vuelta, un campesino cruzó la carretera sin mirar y Angèle dio un volantazo y se estrelló contra un árbol. Mi bisabuela se golpeó de lado contra la ventana y se rompió un brazo, la baba sufrió contusiones por todas partes y notó una presión muy fuerte en el pecho, porque se había roto una costilla; Conxita, que viajaba en la parte de atrás, se pudo agarrar a tiempo y salió mejor parada.

Esa misma noche, mi abuelo Joaquim se acercó a la butaca de flores amarillas y verdes de la baba Angèle, que descansaba medio adormilada antes de subir a la habitación.

—¡Os habríais podido matar las tres! Deberías dejar de conducir.

Y para sorpresa de todos, ella asintió con la cabeza y no se puso al volante nunca más.

Aquel febrero de 1915, Angèle tardó cuatro días en llegar a la frontera. Solo conducía de día; cuando veía que estaba a punto de anochecer, se detenía en la primera ciudad que encontraba y se encerraba en una habitación de hotel con la pistola en la mesilla de noche. Recapitulaba los peligros que la rondaban y no conseguía dormir. El primer día realizó un recorrido un poco más largo, hasta Montargis, porque circulaba por carreteras que le eran muy familiares. El segundo y el tercer día los parajes se volvieron desconocidos e hizo noche en Clermont-Ferrand y en Millau. La última etapa la llevó hasta Le Boulou, aún más asustada por la proximidad de la frontera. Aquella noche se durmió con la pequeña pistola en una mano y la medalla de la Virgen deis Àngels en la otra, porque oía ruidos en el pasillo del hotel y gritos procedentes de la calle.

Al día siguiente llegó a Cassà cuando en casa de Agnès acababan de comer. La tía, advertida por un telegrama de su hermano, la esperaba nerviosa y le había preparado una cama caliente. Angèle se desplomó en ella.

Al día siguiente, a media mañana, cuando se despertó, Agnès la acompañó carretera arriba y vio la casa por primera vez. La fachada era discreta, pero por detrás daba a un gran jardín y también tenía una galería muy amplia. Allí estaba ya un maestro de obras trabajando y ella solo debía supervisar los acabados y encargarse de que el ritmo de las obras fuera «a la francesa».

Enseguida se corrió la voz.

—Ha venido la hija de Francisco de can Paró; dicen que están arreglando la casa de la carretera.

Y ese mismo día bautizaron la nueva vivienda con el mismo nombre con el que conocían el almacén: can Paró, el apodo de su abuelo, *Gasparó* Oller. Y todavía hoy, cuando en Cassà se refieren a la fábrica Oller, todos hablan de can Paró, sobre todo los que trabajaron allí alguna vez.

Las obras avanzaron deprisa, porque Angèle demostró enseguida una gran capacidad para el mando; todos los días se presentaba en la casa a las ocho de la mañana para comprobar que todo funcionaba y, ya que ella era la capataz, decidió introducir por su cuenta algunos cambios en el proyecto que el marido de Agnès había enviado a mi bisabuelo.

Algunas de esas modificaciones fueron el tema estrella de los chascarrillos locales. Cuando llegó el bidé que había encargado en Toulouse, el pueblo ya no hablaba de otra cosa.

—¡La hija de Francisco ha hecho instalar un mueble erótico en el cuarto de baño!

OLOR A CORCHO QUEMADO

Desde el comienzo de la guerra, la empresa de Reims funcionaba a medio gas. Un tercio de los trabajadores, los más jóvenes, habían sido movilizados; otro tercio, sobre todo las mujeres, se habían refugiado con sus familias, fuera de la región. Joan Rich se había quedado en Reims dirigiendo a unos setenta operarios, los de más edad, que no tenían adonde ir. El encargado era el único que tenía un pase para circular en bicicleta y un día a la semana bajaba a Épernay a despachar con el bisabuelo.

*El señor Joan Rich, de 29 años,
jefe de expediciones de la Maison Oller,
está autorizado a circular en bicicleta en el recorrido
Reims-Aÿ-Épernay (ida y vuelta).
Permiso válido del cinco al veinticinco de abril de 1915.*

De vez en cuando, el bisabuelo conseguía que el mayor de la guarnición de Reims también le firmara a él un pase Épernay-Reims-Épernay, pero desde la partida de Angèle se había quedado sin el Hotchkiss y solo podía hacer el viaje cuando encontraba a algún conocido que le llevara.

El 8 de abril esperaba a Joan Rich para comer. Tenían que decidir qué trabajos debían trasladarse a la nueva planta de Cassà y cuáles se podían seguir realizando en el almacén de Épernay o en la fábrica de Reims, acosada por la artillería alemana. Le gustaba escuchar el criterio de Rich, porque era un hombre forjado en la empresa: había entrado a trabajar en Cassà, en el almacén del cuñado, cuando tenía catorce años; siete años después, cuando mi bisabuelo necesitó un encargado, le llamó a Reims y enseguida se ganó su plena confianza. Ahora, con los veintinueve cumplidos, y coincidiendo con el estallido de la guerra, le había convertido definitivamente en su mano derecha.

Joan era lo que en aquellos tiempos se llamaba un hombre devoto. Apreciaba mucho a mi bisabuelo y a toda la familia Oller. El respeto era mutuo, porque todo el mundo sabía que era trabajador, honrado y muy cumplidor. Pero aquel día, cuando a las doce en punto se sentaron a la mesa, Rich no había llegado. A la hora del postre seguían sin noticias de él. Hélène, que nunca había mostrado interés por las cosas del negocio, fue la primera en expresar su inquietud en voz alta.

—Debe de haber ocurrido algo grave. Si no, habría encontrado la forma de avisar.

Su padre la miró extrañado, pero no dijo nada. Sabía que Joan habría hecho cualquier cosa por excusar su tardanza y también empezaba a pensar que algo no iba bien.

Alrededor de la una llamaron a la puerta. Un trabajador flaco, que seleccionaba tapones en la casa Oller desde los años del primer almacén de Épernay, entró resoplando en el comedor y gritó:

—¡La fábrica está ardiendo!

Mi bisabuelo se levantó como accionado por un resorte. Hélène fue la primera en imitarlo; después también se levantó Yvonne. Solo mi bisabuela se quedó sentada a la mesa.

—Los alemanes han bombardeado poco antes de las siete, cuando íbamos a entrar. Un obús ha dado de lleno en el cobertizo nuevo. Las planchas y los cuadros de corcho han tardado en prender, pero el polvo de corcho y la madera del cobertizo han propagado las llamas. Rich me envía para avisarles.

El hombre hizo una especie de reverencia de disculpa por las malas noticias y añadió:

—Si no mandan nada, me vuelvo a Reims. Aprovecharé el camión de intendencia para el viaje de vuelta.

El bisabuelo miró en el escritorio y comprobó que tenía el pase vigente para toda la semana.

—Espera. Te acompaño.

Cuando salían de la casa, vio que el dueño de la Maison Champion le hacía una señal desde el coche.

—Me voy a Reims, a ver qué ha sido de las familias que tengo refugiadas en mis bodegas. Dicen que es el peor bombardeo desde el día de la catedral.

—Voy contigo. ¡Me han incendiado la fábrica!

Se subió al coche y arrancaron en medio de una gran polvareda. Y si mi bisabuelo se hubiera dado la vuelta para mirar atrás, habría visto que Hélène se acercaba al vehículo de intendencia, intercambiaba unas palabras con el trabajador flaco y se montaba en el camión.

Cuando entraban en el barrio de la estación, el bisabuelo Francisco olió el corcho quemado y supo que el fuego sería incontrolable. En la Rue Lecointre, las llamas de dos casas cortaban la calle y le confirmaron el mal presagio. Intentaron entrar por la Rue de Saint-Thierry, pero también estaba cortada, porque ardían los telares Poullot. Dio la vuelta por detrás, por la Rue Vaillant, y pudo acercarse hasta el portal: con una sola bomba de agua, los bomberos trataban de apagar lo que quedaba de las estructuras de madera, pero era como escupir en el mar: la fábrica ya ardía por los cuatro costados. Un grupo de hombres y mujeres, además de soldados y trabajadores de la empresa cargaban cubos de agua. Mi bisabuelo se sumó a ellos. Rich le vio llegar y se acercó.

—Hemos podido salvar algunas sacas, pero no hemos recuperado demasiado corcho. Por suerte, el grueso del almacén lo trasladamos a Épernay.

—¡Olvidaos del corcho! —gritó el bisabuelo—. ¡Ahora tenemos que salvar algún cobertizo!

Los bomberos dirigieron las mangueras a la estructura central del almacén, la última que se tenía en pie. Los operarios siguieron cargando cubos y vertiendo agua sobre las planchas, que ardían muy lentamente, sin llamas. Aunque prolongaron la lucha más de tres horas, alrededor de las siete, el techo de la nave principal cedió. Mi bisabuelo sintió un pinchazo en el pecho, pero reaccionó a tiempo, gritó la orden de retirada y dio la fábrica por perdida.

Al cabo de un rato, los alemanes volvieron a bombardear la ciudad; los que habían colaborado en la extinción del fuego corrieron a refugiarse en las bodegas y los alrededores de la fábrica se quedaron vacíos. Los bomberos y los soldados fueron a prestar auxilio en otros barrios que empezaban a arder. Solo mi bisabuelo y Rich se quedaron toda la noche contemplando el corcho ennegrecido, sentados al otro lado de la calle, incapaces de reaccionar.

Los restos aún siguieron humeando durante horas, y mi bisabuelo notó que le costaba respirar. El olor del corcho quemado, que siempre le había parecido dulce y suave, ahora se le antojaba áspero, como un latigazo que le tensaba los músculos de la cara. A ratos, la bronquitis lo martirizaba, y se retorció tosiendo y buscando el aire que no le llegaba a los pulmones, pero volvía a recomponer la figura, con la mirada perdida en las brasas, y disimulaba su desesperación. Ya amanecía cuando fue a la casa de la Rue Clovis para cambiarse de ropa. En el baño se desnudó, se miró en el espejo y no se reconoció: isu pelo se había vuelto blanco!

El fuego le acababa de quemar la obra de tres décadas de trabajo tenaz y no sabía si a sus cuarenta y seis años encontraría las fuerzas necesarias para volver a empezar. Tras ducharse, volvió a ponerse ante el espejo; las cejas seguían negras, solo el cabello se había vuelto blanco. Se vio mayor y cansado y sintió que el pánico le rondaba. A modo de consuelo, se acordó de Angèle, que estaba poniendo a punto la fábrica de Cassà, y de su cuñado Manel, que acababa de comprar unas buenas remesas de corcho extremeño para el almacén de Oller. Se aferró a ese pensamiento con todas sus fuerzas, y cuando ya pasaba de la depresión a la euforia se dio cuenta de que la campanilla de la entrada llevaba un rato sonando. Bajó a la cocina y miró por la ventana del arco. Un gendarme estaba plantado en la puerta.

UNA NOCHE EN LAS BODEGAS

A media tarde, Hélène también había llegado a Reims, escondida en el camión de intendencia, y pidió que la llevaran directamente a la fábrica. Primero se unió a los curiosos, que miraban desde lejos, atrapados por el efecto hipnótico de las llamas; luego se arriesgó y se acercó a la entrada para tener una mejor perspectiva del patio, porque mezclada entre los mirones no conseguía averiguar si alguien había resultado herido. Al cabo de una hora, cuando se derrumbó el cobertizo, tuvo un ataque de pánico y le pareció que empezaba a marearse hasta que vio que su padre y Joan Rich salían corriendo delante de un grupo de ocho o diez hombres y se calmó. Mientras controlaba en la distancia las idas y venidas del grupo, le pareció que las llamas habían disminuido la complexión atlética de su padre y de Rich: eran altos y corpulentos, pero ahora parecían abatidos y les veía pequeños, como encogidos. Quería gritar y hacerse ver, pero le daba miedo la reacción del bisabuelo y decidió retirarse. Había quedado a las ocho en Saint-Remi para volver a Épernay en el mismo camión, así que debía darse prisa.

Cruzó las calles desiertas del centro, subió por la Rue de l'Université y la Rue du Barbastre, deteniéndose cada vez que el bombardeo se intensificaba, y al cabo de media hora enfilaba la Rue des Crenaux. Aceleró el paso; a ratos caminaba deprisa y a ratos se echaba a correr. Rodeaba el ábside de Saint-Remi cuando los alemanes volvieron a bombardear. Dos mujeres corrían delante de ella y gritaban para darse ánimos y vencer el miedo. Ya estaban en la Place de Saint-Nicaise cuando cayó un obús y las mujeres desaparecieron entre la polvareda. Hélène se quedó paralizada, incapaz de reaccionar. Un gendarme tiró de su brazo. Tras un breve vacío mental se vio a sí misma corriendo de nuevo y distinguió a las dos mujeres por delante de ella. Una cojeaba y ahora gritaba más que antes de la explosión. Llegaron a un gran edificio y el gendarme las empujó escaleras abajo, hacia unos túneles que estaban llenos de refugiados. Al cabo de un rato, las explosiones se alejaron y se tranquilizó.

Hélène no sabía adónde la habían llevado. Descubrió un laberinto de galerías donde se reproducía bajo tierra la vida que aquellos últimos meses había desaparecido de las calles de la ciudad. Avanzó con miedo a perderse por aquellos pasillos repletos de gente y recorrió túneles que servían de habitáculos; cruzó un almacén reconvertido en iglesia, donde le sorprendió ver a un grupo de mujeres rezando el rosario, medio a oscuras; se topó con otra galería que servía de hospital y con estancias habilitadas para grupos de mujeres que cosían o cocinaban a la luz de un quinqué. Después pasó por delante de una especie de lavandería y de lo que parecían talleres de relojeros, modistas y sastres. Bajó una escalera de madera y fue a parar a una gran sala iluminada por unos pequeños respiraderos, llena de pupitres alineados frente a una pizarra. En un extremo había una lona negra; la apartó: daba a otra sala con más pupitres y otra pizarra. Así cruzó hasta cuatro aulas, separadas por lonas, y descubrió que decenas de niños y niñas estudiaban en aquellos sótanos; quizás fueran más de trescientos. En una de las pizarras todavía estaba el dictado que los chicos habían copiado aquella misma tarde, de un realismo sobrecogedor: «Au cours de la contre-attaque que nous avons exécutée le huit avril, nous nous sommes emparés de quatre mitrailleuses, de plusieurs fusils et de beaucoup de cartouches et grenades...».

Una joven se le presentó como una de las maestras de la escuela. Cuando reparó en una gran herida en la rodilla y en la pierna ensangrentada, la reconoció: era una de las mujeres que había visto correr en la Place de Saint-Nicaise.

—Soy Juliette. Esto que ves en las bodegas Champion es solo una parte de lo que hay en las cavas de toda la ciudad. Tenemos más de dos mil niños estudiando bajo tierra en Mumm, en Krug, en Pommery...

La maestra se sonrió ante la cara de sorpresa de Héléne y la invitó a volver a subir por la escalera de madera. En la planta baja había un montón de escombros: el techo se había hundido y dejaba a la vista un enorme boquete.

—Aquí jugaban los niños entre clase y clase, pero el mes pasado nos alcanzaron dos obuses con quince días de diferencia y derrumbaron esta parte de la bodega.

De madrugada, los alemanes volvían a disparar. Héléne, agotada, se dejó caer en un rincón.

—¿No te dan miedo las bombas? —interrogó a Juliette, que no parecía alterada.

—Pues claro que me dan miedo. Sobre todo si pienso en mi novio, que está en el frente desde hace un año, pero trato de vivir al día. La guerra terminará alguna vez.

—Yo también sufro cada minuto, cada segundo que pasa, desde que empezó esta guerra absurda —le confesó Héléne—. Y no puedo hablar con nadie. Debo proteger mi secreto.

Estaban muertas de sueño, pero no pararon de hablar, para no dejar ningún espacio al silencio y no escuchar las explosiones.

—La guerra acabará algún día... —insistió la maestra, y se la quedó mirando directamente a los ojos. Luego retomó el hilo—: Pero tus problemas no se acabarán con la guerra. No los resolverás hasta que no seas valiente y fiel a ti misma.

Héléne sintió una descarga en todo el espinazo. Después se apoyó contra el muro y se durmió entre sueños reconfortantes: vivía en Reims, en un piso propio, y cada vez que los alemanes bombardeaban la ciudad, su marido —alto, moreno, fuerte— la rescataba y la bajaba en brazos al refugio, y ella se quedaba dormida plácidamente, abrazada a sus rodillas.

A media mañana, el gendarme que la había conducido a las bodegas la sacudió y la devolvió a la realidad.

—Han dejado de disparar. Ahora podremos salir afuera; su padre vendrá a buscarla.

—¿Mi padre?

—El propietario de las bodegas la ha reconocido y me ha pedido que avisara a su padre. Era mi obligación.

Tenía la cara llena de sangre y se dio cuenta de que había dormido abrazada a la pierna herida de Juliette, que la miraba con una sonrisa apacible en los labios.

—*Sois courageuse. Prend des risques!* —le gritó cuando ya empezaba a subir las escaleras.

Camino de Épernay, el propietario de Champion conducía atento a las indicaciones de los controles de carretera. Héléne se adormeció en el asiento de atrás. Mi bisabuelo no dijo nada en todo el trayecto de vuelta. Solo una vez en casa, cuando ya no había testigos, tuvo un ataque de cólera.

—Pero ¿qué demonios buscabas en Reims? ¿Es que tienes serrín en la cabeza? ¿Acaso no sabes que estamos en guerra? Si no te llegan a bajar a las bodegas, ¡estarías muerta!

—Quería ver qué había pasado en la fábrica.

Su padre no entendió nada. La hija más rebelde, la que con veinte años recién cumplidos siempre hacía lo que le daba la gana y que nunca se había interesado por nadie de la familia, ¿se preocupaba ahora hasta el punto de entrar en la ciudad en pleno bombardeo alemán? No daba crédito a las palabras de su hija y, además, se sentía conmocionado por el incendio de la fábrica, pero aun así dictaminó:

—Mañana salís todos para Cassà. Yo me quedo para ver qué puedo salvar.

JO

Acostumbrada a la austeridad de mis bisabuelos, Angèle no tuvo problemas para adaptarse a Cassà. Se quedaba con Agnès mientras terminaban las reformas de la casa de la carretera. Al principio, el olor a col hervida de la casa le parecía nauseabundo; en la sopa de la tía había más repollo que otra cosa y la preparaba todos los días. Por la noche, cuando volvía de la fábrica, las calles tenían el hedor de la previsible cena, que se mezclaba con el olor del corcho hervido, y era como si en todo el pueblo no se comiera más que aquel guiso con mucha col y muy poca carne. En Reims, las calles no olían a comida, o quizás no se hubiera fijado nunca.

Llevaba un mes viviendo en Cassà cuando una tarde descargó una gran tormenta. Al salir de la fábrica en obras, vieron que el torrente que pasaba junto a can Paró se había desbordado y el agua había convertido la carretera en un río. Volvieron a casa por el centro, por las Barraquetes, la plaza de la Coma y la calle Mayor. Después doblaron por la capilla del Roser y bajaron por detrás, pegados a sus muros. Caminaban deprisa, y nada más enfilar la calle Avall, un viento muy frío les azotó la cara. Angèle percibió desde lejos el olor del caldo de Agnès, y por primera vez lo asoció al confort de volver al hogar. Tenía que reconocer que la casa de Agnès estaba limpia, ordenada, y era de una dignidad incuestionable. Y era el lugar donde había nacido su padre.

Solo echaba de menos a sus amigas y los paseos por las Promenades y por la Place Drouet-d'Erlon. Agnès tenía tres hijas: las dos mayores, Elena y María, eran más o menos de su edad, pero muy monjiles, y apenas se relacionaban socialmente; la pequeña, Rosita, acababa de cumplir diecisiete años. Angèle no imitó nunca el color negro de las ropas de sus primas y de las chicas de Cassà; siempre vestía con colores vivos y no pasaba desapercibida.

Ocho días después del incendio de la fábrica, mi bisabuela Joana, Yvonne y Hélène viajaron a Cassà y se instalaron ya en la casa nueva, a punto de inaugurarse. En cuanto llegaron, las chicas de la familia Oller empezaron a relacionarse con los Trinchera y los Figueres Oller, que eran parientes lejanos. Y cuando Angèle pudo entrar en las primeras casas que no olían a col hervida, sufrió nuevas decepciones: ahora le repelía el hedor rancio y viciado de los costureros donde se encerraban a charlar las mujeres, mientras los chicos y los hombres se quedaban en la sala. Si las invitaban a merendar, nunca servían té, sino chocolate o limonada, que Angèle detestaba. Y también se sentía incómoda porque mi bisabuela Joana le había prohibido fumar fuera de casa.

Al cabo de pocas semanas, *las francesas* ya habían sido invitadas a todas las casas elegantes de Cassà. Tres chicas solteras recién llegadas de Reims eran una novedad excitante incluso para las familias cuyos hijos hablaban idiomas y pasaban largas temporadas estudiando en el extranjero. Los adultos calculaban las posibilidades de emparejamiento para sus retoños; los más jóvenes apreciaban que una cosa era conocer de lejos a las chicas de París, de Londres o de Ginebra, y otra muy distinta tenerlas tan a mano, en versión original y por triplicado.

Los Figueres vivían en una gran casa modernista de la calle Mayor con sus seis hijas: la mayor tocaba muy bien el piano y, como Angèle tenía buena voz, hacían duetos en las sesiones que organizaban los jueves por la tarde. En la parte trasera de la casa destacaban unas rejas modernistas con hojas de higuera muy bien trabajadas, en alusión al apellido familiar. Servían para separar el jardín de la fábrica de tapones. Esta contaba ya entonces con un centenar largo de trabajadores y una delegación muy reputada en Nueva York, que ocupaba una manzana entera en Wall Street. Al otro lado de la reja se situaba un porche con la caldera y cinco bodegas para guardar corcho húmedo, una práctica muy habitual en la época, que mantenía las planchas flexibles

pero que producía un tufillo a mohó muy desagradable. Más allá estaban las naves donde trabajaban los carradores y los seleccionadores, con grandes ventanas que proporcionaban la luz necesaria para las tareas más delicadas.

Un lector leía en voz alta novelas y periódicos a los operarios, que le escuchaban con atención mientras repetían mecánicamente los gestos que habían aprendido desde niños. Una vez a la semana, los jueves, a media tarde, la lectura quedaba interrumpida por las notas del piano de las Figueres, que se escapaban por las ventanas de la casa y se propagaban por la fábrica montando un sarao considerable: los hombres gastaban bromas subidas de tono y las mujeres soñaban que algún chico las sacaba de aquel pabellón y se las llevaba a los aposentos de arriba, con sus elegantes revestimientos de pino melis rojo de Crimea, que a Angèle le recordaban la mansión de los Duprés en Rilly-la-Montagne.

En una de esas veladas musicales, Angèle se fijó por primera vez en Joaquim, el hijo mayor de los Nadal, que era muy refinado, había estudiado en Ginebra y viajado por media Europa con sus compañeros de curso, todos hijos de multimillonarios. Joaquim — mi abuelo paterno— vestía como un *dandy*, jugaba al tenis, conducía, sabía dar conversación, hablaba varios idiomas, era encantador con las chicas y, en aquella época, se hacía llamar Jo.

Durante esas primeras tardes en Cassà, Hélène se mostraba más contenida de lo habitual y le costaba integrarse en las conversaciones. En un rincón, desde lejos, Yvonne también observaba el ambiente, se reía y echaba de menos a sus amigas francesas. En cambio, Angèle estaba encantada. Cuando Jo se le declaró, olvidó de golpe a los Duprés y la casa de Rilly; a los pocos días, se presentó ante mi bisabuela Joana y fue muy categórica:

—Tienes que escribir a papá y pedirle su consentimiento. Los Nadal nos invitarán a su casa antes del verano para que hagamos oficial el noviazgo.

Aunque Angèle no lo sospechaba, mi bisabuelo llevaba tiempo con la mosca detrás de la oreja sobre el cortejo del joven Nadal. Así que se había informado a conciencia y no encontraba la mínima objeción a emparentarse con uno de los principales proveedores de corcho de los grandes taponeros del Empordà: los Nadal compraban con años de antelación la producción entera de grandes propietarios de Castellón y de Extremadura, y cuando nadie tenía corcho de calidad, ellos siempre podían pelar; y también eran fabricantes de tapones en Gerona, en un edificio de la carretera de Barcelona que muchos años después se convirtió en un colegio femenino de las monjas carmelitas.

Cuando recibió la carta de su mujer, mi bisabuelo se quedó encantado y decidió viajar a Cassà para dar personalmente su bendición al noviazgo. Era la primavera de 1916 y, por primera vez en treinta años, Francisco Oller volvía al pueblo.

EL REGRESO A CASSÀ

Lo recogieron en la estación de Gerona y llegó a Cassà un poco *antes* del mediodía.

No sintió ninguna emoción. Treinta años de ausencia no le producían nostalgia ni un sentimiento especial. Siguió inmutable cuando abrazó a Agnès, la hermana a la que quería con locura, y luego al hermano pequeño Joan y a su cuñada María. Tampoco sintió nada cuando subió al piso de arriba de la casa de la calle Avall y abrió la habitación de matrimonio, que habían conservado igual que estaba la noche en que murieron su madre y Menna. Echó un vistazo, pero cerró la puerta y bajó precipitadamente las escaleras, por prudencia: llevaba años entrenándose para ese momento y sabía que no podía dejarse arrastrar al pasado.

Tampoco le decía nada el olor a corcho hervido que se extendía por el pueblo ni la vista tan cercana de los bosques de alcornoques de las Gavarres. Ni saboreó ninguna sensación de victoria o de venganza cuando, después de comer, se dejó acompañar por toda la familia a tomar posesión de can Paró, la casa y la fábrica recién levantadas en la carretera de Gerona, en la esquina del paseo Vilaret.

Hasta que a media tarde se decidió a llamar a una puerta que recordaba mejor que la de su propia casa. Salió al paseo por el jardín y, sin tiempo de mentalizarse, empezó a subir por la calle de las Barraquetes. Se detuvo frente a la casa, recién blanqueada, y no dudó; un impulso le animaba como a un autómata. Colocó ambas manos sobre los batientes macizos que de niño había ayudado a cerrar tantas veces, cuando se quedaba a dormir allí. Habían quitado la barra y, al empujar, cedieron. Se quedó quieto, en el umbral. Acto seguido, aspiró el olor a corcho, dio unos pasos hacia el interior y gritó:

—¡Ah de la casa!

Nadie contestó.

Se quedó inmóvil un rato más, tratando de adaptar la vista a la oscuridad; quería reconocer aquel vestíbulo donde jugaban al escondite, detrás de los sacos de cuadros de corcho.

—¡Ah de la casa! —volvió a gritar.

Algo se movió detrás de él y una voz le sobresaltó:

—¡Has engordado como un cerdo!

Mi bisabuelo Francisco reconoció aquella voz y distinguió la silueta que se balanceaba en una mecedora. Fue el único momento de todo el día en que sintió que le flaqueaban las piernas.

—Siéntate —le ordenó Calau—. Detrás de ti hay una silla.

Palpó hasta encontrarla, se sentó y se pusieron a hablar como si no hubieran pasado treinta años y nunca se hubieran separado.

—Vuelves en mal momento a este maldito pueblo. Todos arrancan los alcornoques y plantan avellanos. Dicen que los alcornoques ya no dan nada.

—No saben de qué hablan. Hay avellanos por todas partes, pero los alcornoques crecen en pocos lugares: en la costa mediterránea de Italia y Francia, en el norte de África y, sobre todo, en Cataluña, Extremadura y Portugal.

—Joder, has vuelto muy sabio! ¿Y por qué no los plantan en más sitios?

—Han intentado introducirlos en países de clima templado, incluso en América y Australia, pero por allá no tienen paciencia para esperar cuarenta años a poder sacar las primeras planchas de corcho aprovechables.

La casa de la carretera le gustó. Era luminosa, tenía una buena galería y un jardín agradable. Mi bisabuelo inspeccionó las habitaciones y comprobó con satisfacción que la de matrimonio daba sobre el parque y el patio de la fábrica. Desde la terraza admiró dos palmeras altísimas y una mimosa, que en el mes de enero debía de perfumar todo el paseo; también le gustaron el naranjo amargo y dos árboles grandes que daban unos

frutos redondos, muy grandes, que años después los chicos vaciaban con mucho cuidado porque la grana picaba mucho y los convertían en castañuelas para repiquetear al son de alguna música; nunca supieron el nombre ni de los árboles ni de sus frutos y siempre los llamaron las castañuelas.

Al pie de la galería, un par de rosales rojos trepaban por la terraza hasta la habitación de los bisabuelos, y en el lado opuesto, dos glicinas magníficas se enredaban en una estructura de hierro que marcaba la frontera entre el jardín y la fábrica. En verano, los racimos de flores lilas formaban una cascada de una gran belleza y disimulaban la escalera que conducía al patio y al cuarto de los hervidores, con la enorme cisterna donde hervían las planchas para que fueran flexibles y maleables.

Mi bisabuelo echó un último vistazo al jardín y ya se disponía a entrar en la casa, pero se volvió hacia Angèle:

—Manda plantar una higuera de cuello de dama. ¡Puede que aquí sí pueda coger algún higo!

En el salón había una espléndida chimenea de mármol y la primera noche que durmió en casa el bisabuelo mandó encender un buen fuego de encina. Cuando la leña empezó a arder y comprobó que la chimenea no se atascaba, abrió una maleta y sacó dos vainas de obús, que medían cerca de dos palmos. En una, unas manos de artista habían grabado la silueta de la catedral de Reims; la otra había sido reconstruida sin ninguna ornamentación.

Mi bisabuelo se acercó al hogar, dispuso una vaina a cada lado del fuego, sobre el mármol, y anunció a todos:

—Mañana ordenaré a algún operario de la fábrica que las clave.

Eran las vainas de dos obuses alemanes que había rescatado de las ruinas de Reims la noche en la que el pelo se le volvió blanco, cuando, por unas horas, pensó que no reuniría fuerzas para volver a empezar. Desde ese día, aquellos dos artefactos destructores se convirtieron en un símbolo de la terquedad de los Oller y fueron tratados con más reverencia que ningún otro objeto de la casa.

LA FUGA DE HÉLÈNE

Durante unos meses, mi bisabuelo pareció encontrarse a gusto en aquella especie de tregua, lejos de Reims y de la guerra. Todas las mañanas visitaba las obras de la fábrica y comprobaba satisfecho que Angèle, que ya había oficializado su compromiso con Jo, había hecho un buen trabajo. Louis había regresado del internado de Toulouse y aprendía el negocio, al igual que Hélène. Ahora que los controlaba de cerca, había depositado grandes esperanzas en ambos: llevaba tiempo soñando con un gran enlace entre el mundo del corcho y el del champán y ya había echado el ojo a algunas familias de Reims. Mientras tanto, Yvonne tocaba el piano; aún era demasiado pequeña para provocarle quebraderos de cabeza. Después de visitar las obras, se encerraba en los cobertizos y controlaba personalmente a los seleccionadores, exigiendo a todos los operarios el rigor en el trabajo que había aprendido en Francia. Por la tarde, charlaba con Calau.

Había transcurrido un año desde el incendio, y en Reims apenas había trabajo; en Cassà, en cambio, la fábrica comenzaba a funcionar. Europa seguía bloqueada por la guerra y la sacudida que había sufrido la Maison Oller había sido terrible, pero las ventas empezaban a recuperarse gracias al incipiente mercado del Penedés y a las exportaciones a América. Mi bisabuelo empezó a pensar que Cassà necesitaba un buen encargado y, en la primavera de 1916, llamó a Joan Rich con la intención de que adiestrara durante unos meses a algún operario espabilado y lo preparase para el puesto. No podía sospechar ni por asomo que estaba llamando al mal tiempo.

El día de Todos los Santos, Joan Rich y Hélène se presentaron por sorpresa en su despacho y le confesaron que se veían a escondidas desde hacía más de tres años. Querían hacer oficial su compromiso. Mi bisabuelo se volvió loco de rabia: blasfemó, gritó, perjuró y les prohibió que volvieran a verse. Al final amenazó a su encargado con el despido. Joan no abrió la boca en todo el rato, pero al día siguiente su respuesta llegó en forma de carta de dimisión. Al cabo de un mes, el día de la Purísima Concepción, tomó el tren y se fue a París.

Hélène se sentía perdida y mi bisabuela le pedía tiempo para intentar suavizar la intransigencia de su marido, con la esperanza poco disimulada de que fuera su hija la que acabara por olvidar a Joan.

—¡Quiero casarme con él!

—No hemos pasado por todo lo que hemos pasado para casar a la hÿa con un encargado del pueblo.

—Joaquim también es de Cassà y has aceptado que se case con Angèle.

Mi bisabuelo la fulminó con la mirada. Ella se encaró con su padre.

—Estoy decidida. ¡Voy a irme a vivir con Joan!

—¡Ni hablar! Tendrás que elegir: ¡o él o nosotros!

Aquellas Navidades fueron tormentosas. Angèle procuraba crear un clima de normalidad y montó el primer árbol de Navidad de Cassà, lleno de velas y de campanillas traídas ex profeso de Francia. En Nochebuena asistieron juntos a la misa del gallo, pero al día siguiente, a la hora de los regalos, Hélène no bajó al comedor para abrir sus paquetes. Se pasó todas las fiestas encerrada en su habitación. En Año Nuevo, mi bisabuelo repartió *les étrennes*; Hélène tampoco se sentó a la mesa. Angèle subió a buscarla, pero aún la irritó más.

—¿No vas a bajar? Hazlo por tu madre; es el día de Año Nuevo.

—Siempre tan malditamente dócil y sensata. Nunca cambiarás —la interrumpió Hélène. Y, de repente, se acordó de Juliette, la maestra de las bodegas Champion. ¿Aún seguirían dando clases bajo tierra? ¿Habrían resistido los bombardeos las galerías excavadas por los productores de champán en el subsuelo de Reims? Envidió la

determinación de la maestra: «Sois courageuse, prends des risques!», le había dicho aquella noche bajo tierra. Se volvió hacia Yvonne, que acababa de subir y las miraba algo desconcertada:

—Cuando llegue tu hora, tú también sé valiente. ¡Arriésgate! —le dijo Hélène con rabia a su hermana pequeña. Ella ya había tomado una decisión.

Al día siguiente, huyó a París y se reunió con Rich.

Cuando se difundió la noticia de que Hélène se había escapado, todo Cassà dio por hecho que la cólera del bisabuelo Francisco sería el preludio de alguna decisión contundente que no se llegó a producir. Apenas alteró sus costumbres. Durante unos días se encerró aún más horas en la fábrica, y la víspera de Reyes se fue a Toulouse acompañado de Louis: Francia seguía en guerra y quería asegurar mejor la red de distribución a los clientes franceses para hacerles llegar los tapones que ahora fabricaba casi exclusivamente en la planta catalana.

La noticia también acabó llegando a Reims, donde causó un gran revuelo entre los más jóvenes y un sentimiento generalizado de solidaridad en el círculo de amistades de los Oller, que comenzaron a enviarles muestras de condolencia. Como si Hélène hubiera muerto, o como si hubiera contraído una enfermedad incurable.

Madame Besserat fue la primera en escribir, animando a Joana:

Recibid, tú y Cisco, nuestro sentimiento más sincero por esta situación tan dolorosa, que podréis superar con la dedicación a vuestros otros hijos. Pienso sobre todo en Angèle, que siempre os ha demostrado estima y obediencia y que pronto os dará nuevas alegrías con motivo de su boda...

Madame y Monsieur Mupoile eran más incisivos, casi fúnebres:

Querida Jeanne, ¡lamentamos por todos vosotros esta desgraciada aventura, porque nos damos cuenta del escándalo que debe de haber supuesto en vuestro pueblo! En estos momentos dolorosos pensamos en vosotros y os deseamos firmeza y coraje. Después de todo, una vez el mal ya está hecho, no se le debe dar más vueltas; dentro de un tiempo las cosas volverán a su sitio y todo quedará olvidado.

La fuga de Joan Rich también tenía consecuencias nefastas para el negocio, porque ya hacía meses que no había nadie al frente del almacén de Épernay y nadie velaba por la reconstrucción de la fábrica de Reims. Una vez más, el propio bisabuelo Francisco debía tomar el mando. Y a finales de enero, volvió a la Champaña.

CARTA A MI BISABUELA

Épernay, 30 de enero de 1917

Ma chère Jeanne:

Pocos días nos separan del momento en que Hélène, después de haber tenido tiempo para reflexionar mínimamente sobre el acto imperdonable que iba a cometer, no dudó en poner a su familia en una situación totalmente penosa.

Con su acto, ella ha renegado de la familia y, por lo tanto, es justo que a partir de ahora nosotros también hagamos todo lo posible por olvidarla. Estoy convencido de que tendrás el coraje para soportar más fácilmente esta terrible prueba si no olvidas que desde hace muchos años esta chica ha sido para ti y para sus hermanos una auténtica pesadilla.

¡Nunca ha desaprovechado la ocasión de demostrarnos su indiferencia! Cuando has estado enferma, en Reims, ha tenido contigo una actitud deplorable, al contrario de Angèle, que ha sido admirable.

Es, pues, absolutamente necesario que reaccionemos. Nos quedan tres hijos y muy pronto, cuando Angèle se case con su Jo, serán cuatro. Hagamos todo lo posible para que no sufran por culpa de la conducta de Hélène.

Te mando copia de la carta que le dirigí y de su respuesta y, como podrás comprobar, piensa casarse con Joan. En esto no hay deshonor, porque, siendo mayor de edad como es, es libre de hacer lo que quiera. Mientras no había traspasado el umbral de la puerta de la casa paterna yo hubiera hecho todas las concesiones para evitar este escándalo; una vez hubo partido, estimo que el mundo es suficientemente grande para que cada uno pueda vivir en él a su manera y haríamos mal si continuásemos envenenando nuestra existencia por su culpa.

En cuanto a mí, te puedo asegurar que, una vez superado el primer choque, me he levantado y vuelvo a entregarme en cuerpo y alma a los negocios, que gracias a Dios me absorben más allá de todo lo que puedas imaginar, y al mismo tiempo me dan bastantes satisfacciones y siguen constituyendo el núcleo central de mi vida, toda ella de lucha y de trabajo.

Estate convencida, querida Jeanne, de que tenemos que vivir días muy buenos y, sobre todo, no te prives de nada; nuestra posición está bien establecida, tanto para nosotros como para nuestros hijos. Solo nos queda una cosa por desear: que conservemos toda nuestra salud.

Deja que pasen los días y dentro de poco tiempo todo estará olvidado. Tu conciencia de madre puede estar bien tranquila, y la fuga de nuestra hija no manchará en absoluto nuestra reputación y menos aún nuestra honorabilidad.

Así me lo han manifestado los amigos Collet, Jobert, Kiefer, Robullol y Falguière, a los que he puesto al corriente para evitar que se enteraran de este suceso tan desagradable por otras personas.

Te aconsejo que, una vez Jo se haya ido a Extremadura para comprar corcho, vayas a pasar unos días a Barcelona con las niñas si te apetece. Transmite a la familia Nadal mis mejores deseos; un beso para Jo, Angèle e Yvonne, y guarda para ti mil besos de tu

Francisco

EL PISO DE PARÍS

Mi bisabuela Joana tardó un año en volver a tener noticias de Hélène. Solo los preparativos de la boda de Angèle la animaban a superar la tristeza de aquel invierno sola en Cassà, mientras su marido se instalaba en la Champaña para tratar de mantener la red de clientes de la empresa. El día de Reyes de 1918 recibió la carta de un amigo de la familia que se había entrevistado en París con la hija repudiada.

Chère Madame:

A petición de Cisco, os cuento la visita que hice a Hélène. Hoy por hoy, vive en casa de las chicas Valentín, en un apartamento donde ella tiene su propia habitación, y allí come con Joan, que trabaja en una fábrica de municiones. Traté de hacerle comprender desde todos los prismas el error que está cometiendo y la equivocación que fue huir de la forma en que lo hizo. Me respondió que la cosa no podía terminar de otra manera y que todo lo que se le pueda decir no servirá de nada: conocéis mejor que yo su carácter, por lo que su respuesta no os sorprenderá, de la misma manera que no me sorprendió a mí mismo. Me dijo que piensa casarse dentro de un mes y que trabajará dando clases de español, y cuando le aconsejé que esperara al menos algunos meses, para darse un tiempo de reflexión, me contestó que desde hace tres años ha tenido tiempo de sobra para reflexionar. En resumen, cuando la dejé le dije que, a pesar de la tontería que se dispone a cometer, tendrá la puerta de nuestra casa siempre abierta; estimo que para ella y para todos vosotros es mejor que no se encuentre abandonada y sola en esta Francia convulsa: seguramente vendrán tiempos en los que ella necesitará un apoyo o un consejo que quizás escuchará mejor de lo que acaba de hacerlo.

Es un final de año muy triste; dejadme que os desee que 1918 vaya mejor y que sea el año que nos aporte paz y victoria, lo que nos permitiría finalmente volver a reunirnos en Reims. Deseo a Angèle que no sufra por nada de lo que acaba de ocurrir y que sea pronto la bonne petite femme de su prometido Joaquim. Valor, pues, querida Madame Oller, y recibid el testimonio de amistad de mi mujer, que piensa a menudo en vosotros y os asegura su afecto más cordial.

Obligado, abnegado,

Ernest Kiefer

UNA HIGUERA ENTRE ESCOMBROS

Solo, en Francia, mi bisabuelo repartía sus días entre Reims y Épernay, dependiendo de la intensidad de los ataques alemanes: en la capital se quedaba menos tiempo, porque encadenaba semanas enteras de bombardeos; Épernay, en cambio, quedaba al margen de los combates diarios, aunque la ciudad también sufría algunas embestidas contundentes de los alemanes, que veían allí la clave para abrir la llanura de la Champaña y entrar directamente por el Sena hasta París.

El 28 de marzo de 1918, el Gobierno francés ordenó la evacuación definitiva de Reims y todos los civiles fueron conducidos lejos de la ciudad. Estaban a punto de desencadenarse los episodios más sangrientos de la guerra, los que habían de convertir Reims en la *Ciudad mártir* y el valle del Marne en un inmenso cementerio de jóvenes franceses, italianos, estadounidenses, británicos y alemanes.

Mi bisabuelo aprovechó la evacuación para volver a Cassà, certificar el final de las obras y bendecir con su presencia la boda de Angèle y Joaquim. En el pueblo se pasaba el día en la fábrica, y todas las tardes, a las seis, subía hasta su casa y se encerraba en el despacho con Calau.

Al cabo de medio año, cuando ya se había hecho a la rutina, recibió un telegrama: «Alemanes expulsados colinas de Reims. Stop. Baterías enemigas en poder cuarto y quinto ejércitos. Stop. Gran victoria de Francia. Stop. Os espero en casa. Stop. Kiefer. Reims, 6 de octubre».

Era la noticia que esperaba desde septiembre de 1914, cuando los alemanes expulsados de la ciudad se habían hecho fuertes con sus baterías en el este —en las colinas de Mont de Berru y Nogent-l'Abbesse— y el norte —en el cerro de Brimon—. Era el punto final a cuarenta y nueve meses de bombardeos de una crueldad inconcebible.

Esa misma tarde se despidió de Calau:

—Mañana vuelvo a Reims.

Dos días más tarde, a la hora del desayuno, mi bisabuelo leía los periódicos en el restaurante de la Gare de l'Est, en París, matando el tiempo para coger el tren. Las primeras páginas todavía destacaban la liberación de Reims y recogían las crónicas in situ de los primeros reporteros que habían entrado en la capital de la Champaña. Conocía perfectamente la dureza con la que la guerra había tratado su ciudad: él estaba allí y había sufrido en primera línea las consecuencias, pero los datos de los periodistas, uno tras otro, le conmocionaron: Reims fue bombardeada un total de 1051 días y las explosiones habían causado directamente la muerte de más de un millar de civiles, entre ellos más de cien niños; en tan solo siete días, la primera semana de abril de 1917, isus edificios y sus gentes recibieron el impacto de más de veinte mil obuses! Después de la evacuación, los últimos meses habían sido especialmente destructivos. Según las crónicas, al final del sitio, sesenta hectáreas de viviendas fueron devoradas por las llamas dentro del perímetro de la ciudad. De catorce mil edificios censados, doce mil habían quedado totalmente destruidos, dos mil más con daños parciales y solo dieciséis casas —idieciséis!— se habían salvado de la locura destructora de los bombardeos alemanes.

A las diez subió al tren, pero aún tardaron dos horas en salir de París, porque los convoyes que retornaban a las tropas desde el frente habían bloqueado la circulación. En la *gare* se había quedado estupefacto ante el póster gigante de la casa Michelin que colgaba del cristal del quiosco: «Les guides illustrés Michelin des champs de bataille». No salía de su asombro: eran guías turísticas de los escenarios de las principales

batallas del Marne. Y aún le había sorprendido más el reclamo publicitario de los editores: «855.000 ejemplares vendidos en siete meses en Francia, Inglaterra y América; colocados en una pila serían 6.940 metros, más de 23 veces la altura de la torre Eiffel».

Él tampoco resistió la curiosidad por aquellas malditas guías, y cuando finalmente salieron de París empezó a leer y descubrió que se publicaban desde hacía un año, en vísperas de la última gran ofensiva alemana, que había resultado la más mortífera de todas. También se vendían recorridos turísticos que seguían los itinerarios de la guerra; había diferentes propuestas, con salidas diarias desde París y con alojamiento en hoteles de las ciudades recién liberadas. De hecho, su tren hacía la ruta de uno de los circuitos recomendados. ¡No se lo podía creer!

Estuvo leyendo hasta Château-Thierry. Apenas hacía dos meses que la ciudad había sido liberada y los escombros eran el testimonio de la dureza de los combates. Metió la guía en la maleta y sacó la cabeza por la ventanilla, impresionado por los edificios que habían perdido las fachadas y dejaban al aire el interior de las viviendas, como en un inmenso decorado teatral. Las estancias todavía amuebladas exponían las interioridades de sus pobres inquilinos, que tuvieron que huir a toda prisa cuando comenzaron los bombardeos. Había comedores aún con las vajillas en los aparadores y con las mesas dispuestas para recibir a unos comensales que ya no llegarían; cuartos con las camas sin hacer, abandonadas por amantes que no sospechaban que el marco de su pasión quedaría a la vista de los desconocidos; cocinas que habían sido acogedoras y ahora mostraban el hollín de las chimeneas y la suciedad de las tuberías reventadas por el impacto de los obuses alemanes.

Cuando dejaron atrás ese escenario devastado, seguía asomado a la ventanilla del tren, intentando redescubrir con placer unos paisajes que amaba. Pero solo veía escombros: la iglesia de Mézy, la de Chartèves, los pueblecitos de las dos orillas del Marne, justo en el sector donde los alemanes habían conseguido superar el río en julio pasado, todo estaba destruido. Dormans estaba prácticamente arrasada, y al pasar por Troissy se dio cuenta de que el Prieuré de Binson también estaba derrumbado. Apenas seis meses antes, mientras evacuaba Reims, le había llamado la atención la elegancia de aquel conjunto monástico.

Entonces descubrió las primeras viñas y sintió que sus pulmones cogían aire. Los viñedos son el paisaje de la Champaña; nacen a una altura muy baja, a orillas del Marne, y trepan por las colinas calizas hasta una cota concreta, que mi bisabuelo no sabía definir: ¿la 240, quizás? ¿O tal vez llegaban a la 260? Esa cota superior es una línea casi continua en el paisaje, dibujada durante décadas por los agricultores, que marca el final de los viñedos y deja paso a los bosques de hayas y robles que coronan los cerros más altos. La Champaña es esa cota exacta que delimita el terreno donde se pueden cultivar las viñas de las que se obtiene la bebida más delicada y lujosa del mundo.

El tren tardó cinco horas en hacer un recorrido que, antes de la guerra, duraba poco más de dos. Cuando se detuvo en Épernay, mi bisabuelo no se bajó. Tenía malos presentimientos y quería llegar a Reims cuanto antes. Desde la estación veía los patios de las grandes empresas de champán de la Rue du Commerce y se preguntó en qué estado de ánimo encontraría a sus mejores clientes, que en los últimos embates de la guerra también habían sufrido el castigo de la artillería alemana con la estación ferroviaria como objetivo. Tras reanudar la marcha, también vio su antigua casa de la Rue du Donjon, que parecía haber resistido bien los ataques alemanes.

En Aÿ tuvo un segundo momento de placidez: el Marne serpenteaba suavemente entre riberas de fresnos, álamos y sauces llorones, su cauce delimitado por las grandes choperas; las aguas tenían ese azul pastoso de los sedimentos calizos que la lluvia arrastra desde las viñas. Las cepas ascendían por las colinas de piedra blanca en hileras larguísimas, bastante separadas para dejar paso a los caballos y a los arados romanos cuando labraban. Aquel octubre lucían unos rojos muy vivos, destacados con fuerza contra el suelo blanco de creta, que esconde el secreto de la hidratación exacta de las cepas. Ya entraban en el bosque de la montaña de Reims y a mi bisabuelo le asaltaron varias preguntas amargas: ¿habrá suficientes brazos para vendimiar? ¿Cuántas familias

se verán obligadas a dejar las uvas en las parras porque los hombres no habrán regresado con vida de la guerra?

Al otro lado de bosque, el tren volvió a salir en medio de viñedos cargados de racimos de uva madura, y cuando dejaron atrás Rilly-la-Montagne, mi bisabuelo descubrió la llanura de Reims a sus pies y vio las moles mutiladas de la catedral y de Saint-Remi.

El sol ya se ocultaba y se asomó a la ventanilla para ver la Rue Clovis, pero los tilos de las Promenades y los plátanos del puerto fluvial la ocultaban. Al bajar del tren, se sintió desorientado. La ciudad era un montón de escombros. Reconoció la Place Drouet-d'Erlon porque la fuente todavía estaba medio en pie y le sirvió de referencia. Corrió hasta ella pero había algo que no encajaba. Por fin supo qué era: habían desaparecido todos los arcos de las casas medievales.

Después dobló por Buirette y luego por lo que había sido la Rue Jeanne d'Arc. Se volvió a desorientar y caminó entre casas derrumbadas hasta la puerta de la catedral: estaba en la Rue Libergier y no se había dado cuenta. Le costaba respirar, pero siguió caminando. Pronto identificó una higuera detrás de un montón de escombros: era el jardín de su casa en la Rue Clovis. Pero la casa ya no estaba.

UNA JOVEN DEMASIADO MODERNA

Justo después de casarse, Angèle y Joaquim se instalaron con los suegros en el pequeño *château* a la francesa que mis bisabuelos Nadal levantaron frente a la estación del tren de Cassà. El edificio tenía tres plantas, coronadas por unas torres de ornamentos abarrocados, muy del gusto de la época, y estaba cercado por unos muros muy altos que le daban un aire de misterio a todo el recinto. Se entraba desde la zona de la estación por un portal de hierro que se abría justo enfrente de los tres escalones de la puerta principal.

El jardín, cubierto de piedrecillas, contenía muchas plantas para dar impresión de verdor, como marquesas y esparragueras, pero apenas había flores. Rodeando la casa por la izquierda, el camino de piedras conducía a la cocina y a la carbonera. Por la derecha, se ensanchaba bajo las escaleras de la tribuna, que no se usaban nunca. En un lateral había una pecera de piedra; los abuelos la terminaron vaciando cuando los niños empezaron a tirar piedras e hicieron la vida imposible a los peces rojos, que fueron a parar a la parte trasera de la casa, a un depósito de agua, justo debajo de unos cedros majestuosos que separaban el jardín del huerto. Al otro lado de los árboles había una caseta de herramientas, un molino de viento, el pozo, el tendedero y el huerto, con una higuera de cuello de dama y un caqui muy bien formado que daba unos frutos muy dulces desde mediados de octubre hasta después de Navidad.

Cuando inauguró la casa, mi bisabuelo Manel Nadal, el padre del abuelo Joaquim, estrenó unos zapatos de charol que, al pisar, provocaban un chirrido muy estridente; el ruido era tan molesto que llamó la atención de todo el pueblo, y a partir de ese día bautizaron a mi bisabuelo y la casa recién estrenada como can Xerric.^[2] Solo muchos años después, pasada la Guerra Civil española, el caserón de la estación comenzó a ser conocido como can Nadal, aunque los viejos de Cassà lo llamaban aún con el antiguo mote.

Angèle no se entendió nunca con su suegra. Mi abuela era independiente y estaba acostumbrada a mandar, pero en can Nadal no podía decidir nada sin el permiso de mi bisabuela Enriqueta, que también tenía un carácter importante. Eran dos gallos en un gallinero y no tardaron en picarse. Su suegra ponía mala cara porque Angèle fumaba, conducía, se vestía demasiado moderna e intervenía con criterio propio en las conversaciones de los hombres. Y sobre todo porque trabajaba fuera de casa, y cuando tuvo a sus dos primeros hijos, Josep y Francisco, los dejaba a cargo de la criada.

Salía de casa puntualmente a las ocho de la mañana y diez minutos después ya estaba en la fábrica. Allí recibía las instrucciones de su padre sobre las cuentas de la empresa y la correspondencia con clientes extranjeros, que ella despachaba con innegable eficacia. Esta era su rutina durante las temporadas que mi bisabuelo pasaba en Cassà, mientras la planta francesa estaba en reconstrucción; cuando Francisco volvía a Reims, la baba Angèle salía del despacho, asumía el control de toda la fábrica y su suegra ya no disimulaba su irritación. Joaquim las escuchaba y callaba.

Cuando Angèle salía por la puerta, mi bisabuela Enriqueta siempre refunfuñaba:

—Una joven casada no debería trabajar. ¿Quién cuidará de los niños cuando lloren?

—Ya le he dejado un biberón preparado a la criada.

Cuando bajaba a Cassà, el bisabuelo cultivaba las relaciones con los padres deo y pronto le cayeron muy bien; creía que los Nadal eran unos *señores*, incluso para sus criterios de la Francia del norte, y admiraba su éxito como comerciantes. Pero en las disputas domésticas siempre se ponía al lado de su hija.

—¿Qué has comido? —le preguntaba a Angèle cuando volvía al despacho después del almuerzo.

—Escudella, como siempre —contestaba ella con un deje irónico—. Ya sabes que siempre comemos caldo o escudella, salvo los jueves, que hay macarrones, y el domingo, que es el día del arroz.

—¿Y no has comido ningún bistec, ni buey ni ternera? —insistía él.

—No, papá, aquí no comen nunca carne —respondía, ahora ya completamente risueña.

—*C'est con, ces espagnols!* —protestaba indignado el bisabuelo, como si él no hubiera nacido en Cassà. Y llamaba a la criada, que trasteaba en la cocina, justo encima del despacho, porque la casa y la fábrica formaban una unidad monolítica.

—Prepárele un bistec a Angèle. ¡En este país nunca aprenderán a comer!

Y mientras esperaban el bistec, le dictaba una carta.

EN LA ESTACIÓN DE PERPIÑÁN

Estuvo callado todo el viaje, con los ojos cerrados. Las canas que le había dejado como recuerdo el incendio de la fábrica le enmarcaban esa cara llena de bonhomía que despertaba la unanimidad en su entorno: todos, amigos y clientes, encontraban al bisabuelo muy *charmant* y hablaban de él con devoción. Solo sus hijos desconfiaban de su rostro afable: sabían que si de repente se le tensaban los músculos de la cara, sus ojos se empequeñecían y endurecían su mirada hasta extremos insoportables. En cambio, si estaba de buen humor y sonreía, las cejas se le arqueaban hacia arriba, paralelas a la curvatura de los labios, y suavizaban aún más sus rasgos. Si estaba preocupado, apoyaba una mejilla sobre el puño cerrado y achicaba los ojos hasta reducirlos a una rendija imperceptible; entonces, su frente se ensanchaba y se llenaba de arrugas, componiendo un retrato a base de rayas horizontales impenetrables.

Era un gran hipocondríaco, seguramente por el trauma de la muerte de sus padres y de sus tres hermanos. Le daban pánico las enfermedades y siempre temió ahogarse en uno de sus ataques de bronquitis. Pero compensaba las dificultades respiratorias con una constitución atlética. Era alto, fuerte y corpulento. También muy elegante. Y, desde el primer encuentro, se metía a todo el mundo en el bolsillo.

Camino de Perpiñán, apoyado en el asiento del coche, con las cejas arqueadas hacia abajo, era difícil explicar el motivo de su irritación: siempre que pasaba unos días con Angèle volvía de buen humor. La hija mayor no era fuente de preocupación. Era una chica con carácter, con una pizca de genio que su padre entendía con complacencia porque era sensata, y en las decisiones importantes siempre le había obedecido. A mi bisabuelo no le habían sorprendido ni el empuje ni la eficacia con los que Angèle había levantado la fábrica de Cassà, pero ahora los pequeños Josep y Francisco empezaban a darle demasiado trabajo y sabía que no podría atarla mucho más tiempo al frente de la sucursal catalana. Pensaba en ello desde que había salido de Cassà.

En sus viajes de regreso a Reims, mi bisabuelo solía coger el tren en Gerona, pero aquella mañana, tras el bautizo del pequeño Francisco, había preferido que le llevaran en coche a Perpiñán para ahorrarse el transbordo en la frontera. Ya en la estación francesa, aún seguía preocupado por la necesidad de sustituir a Angèle. Se despidió del chófer, entró en el andén y cuando se disponía a subir al tren de París, se fijó en un grupo que lo miraba y en una chica que decía algo mientras señalaba hacia él. Estuvo un buen rato observándoles porque todos iban acicalados como si vinieran de una boda, pero después siguió caminando hasta su vagón, los perdió de vista y dejó de pensar en ellos.

GEBRÜDER VIDAL

Federico Vidal trabajaba como encargado en una fábrica de tapones. Cuando le llegó la hora de casarse, se fijó en Teresa Gros, que era la mejor costurera de chalecos de Cassà.

—Ándate con cuidado, que esta cose muy bien pero ni cocina ni sabe llevar una casa — le decían sus amigos.

Pero él estaba convencido de que llevar una casa no era tan difícil y que la chica aprendería rápidamente.

Tres semanas después de la boda, un día caluroso de agosto en que todos los vecinos habían sacado las sillas a la calle buscando algo de fresco, vieron que Federico salía de su casa y tomaba el camino de can Gros. Lo seguía Teresa, con un fardo al hombro. En cuanto los suegros abrieron la puerta, Federico, con toda naturalidad, les dijo:

—Os devuelvo a la muchacha. Cuando la hayáis enseñado a llevar una casa, me avisáis y la vendré a buscar.

Teresa volvió pronto con Federico y tuvieron dos hijos, Domingo y Toribi, que fueron buenos estudiantes y parecían encaminados a un futuro lleno de prosperidad. Sin embargo, el exceso de familias dedicadas al corcho y la fabricación de tapones en pequeños talleres caseros originó una gran crisis y arruinó a los pueblos de la comarca.

Los hijos estaban hartos de un país que se desangraba por conflictos permanentes y comenzaron a incubar la idea de la emigración. Primero se fue Domingo, que se instaló en Charleroi, y después probó suerte en Brujas y en Gante. Antes de partir, se hizo una fotografía con sus padres y su hermano: él parecía asfixiado por un traje que alguien le había regalado para el viaje; Toribi vestía una blusa catalana, de esas que eran como un medio delantal, y le miraba con tanta envidia que sus padres dieron por hecho que no tardaría en seguir los pasos del hermano mayor.

Toribi huyó cuatro años después, en 1913, para esquivar la convocatoria del ejército español, que en aquella época siempre terminaba con una buena temporada en el norte de África, de la que solo escapaban los que pagaban para obtener la licencia. Toribi no tenía dinero, aunque si lo hubiera tenido tampoco habría pagado, de modo que emigró a Alemania. El año que estalló la Primera Guerra Mundial entró a trabajar en la fonda de Aycart, un catalán que se había instalado en Stuttgart. La suerte quiso que su mujer, una suiza que no se adaptaba a la ciudad, convenciera a Aycart para volver a Ginebra; pero antes le alquiló la fonda a Toribi, que se apresuró a llamar a su hermano. Cuando los suministros eran más escasos, él y Domingo consiguieron que les mandaran unas botas de vino del Empordà y convirtieron la fonda en una bodega que pronto prosperó y a la que bautizaron con su apellido: Gebrüder Vidal (Hermanos Vidal).

En poco tiempo se vieron afianzados y pensaron que era hora de casarse, pero les preocupaba que todos los matrimonios de catalanes con chicas alemanas de los que tenían noticia habían fracasado; por más que se hubieran casado con buenas chicas, trabajadoras y simpáticas, todos sus amigos habían acabado separados o desgraciados. Así que escribieron a sus padres para pedirles que les buscaran un par de buenas chicas de Cassà. Domingo pudo viajar al pueblo para conocer a la pareja que le propusieron, pero Toribi no podía volver a España por sus problemas con el Ejército y tuvo que elegir por correspondencia. Sus padres vivían justo enfrente de los Jubert, que tenían cuatro o cinco hijas, y le propusieron una de las mayores.

—Esta ni hablar, ya la recuerdo y no me gustaba —se apresuró a contestar desde Stuttgart, alarmado—. En todo caso la pequeña, Quimeta.

La boda de Toribi Vidal y Quimeta Jubert se celebró en Perpiñán. El novio llegó en tren desde Alemania; la novia hizo el trayecto en el coche de línea, acompañada de Lluís, su hermano mayor, y del farmacéutico de Cassà, que actuaron como testigos.

Tras la ceremonia, acompañaron a los novios a la estación, para que tomaran un tren hacia Alemania. Mientras avanzaban por el andén buscando su vagón, la chica de los Jubert vio a mi bisabuelo, que también subía al tren de París, y alertó a los demás:

—¡El viejo de can Paró!

Y ni Toribi ni Quimeta pudieron intuir que, muchos años después, su hija María Teresa se casaría con Francisco Nadal, el nieto que *el viejo de can Paró* acababa de bautizar en Cassà, el mismo día que ellos se habían casado en Perpiñán.

EL FINAL DE LA VENDIMIA

La guerra había dejado en Francia una sociedad desmoralizada, con muchas dificultades para reponerse y recuperar la rutina. El mercado mundial del champán se había colapsado: antes de la guerra se vendían treinta y nueve millones de botellas en todo el mundo; ahora, solo diez millones! Pero los franceses habían decidido mirar hacia adelante. Los viñadores fueron los primeros en aprovechar su dependencia natural de las estaciones para reintroducir en el calendario algunas celebraciones discretas y tratar de olvidar la tragedia.

Cuando se iban a cumplir dos años de la firma del armisticio, el tercer domingo de octubre de 1920, los Besserat invitaron a Yvonne y a su mejor amiga, Charlotte, al Cochelet, la fiesta del final de la vendimia. Louis las acompañó en el coche del abuelo y, a la altura de Hautvillers, se encontraron ya con una caravana de carros cargados de uva camino de las bodegas. Los racimos eran de grano pequeño, de un dorado muy intenso, y rezumaban, aplastados por su propio peso.

Una vez abajo, en la llanura, tomaron el camino del Marne. Cuando llegaron a Aÿ, Madame Besserat ya las esperaba en la puerta del pequeño *château* para acompañarlas al cerro con las últimas cepas por vendimiar. Cuando subían toparon con un grupo de vendimiadoras que decoraban un carro con ramas de boj, hojas de parra y todo tipo de flores. Monsieur Besserat las saludó desde lejos con la mano y siguió ordenando los movimientos de los hombres que recorrían el viñedo hasta lo alto de la colina.

Al cabo de un rato, Edouard Besserat hizo una señal desde el extremo más alejado de la viña y las vendimiadoras lanzaron gritos de alegría: estaba a punto de terminar la vendimia del año. Una de ellas se subió al carro, tomó las riendas y golpeó dos veces el lomo de la yegua, que se puso en marcha encabezando lentamente la comitiva. En la cima, los hombres las esperaban para cargar los últimos capazos.

Cosecharon juntos las uvas que quedaban y la última cepa la dejaron para el patrón. Edouard Besserat cortó los racimos que despedían la temporada. Dos hombres cargaron el capazo hasta el carro y lo vaciaron entre nuevos gritos de celebración: llevaban seis semanas vendimiando en las viñas de Aÿ y Épernay y ya tenían ganas de regresar a casa.

Bajaron en grupo, rodeando el carro y cantando canciones picantes que hablaban de vino y de mujeres. Yvonne y Charlotte intercambiaban sonrisas maliciosas hasta que los chicos les dedicaron una estrofa, ellas se ruborizaron y se rezagaron, cogidas de la mano, al final de la comitiva, para esconder su turbación.

En el patio de la casa les esperaba una comida generosa con la que bebieron todo el champán que quisieron. Al anochecer aún seguían bebiendo y bailando. Aquella era la primera fiesta desde la guerra y les parecía que, mientras sonara la música, la paz estaría asegurada. Las dos chicas seguían entre risueñas y excitadas, pero no se soltaron en toda la fiesta, conscientes de que ya eran unas señoritas y debían contenerse.

COMIDA EN EL CÍRCULO

Una vez terminada la guerra, la retórica francesa no escatimó elogios a la *Ciudad mártir* de Reims, pero la reconstrucción fue muy lenta: las declaraciones oficiales no contagian su ritmo a la realidad *sur place*. El restaurante del Círculo fue el primero en volver a abrir sus puertas; se llenó de productores de champán que no podían recibir en casa porque la reconstrucción de sus mansiones también iba lenta debido a la falta general de suministros. Cuando regresó del viaje a Cassà, en febrero de 1921, mi bisabuelo invitó a Louis a comer al club.

—He encontrado bien a la familia, aunque Angèle está un poco delgada. Tu hermana tiene mucho trabajo con los dos niños, sobre todo con el pequeño. Francisco es muy aficionado a *hacer música*. Me he dado cuenta de que Angèle no podrá seguir cuidando de mis intereses; y Joaquim tampoco, ya tiene su propio negocio.

Louis se puso en alerta. Quería descubrir adónde iba a parar ese preámbulo, pero mi bisabuelo fue directo al grano:

—En consecuencia, las cosas no marchan tal como yo había previsto; de hecho, marchan mal. Los jefes de sección hacen lo que pueden, pero tenemos mucho personal y a mi pequeño estado mayor le falta un jefe supremo que le transmita las órdenes. A mi lado, tú has tenido un buen aprendizaje; me parece que ya estás listo para asumir la dirección del negocio en Cataluña.

—¿Qué quieres decir? ¿Yo? Soy más útil en el despacho de Épernay. Aquí está el cerebro comercial de Oller; en Cassà solo se fabrica.

—Si sigo con los negocios, la fábrica de allí abajo está llamada a tener cada vez más importancia. A partir de ahora, nos ocuparemos en serio de los aglomerados. Durante estos días en Cassà, ya he visto a los proveedores y hemos establecido las principales líneas para una pequeña instalación. Otro argumento para no quedar apeados de los cambios que se producirán en la fabricación. Todo ello me ha llevado a decidir que has de salir urgentemente para allá.

El tono imperativo de mi bisabuelo desarmó a Louis.

—Si cambio Reims por Cataluña, nunca conoceré a los clientes...

—Aún eres demasiado joven para tratar directamente con ellos. Pero tranquilo, no perderás el contacto ni con Épernay ni con Reims: cuento con que vengas a pasar un mes conmigo todos los años.

—No me gusta Cassà. Y no sé si estoy preparado...

—Todo este tiempo a mi lado te ha sido muy útil, aún no te das cuenta de todo lo que sabes. Yo te considero perfectamente cualificado..., siempre que no faltes a los principios y los métodos de orden, que son las condiciones primordiales de todas las empresas bien dirigidas.

Mi bisabuelo sabía cortar las réplicas y no le dejaba ni respirar.

—Te vienes conmigo a Cassà en Semana Santa y te pongo al corriente de las pequeñas cosas para que no tengas necesidad de recurrir a nadie; de hecho, preferiría que fuese así.

Louis hizo un intento desesperado:

—¿Y quién hará mi trabajo en el despacho?

—Yvonne. Puede arreglárselas sola —le interrumpió mi bisabuelo mientras salían del Círculo.

Cuando se subía al coche empezó a llover.

—En Cassà también llovió toda la semana —fue lo último que le oyó decir Louis cuando ya arrancaba en dirección a Épernay.

Louis no tuvo más remedio que hacer caso a su padre y en la Semana Santa de 1921 se trasladó a Cassà para hacerse cargo de la planta catalana. La calma no duró: antes

de Navidad ya empezó a quejarse; en los primeros meses de 1922 expresó abiertamente su desacuerdo con la gestión paterna; y para la Semana Santa siguiente, cuando cumplía un año en Cassà, le escribió una carta larguísima, llena de reproches y desconsideraciones. La réplica de mi bisabuelo, a primeros de junio, fue demoledora.

Querido Louis:

Te devuelvo tu carta para que aquí, en mi casa, no quede ni el más mínimo rastro de ella. Su contenido, en conjunto, está totalmente fuera de lugar. Me gustan las personas inteligentes, pero me horrorizan las demasiado inteligentes y excesivamente pretenciosas porque, imbuidas de esa superioridad, generalmente, todas ellas fracasan.

Yo me contento con mi inteligencia mediocre, que, partiendo de cero, me ha bastado para levantar un gran negocio y sacar adelante una familia numerosa. Debes saber, querido Louis, que, para triunfar en los negocios, el factor suerte no existe y, en cambio, el esfuerzo, el sentido común, la rectitud, la diplomacia y la perseverancia son factores indispensables; me sabe muy mal constatar que tienes estas cualidades totalmente aniquiladas por culpa de un orgullo desmedido.

Tus atribuciones en Cassà están bien definidas y considero que, en vez de perder el tiempo largándome discursos, que desgraciadamente confirman los defectos que te señalo, harías mucho mejor en tenerme siempre al corriente en lo que se refiere a la gestión general de la empresa.

De esta manera demostrarías ser un chico que madura y yo me sentiría orgulloso de ello, tanto por ti como para mí mismo.

Te mando muchos besos y los mejores deseos de diversión para la fiesta mayor.

Cuando Angèle se quedó embarazada por tercera vez, mi bisabuelo se apresuró a reiterar el ofrecimiento que le había hecho cuando compró la finca de Cassà:

—Venid a vivir a can Paró.

Angèle se confesó a su hermana pequeña, Yvonne:

—Nunca me acostumbraré a la casa de los padres de Joaquim. ¡No puedo ni mover una silla sin pedir permiso!

En esta ocasión Joaquim aceptó la oferta: Josep y Francisco habían nacido en can Xerric, la casa de mis bisabuelos Nadal. Cuando nació la tercera, Conxita, ya se habían trasladado a can Paró. Allí se concentraron en educar a una familia numerosa, sin restricciones de espacio, porque los bisabuelos Oller pasaban la mayor parte del año en Francia y no interferían en su vida doméstica. Mientras tanto, Joaquim trabajaba en el negocio de su padre; compraba grandes partidas de corcho de las Gavarres, Extremadura y Castellón. Y se ganaba bien la vida.

LOS VIAJES

Mientras Europa se recuperaba de las heridas de la guerra, a comienzos de los años veinte la Maison Oller aprovechaba la ventaja que había adquirido cortando los tapones en Cassà y centralizando su comercialización en Reims. Combinaba el sello de calidad del corcho catalán con la marca francesa y así se le abrían todas las puertas de la Champaña. La compañía también sacaba un buen provecho de la diversificación que mi bisabuelo había impulsado: fabricaba tapones de una sola pieza para las grandes marcas y aglomerados para las casas que apreciaban más el precio que la calidad. El negocio marchaba bien a ambos lados de la frontera y los impresos de Oller and Co., Fabrique de Bouchons à Champagne reproducían por primera vez la doble sede del negocio: «Maison de production: Cassà de la Selva (Catalogne). Usine électrique — Maison de vente — Bureaux: 14, Rue Lecointre, Reims».

Poco a poco, mi bisabuelo fue sintiendo que las cosas volvían a su sitio, retomó esa rutina metódica y ordenada que había practicado desde que echó raíces en Francia y decidió recuperar otra vieja costumbre que la maldita guerra había interrumpido. Todos los veranos, durante la última semana de junio, mandaba a su mujer y a los hijos de vacaciones a la costa de Bretaña y él emprendía un viaje de negocios que lo llevaba lejos de Reims. Durante tres o cuatro semanas, a veces hasta finales de julio, visitaba a clientes y representantes del norte de Italia y Alemania, los dos primeros destinos de sus exportaciones, o se embarcaba para reunirse con colegas de Nápoles, Palermo y el norte de África. Siempre le acompañaba Mademoiselle Frouchard, Aimée, quien, una vez de regreso en Reims, se mantenía alejada de su vida y de sus círculos sociales y no reaparecía hasta el verano siguiente.

En junio de 1922, mi bisabuelo envió a su mujer a Cassà con Angèle mientras él y Aimée embarcaron en Marsella en L'Etoile d'Orient, un barco que durante cinco semanas les llevó a Egipto y a Tierra Santa.

Los dos primeros días de travesía los pasó encerrado en el camarote. Sufrió un ataque de bronquitis, tenía unas décimas de fiebre, llovía y el barco no paraba de moverse. Las quejas que le había hecho llegar Louis antes del viaje le habían acabado de poner de mal humor. Al mediodía de la tercera jornada, cuando ya habían cruzado el estrecho de Messina y navegaban en mar abierto, el viento se calmó y un sol espléndido lo animó a levantarse. Mientras subía las escaleras del brazo de Aimée, se sintió tan ligero como en los primeros años, cuando inauguró el placer de los cruceros furtivos.

Una vez arriba, salió a la cubierta de babor y el sol le deslumbró. Usó la mano como visera y parpadeó varias veces, intentando acostumbrar su visión a la intensa luz exterior. Mientras aún no veía nada, una voz le sobresaltó:

—¿Francisco?

Aquella entonación femenina le pareció familiar, pero no logró asociarla a una cara; los ojos todavía se negaban a abrirse y se puso nervioso.

—Pero... ¿eres tú, Francisco? ¿Qué haces aquí? ¡Qué raro! Joana no me dijo nada sobre este viaje...

La mujer de voz conocida hablaba tan deprisa que mi bisabuelo se mareó. Estuvo tentado de darse media vuelta y volver a la cabina, pero se limitó a bajar la mano y frotarse la cara. La vista se le fue aclarando y la cara inquisitiva de la mejor amiga de mi bisabuela Joana tomó forma ante él.

—¿Madame Mupoile?

—Pero ¿qué haces aquí? —repitió ella en un tono indignado.

Mi bisabuelo se alisó la camisa, recuperó las buenas formas y se puso muy serio:

—¿Y usted? ¿Qué hace usted aquí?

—¿Yo? —preguntó, descolocada, Madame Mupoile—. Vamos a visitar las pirámides. Viajo con mi marido.

—¡Pues yo estoy en viaje de negocios y viajo solo! —afirmó rotundamente mi bisabuelo. A continuación, ofreció el brazo a Aimée, hizo un pequeño movimiento con el sombrero y se despidió:

—Salude a su marido de mi parte. Madame... —Y se alejó solemnemente por la cubierta, con su amiga colgada del brazo, dejando a Madame Mupoile con la boca abierta.

Ningún miembro de la familia conoció nunca a Mademoiselle Frouchard. Solo una vez Yvonne la vio de lejos, en el puerto de Marsella. Al regreso de un viaje a Portofino, se había acercado hasta allí para despedir por sorpresa a mi bisabuelo, que embarcaba con destino a Nápoles. Cuando le vio llegar con una mujer elegantísima colgada del brazo, la sorprendida fue ella: era tan alta como mi bisabuela Joana, pero mucho más delgada; se cubría la cabeza con un sombrero de paja, con una cinta blanca; y vestía una blusa del mismo color, abrochada sobre unos senos poderosos pero nada exagerados; la torera que llevaba también era blanca; el pantalón, beige, ancho de caderas para abajo, pero muy pegado a la cintura, ceñida por un cinturón grueso de piel marrón.

Mezclada entre la muchedumbre del muelle, Yvonne se acercó al barco y observó a la pareja mientras subía por la pasarela. Aimée se volvió un instante; Yvonne le vio la cara: pómulos redondos, ojos claros —quizás verdes—, pestañas largas, cabello castaño, con rizos colgando sobre las sienes y mucho más corto por detrás. Llegó a distinguir un collar de nácar sobre el pecho y también le pareció que tenía dos lunares en el cuello. Yvonne estaba confundida y fascinada a la vez. No sabía quién era esa chica que no se parecía en nada a las mujeres que ella conocía. Sus gestos y andares denotaban una mujer madura y de buena familia, pero en la cara había vislumbrado la independencia y la viveza de una joven parisina, tal vez una intelectual o una artista. Aimée desapareció a bordo del barco y nunca más nadie de la familia volvió a verla ni supieron nada más de ella.

«TUYO HASTA LA MUERTE»

Mi bisabuelo y Aimée volvieron a embarcarse el mes de junio siguiente en Marsella, con la excusa innecesaria de un congreso de productores de corcho que se celebraba en Argel. El calor era insoportable: asistieron a la cena inaugural, visitaron un par de arboledas de alcornoques acompañados por grandes propietarios forestales de la colonia y el tercer día volvieron a hacerse a la mar.

El barco de vuelta les llevó a los puertos de Túnez, La Valeta y Nápoles. El día de San Pedro desembarcaron en Génova y mi bisabuelo tomó un tren hasta Perpiñán. Desde allí hizo que le llevaran en coche a Cassà, donde se encontró con que Louis estaba de viaje y se alegró. Le duraba el buen humor del crucero y no tenía ganas de pelearse. Hacía semanas que, por su parte, Louis había tomado una decisión, pero tampoco tenía ganas de enfrentarse cara a cara con su padre. Todavía no. Alargó todo lo que pudo el viaje por Portugal y el norte de España. Esperaba que mi bisabuelo estuviera de vuelta en Francia para cuando él regresara a Cassà; cada tres o cuatro días escribía a Joaquim, pero su cuñado no era consciente de que la tensión entre padre e hijo había llegado al límite y era lento en sus respuestas.

Louis se lo reprochaba amargamente desde Gijón el 14 de julio de 1923:

Monsieur Joaquim Nadal, fabricante, Cassà de la Selva.

Me sorprende mucho que no me hayas dirigido cuatro líneas a casa del señor Sampetro para darme noticias de Angèle. Ya te telegrafíé desde Vigo y, por lo visto, mi mensaje debió de perderse. Creo que saldré el sábado por la tarde para Santander y San Sebastián y regresaré a Cassà el veintidós por la noche.

Mil besos de quien sabe reconocer tus infinitas cualidades. Tuyo hasta la muerte,

Louis, caballero de la alegre figura

El día de Todos los Santos de aquel 1923 estalló la segunda gran tormenta familiar: Louis desapareció de Cassà dando un portazo y sin dar explicaciones. Pasaron cuatro semanas hasta que escribió a mi bisabuelo una carta breve, apenas una veintena de líneas, para dejar claro que no quería vivir más en Cassà, que no pensaba volver, que no estaba dispuesto a trabajar a las órdenes de un padre déspota e intransigente y que tenía pensado establecerse por su cuenta. Le daba una dirección de un banco de Madrid para mantenerse en contacto, pero no daba pistas sobre dónde pensaba instalarse.

Mi bisabuelo ya se había acostumbrado a hablar por carta con su hijo y volvió a ponerse frente a una hoja en blanco; se imaginó la cara tensa y desafiante de Louis y escribió:

Querido Louis:

He recibido tu carta del 4 del corriente mes de diciembre. Has dejado la casa paterna porque ya no estás dispuesto a vivir bajo mi tutela y porque no has querido admitir que en toda organización es necesario un jefe que imponga su voluntad. No puedo concebir el funcionamiento de una organización comercial sin jefe.

De hecho, si no estabas dispuesto a admitir mis observaciones ni a seguir mis instrucciones, es natural que busques fuera una posición que te asegure una independencia absoluta. Te la deseo de todo corazón. El futuro nos demostrará cuál es el valor real de tus ilusiones.

Me aceptarás, espero, que siempre he hecho lo posible y lo imposible para tratar de satisfacer a mis clientes, pero eso no me impide recibir quejas y a veces reprimendas bastante desagradables, que encajo sin fruncir el ceño; no me creo con derecho a hacer lo contrario. Si haces seriamente

examen de conciencia y, sobre todo, si dejas de lado tu orgullo y tu vanidad, deberás reconocer que tu conducta está lejos de responder a lo que yo tenía derecho a esperar de ti. Y aún añadiré que tu cerrazón a no querer seguir mis instrucciones me ha dejado en muy mala posición en relación con algunos clientes.

Si alguna vez estás dispuesto a cambiar radicalmente de actitud respecto a mí, ya me lo harás saber.

En espera de ese momento, formulo votos sinceros para que tengas éxito según tus deseos y te pido que creas en mi afecto sincero.

Francisco

NOTICIAS DE LOS FUGADOS

Seis meses después de la fuga de Louis, en abril de 1924, mi bisabuelo recibió, con muy pocos días de diferencia, noticias de los dos hijos fugados. Primero recibió una carta telegráfica de Hélène desde París:

Querido papá:

Desde hoy tienes un nuevo nieto. Le llamaremos Francisco.

Mi bisabuela se indignó:

—Estas cosas es la madre quien debe saberlas primero. Esta chica no cambiará.

Su marido, en cambio, estaba contento. Hacía cinco años que Hélène y Joan Rich se habían casado, recién terminada la guerra, en la iglesia de Saint-Louis y en el Ayuntamiento de París. No les había acompañado ningún miembro de la familia pero mi bisabuelo les seguía los pasos con todo tipo de informes que se hacía enviar por sus amigos de la capital. Al principio recibía con pesar las noticias que situaban a su hija como secretaria en el Banco de Bilbao y a su antiguo encargado en una fábrica de coches reciclada para la fabricación de armamento. Pero ya hacía un año que Hélène y Joan habían montado un negocio de tapones para vinos tranquilos y para perfumes en la Rue Albert de París. En secreto, mi bisabuelo se sentía un padre orgulloso.

El nacimiento del nieto sirvió de excusa para abrir una pequeña puerta a la reconciliación. Informado por sus contactos de que el negocio de su hija necesitaba capital, mi bisabuelo mandó un pagaré muy generoso a París.

Al cabo de unos días recibió una carta de un proveedor portugués: Louis estaba en Lisboa e intentaba montar una fábrica de tapones para vinos tranquilos, con la vista puesta en el mercado de los productores de Oporto.

—¿Qué manía les ha entrado a nuestros hijos? Primero huyen de casa y luego se empeñan en fabricar esa porquería de tapones pequeños —comentó a su mujer mientras cenaban.

—De Hélène se podía esperar todo, pero Louis me desconcierta. ¿Y si no lo consigue? ¿Qué hará en Portugal si el negocio no le va bien? —preguntó Joana.

—No te preocupes, ya he teleografiado a mis contactos en Lisboa para que inviertan un poco de capital en su pequeña empresa. Y de paso nos tendrán informados. Más adelante le mandaré un emisario para que le haga volver. Mientras tanto, he convencido ajo para que venda su propio negocio y se ponga al frente de la fábrica de Cassà.

UNA CONVERSACIÓN A ORILLAS DEL TAJO

Ernest Kiefer era el amigo más íntimo de mi bisabuelo. Estaba al corriente de todas sus inquietudes empresariales y familiares, incluidas las extramatrimoniales, y una vez más fue el encargado de intentar devolver *le bon sens* y la concordia a los rebeldes de la familia Oller. Aprovechó un viaje de negocios algo forzado para citarse con Louis en Lisboa. Eligió el restaurante del hotel Avenida Palace, a pocos pasos del Tajo. En cuanto se sentaron, entró en materia:

—Tu padre cree que en Alemania hay un gran mercado para los tapones de Oller, porque las casas de vinos espumosos trabajan al límite. Y también piensa que habría negocios que hacer con los italianos.

—No hace falta ser un genio. Después de la guerra, los productores de toda Europa están sin reservas.

—Estas son las palabras exactas de tu padre: «Si ese pequeño canario de Louis estuviera aquí, sabría cómo ocuparlo encargándole las ventas en estos dos países. Pero con su lamentable orgullo español, no se moverá de su escondite portugués».

Louis se removió en la silla. Por la ventana vio un par de carruajes que pasaban por delante de los majestuosos árboles de la avenida Liberdade y enfilaban hacia el río. Desvió la mirada hacia un espejo que reflejaba dos cuadros con flores pintadas, blancas y rojas, colgados al fondo del comedor.

Tampoco le gustaron. Miró el plato. Se sentía incómodo, pero no hizo ningún comentario. Kiefer continuó con el relato de la visita que había hecho al bisabuelo, justo antes de viajar a Portugal.

—Cuando me fui de casa de tu padre pensé que resulta extraño oír a un viejo español orgulloso quejándose del orgullo español de su hijo. Pero te aseguro que salí convencido de que le duele tu ausencia y que solo espera que digas una palabra para hacer que vuelvas.

—Si de verdad me quiere a su lado, no sé por qué no me ofrece cosas más concretas. No sé a qué espera.

—Creo sinceramente que es el hijo quien debe dar el primer paso.

—Sabes que es un hombre imposible, que no está dispuesto a aceptar ninguna crítica. Todo debe ser siempre como él quiere.

—No es fácil cambiar a alguien que de la nada ha levantado un pequeño imperio. Si con esta proposición indirecta que te hago, concibes la idea de volver a casa de tu padre, solo tienes que decirme qué quieres hacer: escribirle tú mismo o si prefieres que yo le diga unas palabras...

Kiefer se echó hacia atrás. Miró el bigote ridículo que se estaba dejando Louis y sonrió. Después concretó:

—Tú tienes la palabra. Pero deja que te diga que, según el sentido común más elemental, estarías mucho mejor fabricando grandes tapones de champán en la Maison Oller de Reims que a orillas del Tajo produciendo tapones pequeños.

—¿Quién está al corriente de esta visita?

—Solo tu madre. Él no sabe absolutamente nada. Cuando fui a su despacho, escuché pero no abrí la boca.

—¿Y qué dice ella de todo esto?

—Sabes perfectamente que tu madre lamenta mucho que estés fuera. No se merece pasarlo tan mal; ya tuvo bastante con el asunto de Hélène. Bueno, solo me queda saber si te planteas volver.

—Necesito pensármelo unos días. Te escribiré cuando lo vea más claro, pero estoy en deuda contigo por todo este interés que te tomas en un asunto tan engorroso.

—Querido, informándote de cómo están las cosas cumplo con mi deber de amistad contigo y con tus padres. Ahora te toca decidir a ti. Ya me harás saber si debo moverme.

No habían pasado ni tres semanas cuando Kiefer recibió la respuesta de Louis. Las palabras escritas a orillas del Tajo por aquel joven impetuoso e impaciente activaron todas sus alarmas y se apresuró a escribirle una respuesta al hotel de Lisboa.

Querido Louis:

En cuanto he recibido tu carta he aprovechado la primera ocasión que se me ha presentado para hablar un poco más con tu padre. Ante todo, he deponerte en guardia contra el error que cometes si piensas que tu padre reconoce que se equivocó contigo y con todo lo que pasó en Cassà. Nada de eso: cree que las cosas son mucho mejores ahora, tal como están, aunque reconoce que tu cuñado Joaquim quizás haría mejor en empezar a trabajar por la mañana antes de las nueve o las diez. Si no queremos estropearlo todo, debemos dejar esta cuestión al margen. Fais-enton deuil.

Sin embargo, tu padre piensa que, si bien no hay razón para que vuelvas a Cassà, tampoco la hay para que sigas lejos de la Maison. Cree que si fueras a Reims podrías ocuparte de las visitas a los productores y también de los viajes a Italia y Alemania para buscar nuevos clientes. Debes saber también que tu padre te reprocha sobre todo que hayas elegido tus amigos en ambientes que no tienen ninguna utilidad desde el punto de vista de los negocios. Y aún es menos capaz de digerir que hayas comprado un automóvil sin habérselo consultado.

Te cuento todo esto para que conozcas bien su estado de ánimo y sepas, por tanto, dónde están los terrenos más resbaladizos que deberás evitar. Pero una vez más te aseguro que desea vivamente que vuelvas: bastaría decirle que, por tu parte, deseas lo y mismo para que todo se arregle.

Por cierto, no he juzgado oportuno contarle que nos habíamos visto en Lisboa; es mejor que crea que solo te he escrito esta carta después de la conversación que acabo de tener con él. Quedo a la espera de tu respuesta por escrito, que esta vez le entregaré, y cuento con que tu carta estará bien podada de reproches, tal como yo he procurado hacer en el mensaje de tu padre que buenamente te hago llegar a través de mis palabras en la carta que ahora estás leyendo. ¡Espero que pronto hayas tomado buenas decisiones!

No necesito decirte que estaré encantado si al final mi intervención puede haber sido útil y agradable para todos, viejos y jóvenes. En espera de todo ello y con la esperanza de que pronto ya no habrá lugar para estos malentendidos, te estrecha muy cordialmente la mano tu amigo

Kiefer

Louis desestimó todas estas advertencias y mandó enseguida dos cartas a Kiefer: una para él mismo y otra dirigida a mi bisabuelo. Entonces Kiefer decidió cortar en seco y posponer la operación de regreso de Louis a Reims. En esta ocasión le mandó una carta directa y contundente, que no admitía interpretaciones.

Querido Louis:

He dejado pasar unos días antes de contestar a tu nueva carta, porque quería tomarme el tiempo suficiente para reflexionar. Tras darle muchas vueltas y haberlo hablado con tu madre, que es de mi misma opinión, creo que de momento será mejor que te quedes donde estás. La carta que me enviaste para enseñar a tu padre estaba bien, pero la otra, la que escribiste para mí, contenía la verdad de tus sentimientos y me ha inquietado mucho.

Después de una última conversación que tuve con tu padre, he visto claramente que, si ahora volvieras, desde el primer día habría un malentendido terrible entre vosotros dos. Tu percepción no tiene nada que ver con la de tu padre ni con los motivos por los que le duele no tenerte aquí.

No discuto tus razones; en buena medida son correctas, aunque en parte están hipotecadas por el hecho irremediable de la presencia de tu cuñado en la Maison Oller de Cassà, que evidentemente ya es irrevocable y que el tiempo no hará más que confirmar. Esto quiere decir que, si un día vuelves a casa de tu padre, ya no podrás aspirar a ser su único dueño.

Pero dejemos de lado esta cuestión, que es propia de un futuro lejano, y pasemos a considerar lo que pasaría en cuanto volvieras a Reims: estaría el carácter de tu padre, que no habría cambiado; debes entender lo que esto significa, ya que tú volverías también sin admitir los errores de tu parte y con la falsa premisa de que deberías asumir desde aquí el mando de Cassà... Todo cosas imposibles.

Por otra parte, tu padre querría que en Reims escogieras a tus amigos entre aquellos que te podrían ayudar desde el punto de vista de los negocios; no tiene toda la razón, pero tampoco está totalmente equivocado. El solo piensa, bebe, come y duerme en función de los tapones y no podrá entender que puedas escoger a tus amigos inspirándote, en cierto modo, en cuestiones de simpatía, lo que sería muy legítimo; habrá nuevos choques. Esto será aún más inevitable si llevas una vida por encima de tus posibilidades; tu padre no te daría los medios que necesitarías, como tampoco da a su mujer los medios para vestir como le corresponde por su posición.

He aquí, mon petit Louis, la opinión de tu viejo amigo.

Con un fuerte apretón de manos,

Kiefer

Le había costado ser tan duro, pero se quedó más tranquilo. Tenía claro que era mejor que Louis permaneciera todavía un tiempo más en Lisboa, sobre todo porque estaba contento con su pequeño negocio portugués y nada le obligaba a precipitar las cosas. Louis debía entender que la fruta no estaba madura. Volver en aquel momento podría desencadenar una batalla que terminaría en una nueva ruptura, quizás la definitiva. Era mejor esperar, dejar que las aguas volvieran a su cauce, que los espíritus se calmaran... Con el paso del tiempo, puede que el chico se volviera algo menos impulsivo y quizás su padre se cansara un poco más de lo que ya estaba. El tiempo y el cansancio, he aquí lo que les podía terminar acercando.

LA FIESTA DE LOS PRODUCTORES DE CHAMPÁN

La víspera de Saint Vincent, las campanas de Épernay repicaron durante más de una hora, invitando a la gran fiesta anual de los productores de champán. El invierno estaba siendo muy frío, y aquella tarde del 21 de enero de 1925 soplaba un viento helado que entraba por el valle del Marne y atacaba de lleno el escenario del evento. Sin embargo, nadie pensaba en suspender la fiesta; ya la habían tenido que cancelar en 1911, el año de la revuelta de los campesinos contra los productores que compraban uva en el Midi, y también durante los cuatro años de la guerra. Ahora querían reafirmar que el país se recuperaba y necesitaban revivir la solemnidad de las mejores celebraciones.

A media tarde, cuando el sonido de las campanas se apagó, unas salvas de cañón anunciaron el desfile de las carrozas decoradas por las grandes *maisons de champagne*. Mis bisabuelos llegaron desde Reims cuando la charanga ya marchaba abriendo la comitiva, y también habían comenzado a desfilar los hombres de la archicofradía, que cargaban el tonel de vino joven destinado a ser bendecido en el oficio solemne del día siguiente en honor del santo patrón; ocho hombres se relevaban para transportarlo sobre dos travesados de madera, cortados con decoraciones de flores y de parras y con escenas de la vendimia y del oficio de los vinateros. Luego venían las carrozas de los productores de champán, que llevaban un acompañamiento de violines. Para quitarse el frío del cuerpo, la multitud bailaba al paso de las carrozas y bebía el vino que las bodegas obsequiaban a los aldeanos. Detrás, un grupo de jóvenes uniformados disparaban sus fusiles al aire.

La comitiva se disolvió a orillas del río, después de los fuegos artificiales, y la mayoría de los participantes se retiró a celebrar en la intimidad hogareña la cena en honor del patrón. Las autoridades, los productores de champán y las familias acomodadas, en cambio, se reencontraron en las cavas Mercier, que ese año acogían la cena y el baile de gala. Cuando entraban en la gran sala, mi bisabuelo cogió a Yvonne del brazo y le confió:

—Hay un chico que es perfecto para tu amiga Charlotte. Luego se lo presentaremos.

Aquella noche, sin embargo, el chico se fijó en Yvonne y no se abstuvo de hacérselo saber a todos. Ella se sintió halagada y empezó a mirarlo con simpatía, pero mi bisabuelo ya había tomado una determinación: el joven solo era bueno para Charlotte; para Yvonne tenía otros planes. Para sorpresa general, les negó el permiso para bailar, y todos sabían que cuando mi bisabuelo daba una orden, nada podía hacerle cambiar de opinión.

Yvonne se juró que no la verían llorar. Se tragó la rabia y se quedó toda la noche en un rincón, aturdida, mirando cómo bailaba la pareja. Charlotte, vestida de rojo, estaba guapísima; el chico la llevaba con elegancia y, cada vez que cambiaban de dirección, su melena pelirroja revoloteaba siguiendo las ondulaciones vigorosas de la música y los pliegues del vestido se abrían como los pétalos de una rosa. Yvonne cerró los ojos y se imaginó en un gran jardín de rosas rojas, muy tiernas, de terciopelo; aspiró el perfume generoso de aquel despliegue infinito de pétalos y sintió puñales clavándose por todo su cuerpo.

Cuando abandonaban la fiesta, las dos amigas se reían del pretendiente y de los planes de mi bisabuelo, pero Yvonne todavía estaba desconcertada por el incontrolado estallido de celos que acababa de sufrir.

Al día siguiente se formó una nueva comitiva en la puerta del hôtel de l'Europe, que había custodiado todo el año *le bâton de Saint Vincent*, La banda abría el cortejo y luego desfilaba el hotelero, que levantaba el bastón y marcaba el paso al acompañamiento de estandartes, de pendones y de imágenes del patrón. Los seguía la archicofradía de Saint Vincent, con los bodegueros y sus invitados, rodeando el tonel de vino joven, que ya había desfilado la tarde anterior a hombros de los portadores. En la cola del cortejo iban las autoridades civiles y militares, y al final, cerrando la procesión, las religiosas.

La comitiva se dirigió a la puerta de la iglesia, donde les esperaba el cardenal Luçon para presidir la misa solemne. Al pie del altar había un pastel enorme, custodiado por los pasteleros, que lo habían hecho por encargo de Henri Abelé; de esta manera, el champanero de Reims quería agradecer la protección de la divina providencia y también la solidaridad de los colegas siete años atrás, durante aquellos primeros días de la Gran Guerra en que los alemanes lo habían tomado como rehén.

En el interior del templo, los cofrades depositaron el tonel de vino joven al pie del altar, junto al pastel, mientras las autoridades ocupaban las primeras filas y la multitud que había desfilado llenaba la iglesia a rebosar. El cardenal bendijo el vino y el pastel y luego hizo un sermón recordando a las víctimas de Reims y de todos los pueblos del valle del Marne. También invocó a Saint Vincent, para agradecerle la buena añada y para pedirle una buena maduración de las botellas que acababan de almacenar en las bodegas de la región. A la hora de la consagración, el presidente de los productores de champán se acercó al tonel y con una pipeta extrajo el vino y lo vertió en el cáliz, que un diácono entregó al cardenal.

Cuando la misa se dio por terminada y el cardenal Luçon se retiraba a la sacristía, mi bisabuelo se levantó y avanzó con naturalidad por el pasillo central. Al pie del altar se detuvo, cogió el extremo que culminaba el pastel y se lo mostró a todos los fieles; con este gesto se comprometía a costear el pastel del año siguiente. Él también quería agradecer a la ciudad de Épernay la acogida que daba a su familia por segunda vez desde que llegó a Francia. El presidente de la archicofradía le estrechó la mano y él regresó muy lentamente hacia su banco, saludando con un cabezazo a los conocidos que le felicitaban con la mirada a ambos lados del pasillo. Joana e Yvonne, que ya se habían sorprendido cuando mi bisabuelo había aceptado acompañarlas a la procesión, aún seguían mirándose perplejas cuando el presidente de los productores de champán, acompañado de otros cofrades y de Henri Abelé, empezó a cortar las porciones del pastel para repartirlo entre todos los fieles, tal como mandaba la tradición.

LA CACERÍA DE FRESNES

Louis acabó claudicando. En la primavera de 1925 malvendió la fábrica de tapones pequeños de Lisboa y volvió a Reims. Pero lejos de bajar la cabeza, se presentó con el orgullo de haber plantado cara y con ganas de alzar la voz: si su padre le quería a su lado, le habría de aguantar como era. Compartían despacho en la fábrica y solían compartir mesa a la hora de comer, en la Rue Clovis, pero cuando se encontraban cara a cara nunca se entretenían con un *pourparler* cualquiera, como el tiempo tan extraño que hacía; ambos sabían que acabarían discutiendo por el trabajo y para ahorrarse tiempo iban directamente a los temas de confrontación.

—Estás acostumbrado a Angèle, que no te discute nunca nada, y no quieres abrir los ojos a la evidencia: hace tiempo que conduces el negocio en dirección equivocada. Lo que ganamos vendiendo tapones lo perdemos con el coste de la financiación.

A menudo, las discusiones subían de tono y pasaban largas temporadas sin hablarse. En estos períodos de incomunicación directa, se escribían cartas largas e impertinentes que depositaban en el buzón con el correo externo: todas las noches, cuando salía para ir al Círculo, mi bisabuelo elegía el itinerario que pasaba por la Rue Condorcet —Louis se había buscado un piso independiente— y frente al número 4, se acercaba al portal y depositaba su carta; al día siguiente, antes de cenar, el hijo pasaba por la Rue Clovis y dejaba la respuesta. La lentitud de esta forma de comunicación era exasperante, pero mantenían las apariencias intactas.

Para marcar terreno y, seguramente, también para molestar a su padre, Louis reanudó las relaciones con sus antiguos compañeros de instituto, algunos de los cuales empezaban a destacar como miembros del grupo Créer, y de su mano reapareció en las tertulias artísticas de la ciudad. De manera discreta, sin embargo, amplió su círculo; se hizo socio del Club Lion's y de algunos clubes empresariales, comenzó a frecuentar a los hijos de los grandes industriales de la región y, aunque nunca había ido de cacería y le horrorizaban los animales, en septiembre se dejó invitar a la fiesta de apertura de la veda en Fresnes. Suzanne Chapuis, la hija del banquero Chapuis, era la invitada de honor; Louis y sus amigos apenas la conocían, porque la chica estudiaba con tutores en su propia casa y era difícil verla en los ambientes juveniles.

Louis no disparó ni un solo tiro, pero la cacería le pareció bastante entretenida y provechosa: treinta liebres, cincuenta perdices y cuatro pichones. La comida fue espléndida: *les oeufs Nitchevo*, *le capcin en civet*, *les petits pois crevrottinés*, *le filet de boeuf Saint Aubert*, *les herbes de Saint Jean*, *la fresnoise chocolatée*, *fruits et desserts*. Y la sobremesa tomó caminos sorprendentes: la hija del banquero le miraba todo el tiempo. Suzanne tenía veinte años, era muy alta, tenía un cuello larguísimo y parecía de una timidez enfermiza, pero no dejaba de mirarlo y él también empezó a mirarla.

POSTALES DE NUEVA YORK

Desde que Louis volvió a casa y pasó a ocuparse de los clientes extranjeros de Oller, mi bisabuelo perdió la excusa de la visita anual a sus compradores italianos y alemanes. El verano de 1926, cuando llegó la hora del viaje con Aimée, decidió llevarla a América y organizó una visita a los Dausà, otros taponeros originarios de Cassà de la Selva que habían hecho fortuna al otro lado del Atlántico.

En cuanto salieron del puerto francés de Le Havre, mi bisabuelo oyó hablar en catalán en torno a una mesa de juego. La partida reunía a cuatro jugadores: un tratante de maderas, un comerciante de hierros y dos propietarios forestales. Los cuatro eran de Gerona y resultaron ser conocidos de Joaquim y Angèle. Mi bisabuelo les invitó a cenar; hacía tiempo que estaba curado de espanto y ya no le importaba que unos conocidos de su hija le vieran acompañado.

Al salir de la escala en el puerto de Southampton los volvió a encontrar en cubierta contemplando de lejos la ciudad que no habían ni pisado y luego les fue saludando en diferentes momentos de la travesía: se la pasaron jugando a las cartas, comiendo y fumando grandes habanos en el salón del barco, y de vez en cuando salían a cubierta a tomar el aire.

Cuando llegaron a Nueva York, les ofreció el coche que los Dausà habían puesto a su disposición. Se lo agradecieron, pero declinaron el ofrecimiento.

—Nosotros no boyaremos. Nunca boyamos. En el puerto, el barco se queda medio vacío y es muy agradable —se justificaron. Y mientras se alejaba, oyó que llamaban a un grumete, le daban un billete y le hacían un encargo—: Baja a tierra y compra un pliego de postales. ¡Esta tarde escribiremos a casa!

UN HOTEL EN LA FOSCA

Los viajes de mi bisabuelo a Cassà eran cada vez más frecuentes, pero no cambiaron su opinión sobre los catalanes: en esencia, Cataluña era un país pobre, sucio y tremendamente indisciplinado, y no tenía solución. Por el contrario, el paisaje rico en bosques de corcho le gustaba y también descubrió que en verano el clima era muy acogedor, sobre todo a orillas del mar. Desde que se acostumbró, todos los veranos, cuando volvía del crucero con Aimée, pasaba un par de semanas en la costa catalana. Sus proveedores de Palafrugell lo pasearon por las calas del cabo de Begur, pero se acabó enamorando del hotel de María Trias, en la bahía de Palamós. Una mañana de un verano de entreguerras, seguramente el de 1925, mi abuelo Joaquim le acompañó a la casa de Josep Matas, el consignatario de los barcos con los que importaba el corcho hasta Marsella, y descubrió la bahía de La Fosca y la pequeña playa de los Pescadors, que aún era conocida como Sotamardia.

La primera impresión no fue buena; demasiada gente y demasiado descontrol. Era el día de la Virgen del Carmen, la patrona de los marineros, y la bahía estaba llena de barcas. Junto a la playa, un grupo de chicos nadaban con una sombrilla en la mano, rodeados de barcas con vela latina, y en una de ellas se distinguía claramente la silueta blanca del práctico del puerto, vestido de gala para la ocasión. Mi bisabuelo mostró su sorpresa ante la escena.

—Es la carrera anual de natación con sombrilla que los chicos celebran el día de San Pedro, pero este año, por culpa del temporal, tuvo que aplazarse —empezó a explicarle Matas mientras le indicaba con la mano una fotografía colgada encima de la cómoda del comedor con la inscripción: «Concurso de natación con sombrilla. 29 de junio de 1914»—. Ese fue el primer año que se celebró la fiesta.

Mi bisabuelo recibió la información disimulando la contrariedad que le causaba. Diez años atrás, justo al día siguiente del atentado de Sarajevo que costó la vida al archiduque Francisco Fernando de Austria y desencadenó la guerra, cuando media Europa estaba al borde del abismo y Reims se preparaba para resistir el asalto destructivo de los alemanes, en La Fosca los hijos de los ricos de Palamós se divertían nadando con una sombrilla en la mano. Lo encontró desmoralizador.

Para acabar de enturbiar la impresión, cuando volvieron a salir a la terraza para el aperitivo, les llegaron gritos exagerados desde una casita vecina, construida entre pinos, sobre las rocas del Bassi que cierran la bahía de La Fosca por la parte de Cap Gros.

—Es la Casa de los Veintiuno —le aclaró de nuevo Matas—. Veintiún potentados del pueblo que se han hecho la casa para organizar comidas los domingos.

Y mi bisabuelo volvió a hacer una mueca de desaprobación.

Después de comer, todo cambió: las barcas habían abandonado la playa, el cielo era de una transparencia radical, por detrás de Cap Gros soplaban un lebeche muy agradable, la bahía respiraba una gran placidez y los Veintiuno debían de dormir la siesta, porque habían dejado de gritar.

A media tarde, Matas les invitó a caminar hasta Castell. Se lo tomaron con calma: iban en grupos, la mujer de Matas y mi bisabuela delante, hablando de sus cosas; los hombres y Angèle las seguían a distancia, comentando con satisfacción la rápida recuperación de los mercados europeos. Desde el pinar de Gori bajaron a la orilla del mar y contemplaron las doncellas de colores que nadaban entre las algas de las rocas de S'Alguer y, más lejos, las matas de posidonias que se balanceaban al ritmo de la corriente. Un poco más allá, la arena de Castell y el cerro del poblado ibérico cerraban suavemente la bahía, y mi bisabuelo empezó a dar vueltas a una idea sorprendente.

Maduró el proyecto en secreto de un verano a otro, durante aquellas tardes de finales de junio en que se dejaba seducir por la placidez de las terrazas de Taormina, de

Portofino o de Sorrento, y comenzó a pensar que podía reproducir todo ese ambiente en las calas de Palamós.

—Construiré un hotel en la Costa Brava para invitar a los clientes —dijo un día a Aimée mientras tomaban café en la terraza del hotel de Capri, que colgaba sobre el mar como la proa de un barco, frente a la figura hipnótica del Vesubio—. La Fosca puede ser un buen sitio.

Aún tuvieron que pasar unos años hasta que Matas se cansó de su casa en la playa de los Pescadors; un intermediario de Barcelona la puso a la venta y mi bisabuelo terminó de decidirse y la compró. El mismo día en que fue al notario de La Bisbal para cerrar la operación, el doctor Massa de Gerona salía de la notaría de firmar la compra de la Casa de los Veintiuno.

Angèle volvió a encargarse de dirigir las obras. Del mobiliario y la decoración se encargó Joaquim; en cuestiones de gusto, era quien marcaba el paso de la pareja: sensible, elegante, refinado y poco ostentoso, eligió los muebles oportunos para un hotel que parecía un barco a punto de navegar. Al abuelo Joaquim le daban cuatro flores y sorprendía a todos con un ramo espléndido, y si le daban un terreno empezaba dibujando un jardín y terminaba proyectando una casa entera. También fue el responsable de que el primer folleto publicitario del hotel destacara «El jardín trasero, el pinar, la vista y la agradable terraza sobre la playa» con tanto o mayor relieve que la calidad de la cocina, el garaje, la cancha de tenis y la categoría del establecimiento.

El hotel Rocafosca se abrió en junio de 1934 solo con clientes de la Maison Oller invitados por mi bisabuelo, y dos meses después se inauguró oficialmente, ya abierto a todo el mundo. Dos condes alemanes, el hijo de un príncipe italiano y algunos de los principales bodegueros franceses dieron realce a la cena inaugural, que se sirvió en la terraza, a la luz de unos candelabros, mientras tres o cuatro barcas se balanceaban en medio de la bahía aprovechando la mejor luna del verano para pescar el calamar.

Los camareros, traídos de Barcelona para la temporada, sirvieron unos memorables *filets de sole à la normande*, según una receta que luego el cocinero, Lluís Martínez, escribió con cierta solemnidad en un par de hojas de carta del hotel, que obsequió a Angèle en recuerdo de aquella felicísima noche. La receta todavía se conserva cuidadosamente doblada entre las hojas de la libreta de cuadros escoceses, con las recetas de la abuela que atesora la familia.

Desde que Joaquim se había hecho cargo de la planta de Oller en Cassà, Angèle se mantenía al corriente del negocio y le ayudaba a repasar las cuentas, pero ya no iba todos los días a la fábrica. Las obras del Rocafosca la volvieron a ocupar en exceso, y pronto vio que, si no quería perder el control de los chicos, había que extremar la severidad en su educación. Con cinco hijos —Josep, Francisco, Conxita, Manel y Narcís— y un sexto en camino —que al final fueron dos, Jordi y Lluís, porque tuvo gemelos—, se le había acumulado el trabajo en casa y empezó a aplicar la disciplina y el rigor que le había inculcado su padre.

En can Paró, los niños Nadal Oller no podían correr, no podían subir al piso de las habitaciones si no era para ir a dormir, no podían molestar al abuelo en su despacho ni podían entrar en el comedor si los adultos no les llamaban. La casa prosperaba, pero la austeridad se mantenía de manera inflexible. Los chicos no se atrevieron nunca a abrir la nevera de hielo, nunca cogieron ni una pieza de fruta sin pedir permiso y nunca tomaron ningún refrigerio.

En la mesa, los abuelos eran ambos igual de exigentes. Los niños debían sentarse con el cuerpo erguido y debían comer levantando los brazos, acercando los cubiertos a la boca. No podían repetir, pero tampoco podían dejar nada en el plato; si a la hora de comer alguno de ellos no se acababa la verdura, la volvía a tener a la noche para cenar, y si tampoco se la terminaba, la veía reaparecer en la mesa al día siguiente. Las mismas normas que había impuesto mi bisabuelo Francisco en Reims eran ahora replicadas con exactitud por Angèle en Cassà. Los regalos eran siempre muy escasos y todos recuerdan que antes de la guerra no tuvieron ninguna bicicleta. Y en casa nadie se podía levantar nunca más tarde de las ocho de la mañana. Ni siquiera los días festivos.

LA HIJA DEL BANQUERO

Los felices veinte coronaron la aventura francesa de mi bisabuelo y le consolidaron como un hombre rico y poderoso. Europa era una fiesta, y las burbujas de champán eran su símbolo más vistoso. Si se vendía champán, se vendían tapones de corcho, y la Maison Oller ganaba más y más dinero. En aquella década de entreguerras, la prosperidad parecía no tener fin y nadie quería llamar al mal tiempo. Si había malas noticias, se ocultaban: en 1927, el mercado de valores de Alemania se arruinó, pero nadie hizo caso; en 1928, le llegó el turno al mercado de Londres, pero todo el mundo miró hacia otro lado; en diciembre de ese mismo año, la industria del acero de Renania-Westfalia suspendió pagos y Alemania entró en recesión; Europa siguió haciendo como si nada.

En febrero de 1929 se derrumbó la bolsa de París y mi bisabuelo hizo una mueca de contrariedad porque con la caída de los valores se esfumaban algunos de los ahorros que tenía invertidos en compañías francesas. Pero tampoco se alteró especialmente: en la fábrica, los pedidos no paraban de crecer y no tardaría muchas semanas en resarcirse de aquel pequeño tropiezo. Eso sí, al día siguiente convocó a su agente de bolsa y le dio indicaciones para diversificar las inversiones en empresas de diferentes países europeos o en compañías francesas que operaban en mercados de ultramar: Royal Dutch Company, Sur Lumière, Compagnie Française de Tramways de Shanghai, Schneider and Cie., Aktiebolaget Svenska Kuliaggerfabriken, Companhias Reunidas de Gas y Electricidad de Lisboa, The British South Africa Co., Amsterdam Rubber, Petrofina...

En primavera ya se había olvidado del descalabro y el primer domingo de verano, cuando presidió la boda de Louis y Suzanne Chapuis, que celebraron la ceremonia con temperaturas cercanas a los treinta grados, mi bisabuelo recuperó la sensación de que la fiesta no terminaría nunca.

La novia salió del piso familiar situado en la Rue Carnot, en el mismo edificio de las oficinas centrales de la Banque Chapuis. Desde el incendio de la catedral, habían adoptado como propia la parroquia de Saint Jacques, pero aquel día quisieron volver al escenario solemne de la nave gótica que había acogido todas las ceremonias importantes de la familia Chapuis en las últimas ocho o diez generaciones.

A las once en punto, el cortejo se dirigió hacia la catedral, que apenas dos años antes había sido reabierta al culto. Cuando llegaron al pórtico, el novio y los invitados ya esperaban en el interior, que aún mostraba algunas heridas del incendio: la nave central había sido pacientemente restaurada por un ejército de albañiles, canteros y escultores, que durante más de diez años habían reproducido las técnicas de los constructores medievales; la cubierta también había sido íntegramente reconstruida con una técnica revolucionaria, en hormigón, pero el crucero aún estaba pendiente de restaurar y un muro provisional lo ocultaba de la vista de los feligreses.

En la boda había tres clases de invitaciones. Los familiares y los amigos más íntimos estaban invitados a la cena que se había celebrado la noche anterior, a la ceremonia religiosa en la catedral, a la comida en el restaurante y a la recepción de media tarde, también en el restaurante. Las invitaciones de segunda categoría incluían la misa, la comida y la recepción de media tarde. Finalmente, las de tercera solo invitaban a la iglesia y a la fiesta posterior a la comida. De hecho, había una cuarta categoría, la de los curiosos que debían contentarse con ver a la novia de lejos mientras saludaba uno a uno a todos los invitados en la puerta de la catedral, justo debajo del *Ángel de la sonrisa*, que también acababa de ser recolocado en su pedestal como símbolo del esfuerzo de la ciudad para volver a levantarse.

En la cola para besar a la novia destacaba la elegancia de mi bisabuelo, altísimo, corpulento, erguido como un joven de veinte años. Vestía un frac negro y una camisa

blanca, de cuello almidonado tan alto y estrecho que le tapaba hasta el mentón y el lóbulo de las orejas. No le gustaba aquella ceremonia tan estirada, que seguramente retrasaría la llegada al restaurante hasta pasada la una, una hora muy inconveniente para los cánones de la ciudad champañera, pero aguantaba y sonreía maliciosamente: al final resultaba que el hijo con quien se llevaba peor le ofrecía el casamiento de buena posición que toda la vida había soñado para sus hijas. Suzanne no era heredera de ningún gran propietario de viñedos y bodegas, pero era la hija pequeña de los Chapuis, los banqueros de la ciudad de Reims desde hacía más de cien años.

Un año más tarde, Suzanne y Louis tuvieron a Monique, que fue hija única, y nombraron padrino a mi abuelo Joaquim. Por ese lado, el del único hijo varón del bisabuelo, el apellido Oller también quedaba condenado a la extinción.

FINAL DE VERANO EN Aÿ

Aquel verano de 1929 habían regresado de Bretaña antes de tiempo, a mediados de agosto, porque Joana no se encontró bien y decidió que era mejor volver a casa y esperar a que el doctor Raimond terminara sus vacaciones. En Reims soplaban todos los días vientos del sur que hacían subir más y más las temperaturas, y tuvieron que aguantar un final de mes tórrido, insoportable. El día de la Asunción de la Virgen llegaron a los treinta y siete grados y las calles de la ciudad se vaciaron; Yvonne decidió trasladarse a Aÿ y pasar lo que quedaba de verano en casa de los Besserat.

Joana intentó protestar, pero mi bisabuelo estuvo de acuerdo, porque prefería tenerla lejos de Reims y de todo aquello que alimentaba sus fantasías, sobre todo de las amistades y de las horas de piano que la animaban a pensar en una carrera de concertista en París.

En el jardín de Aÿ, Yvonne leía a la sombra de las viñas vírgenes y las glicinas de la pérgola y cultivaba sueños juveniles entre parterres de rosas místicas, claveles, begonias, margaritas, bocas de dragón, dalias, claveles chinos, claveles de poeta y rosales de todas las clases y colores. Le gustaban sobre todo las rosas de color rojo oscuro, porque tenían un aire aterciopelado que le recordaba a los teatros y a las salas de conciertos.

Unos setos de boj bien recortado protegían las verbenas, los canarios y todas las especies que se arrastraban por el suelo, tapizando los parterres de vivos colores, y también había setos de tejos en la zona de los rosales emparrados y de las campanillas que trepaban por los muros de piedra. En un rincón del recinto, debajo de unos desmayos frondosos y de un abeto azul majestuoso, los Besserat habían levantado una pequeña colina artificial y una cueva de piedra, con una balsa cubierta de nenúfares de flores rosas y blancas. En el agua crecían juncos, papiros y colas de caballo; Yvonne se entretenía hasta la hora de comer espiando dos peces rojos que siempre se escondían de ella entre las raíces de los lirios de agua. Se pasaba horas oculta detrás de las rocas hasta que los veía nadar y se reía, convencida de que un día, al final, su presencia ya no los asustaría.

Le gustaban aquellos jardines de la Champaña que en verano adquirían el aire de los jardines mediterráneos. Hallaba una placidez muy grande y al mismo tiempo se sentía impulsada a soltarse. Presentía que la vida se le ofrecía llena de aventuras, como a Angèle, que vivía en Cassà, lejos de la influencia familiar. Y, sobre todo, como a Hélène, la hermana rebelde que la había animado a arriesgarse aquel día de Año Nuevo que huyó de Cassà y se fue a París para reunirse con Joan Rich.

Yvonne se quedaba ensimismada con las flores, y en cada una de ellas descubría una fragancia nueva: unas veces era el olor dulce y pegajoso de las petunias, y otras el aroma más fresco y seco de las clavellinas. Cuando percibía los olores, casi los masticaba y los asociaba a momentos de su vida: el perfume intenso de las rosas rojas le volvía a despertar el deseo que la atormentaba desde la noche de Saint Vincent en las bodegas Mercier; el dulzor empalagoso de los jazmines, en cambio, le recordaba las tardes apacibles y familiares de Cassà, cuando estaban sentados en las bóvedas de can Paró y esperaban a que se levantara un poco de brisa, antes de acostarse.

Aquel verano en Aÿ le nació la costumbre casi obsesiva de elegir un olor diferente para cada ocasión y, sobre todo, para cada viaje; una manía fantástica que la acompañó toda la vida y que a nosotros siempre nos estimuló la fantasía y nos hizo imaginarla en parajes exóticos y cautivadores.

—Aún no he elegido el olor del viaje —decía cuando debía ausentarse unos días de Reims.

Y corría a comprar un perfume recién descubierto, que siempre le habría de recordar aquel viaje que tal vez solo la había de llevar a Suiza, a los viñedos de la orilla del lago

de Lemán, pero que quizás también la haría llegar a las faldas del Vesubio, a la casba de Argel o a alguna plantación lejana de Indochina.

Por la mañana, cuando estaba de viaje, vaporizaba el perfume al salir de la ducha y atravesaba la estela para impregnarse solo de un aire muy discreto; al anochecer, en cambio, se ponía una gota en la nuca, en el escote y en las muñecas y dejaba que las fragancias se fueran asentando lentamente, hasta que avanzada la noche, a la hora de las confidencias, se imponían las notas más turbadoras. Y siempre, incluso muchos años después, si un día se ponía unas gotas del perfume, recordaba las tierras lejanas y revivía hora a hora todos los paisajes, los sabores, los colores y las pasiones de aquel viaje en concreto.

Solo Charlotte interpretaba aquel juego de olores, y cuando adivinaba en Yvonne un rastro casi imperceptible de limón sobre un corazón de jazmines, narcisos y rosas, ella también recordaba el viaje que habían compartido unos años antes por el sur de Italia. —Te has puesto Narcisse Noir. ¡Hueles a costa amalfitana!

Después de comer, Yvonne alargaba las sobremesas con Monsieur Besserat, que le hablaba de cepas y de tierras calizas, y experimentaba el placer de empezar a entender aquellas viñas que la habían atraído desde pequeña. A media tarde, se levantaba, cruzaba el jardín y no se detenía hasta el otro lado de la valla de los cedros, en la zona del huerto y los frutales.

A veces cogía una ciruela o un higo. Le fascinaba cómo aquellos frutos humildes podían convertirse en placeres tan delicados y le gustaba imaginar el destino que Madame Besserat les daría: las peras de Reims, muy perfumadas, irían a parar al horno; las de pico de ganso, más mantecosas, acabarían en un bote de confituras, y las blanquillas las serviría en la mesa, en un cuenco de agua fresca con las ciruelas Claudias más tardías y los melocotones de viña. Las ciruelas azules, que no acababan de madurar nunca, las secaría en el horno, para el invierno. Con las frambuesas, las grosellas y el casis también haría confituras, y con las manzanas de otoño prepararía tarros de compota o haría una Tatin.

Al cabo de un rato, Yvonne cogía al vuelo una de aquellas ciruelas Claudias agrietadas, que chorreaban un zumo como la miel, se la comía a mordiscos pequeños y delicados y salía por la puerta trasera, que daba directamente a los campos.

Todas las tardes subía a las viñas, alineadas como jardines sobre las colinas calizas, y contemplaba de lejos las arboledas del Marne, salpicadas de alisos y sauces aún verdísimos, majestuosos bajo la luz espléndida de poniente que llegaba de la zona de Épernay.

Después bajaba sin prisa, entraba en el cercado por la puerta trasera, cruzaba el jardín aspirando el olor de los claveles de poeta, que siempre asociaría al mejor verano de su vida, y llegaba a la casa eufórica, justo cuando Madame Besserat hacía sonar la campana desde la pérgola y anunciaba que la cena ya estaba lista.

DOS PECES ROJOS

Un día de mediados de septiembre, mi bisabuelo Francisco subió de improviso a la casa de los Besserat. A la hora de la comida, el viejo bodeguero y su mujer no pararon de echar flores a Yvonne.

—Créeme, Francisco —le decía Édouard—, tu hija será una gran cavista; ha nacido para el mundo del champán.

Yvonne se rio con los piropos hasta que su padre, que también parecía complacido, soltó:

—¡Me alegro!, porque pronto le convendrá conocer el negocio.

Las segundas intenciones del comentario no pasaron desapercibidas a Yvonne, que apartó los huevos fríos, rellenos de atún, que le habían preparado especialmente, y ya no comió nada más.

Después de comer, las mujeres pasaron a la pérgola y los dos hombres se quedaron un rato a solas. Mi bisabuelo le llevaba los pagarés prometidos para garantizar las inversiones que permitirían relanzar la bodega Besserat; sus exportaciones iban en aumento pero no siempre cobraba al día. Con aquella inyección financiera, Francisco Oller se convertía en socio de la empresa de champán.

—¿Crees que necesitas este dinero? Podrías arreglártelas con mucho menos y mantenerte solo en la empresa.

—Ya soy mayor y siempre he querido un socio externo.

—Me gusta que me veas joven, pero tengo tu edad —se rio mi bisabuelo.

Monsieur Besserat, en cambio, estaba serio y concentrado.

—¿Por qué no dejas un tiempo a Yvonne en las bodegas? Si puedo terminar de instruirla, será mucho mejor que su hermano; Louis es bueno para el corcho y los temas comerciales, pero siempre ha tenido alergia a los viñedos.

—Ya tengo planes para ella; quiero casarla con el hijo de los Devaux —le interrumpió mi bisabuelo Francisco—. Siempre he deseado un buen enlace entre el corcho y el champán, y a ellos les conviene mi dinero.

Besserat arrugó la nariz.

—Sabes que no le gustará. El hijo de los Devaux es un consentido y un... —Se incorporó, con los brazos encima de la mesa, para mirar directamente a los ojos a mi bisabuelo—. ¿Cómo lo llamáis los españoles? ¡Ah, sí! Un vivalavirgen.

Cuando llamaron a Yvonne y entró en el comedor, su padre no tuvo miramientos:

—Ya he arreglado tu boda.

Ella le miró, notó que desviaba los ojos y se le dispararon todas las alarmas.

—Es el chico adecuado; tu madre también cree que te conviene. Se trata de Pierre Devaux. Y su familia está de acuerdo...

Ya no siguió escuchando. Se derrumbó en la silla con los ojos inundados por unas lágrimas incontenibles. Después de que su padre se fuera, soltó un grito de animal herido que nunca habría imaginado que pudiera salir de sus entrañas. Y ya no volvió a oler el perfume de los claveles de poeta ni de las rosas tardías, porque, de golpe, el mundo acababa de detenerse.

Yvonne dejó de salir de casa. Solo se levantaba para leer y para comer. Después volvía a la pérgola y se pasaba horas con la mirada fija en la puerta trasera, la que daba a los viñedos. Pero no hablaba.

—Dice que tiene viñedos... ¡Por el amor de Dios, pero si jamás ha pisado uno! Es un cretino que solo se dedica a sus *amiguitas* —Es todo lo que los Besserat le oyeron decir durante esa semana.

A finales de septiembre, cuando planificaba la vuelta a Reims, Yvonne recibió la visita de Charlotte. Era uno de esos días que hacen pensar ya en el otoño; soplaban ráfagas

de viento frío y húmedo del Atlántico que se acanalaban siguiendo el curso del Marne y anunciaban tormentas.

Caminaron un rato por el parque, sin decirse nada. Yvonne solo notaba el olor de los bojs, que le confirmaba la inminencia del mal tiempo. Habían pasado todo el mes de julio juntas en La Baule, en Bretaña, pero desde que habían regresado precipitadamente a Reims solo se habían comunicado por carta. Charlotte le quería contar muchas cosas, pero enseguida vio que debía esperar.

El camino de bojs las llevó hasta la balsa de los peces rojos. Allí, Yvonne no pudo más.

—Me obligan a casarme. Mis padres y los Devaux ya lo han arreglado todo.

Y allí, delante de los nenúfares de flores rosas y blancas, Yvonne y Charlotte se abrazaron y temblaron de miedo y de rabia bajo la mirada curiosa de los dos peces rojos que, por fin, se habían asomado detrás de los lirios de agua. Hasta que Madame Besserat las llamó para comer.

¡LA FIESTA HA TERMINADO!

En octubre ya estaban todos de vuelta en Reims, en la casa de la Rue Clovis. El jueves 24 fue un día normal, casi intrascendente; mi bisabuelo se fue del Círculo antes que de costumbre porque no tenía nada interesante que hablar con los amigos y encontraba la tertulia muy aburrida. El viernes 25 volvió a ser monótono, más bien triste; había caído un poco de aguanieve y parecía que el invierno se quería instalar en la Champaña citando los agricultores apenas acababan de vendimiar. Mi bisabuelo llegó al Círculo a las cinco y cogió la prensa de la tarde, justo a tiempo de leer los titulares antes de oír a André Maquin.

—¡A este paso no tendremos Gobierno ni en Navidad!

El periódico destacaba las dificultades del presidente Doumergue para formar Gobierno. Mi bisabuelo compartía el desánimo de sus colegas por la poca disposición de los diputados y senadores de París para resolver esa situación de interinidad política que ocupaba las portadas. Maquin volvió a interrumpir su lectura.

—Dicen que en Nueva York la bolsa tiene muchas tensiones bajistas. No tendrás dinero allí...

—Ya hace meses que lo invertí todo en economías más estables.

Cuatro días después, mi bisabuelo y Maquin volvieron a coincidir en el Círculo; los diarios del martes 29 insistían en la crisis política francesa y los asiduos del club seguían censurando la lentitud del presidente a la hora de estabilizar el país. Hacía cinco días que la bolsa americana había traspasado todas las líneas rojas, pero en Francia estaban obsesionados con los problemas del pobre Gaston Doumergue: ¡ahora que todo iba tan bien, solo faltaba que una crisis política les complicara las cosas!

Al día siguiente, la noticia del hundimiento de Wall Street llegó a Europa y cogió a mi bisabuelo por sorpresa. Fue Otto Bangerter quien se lo comunicó por teléfono, a las ocho de la mañana, nada más entrar en la fábrica. Al cabo de media hora estaban sentados frente a frente en el despacho de Piper-Heidsieck, en la calle Piper, y el relato era inquietante.

—Es el pánico, una auténtica catástrofe. Todo lo que han intentado para apaciguar el mercado ha fracasado. Nuestros corresponsales en Nueva York están realmente asustados; dicen que los bancos han tirado la toalla y que no hay nada que hacer; las acciones ya no valen nada. Hablan de que hay grandes empresarios arruinados que se han arrojado por la ventana.

Aquel 1929 tenía que ser un gran año, pero, de golpe, las burbujas acababan de evaporarse y el fantasma de la recesión llamaba a las puertas del mundo desarrollado. No tardaría en entrar. Mi bisabuelo lo tuvo claro desde el primer momento: el champán había sido el símbolo de la fiesta y ahora sería el primero en pagar el precio del descontrol. Miró a su amigo y sentenció:

—¡La fiesta ha terminado!

Francisco Oller no podía saber hasta qué punto su diagnóstico era acertado. En 1929, entre las fábricas de Reims y de Cassà, la empresa Oller había alcanzado unas ventas récord de diez millones setecientos mil tapones; dos años después, apenas vendió el diez por ciento: un millón cien mil. Tuvieron que pasar veinticinco años, hasta 1954, antes de que recuperaran las ventas de aquel año glorioso.

LA BODA MÁS TRISTE

La boda de Yvonne reunió a lo más selecto de la sociedad *remoise*. Estaban todos los industriales de la ciudad, las autoridades locales y regionales y todos los bodegueros de la Champaña. Los que no eran invitados de Francisco Oller lo eran de François Devaux, el padre del novio. También asistieron productores y distribuidores de Alemania, de Italia y de Inglaterra; y, aprovechando que era verano y que estaban de viaje por Europa, incluso llegaron algunos bodegueros amigos de los Estados Unidos y de Australia.

Para los Oller, la fiesta representaba también el regreso oficial de Hélène a la familia. Ella y Joan Rich, que ya habían celebrado la Navidad en la residencia familiar de la Rue Clovis, reaparecían en público junto a sus padres y hermanos y, de paso, presentaban en sociedad a su hijo Francisco, que ya tenía seis años.

Tenían todos los ingredientes necesarios para una gran fiesta. Pero algo fallaba.

La primera en darse cuenta fue precisamente Hélène: había hecho el trayecto desde París en un desconocido estado de euforia, pero cuando llegó a casa para acompañar a la familia hasta la iglesia de Saint Jacques, abrazó a Yvonne y supo que la habían invitado a un funeral.

Yvonne se pasó todo el día llorando: lloró ante el altar, durante la ceremonia religiosa; lloró a la puerta de Saint Jacques, mientras saludaba uno a uno a los invitados, y siguió llorando durante la comida, en La Coupole.

Después de la fiesta, Hélène también fue quien mejor lo resumió. Se subió al coche, abrigó con una manta de viaje al pequeño Francisco, que dormía tumbado en el asiento trasero, bajó la ventanilla y llamó a su cuñada Suzanne.

—Es la boda más absurda a la que he asistido en mi vida.

—Yo tampoco había visto nunca una novia que llorara tanto —contestó la mujer de Louis, y también se echó a llorar, de pie en medio de la calle, justo en el momento en que Joan Rich arrancaba el coche de vuelta a París.

La farsa matrimonial no duró ni una semana. Durante el viaje de bodas se instalaron unos días en la Costa Azul, y en el hotel Hermitage de Montecarlo ya les esperaba una carta de la amante de Pierre. Cuando la descubrió, Yvonne se puso furiosa: había cedido a las presiones de su padre y aceptado a regañadientes un matrimonio de conveniencia porque no se atrevía a enfrentarse a la sociedad de Reims; pero no pensaba tolerar que aquel cretino la humillara de esa manera.

—¡Una vez y nada más! A la próxima, me vuelvo a casa —le advirtió.

Dejaron Montecarlo para ir a pasar unos días a la Costa Brava. El viaje transcurrió en paz, pero el matrimonio ya estaba sentenciado. A la vuelta, Yvonne se quedó unos días en Cassà para conocer a los gemelos de Angèle. Diez días después volvió a Reims y en cuanto entró, supo que Pierre había recibido en casa a su amante.

Desde la mañana de la boda, Yvonne había dejado de ponerse perfume: era una forma de rebelarse, un castigo que se imponía para expiar esa claudicación que la denigraba. No había elegido ningún olor para la ceremonia ni para el viaje de bodas, por mucho que la Costa Azul le pedía a gritos el jazmín, los lirios y los nardos del Arpège que la condesa de Polignac le descubrió la primavera anterior comiendo juntas con los Besserat. Yvonne intuía que del viaje de bodas no querría recordar nada, de modo que cuando volvió a Reims hacía un mes que no se perfumaba y tenía la sensibilidad olfativa muy acusada.

En cuanto entró en la casa adivinó el olor fortísimo del Mitsouko; aquella fragancia exagerada de melocotón siempre le había desagradado: demasiado directa, demasiado sexual, sin ninguna sutileza. Ahora le informaba de que la amante de Pierre se había

señoreado de aquellas estancias y no había tenido ni el detalle de aplicarse el extracto en pequeños toques para diluir su efecto delator.

Yvonne se tragó la rabia, subió a ducharse por primera y última vez en el espléndido cuarto de baño que había diseñado para su residencia de casada y, mientras se secaba, decidió que ya era hora de dar por terminada la penitencia. Repasó uno por uno sus frascos de perfume hasta que encontró el que buscaba, Joy, de Jean Patou: rosas de Bulgaria, jazmín de Grasse, ylang-ylang y nardo de la India. Eligió un vestido muy ligero y holgado, como una túnica de vestal, y sintió la libertad del cuerpo fresco y perfumado. Después llamó al chófer de Pierre, le pidió que cargara sus maletas en el coche y las llevara a casa de sus padres. Luego se fue caminando a casa de Charlotte.

A la hora de comer, el chófer llamó a la puerta de la Rue Clovis y descargó las maletas. Mi bisabuela no entendía qué ocurría. Su marido, Francisco, enseguida comprendió que siempre tendría que arrepentirse de haber forzado aquella boda. Yvonne se presentó a la hora de cenar.

—Me quedaré aquí hasta que encuentre un lugar donde vivir.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ha pasado? —empezó a preguntar su madre, asustada.

—Estoy de acuerdo —dijo secamente mi bisabuelo, consciente de los rumores que ya corrían y de que su hija no le perdonaría jamás aquella boda impuesta. Llamó a Jeanne y le ordenó—: Prepare la habitación de Yvonne. Volverá a vivir con nosotros.

Esa misma noche comenzó la leyenda de Yvonne, que siempre ha alimentado nuestra imaginación, sobre todo cuando la veíamos llegar a La Fosca o a Gerona en su Lancia descapotable y nos la imaginábamos protagonizando las aventuras más exóticas.

Yvonne era guapa, pero no se arreglaba demasiado, era poco coqueta. Le bastaba con explotar su aspecto con naturalidad: muy delgada, muy huesuda, muy *garçon*, muy francesa. De niña se cogía una coleta larga, como de gitana, pero un buen día se la cortó y a partir de entonces llevó el pelo como un chico. Fumaba a todas horas y en todas partes. Leía aún más compulsivamente, y cuando se instaló en unos bajos con jardín, en la Rue Buirette, reunió una biblioteca vastísima, llena de libros sobre ocultismo y las tendencias espirituales más heterodoxas. Conducía muy bien. Era una gran pianista. Y tenía esa amiga, Charlotte, que también alimentaba la leyenda.

—Fumaba tanto que en los últimos años ya no tenía ni sensibilidad olfativa —recuerda mi tío Josep Rusalleda, que estudiaba acupuntura en París y muchos fines de semana la visitaba en Reims y le hacía compañía—. Una tarde, cuando entré en el piso, me alarmé: tenía el gas de la cocina abierto y ella no se había dado cuenta. Llegué justo a tiempo de evitar la explosión.

EL ÚLTIMO VIAJE

1936 tenía que volver a ser un buen año. Pasada la depresión inicial por el crac del 29, la fábrica producía y exportaba a un ritmo estable, y la familia volvía a estar bajo control por primera vez desde la guerra europea. Yvonne había dejado atrás el ajeteo de la separación. Llevaba una vida de mujer independiente en los bajos de la Rue Buiette, a dos pasos de la casa de mis bisabuelos, y había empezado a trabajar con éxito en la expansión de las bodegas Besserat. Louis viajaba por toda Europa y ampliaba una red comercial que era la envidia de los industriales de Reims; Suzanne no le había dado el heredero que deseaba, pero mimaba a la pequeña Monique y ya imaginaba para ella una boda de altura con algún bodeguero de la región. Hélène vivía en París con Joan y el pequeño Francisco, a cierta distancia física y emocional del bisabuelo, pero participaba con normalidad en algunas celebraciones familiares; con un olfato comercial heredado de su padre, había asumido personalmente la dirección de ventas de Jean Rich, Bouchons pour Vins Tranquilles, y bajaba a menudo a la Champaña para colocar sus taponos pequeños a los champañeros que también producían vinos, ratafías y otros licores. Cuando llegaba a Reims se corría la voz con admiración:

—*C'est la fille de Francisco* —decían.

Y todos le abrían las puertas y las ventas se disparaban.

En Cassà, hacía ya cuatro años que la baba Angèle había tenido a «la niña» que completaba una saga de ocho hijos: Josep, Francisco, Conxita, Manel —mi padre—, Narcís, Jordi y Lluís —los gemelos— y ahora, Mariàngela. Tenía energía suficiente para llevar la familia, ayudar a mi abuelo Joaquim en las cuentas de la fábrica y dirigir personalmente el hotel Rocafosca; en ella, como siempre, mi bisabuelo Francisco solo encontraba satisfacciones. Todo estaba en orden y cuando llegó el verano decidió hacer un último crucero con Aimée.

El barco les llevó a la isla de Creta, a las ciudades de Rétimo y La Canea, las más venecianas que habían visto jamás tan lejos de Italia. Visitaron Cnossos y también se acercaron a la parte meridional de la isla para ver las excavaciones de Faistos. De Creta saltaron directamente al Pireo y, como ya conocían Atenas, aprovecharon para viajar a Micenas y Epidauro. Después cruzaron el canal de Corinto y, desde el puerto de Patras, aún hicieron que les llevaran en coche a Olimpia. Cuando llegaron a Corfú, la última escala del viaje, mi bisabuelo estaba cansado y no quiso ni visitar la ciudad. Se quedó a bordo, como aquel grupo de propietarios gerundenses que no bajaban nunca de los barcos y solo navegaban y se dejaban llevar.

A la vuelta, mi bisabuelo estaba incluso más cansado. Se pasó media travesía en el camarote y la otra media adormilado en una tumbona de cubierta. Aimée le tapaba delicadamente con una manta, porque desde hacía unos días le notaba peor de la bronquitis. Solo se animaba al anochecer, cuando se sentaban a cenar con los demás pasajeros; aunque siempre acababan hablando de la situación política española y todos coincidían en que España no tenía solución.

La tarde en que llegaron a las costas de Sicilia tuvieron el mar más calmado de toda la travesía. Descubrieron una vez más la humareda del Etna, que dibujaba una raya blanca y rasgaba el cielo transparente de la isla. Hicieron un esfuerzo inútil para situar el teatro griego, colgado allá arriba, sobre las rocas de Taormina. Cuando se acercaban al estrecho de Messina, entró un viento muy desagradable, el mar se enfadó, mi bisabuelo sintió que se le revolvía el estómago y tuvo un mal presentimiento.

A la hora de la cena el capitán les informó:

—Ha habido un levantamiento militar en España.

Al día siguiente, a la altura de Nápoles, se cruzaron con dos barcos de guerra italianos que se dirigían a mar abierto, con la proa encarada hacia España. Los temores de mi bisabuelo se confirmaban.

—¡Malditos españoles! ¡Solo saben matarse! —se lamentó.

Parecía muy cansado, y si hubiera apartado la vista de los buques de guerra y hubiera mirado a Aimée, habría visto que una lágrima resbalaba por su mejilla. Solo les quedaba un día de navegación y ella acababa de intuir que aquella era su última travesía.

PARAÍSO BAJO EL AGUA

La primera vez que mi padre bajó al fondo del Bassi, cogió un puñado de arena y volvió a salir exultante a la superficie, levantando el puño con la prueba de la proeza. «Bajar», así llamaban siempre mi padre y sus hermanos a zambullirse y nadar hasta el fondo, quizá porque siempre oían decir a los mayores que Foret *bajaba* a más de treinta metros, a pulmón libre, para disparar el arpón a algún mero o para apuñalar a uno de esos dentones que aún están en casa, en La Fosca, disecados.

Se acostumbraron a bajar al fondo cada dos por tres para pescar algún tesoro que luego guardaban en una caja de galletas: un erizo pelado por la erosión del agua, una zapatilla de la Virgen con el nácar muy brillante o una cañadilla gigante de las que nunca encontraban en la arena de la playa, ni después de los temporales de levante de finales de agosto. Se lanzaban de cabeza desde las rocas o desde las barcas, y cuando volvían a la superficie se ayudaban con las manos para darse impulso; daban un gran salto fuera del agua, con la boca abierta para llenar los pulmones, y también los llenaban de la luz, el color y el ruido de las olas que redescubrían después de ese tiempo sumergidos en el silencio tranquilo del fondo del mar.

Más adelante solo bajaban por razones prácticas: para recuperar algún destornillador que habían perdido mientras cogían mejillones, para desenredar alguna de las redes que acababan de calar o para liberar el ancla que se había quedado enrocada. A veces jugaban a pasar por debajo de la barca o dejaban hundirse las gafas de buceo y se lanzaban de cabeza para bajar a buscarlas entre las posidonias, y cuando llegaban ya había alguna doncella mordiendo la goma.

A veces también hacían competiciones para ver quién resistía más bajo el agua. El 18 de julio de 1936, mi padre y sus hermanos se habían lanzado de cabeza desde el Bassi y se habían tumbado en el fondo agarrados a una losa, rodeados de doncellas y de peces cinto que les rozaban las piernas, y también de gobios y escorperas que se escondían asustados entre las rocas. Los gemelos habían vuelto enseguida a la superficie, agotados, pero Narcís y mi padre aún aguantaban. Permanecían casi inmóviles y se entretenían descubriendo los lenguados que se enterraban en la arena; y si miraban más lejos, en dirección al centro de la bahía y a las zonas más profundas, veían bancos de salpas, doradas y sargos que se movían entre dos aguas; los rayos del sol que se refractaban en el fondo hacían brillar sus tonos plateados; también iluminaban las colonias de posidonias, que ondulaban al ritmo de la corriente, y todo se movía a cámara lenta, en una placidez absoluta que invitaba a mi padre y a Narcís a quedarse agarrados a la losa como dos lapas.

Ambos echaron en falta el aire a la vez y salieron a la superficie juntos: el sol los cegó y no vieron nada, pero les sorprendió el estruendo de una moto que bajaba a toda velocidad por la carretera de Palamós. Apareció tras la curva de can Tarrés, conducida por un joven con un pañuelo rojo alrededor del cuello que lo identificaba como un miliciano de los grupos que se habían empezado a organizar en Palamós la noche antes. Los bañistas que disfrutaban aquel mediodía de la playa Gran se volvieron hacia el paseo para ver que la moto se detenía delante del hotel Geroglífic. El miliciano bajó y entró en el hotel. Al poco apareció un grupo más numeroso de hombres armados que viajaban de pie en los estribos de un coche; pasaron de largo el Geroglífic y frenaron en medio de una gran polvareda frente a la casa de Vilahur, en la parte de la roca Negra. Debían de buscar al dueño, uno de los líderes carlistas de Gerona, pero la casa estaba cerrada y se fueron de nuevo disparados de vuelta a Palamós.

La guerra acababa de llegar a La Fosca. Pero ni mi padre ni sus hermanos se dieron cuenta y volvieron al fondo del mar, para ver si desempataban el concurso que debía proclamar quién aguantaba más tiempo sin respirar en el silencio y la placidez de su paraíso bajo el agua.

UNA FIGURA EN EL MUELLE

Aquel verano se clausuró apresuradamente. En Palamós, la misa del domingo 19 de julio de 1936 fue la menos concurrida de los últimos años. Al salir de la iglesia, los veraneantes se dieron cuenta de que los milicianos ya controlaban las calles y las salidas del pueblo, y cuando volvieron a La Fosca cerraron precipitadamente las casas y huyeron de manera atropellada hacia sus domicilios de la ciudad. A mediodía, la mayoría de los clientes del Rocafosca y del Geroglífic ya estaban fuera; los Vilahur ni siquiera volvieron para cerrar la casa; al día siguiente se fueron los Farreras de Gerona. Los Nadal Oller tuvieron que esperar un día más a que volviera mi abuelo Joaquim, que había acompañado hasta la estación de Caldes de Malavella a sus dos hijos mayores, Josep y Francisco, que estaban a punto de entrar en quintas y habían decidido huir a Francia.

—Hoy no os bañéis, tenéis que ayudarme a cerrar la casa. A saber cuándo volveremos —advirtió mi abuela a los niños cuando regresaban andando de Palamós. A la misma hora, en el andén de Caldes, mi abuelo Joaquim se metía la mano en el bolsillo y palpaba la carta que había recibido dos meses antes desde el Colegio Hispano; Francés de la Inmaculada Concepción, los *Fossos*, de Figueres. Era de Francisco, que en ese momento estaba en la taquilla pagando los billetes.

Queridos padres:

Les agradezco infinitamente todo lo que han hecho y lo que siguen haciendo por mí, pero ahora les pediré un sacrificio mucho mayor. Ya tendría que haberles hablado de ello en Pascua, pero no me vi con ánimos de hacerlo, Ahora ha llegado la hora y les pediré que cooperen con mi propio sacrificio. Hasta hoy había callado por amor y por temar, pero ya no puedo más; hay en mí una fuerza que me obliga a hablar: es el amor a Dios. Este amor me exige que lo deje todo: padres, hermanos, parientes, amigos y bienes, pero también me ofrece consuelo en este mundo y la vida eterna en el otro. Por ello, el objeto de la presente es pedirles que me dejen ingresar lo antes posible en el noviciado de los hermanos para convertirme en un hombre de provecho al servicio de Dios y de la patria. Aprecio más que nadie el sacrificio que mi partida supondrá para ustedes, ya que veo cuán dolorosa les será la separación, pero era muy natural que el Señor escogiera donde lo ha hecho; ¿de dónde, sino de las familias numerosas, pueden salir los religiosos?

El tren entró en la estación y mi abuelo abrazó a Josep. Luego se acercó a Francisco, sacó la carta del bolsillo y le habló del asunto por primera vez:

—A tu madre no le hace mucha gracia, pero si cuando todo esto acabe sientes la misma vocación, nosotros no nos opondremos.

Después le abrazó y sus dos hijos se subieron al tren, camino de un destino incierto. Mis abuelos y el resto de los hermanos permanecieron en Cassà el resto del verano y fueron viendo cómo se complicaban las cosas. En agosto les quitaron los dos coches, el de mi abuelo Joaquim y el de la fábrica. De Gerona y otros pueblos llegaban noticias de iglesias quemadas y de asesinatos, y justo cuando empezaban a asustarse, Louis les visitó con un encargo de mi bisabuelo.

—No hagáis el tonto, Joaquim. En Francia todo el mundo dice que esta vez pinta mal. Se hizo un silencio largo e incómodo. Mi abuelo Joaquina y Louis estaban sentados frente a frente, uno a cada lado del escritorio. Mi baba Angèle, en su butaca de flores

amarillas y verdes, tenía la mirada perdida en una de las vainas de obús que decoraban la chimenea. Mi abuelo se incorporó y buscó la mirada de su mujer. Cuando ella se dio cuenta, siguieron interrogándose aún durante un rato, sin decir nada. Finalmente, mi abuelo concedió:

—Tu padre lleva razón. Que Louis se lleve a los chicos y a Conxita a Reims; solo la pequeña se quedará con nosotros.

Un día de finales de octubre iniciaron la huida hacia Francia. Por la mañana, la baba Angèle entró en la habitación de Conxita y le colgó del cuello la medalla de la Virgen dels Àngels.

—Era de mi abuela María. Me la dio mi padre cuando me mandó a vivir a Cassà, en plena Gran Guerra. Ahora tiene que ser tuya.

Después vistió a los chicos como para ir a misa, pero no les dijo qué sucedía. Mi abuelo Joaquim solo les comunicó «Nos vamos a Barcelona», como si fueran a pasar el día. Nadie les explicó que no volverían a casa ni que emprendían el camino del exilio. Tampoco les dijeron nada cuando pasaron a recogerles dos taxis, uno de los cuales resultó ser el Citroën de mi abuelo Joaquim, colectivizado por los milicianos. Al entrar en Caldes de Malavella les paró un control y, después de revisar los papeles, uno de los civiles armados se dio cuenta de que Conxita llevaba la medalla colgada del cuello.

—¡Si la niña no tira inmediatamente esa porquería os hago bajar a todos del coche y os vais a enterar!

Conxita se arrancó la medalla de la Virgen dels Àngels.

Cuando el miliciano se la arrebató de la mano, ella estaba temblando. Al cabo de dos horas se bajaban en la estación de Francia de Barcelona, y los gemelos lo celebraron como si se tratara de una excursión: ino habían ido nunca a Barcelona y estaban eufóricos! Seguían sin decirles que ese mismo día todos los hermanos, salvo Mariàngela, se despedirían por mucho tiempo de sus padres y quedarían bajo la custodia de Louis. Por la tarde compraron unos zapatos nuevos y ropa de domingo en la casa Vehils Vidal, en la Puerta del Àngel, mientras el consulado francés de Barcelona los registraba como hijos de Monsieur Louis Oller en su pasaporte. Al atardecer, embarcaron a Conxita, a mi padre, a Narcís y a los gemelos con Louis como ciudadanos franceses en el Anfra, un barco que estaba preparado para salir del puerto de Barcelona con destino a Marsella. Los pequeños empezaron a ver que algo no iba demasiado bien, porque sus padres y la niña se quedaron en tierra.

Aún tardaron dos días en zarpar y los gemelos los aprovecharon para descubrir todos los rincones del barco corriendo de un lado a otro, estrenando su condición de ciudadanos franceses. En la tarde del tercer día, el Anfra hizo sonar tres veces la sirena y empezó a separarse del muelle. Los pasajeros estaban asomados a la borda para seguir la maniobra, con la mirada perdida hacia Barcelona, que estaba a oscuras. Cogidos con rabia a la barandilla, muchos lloraban; tenían miedo de estar viendo la ciudad por última vez.

A base de empujones, los gemelos también llegaron a la barandilla y, al asomarse, descubrieron a la baba Angèle, de pie al lado de un noray. A medida que el barco se alejaba, la figura inmóvil de su madre se fue haciendo pequeña hasta desaparecer, engullida por la noche barcelonesa. Y también se echaron a llorar.

ENCUENTRO EN EL ANFRA

Desde julio, Josep y Francisco habían intentado pasar desapercibidos en Barcelona: primero en el piso del tío Manel, el hermano oculista de mi abuelo Joaquim; y las últimas tres semanas, escondidos en un piso de la calle Muntaner que les había proporcionado el consulado francés. Allí coincidieron con otros tres chicos, tan asustados como ellos. Dos eran de Lérida; el otro, de Barcelona. Los dueños del piso eran franceses.

A finales de octubre les visitó un hombre que se presentó como agregado militar del consulado, les proporcionó uniformes de la Armada francesa y les ordenó:

—Esta tarde poneos los uniformes y preparaos para partir. Nada de bolsas ni maletas; os vendrán a recoger a las ocho.

Les bajaron hasta la Barceloneta en dos coches del consulado, mezclados con militares de dos buques de guerra franceses fondeados a la entrada del puerto. Josep y Francisco estaban completamente aterrorizados: habían oído muchas historias de jóvenes detenidos y fusilados cuando intentaban escapar. No hablaron en todo el trayecto. Les acercaron a las fragatas en una de las barcas que transportaban provisiones y un par de horas después les sacaron por una puerta a ras del agua y, por una pasarela, saltaron a un carguero. Les encerraron en la bodega y les dieron mantas y comida; aún no se habían acomodado y ya notaron que el barco se ponía en marcha. La operación fue tan rápida que no tuvieron tiempo ni de mirar por última vez la ciudad.

Por la mañana, el barco se movía hasta marearles y les dejaron salir al centro de la bodega para estirar las piernas. Josep y Francisco dieron por hecho que ya estaban en aguas francesas del golfo de León, pero todavía estaban asustados y se quedaron en un rincón, intrigados por el rumor que venía de la cubierta. Las voces fueron en aumento y se convirtieron en un griterío descomunal justo en el momento en que vieron un montón de cabezas que se asomaban para mirarles. Los pasajeros de las cubiertas superiores señalaban a los jóvenes de la bodega y les saludaban con simpatía, porque sabían que huían del ejército republicano. Los dos hermanos ya se habían animado a dar vueltas por la bodega, y miraban hacia arriba asombrados por el espectáculo de todas aquellas caras que les inspeccionaban o saludaban desde arriba. De pronto, Francisco sintió un pinchazo en el estómago y se detuvo. Tiró a Josep del brazo y trató de hablar, pero se le escapó un grito:

—¡Los gemelos! ¡Son los gemelos!

Desde la cubierta del Anfra, Jordi y Lluís, sus hermanos pequeños, les hacían señas y también gritaban, excitados como locos. Con ellos estaban Manel, Conxita y Narcís. Y cuando Josep y Francisco ya tenían los ojos enrojecidos por las lágrimas, contemplaron con perplejidad cómo, por encima de sus hermanos pequeños, aparecía la cabeza de Louis. Y si hubieran podido observar de cerca el rostro siempre severo del tío Lluís de Francia, habrían visto que también le caía una lágrima.

Esa noche desembarcaron en Marsella y se pudieron abrazar por primera vez en muchas semanas. Al día siguiente, en Reims, mi bisabuelo les conminó a dejar atrás la guerra y convertirse en auténticos franceses. A continuación los repartió en las diferentes casas de la familia: Conxita y los gemelos se quedaron con mis bisabuelos, en la casa de la Rue Clovis; mi padre y Narcís fueron a parar con su tía Yvonne, en la Rue Buirette; y los dos mayores, Josep y Francisco, fueron acogidos en la Rue Condorcet por Louis.

EL TERMÓMETRO

En la casa de Clovis siempre había invitados, porque entre la burguesía industrial de la época la frontera que separaba a los clientes de los amigos era muy difusa. Se recibía a la francesa, es decir, que se iba poco al restaurante; tenía más clase recibir en casa. Mi bisabuela era una buena cocinera y tenía bien enseñada a Jeanne, aunque si era necesario se traían a un cocinero de prestigio a la *maison* y, en las grandes ocasiones, también a alguien de refuerzo para servir la mesa. Conxita y los gemelos no recuerdan ninguno de esos banquetes porque ellos comían aparte, en la cocina, para no llegar tarde a la escuela y porque se consideraba que, en la mesa, los pequeños eran un estorbo. Los días que había invitados solo entraban en el comedor si les llamaban: saludaban educadamente, haciendo un esfuerzo para poner en práctica todo lo que les había enseñado la baba Angèle, y volvían a salir corriendo hacia la cocina o el cuarto de juego, que eran sus territorios naturales.

—Jordi, Lluís, ¡venid a saludar al señor Zeh! —les llamó mi bisabuela un mediodía, cuando aún no hacía ni una semana que se habían instalado en Reims.

—Son los gemelos de Angèle, los que la dejaron tan debilitada después del parto —aclaró al hombre que se sentaba a la derecha de mi bisabuelo.

Los pequeños le dieron la mano, inclinando la cabeza de forma exagerada, lo que provocó una sonrisa casi imperceptible del invitado. Cuando salían, oyeron lamentarse a mi bisabuelo:

—Esta vez la insurrección es seria; la guerra de España no será cosa de dos semanas, y no sé si algún día mis nietos podrán volver a casa. Definitivamente, mi país no tiene remedio.

—Ya no sé si es peor el tuyo o el mío,..., si es que aún puedo considerar Alemania como mi patria —le interrumpió Ernest Zeh—. Hace tiempo que no la reconozco y tampoco reconozco esta Europa.

Las palabras del industrial alemán atrajeron sobre él todas las miradas de la mesa. Levantó la cabeza del plato y echó el cuerpo hacia atrás. Era muy corpulento, de piel morena, y tenía unos ojos azules como dos gotas de agua clara. Su mirada te podía penetrar hasta el alma y ahora mi bisabuelo sentía que le interpelaba con dureza.

—¿Tan grave es todo? —preguntó al fin.

—Hace años que nos maltratan y ningún país europeo hace nada. Empezaron por discriminarnos en el trabajo y en la calle; luego trataron de arruinarnos, y desde hace meses nos acosan violentamente. Las leyes de Núremberg no hacen más que culminar un proceso contra los judíos que se veía venir desde que Hitler llegó al poder. ¡Incluso antes!

Zeh tomó un sorbo de champán. La etiqueta llevaba la marca Alte Eickemeier, que embotellaba su propia empresa familiar, la Sektkellerei Weckbacher. Aquella misma mañana había mandado llevar una caja a casa de mis bisabuelos para brindar en la comida, pero ahora no le encontraba sabor alguno y no se le ocurrió ningún buen motivo que celebrar. Se quedó un rato con la copa en la mano, a la altura de los ojos, contemplando cómo las burbujas subían regularmente hasta la superficie. Al cabo de un rato, con voz temblorosa, reveló:

—Estoy pensando en abandonar Alemania y buscar refugio en Sudáfrica. Todo esto se ha puesto muy peligroso para nosotros. Muchos compatriotas ya se están marchando.

Yvonne y mi bisabuela le miraban directamente a los ojos, pero no sabían qué decir. Mi bisabuelo tenía los ojos clavados en el plato. Hacía tiempo que no entendía nada de lo que pasaba. Los Zeh habían sido sus primeros clientes en Alemania, desde la época de Épernay, y se habían convertido en amigos fieles. Pero también eran amigos suyos muchos de los grandes propietarios de la Champaña, algunos alemanes de pura cepa,

que habían compartido mesa con los Zeh muchas veces y nunca habían dejado entrever ninguna animadversión hacia los judíos.

—Si te vas a Sudáfrica, cuenta con nosotros. Podemos intentar abrir un mercado de tapones allá abajo.

Mi bisabuela Joana quería mucho a los hijos de Angèle, pero cuando acogió a los gemelos no se ocupaba casi de ellos. Conxita, que ya había cumplido dieciséis años, era quien los bañaba y les daba la cena, y por la mañana los vestía y los acompañaba a la *école communale*. Los dos pequeños estaban tan acomplejados por el orden estricto que imperaba en la casa que Conxita no tenía ningún problema para que obedecieran. A veces, incluso demasiado.

Un día que estaban un poco resfriados, les puso el termómetro para comprobar si tenían fiebre.

—El termómetro, en el trasero —gritó desde el umbral de la puerta mi bisabuela, que salía de visita a casa de Madame Mupoile—. En la axila, como lo ponéis en España, no sirve de nada.

Conxita no se lo pensó dos veces, los subió al dormitorio, les quitó los pantalones y los calzoncillos y los hizo tumbarse en el suelo; metió un termómetro en el culo de Jordi, otro en el de Lluís y se fue a hacer sus cosas. Tres horas después, cuando mi bisabuela Joana volvía satisfecha de casa de Madame Mupoile, se encontró a los gemelos boca abajo sobre la alfombra roja del dormitorio, uno a cada lado de la cama, con el *derrière* al aire y un termómetro plantado en medio de las nalgas. Habían pasado el rato repasando las tablas de multiplicar.

—*Quatre fois huit?* —preguntaba Lluís por debajo del somier.

—*Trente quatre* —contestaba Jordi decidido desde el otro lado de la cama.

—*Mais non...Tu en mets deux de trop!*

En casa de Louis también dominaba la disciplina, aunque a Josep, el hermano mayor de mi padre, no le habría hecho falta, él era incluso más severo y estricto que sus anfitriones. Esperando el momento de volver a España, se encerraba en la habitación y se pasaba horas concentrado en su pasión por el aeromodelismo. Cuando sus hermanos o su prima Monique querían admirar sus proyectos, les obligaba a entrar con los brazos cruzados en la espalda, para asegurarse de que ni siquiera rozaran los aviones.

Francisco, en cambio, se relacionaba con todo el mundo. Cuando Monique contrajo la escarlatina y la tuvieron en cuarentena, se pasaba horas haciendo tonterías en el umbral de su habitación para entretenerla. Y cuando no tenía nada que hacer, iba a la fábrica y se sentaba a mirar cómo trabajaban las seleccionadoras. Le fascinaba la mirada concentrada de las mujeres sobre los tapones y el gesto mecánico con el que iban repartiéndolos en las diferentes sacas, según la calidad del corcho. Cada treinta minutos, para descansar la vista, las mujeres podían salir a dar una vuelta por el patio; cada vez que una de ellas se levantaba, Francisco aprovechaba para sentarse en su sitio y se ponía a escoger tapones entre las risas de las demás. Entre broma y broma, las mujeres de Reims le enseñaron el oficio.

Los jueves por la tarde, mi bisabuela Joana, Yvonne y Suzanne llevaban a sus huéspedes a la orilla del canal Marne-Aisle; así, los hermanos Nadal Oller tenían la ocasión de pasar la tarde juntos y podían contarse cómo les iba el destierro francés. Pero, en realidad, no tenían casi nada que decirse: los dos mayores no hacían más que darle vueltas a cómo podrían volver a España; mi padre, Narcís y los gemelos solo estaban pendientes de los caballos que arrastraban las *péniches*, aquellas enormes barcazas que cargaban mercancías arriba y abajo del canal; y Conxita ya tenía bastante trabajo vigilándolos mientras las mujeres francesas de la familia paseaban a la sombra de los plátanos y los tilos y se ponían al día de las novedades de la ciudad.

En la Rue Buirette, la disciplina de Yvonne era más relajada, pero mi padre y Narcís no paraban de discutir y de pegarse entre ellos.

—¡No os peleéis! Y frotad fuerte con el jabón, ¡el agua sola no sirve de nada! —les gritaba de vez en cuando su tía, y seguía tocando el piano.

En verano no se vieron con ánimos de tenerles encerrados en la ciudad y los mandaron con Francisco Rich —el hijo de Hélène— de colonias al Prieuré de Binson, que acababa

de reabrir las puertas como colegio salesiano tras su reconstrucción. Desde la ventana de su celda, mi padre veía el cementerio con las cruces de cientos de soldados franceses, muchos de ellos fallecidos en septiembre de 1914 durante las ofensivas alemanas para capturar Épernay, aquellos primeros días de la Gran Guerra en los que mis bisabuelos Francisco y Joana se refugiaron allí para ganar tiempo y decidir si debían quedarse en Francia o buscar la seguridad de Cassà.

VAGOS Y PRESUMIDOS

Los domingos, mientras mi bisabuela y Louis acompañaban a los chicos a misa en la catedral, Yvonne se quedaba en casa tocando el piano y su padre cogía el coche y se llevaba a Conxita a Épernay. Mi bisabuelo no iba nunca a misa; era un partidario radical del orden pero no era nada religioso, y desde la prematura muerte de sus padres, solo había vuelto a la iglesia para las grandes celebraciones. Los principios de la República francesa eran su única religión; con respecto a lo demás, era un agnóstico militante. Las únicas expansiones espirituales que se permitía las realizaba a través de los clubes de los que era un miembro activo, especialmente del club de los productores de champán, que se reunía *au Cercle*.

Una vez en Hautvillers, dejaban el coche y se daban un largo paseo por las viñas; allí, mi bisabuelo se desahogaba y soltaba todo el desprecio que sentía por la política española.

—Aquí tenemos una democracia sagrada y todos creemos en el Gobierno. ¡En España, no! En España no puede haber democracia porque todo el mundo hace lo que quiere y nadie cree en el Gobierno ni en el Estado. ¡Es un desastre!

Francisco miraba a Conxita, se aseguraba de que su nieta le prestara atención y añadía:

—En España sois muy de figurar. Aquí no hacemos eso, pero comemos carne todos los días, tenemos la casa caliente y un Gobierno que se ocupa de los asuntos públicos. España es un país de vagos presumidos que no encienden nunca la calefacción y no comen carne porque se lo gastan todo en apariencias. Y no habrá nunca democracia de verdad, porque los españoles solo funcionan a golpes de bastón.

Conxita escuchaba medio interesada y medio aterrada, porque aquellas ausencias de la misa dominical eran muy poco ortodoxas. Más para una chica de pueblo que venía de un colegio de monjas y pensaba que estaba en pecado mortal. A sus quince años, todo aquello era bastante perturbador.

En Reims, mi bisabuelo estaba considerado como un hombre socialmente avanzado, liberal y republicano —de la República francesa—. Pero cuando hablaba de España se volvía intransigente. Quizá por eso era siempre tan estricto con sus hijos y nietos, y los quería decididos, preparados y autoexigentes, como si fueran hijos del norte más disciplinado y severo. Tanto en las cosas fundamentales como en las más accesorias: a Conxita la mandaba siempre a buscar vino a la bodega del sótano, y lo hacía adrede porque sabía que le daba miedo. Seguramente también por esta razón sus hijos habían acabado poniéndose en su contra y le habían ahogado en un mar de preocupaciones. Salvo la baba Angèle, que ya tenía ocho hijos y solo le preocupaba porque la tenía instalada en España y «en aquel maldito país» siempre tenían una excusa u otra para matarse.

En la biblioteca, en un lugar preferente, junto a un viejo ejemplar encuadernado en piel de *Le Comte de Monte-Cristo*, estaba su libro preferido, *Anglais, français, espagnols*, de Salvador de Madariaga, en su edición francesa, que incluía todos los tópicos que él compartía: Inglaterra era la acción; Francia, la razón; y España se perdía en la pasión.

—En España, la gente solo habla a palos —se desesperaba mi bisabuelo. Después, repetía una última vez su sentencia favorita para que Conxita no la olvidara jamás—: Los españoles se ponen el dinero encima; aquí la gente viste más modestamente, pero cuando llega el invierno todo el mundo tiene con qué calentarse y a nadie le falta nunca un buen trozo de carne en la mesa.

Los domingos de septiembre, en vez de pasear por las viñas, mi bisabuelo llevaba a Conxita a los bosques de la montaña de Reims y buscaban setas hasta la hora de comer, sobre todo *ceps* y rebozuelos. De vuelta en casa, salía a admirar la higuera del jardín, tocaba los higos uno por uno y se desesperaba, porque no acababan de madurar.

Cuidaba la higuera de manera obsesiva, como si le tuviera que dar aquellos higos de los huertos de Cassà, que se agrietaban con el sol o con las picaduras de los pájaros y rezumaban un jugo dulce y pegajoso. Pero, a pesar del entusiasmo de mi bisabuelo, en Reims los higos no valían nada.

Las setas y la higuera eran las dos excepciones en las relaciones extremadamente distantes que mantenía con la naturaleza; de hecho, desde el estallido de la filoxera, había roto sus relaciones con todos los elementos del ámbito natural. No contemplaba las flores, ni las plantas aromáticas ni los frutales. Tampoco se interesó nunca más por los huertos ni los campos, ni se dejó seducir por los paisajes, que solo admiraba en función del rendimiento económico que le podían proporcionar.

Raramente volvió a tener tratos directos con ningún propietario forestal y se limitó a dirigir a distancia las compras de corcho, que solía encomendar a su yerno, Joaquim, que para los tratos comerciales tenía una habilidad excepcional. Sin embargo, mantuvo intacto un don natural para descubrir los mejores corchos mucho antes de la saca. Las pocas veces que acompañaba a mi abuelo Joaquim a comprar corcho a Extremadura, llevaba siempre encima el cuchillo de su padre, que había guardado con veneración desde que emigró a Francia a bordo del Verge de Montserrat. Cuando entraban en las arboledas, lo llevaba bien visible en el bolsillo del pantalón, como un puñal, para marcar los alcornoques e investigar con un corte la calidad del corcho. Y los propietarios extremeños empezaron a llamarle «Tarzán».

LA HUIDA DE LOS NAZIS

Ernest Zeh volvió de la sinagoga de muy mal humor. Hacía días que intentaba convencer al resto de que las cosas no tardarían en ir mucho peor, pero el rabino de Kostheim no estaba de acuerdo y él había tenido que aceptar que se hallaba en minoría. Ya en su casa, se encerró en la biblioteca. Quería terminar aquella misma tarde la *Revista de Ciencia Racial* que tenía encima de la mesa, y también quería releer el maldito discurso de Hitler en la concentración de Núremberg. Desde que había escogido aquellas lecturas no dormía bien ni conseguía concentrarse: había empezado a prever un futuro terrorífico. ¿Por qué no se quitaban la venda de los ojos los demás? ¿Acaso no les había castigado bastante la historia para hacerlos un poco más desconfiados?

El lunes por la mañana, cuando entró en las oficinas de Sektkellerei Weckbacher, ya había tomado una decisión. Despachó los asuntos más urgentes, como si se tratara de un día cualquiera de septiembre: envió instrucciones al banco para el pago de las facturas pendientes, incluidas las que no vencían hasta finales de mes; ordenó el envío de setenta cajas de Alte Eickemeier a los distribuidores de Berlín y de Hamburgo e hizo un pedido de ocho mil tapones de una sola pieza y diez mil más de cuatro piezas a la Maison Oller de Reims. Al final del albarán escribió a mano dos líneas personales para Francisco Oller: «Ha llegado la hora. Siento una determinación absoluta; supongo que se trata de la misma voluntad inquebrantable de que me hablaste tantas veces cuando me contabas tu primer viaje a Francia y cómo te hiciste francés. Cuando esté en mi país de acogida te comunicaré las posibilidades de distribuir tapones de la Maison Oller a los productores de champán de Stellenbosch». Solo después de dejar encarrilada la labor de la semana llamó a la compañía naviera y reservó un pasaje individual para el 23 de noviembre, de Róterdam a Ciudad del Cabo, como si se tratara de un viaje rutinario.

Quedaba por resolver la disponibilidad de dinero. Hacía tiempo que las autoridades alemanas no permitían a los judíos salir del país con dinero ni objetos de valor. Se encerró toda la tarde en el despacho con un trazado del recorrido del barco y un mapa extendido sobre la mesa: antes de Róterdam, el Diulio tenía prevista una escala en Hamburgo. Lo tuvo claro. Cuando llegó el momento, dos meses más tarde, se acercó a Hamburgo, esperó a que el barco amarrara en el puerto y pidió permiso para subir a bordo con la excusa de que la travesía de dieciocho días era muy larga y quería comprobar la calidad del camarote que tenía reservado desde Róterdam. Una vez en la cabina que le sería asignada en función de su billete, descolgó el espejo del aseo y fijó con esparadrapo dos fajos de billetes. Volvió a colgar el espejo, elogió las instalaciones ante los oficiales, se despidió hasta dentro de cinco días en Róterdam y bajó a tierra mucho más tranquilo.

Esa misma noche volvió a casa a despedirse de la familia y al día siguiente tomó un tren a Róterdam. En la frontera se quedaron con todo el dinero que llevaba encima, pero cuando el Diulio amarró en el puerto holandés, Ernest Zeh ya estaba esperando en el muelle: embarcó, ocupó su camarote, descolgó el espejo y comprobó aliviado que los billetes seguían en su sitio.

LAS DETENCIONES

En Cassà, sola, Mariàngela se aburría. «La niña» solo tenía cinco años y era la única que se había quedado con sus padres. Pasaba las horas muertas en el jardín, hasta que a media mañana iniciaba una aproximación lenta hacia la fábrica: empezaba sentándose bayo las glicinas, en lo alto de la escalera que daba al patio donde guardaban el corcho; al cabo de un rato, bajaba tres o cuatro peldaños y se quedaba a la altura de los primeros fardos de planchas encuadernadas; más tarde, bajaba el último tramo y se plantaba frente al cuarto donde el encargado, Robert Vilallonga, *Pitxuli*, guardaba la cola bajo llave, como el tesoro máspreciado de la fábrica. Allí esperaba a que el hervidor la llamara:

—Ya puedes acercarte, vas a ver cómo hervimos.

Y esperaba la hora de la comida contemplando embelesada a aquellos hombres que sumergían en la caldera de agua hirviendo las planchas de corcho; al cabo de un par de horas estaban flexibles y maleables para poderlas enderezar.

Cuando llegaba la hora, su madre salía al porche de can Paró y la llamaba para comer en la cocina con Rosita.

—¡Mariàngela, sube a comer! Saludarás a los señores Farreras.

Los señores Farreras eran el abuelo Pepito y la baba Teresa, mis abuelos maternos. Se iban a vivir a Barcelona para tratar de pasar desapercibidos, y habían aceptado la invitación a comer del abuelo Joaquim y la baba Angèle, mis otros abuelos, para despedirse de ellos. Les conocieron antes de la guerra en La Fosca y enseguida se hicieron amigos, pero aún no se podían imaginar que diez años después serían consuegros, porque su hija Montserrat —mi madre— se casaría con Manel —mi padre—, el cuarto de los ocho hijos Nadal-Oller. Cuando se sentaron a la mesa, la baba Angèle fue la primera en hablar:

—Nosotros no sabemos qué hacer. Los niños están seguros en Reims y, de momento, en Cassà todo está tranquilo.

—El alcalde es un buen hombre y controla los comités que vienen de fuera. Pero no durará siempre —intervino mi abuelo Joaquim, sin ocultar su indecisión—. El otro día tuvo que dejar que quemaran las imágenes de la iglesia a cambio de que no se llevaran a nadie del pueblo.

—A mí ya me han detenido dos veces, y las dos he salido en libertad pagando. —Ahora era mi abuelo Pepitu quien entraba en escena, añadiendo un punto de tensión a la conversación—. La próxima vez podría ser fatal: cada noche sacan más presos al paseíllo y todas las mañanas hay más cadáveres en la cuneta del Congost. Mientras dure la guerra, en Barcelona estaremos más seguros.

—Al padre Fernando también lo han detenido por segunda vez; lo tienen preso en el seminario de Gerona —remató con voz temblorosa la baba Teresa, que estaba aterrada por el futuro de su hermano cura—. De momento, le protegen algunos familiares de alumnos de la escolanía del Mercadal, pero están matando a muchos sacerdotes. Tenemos que sacarle de prisión y hacerle cruzar la frontera.

EL PADRE FERNANDO

El padre Fernando era catalanista, muy adepto a Montserrat, amigo del futuro abad Escarré y un firme defensor de la igualdad social. Pero en su condición de cura, cuando estalló la Guerra Civil española fue detenido dos veces; la segunda, al día siguiente de que el Canarias bombardeara Roses y los milicianos creyeran que la Marina franquista preparaba un desembarco. En cuanto llegó a la prisión, en el seminario de Gerona, Sendra, un joven católico de dieciocho años, se le echó al cuello, llorando. Abrazó a algunos de los detenidos con los que había compartido celda durante la primera tanda de prisión y cuando preguntó por Domènech, Conde y Vilà, sus tres compañeros de dominó, todos callaron y vio la muerte escondida detrás de sus silencios: a los tres les habían venido a buscar los milicianos esa misma noche. También se habían llevado a Lloret y a Cano, de la primera celda; a Barceló, Font, Fargas, Torrent, Güell y Gomis, de la número dos; y a Tarrés, que estaba castigado en el *pozo*. Cuando llamaron a Noguera, que dormía en el pasillo, el joven se les encaró.

—¿Para eso me habéis encerrado cerca de tres meses? Ya podíais haber terminado el primer día.

Algunos se resistieron a salir si no se presentaba el juez e improvisaron barricadas en las celdas con los somieres; los milicianos derribaron una pared y colocaron una ametralladora en la galería. Un prisionero fue abatido por un disparo de pistola cuando estaba a punto de hacerse con el control de la ametralladora. Lloret —un niño de dieciséis años— se plantó ante los milicianos:

—Sois muy valientes con las armas en las manos. ¡Si yo tuviera una pistola, me harían falta diez como vosotros!

Por la mañana encontraron su cadáver junto a la valla del cementerio de Gerona. Aquella noche, los milicianos hicieron pagar el pánico por el bombardeo del Canarias asesinando a treinta y siete civiles inocentes.

Cuando el padre Fernando ya había aceptado que cualquier noche llegaría su turno y se preparaba para afrontar la muerte, su madre, mi bisabuela Mercè, sufrió una embolia y quedó paralizada de medio cuerpo justo cuando estaba en el Palacio de Justicia, en el despacho del fiscal del Tribunal Popular, implorando la libertad de su hijo cura. Gayola, el fiscal, no sabía qué hacer con la mujer, que parecía medio muerta en el sillón de su despacho, y ordenó:

—¡Poned inmediatamente en libertad al padre Fernando Forns y traedlo aquí! ¡Que se ocupe de ella!

Aquella tarde, cuando mi tío abuelo Fernando llegó a casa, sus amigos le aconsejaron que huyera a Francia. También se lo recomendaron los padres y los alumnos de la escolanía del Mercadal, que le llevaban dos mil pesetas reunidas entre todos: era el precio del pasador que podía hacerle llegar al otro lado de los Pirineos.

A la mañana siguiente, el padre Fernando no paraba de entrar y salir de la habitación de su madre. La bisabuela Mercè se recuperaba mejor de lo que habían pensado en un primer momento. Hacia las doce entró por última vez para despedirse: se inclinó sobre la cama para besarla en la frente; después se incorporó, abrazó a su hermana —la baba Teresa— y a su sobrina —mi madre—, las bendijo y abandonó precipitadamente la estancia. Oyeron un portazo y los pasos que bajaban la escalera. Mi abuela corrió hacia el balcón a tiempo de verle salir y caminar acurrucado, pegado a las fachadas de la carretera de Barcelona en dirección a La Devesa.

Era la víspera de la Inmaculada Concepción. Otros años, en Gerona para ese día muchas casas colocaban faroles y velas en los balcones para honrar a la Virgen Blanca, pero ese año no había ninguno. El día era gris, de ceniza, como si fuera a nevar, y el padre Fernando se sentía abatido por tener que huir como un proscrito. Caminaba de prisa, entre los plátanos majestuosos de La Devesa, y agradecía a la Providencia que el

mal tiempo hubiera retenido a los gerundenses en sus casas, evitándole algún encuentro inoportuno. Cuando llegó al puente de la Barca, el coche ya le estaba esperando; subió, se persignó y pidió al chófer que arrancase. A las tres ya estaban en Figueres.

En el bar le esperaban otros tres fugitivos, y para disimular organizaron una partida de dominó. La alargaron más de una hora, hasta que el guía anunció que no saldrían hasta que fuera de noche y les sugirió un cambio de establecimiento. Entraron en el café Europa y volvieron a pedir las fichas, pero jugaron sin concentración, porque cada vez tenían más miedo de estar llamando la atención.

Pasadas las cinco, dos coches se detuvieron ante la puerta del café y se pusieron en marcha. Todo iba bien hasta que, en el arroyo Llobregat, el primer coche se quedó atascado en la arena; el agricultor de una casa vecina lo sacó tirando de él con la yegua. En Cantallops dejaron los coches y se emboscaron, siguiendo al guía por un sendero lleno de matorrales. Estuvieron dando vueltas durante más de una hora: avanzaron y retrocedieron, saltaron márgenes, saltaron zanjas y riachuelos, dejaron atrás olivares y cruzaron bosques de alcornoques y encinas; finalmente, se refugiaron en una cueva. Eran las siete.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí? —el padre Fernando interrogó al guía.

—Dos horas. Ahora tengo que volver a Cantallops para presentarme a los carabineros, que pasan lista.

Fuera había empezado a nevar. Los fugitivos se tumbaron en el suelo de la cueva para evitar los embates del viento helado, que barría toda la sierra de la Albera. A las nueve llegaron dos guías con otro grupo de tres personas y se pusieron en marcha en una fila de nueve: los siete fugitivos y los dos pasadores. El padre Fernando, nervioso, volvió a preguntar:

—¿Cuánto falta para llegar a la frontera?

—Cinco horas.

Comenzaron una ascensión penosa en medio de la nevada y de un viento feroz. A cada momento tenían que detenerse para esperar a un señor de Barcelona que resbalaba. El guía tiraba de él y le hacía seguir.

—Perdonad que os retrase de esta manera. Solo tengo un pulmón —se disculpó avergonzado el pobre hombre.

Entonces oyeron un grito y creyeron que los habían descubierto. Los guías sacaron las armas y las apuntaron hacia la noche, pero era un miembro del grupo que se había perdido. Cuando ya hacía más de siete horas que habían salido de la cueva, el guía que abría paso a la comitiva anunció:

—Hace un rato que hemos cruzado la frontera. ¡Estamos en Francia!

El padre Fernando hubiera querido ser consciente del momento exacto en que cruzaba la línea, pero se sintió aliviado y dirigió un padrenuestro de agradecimiento. Llegaron a Le Perthus cuando estaba amaneciendo, y esa misma mañana les llevaron a Perpiñán. En cuanto llegaron, el padre Fernando se hizo acompañar a la catedral de San Juan Bautista. Hacía meses que no entraba en una iglesia y quería celebrar la Inmaculada Concepción oyendo misa.

En la catedral le sorprendió que todas las imágenes de santos y vírgenes de los altares aún estuvieran en pie. En Gerona, las fuerzas revolucionarias habían saqueado las iglesias y habían ordenado la destrucción de las imágenes religiosas; también las de los domicilios particulares. Una circular escrita y difundida mil veces por radio había dado cinco días de plazo para deshacerse de los grabados, las pinturas y las imágenes de santos, que los gerundenses tuvieron que depositar en un solar habilitado frente al Grupo Escolar. Al cabo de esos cinco días, las imágenes mutiladas, los cuadros y los trozos de altar sobrepasaban la valla de obra, que estuvo a punto de resquebrajarse por la presión de las toneladas de material artístico acumulado. Cuando las imágenes amontonadas empezaron a asomar la cabeza por encima del muro, los gerundenses bautizaron el solar como «El cementerio de los santos».

EL AMIGO DE LOS JUDÍOS

En Francia, las autoridades eclesiásticas enviaron al padre Fernando a ayudar al rector de Chamarande, cerca de Paris. Enseguida organizó un grupo de cantores y, cuando ya llevaba allí medio año, le nombraron consiliario del grupo de escultismo y empezó a participar en los encuentros que reunían a los boy scouts de toda Francia. En septiembre de 1937, organizó un campamento de tres días en la desembocadura del Sena, en un bosque situado frente al puerto de Le Havre. Al atardecer, cuando cantaban alrededor de la hoguera, distinguían perfectamente las luces del vapor Normandía, amarrado en la otra orilla, y los chicos dejaban volar la imaginación y proyectaban travesías transatlánticas.

En el último día de campamento visitaron el pueblo marino de Honfleur y entraron en la iglesia de Sainte-Catherine para dar las gracias a la Virgen por el éxito del encuentro y el buen tiempo. Cuando ya habían salido todos, el padre Fernando aún se quedó un rato en la capilla, sentado en el último banco, fascinado por aquella construcción de madera. Aprovechó el momento de intimidad para rezar por su madre, por su hermana y por su sobrina, y se dejó llevar por una gran añoranza. Al salir, vio en una mesa, junto a la puerta, un libro de dedicatorias y fue a echar un vistazo. El primer texto que leyó había sido escrito un par de semanas atrás: «Cuida de mi abuela, mis padres, mis suegros, mis hermanos y hermanas, mi marido, mis hijos...».

—¡Virgen Santa! —se le escapó en voz alta al cura, y se echó a reír, pensando que si el buen Dios, como a él le gustaba llamarle, tenía que cuidar de toda aquella familia, ya no le quedarían fuerzas para nadie más.

Sintió curiosidad y buscó las últimas páginas del libro para leer lo que acababan de escribir sus chicos.

Había al menos tres textos escritos por los muchachos de Chamarande. El primero era casi torturado: «Jesús: crucificado, solo, abandonado; has sufrido y has sido despreciado y maltratado como una rosa pisoteada por nuestros pies... Pero tú me has salvado, me has amado y por encima de todo te quiero adorar de todo corazón». El segundo lo sorprendió y lo puso de muy buen humor: «Buenos días, amigos. ¡Brilla el sol! Es un día hermoso. ¡La iglesia es de madera y muy grande!». El tercero le desconcertó: «No soy cristiano, pero te pido que ayudes a mis padres. Vinieron aquellos hombres y se los llevaron y ya no les hemos vuelto a ver. ¡Tengo miedo!».

Ya en el exterior, buscó con la mirada al autor de ese mensaje, que le resultaba incomprensible. Repasó a su grupo sin que nada le llamara la atención, hasta que reparó en Simon Salmon, el chico alemán originario de Reims que había llegado a Chamarande a principios de verano. Estaba sentado de cara al mar, un poco separado de los demás. El padre Fernando ató cabos y se acercó a él: era su primer judío.

—No hace falta ser cristiano para que Dios te escuche. Ten por seguro que te ha escuchado.

—El abuelo Henri dice que lo que está pasando es la prueba de que no hay dioses. Dice que no teníamos que habernos ido nunca de Francia. Tenía una fábrica de tapones de corcho para champán en Reims con un español, Oller et Compagnie, y unas bodegas en Épernay, pero lo vendió todo y se instaló en Alemania. También tenía viñedos. Ahora se culpa de la desaparición de mis padres.

Tres años después, cuando volvió a Gerona una vez acabada la Guerra Civil, el padre Fernando empezó a sacar judíos de las cárceles y del país, jugándose el pellejo.

El procedimiento siempre era el mismo: cuando en la frontera de Portbou interceptaban a una familia judía que intentaba entrar en España, la policía franquista enviaba al

padre a la cárcel de hombres de Gerona, a la madre a la de mujeres y a los hijos al hospicio. La primera vez que le llegó un chico judío al hospicio, el padre Fernando lo identificó porque le recordó a Simon Salmon. Aquella misma noche visitó sucesivamente la cárcel de hombres y la de mujeres, acompañado del jefe del Frente de Juventudes en Gerona, que era amigo de campamentos y excursiones, e hizo que le entregaran a los padres del chico. Cuando tuvo a la familia reunida, les acompañó a la estación y les dio la dirección de un cura amigo en Barcelona.

Al cabo de dos años, el padre Fernando ya había sacado a más de veinte familias judías. Una de ellas era la de Jean-Joël Dorkam, que sesenta años después, desde el kibutz Palmach Tsouba de Israel, mandó a Gerona una copia del relato histórico de su encuentro con el padre Fernando, escrito todas las noches durante su estancia en el hospicio de esa ciudad: «Me siento agotado, desconsolado, desgraciado y completamente perdido. No hablo la lengua del país y no me puedo comunicar. Y he aquí que, de repente, se me aparece un personaje con sotana y gafas redondas que me sonrío y me habla amablemente... ¡en francés! Es el padre Fernando Forns, que se ocupará de mí y de media docena más de muchachos judíos refugiados como yo y se convertirá en nuestro defensor».

Cada vez que las autoridades franquistas se quejaban, el obispo Cartanya le llamaba al Palacio Episcopal, fingía echarle una bronca para que los curas confidentes tomaran nota y luego, en voz baja, le preguntaba:

—¿Cómo están tus protegidos, Fernando?

—Hago lo que puedo, Ilustrísima. En la embajada belga de Madrid me ayudan a sacarlos de España y a hacerlos llegar a Estados Unidos.

—No me lo cuentes y procura no complicarme las cosas. ¡Y estate atento, hay muchos que te quieren mal!

Entonces se arrodillaba y el obispo le daba la bendición. Cuando el tío Fernando murió, la baba Teresa empezó a recibir cartas de pésame y de homenaje de familias judías de todo el mundo. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, ni su hermano ni ella habían vuelto a hablar del asunto y la familia no supo nada hasta que comenzaron a llegar aquellas muestras de agradecimiento.

«LES PETITS OISEAUX»

Durante esos mismos días en que en Honfleur el padre Fernando conocía a su primer judío y descubría la persecución nazi, en Cassà, Mariàngela pasaba las tardes sentada en el regazo de Rosita, que entró como criada de la baba Angèle cuando se trasladaron a can Paró. Por la ventana del costurero veían pasar los carros, las tartanas y los caballos que se detenían en el apostadero de can Rata, dos puertas más abajo, y, solo muy de vez en cuando, se alarmaban por el ruido de algún coche que enfilaba hacia Gerona. Y así a diario, hasta que a principios de 1938 mis abuelos recibieron una carta concisa pero contundente de mi bisabuelo:

Querido Jo, querida Angèle:

Ya hace un año que os separasteis de los niños y esta situación no puede seguir así. He decidido enviar a Louis a Cassà, para vigilar la casa y la fábrica; él es francés y no correrá ningún peligro. Vosotros debéis pasar a Francia y reunirás con vuestros hijos.

Las derrotas de la República estaban excitando los ánimos revolucionarios de la retaguardia y mis abuelos ya llevaban un tiempo pensando que deberían huir a Francia; la carta de mi bisabuelo terminó de convencerlos. Dos semanas después subieron hasta Reims, recogieron a los chicos, volvieron a bajar hacia el sur y se instalaron en Perpiñán, en el número 17 de la Route de Tuir.

En Reims, Lluís y Jordi habían aprovechado sus clases: ya tenían un buen acento, muy del norte, y habían comenzado a sentirse tan franceses como pronosticó mi bisabuelo la noche en que llegaron a Marsella, a bordo del Anfra. Cuando les matricularon en la escuela de Perpiñán, el acento del norte les valió el apodo de «Les petits oiseaux parisiens». La abuela los vestía siempre exactamente igual y las mujeres los paraban por la calle y les decían que los encontraban muy monos. Al poco tiempo ya estaban hartos de eso; decidieron ir a la escuela por separado y siempre salían de casa con tres minutos de diferencia.

En la casa de Perpiñán, Mariàngela añoraba a Rosita y pasó a ocupar las tardes viendo maniobrar los trenes desde su ventana. Al cabo de un par de semanas de estar en Francia, a la hora de cenar, la niña preguntó a la baba Angèle:

—Mamá, ¿qué quiere decir *réfugiée*?

Aquella tarde, el maquinista y su ayudante se habían asomado fuera de la locomotora y le habían gritado «*Réfugiée!*» mientras ella les sonreía, sin ser consciente de que las dos largas trenzas que le recogían el pelo la identificaban claramente como española.

Podría pensarse que la guerra nos iguala a todos como damnificados, pero no sería exacto; en aquel entonces, los franceses, incapaces de prepararse para la avalancha humana que estaba a punto de llegarles, empezaban a condenar a los refugiados españoles a los campos de la vergüenza de las playas de Perpiñán. Mis abuelos y los chicos se fueron a San Lorenzo de Cerdans a veranear.

EL LADRÓN DE SELLOS

En Perpiñán, mi padre fue consciente de que estaban en guerra y tomó partido.

Antes de la contienda, mi abuelo Joaquim era republicano, pero en cuanto comenzó la insurrección militar, los rojos les habían confiscado los coches, habían matado a algunos conocidos suyos en Gerona y al final ellos mismos habían tenido que huir. Eran una familia católica y acomodada, dos condiciones suficientes para convertirse en objetivo de los revolucionarios. Ahora, mi padre tenía claro que debía hacer algo y decidió sabotear por su cuenta la República.

Llevaba días observando con asombro los cochazos que aparcaban ante la puerta del consulado de España. Mucho antes de la retirada definitiva, mientras aún enviaban al frente a chicos que ni siquiera se afeitaban, los altos funcionarios del Gobierno republicano comenzaban a buscar refugio en Francia; cada vez llegaban más. Cuando veía a los cabecillas bajando de los vehículos oficiales y entrando en el consulado, mi padre se indignaba. Al final de la guerra, el día que vio llegar a Lister en persona, se sublevó; recorrió con aire distraído la acera del consulado y dejó caer con disimulo un puñado de puntas detrás del coche del general, con la esperanza de que le reventaran las ruedas.

Al mismo tiempo que contribuía a la derrota revolucionaria, mi padre asistía puntualmente a clase, pero un día a la semana hacía novillos, consentidos por mi abuelo Joaquim. Los jueves él y Simó Sala, el hijo del dueño de Sala et Compagnie, sustituían al cobrador en el autobús de la línea Perpiñán-Le Boulou, que pertenecía a esa sociedad para el transporte de viajeros. Hacían el trayecto de ida y vuelta hasta la frontera en uno de los tres autobuses que los Sala tenían matriculados en Francia. Al otro lado, la línea entre Le Perthus y Figueres estaba temporalmente interrumpida, porque los milicianos se habían apoderado de los tres autobuses de la flota con matrícula española. En uno de los viajes de vuelta a Perpiñán, mi padre y Sala encontraron un legajo de papeles de una logia masónica que algún pasajero se había olvidado y se quedaron con él; desde aquel día, creían que les perseguían y siempre que salían a las calles de Perpiñán tomaban medidas de seguridad, como si fueran agentes de algún servicio secreto.

Los viajes a la frontera les llevaban noticias frescas de Gerona y también podían pasar cartas para los parientes y los amigos que se habían quedado en Cassà. A veces, en casa también recibían cartas con sellos llamativos, de países exóticos, que despertaban el interés coleccionista de mi padre. Desde que en el piso de abajo de la casa de la Route de Tuïr se instaló el doctor Bosch i Gimpera, un historiador y antropólogo de renombre internacional que recibía correspondencia de todo el mundo, mi padre se acostumbró a arrancar los sellos de los sobres que sobresalían de su buzón y comenzó una colección que años después nos descubrió países lejanos y nos hizo volar la imaginación.

EL ALCALDE DA EL PARTE

Cuando huían hacia el norte, el alcalde de Cassà, Josep Dalmàs, y algunos miembros del antiguo comité revolucionario del pueblo se detuvieron unas horas en Perpiñán para visitar a mi abuelo Joaquim y darle el parte.

—No digo que no se haya robado nada; los comités venidos de fuera han quemado la iglesia y han hecho algún saqueo. También han entrado en vuestra casa y se han llevado alguna herramienta, pero en general la fábrica está bien. Hemos hecho lo que hemos podido.

Josep Dalmàs no mentía. Desde el primer día de la guerra, el comité de Cassà, dirigido por Josep Xena, se enfrentó a los comités de fuera y logró que en el pueblo no hubiera ni un solo muerto. Si llegaba un pelotón, el alcalde y Xena ordenaban que sus jefes se presentaran en el Ayuntamiento, acompañados por los consumidores.

—Si queréis llevaros a alguien, ¡primero deberéis detenernos a nosotros!

El alcalde sabía que en muchas casas se escondían monjas y curas y que cada día se decían misas muy concurridas, porque en tiempos de guerra la inminencia de la muerte estimula la religiosidad hasta límites insospechados. De vez en cuando, Dalmàs visitaba a los católicos más recalcitrantes.

—Decid las misas que queráis pero, por el amor de Dios, ¡no las hagáis cantadas, porque se oyen por todo el pueblo y me comprometéis con los comités!

Uno de los que dio más problemas al pobre alcalde Dalmàs fue el padre Narcís, el hermano de mi abuelo Joaquim, que se pasó toda la guerra escondido en casa de los Nadal y todo el pueblo lo sabía, porque cuatro días a la semana salía a decir misa en el desván de can Ruscalleda. Las otras tres las decía directamente en el piso superior de la casa de la estación. Aquellos meses, en Cassà había tantos curas y tantas monjas que, al final, el alcalde tuvo que publicar un bando y poner orden: todos los que no habían nacido en Cassà tuvieron que marcharse.

Después de la guerra, el padre Narcís fue nombrado rector de Castell d'Aro, pero por culpa de un enfrentamiento inesperado con una de las grandes familias del pueblo duró muy poco: al parecer recibió en secreto de confesión la noticia de la infidelidad conyugal del jerarca de la familia, y al poco tiempo la mitad del pueblo conocía la historia. El afectado culpó directamente al cura de la indiscreción y el obispo Cartanyà tuvo que trasladarle a toda prisa a Franciac, que tenía una rectoría magnífica, situada en una de las colinas más elegantes de La Selva. Pronto convocó a una parroquia devota y fiel, sobre todo entre las chicas de la comarca, que siempre querían ir a Franciac a confesarse: el padre Narcís se estaba volviendo más sordo que una tapia y daba la absolución sin haber oído ninguno de los pecados.

Para la familia, en cambio, el padre Narcís era muy severo. Cuando estuvo en can Nadal, antes de la guerra, la baba Angèle tuvo que convivir con su cuñado cura y no lo soportaba: el padre Narcís siempre creía que las chicas iban demasiado escotadas o con las faldas demasiado cortas, y también le hacía reproches a Conxita, a la que la abuela educaba con los criterios liberales de *la France*.

El Ayuntamiento de Cassà no solo salvó al pueblo de la violencia incontrolada sino que garantizó el abastecimiento gracias a la producción de la fábrica municipal de tapones de corcho, que cada semana transportaban a Le Boulou y cambiaban por alimentos. Esta actividad originó la única víctima civil de la retaguardia en Cassà, el día en que el comité de Orriols detuvo el camión municipal que hacía el trayecto hasta la frontera; el chófer, Narcís Duran, de los Duran de los licores, se encaró con los milicianos, que le obligaron a bajarse y le tirotearon allí mismo. El otro ocupante, Eugeni Domingo, de

una familia de transportistas, aprovechó para escapar y pudo llegar a Cassà y denunciar el asesinato. La Generalitat tomó finalmente conciencia de las atrocidades de los violentos y pocos días después disolvió el temible comité de Orriols y detuvo a sus integrantes.

Además del parte sobre el estado en que se encontrarían la fábrica, el alcalde les hizo una crónica detallada sobre el trayecto de Gerona a Figueres y de cómo estaban las cosas en la frontera de Le Perthus, que ellos habían cruzado apenas cuarenta y ocho horas antes, con las cartas de recomendación de la Generalitat, que les ahorran acabar en los campos de refugiados y les abrían las puertas para seguir el viaje hasta París. Mi padre, inmóvil en un rincón del salón, le escuchaba y hacía planes.

MI PADRE VUELVE A CASSÀ

Cuando el alcalde y los del comité se fueron, mi padre corrió a reunirse con Simó Sala. Hacía días que planificaban una incursión al otro lado de la frontera. Pensaron que había llegado el momento.

—El ejército de Lister ha completado la retirada y los nacionales ya están en la frontera —le comunicó mi padre.

Viajaron hasta la frontera en el coche de línea. Se despidieron del cobrador y cruzaron a pie la aduana, que, a pesar de la rigidez de los controles militares, era un desbarajuste: cientos de personas desconcertadas trataban de adivinar sin ninguna posibilidad de éxito cuál era la dirección menos mala a escoger.

Al otro lado de la frontera estrenaron el coche que acababa de retomar la línea entre Le Perthus y Figueres. El padre de Simó había improvisado una carrocería que parecía más de tren que de autobús: cada fila de asientos tenía una puerta que daba directamente al exterior y, en cambio, no había ningún pasillo interior.

En Figueres encontraron un camión que les dejó viajar en la caja, con la carga, hasta Gerona, y cuando ya pensaban que deberían hacer a pie el último tramo, se subieron a otro camión de chatarra que los dejó en el pueblo, en la puerta de casa. Cuando bajaron, mi padre hizo una primera inspección de las propiedades familiares; en la fábrica, la presencia de Louis había evitado la actuación de los asaltantes, y solo durante el descontrol de la retirada habían desaparecido los archivos, las carpetas con la contabilidad y algunas herramientas y máquinas de pequeño formato. En la casa tampoco había grandes desperfectos, pero habían desaparecido muchos muebles y mi padre intentó seguir su rastro: unos vecinos le avisaron de que habían guardado el sofá del salón y las butacas de flores del despacho de mis bisabuelos, que habrían sido golosas para cualquiera; en el Ayuntamiento encontró el mueble radio de mi abuelo Joaquim; de la bodega habían desaparecido cuarenta cajas de champán francés que mi bisabuelo había recibido en pago de una operación y había escondido detrás de dos hileras de botellas vacías, que ahora estaban rotas en el suelo.

Las buenas noticias que los chicos se trajeron de Cassà calmaron la ira de mis abuelos, desesperados desde la noche en que habían descubierto la fuga, cuando Narcís les había confesado que mi padre se había ido con intención de cruzar la frontera y que a esas horas ya debía de estar camino del pueblo. En vez del castigo que se esperaba, mi padre consiguió la bendición paterna para un segundo viaje.

Hasta Le Perthus calcó los pasos del primer trayecto, pero esta vez se encontró que en la frontera todavía se concentraban más antiguos combatientes que intentaban volver a casa. Algunos habían dado la vuelta cuando ya estaban en Perpiñán; preferían arriesgarse a las represalias franquistas antes que someterse a la ignominia de los campos de refugiados.

Mi padre cedió el billete que le había proporcionado Simó a una mujer mayor que también trataba de regresar a casa.

—Siéntese en mi sitio, yo ya me las arreglaré —le dijo, antes de subirse a un camión lleno de soldados republicanos que volvían para atrás.

Cuando llegaron a Figueres, el camión se detuvo delante de la torre Gorgot y todos los soldados se boyaron. Cuando mi padre ya se iba, un capitán de los nacionales le retuvo: —¡A la fila! Cuando llegue el segundo camión, ¡quiero verles en fila de a dos hasta el castillo de San Fernando!

Mi padre tenía tan solo dieciséis años, pero era alto y aparentaba más. Se vio muerto, hasta que oyó que alguien le llamaba:

—Manel, ¿qué haces aquí con los soldados?

Era Batallé, un compañero de curso de los Fossos.

—Ve a buscar al padre Albert. A ver si convence a ese capitán de que yo no tengo nada que ver con los militares.

EL INVENTARIO

No había pasado ni un mes desde el final de la guerra española y mis abuelos y sus hijos ya estaban en Cassà, y al cabo de unos días también llegó mi bisabuelo, que en cuanto se bajó del coche ya quería hacer inventario. Tenía prisa por descubrir si podrían poner la fábrica en funcionamiento, pero cuando cruzaba el jardín de can Paró, camino de los almacenes, tuvo miedo de encontrarse con un panorama más desolado que el que el alcalde Dalmàs había descrito a mi abuelo Joaquim y cambió de parecer. Se pasó la mañana encerrado en casa, repasando las estancias y dando vueltas como un animal herido.

—¡Ya es mucho que hayan respetado la casa! —le dijo a su mujer tras comprobar que habían tenido más suerte que muchos amigos.

A primera hora de la tarde, aún seguía repasando las estancias una a una. Rosita le encontró abriendo y cerrando cajones en la habitación de matrimonio, en el primer piso.

—Hay una visita en el despacho —le avisó malhumorada.

Bajó corriendo las escaleras y cuando llegó a la puerta del despacho respiraba con dificultad. Necesitaba parar y coger aire, pero entró como un poseso, resoplando: la estancia estaba a oscuras y se sintió desorientado. Cuando se disponía a cerrar el despacho para dirigirse hacia la puerta principal, notó que algo se movía en la parte de las butacas de flores amarillas y verdes que los vecinos habían custodiado durante los tres años de guerra. Se echó a reír muy fuerte y protestó:

—Hay que ver lo que te gusta sentarte a oscuras y asustar la gente...

—Cuántas veces te habré dicho que Francia no te sienta bien. Te cuesta respirar.

—¡Lo único que me falta ahora es que me sermoneen!

No se abrazaron ni se dieron la mano. Mi bisabuelo tampoco se acercó a abrir los postigos de las ventanas, porque ya se estaba acostumbrando a la penumbra y distinguía perfectamente la silueta de Calau, hundido en la butaca de Joana.

Al cabo de un rato se sentó en su propia butaca y empezaron a hablar como si reanudaran el hilo de una conversación interrumpida apenas el día antes.

Seguían el mismo ritual desde hacía más de veinte años, desde aquella primera vez que mi bisabuelo había vuelto para bendecir el noviazgo de la baba Angèle con mi abuelo Joaquim y lo había ido a visitar a la casa de la calle de las Barraquetes. Calau —que en aquella época ya era Calau Pobre, para diferenciarlo del pariente que prosperaba como tratante de ganado— siempre era el primero en enterarse de la llegada del viejo Paró. Nadie sabía cómo lo hacía, pero el mismo día en que mi bisabuelo pisaba el pueblo, Calau se presentaba en su casa y se pasaban la tarde sentados cara a cara en las butacas de flores del despacho hasta la hora de cenar. Hablaban del tiempo, de la cosecha de corcho y de las novedades que hacían progresar la industria de los tapones, pero nunca se preguntaban cómo les iban las cosas ni cotilleaban sobre los vecinos.

Mi bisabuelo hubiera querido que trabajara más para Oller, porque era el mejor cuadrador de Cassà, pero Calau solo quería trabajar media jornada y eso dependiendo del humor que tuviera.

—Solo trabajaré cuando me apetezca. Siempre ha sido así y ahora no pienso cambiar —le decía, y ya no aflojaba.

Para él, lo primero eran las salidas al bosque, la caza y las comilonas memorables que montaba con sus amigos en los hostales de Santa Pellaia; a veces se detenían en cal Xapo y comían lo que les cocinaba Claretta: pero si había puesto las ballestas o habían salido de cacería con las escopetas, entraban en la cocina de cal Bord y se preparaban ellos mismos el desayuno, con la misma confianza que si estuvieran en casa.

A la gente de Cassà le gustaba comer bien, igual a los dueños que a los obreros; en cuanto podían, se escapaban y organizaban una buena comida. «Ir a hacer *xic-xecs*»,

lo llamaban Calau y su peña: Remis, que era zapatero; Burnet, que era músico; Met Xacó, que tenía una taberna; y Minoi, que hacía tapones en casa, pero que en el pueblo todo el mundo decía que no hacía nada. En cal Bord cocinaban unos estofados de liebre gloriosos, perdices a la cazuela y arroces con conejo o ardilla. Y también freían sartenes de zuritas, de tordos y de pichones, y en otoño lo acompañaban con grandes parrilladas de oronjas a la brasa o con grandes fuentes de niscalos *a la llauna*.

A mi bisabuelo le hubiera gustado subir a hacer un *xic-xec* a Santa Pellaia o a los Metges, pero cuando se fue a Francia rompió con ese mundo y sabía que intentar recuperarlo solo podía terminar con un doloroso fracaso.

Calau era incluso más consciente de ese peligro; de vez en cuando, mi bisabuelo le volvía a animar para que entrara a trabajar en Oller, pero el otro le interrumpía:

—Joder, Cisco! Yo no me meto con tus miserias, ide modo que no quieras complicarme la vida!

Y así todas las tardes, hasta que un día cualquiera Francisco le comunicaba:

—Mañana me vuelvo a Reims.

Una de esas primeras veces que se habían visto después de la Primera Guerra Mundial, Calau se metió la mano en el bolsillo en cuanto entró en el despacho.

—Toma —le dijo, y le dio una rana.

A partir de aquel día, todas las tardes le llevaba algo: una codorniz, un par de tordos, un cubo de caracoles, un manojo de espárragos, un cesto de setas o un puñado de madroños; muy a menudo eran animales vivos, como lagartijas y, sobre todo, sapos y ranas, que si se escapaban por la casa podían acabar siendo un problema.

Pronto encontraron la solución. Cuando mi bisabuela llamaba para cenar, Francisco acompañaba a Calau hasta la puerta y antes de despedirse le decía:

—Mejor que echemos la rana a la charca.

Calau se reía por lo bajo y ambos se dirigían hacia la balsa del jardín, junto al gallinero, y allí tiraban la rana, que hacía compañía a las carpas y a los peces rojos. Cuando la estancia de mis bisabuelos en Cassà se alargaba semanas, la colonia de ranas crecía tanto que por la noche mi bisabuela no podía dormir.

—Mira, Francisco, o le dices a Calau que no traiga más ranas o me voy a dormir a casa de Angèle.

CARTAS A LOS AMIGOS DE REIMS

Ocho días después de regresar a Cassà, mi bisabuelo dio por acabado el inventario. Podía haberlo terminado mucho antes, porque había muy poco corcho, pero incluso en aquellas circunstancias era exageradamente meticuloso y hacía recontar todas las partidas tres y cuatro veces. El noveno día, cuando volvió a casa, se encerró en el despacho con el resultado que le acababan de entregar: apenas tenían género; habían perdido los archivos —solo se habían salvado algunos libros de cuentas que guardaban en casa—; les habían robado los coches y habían desaparecido algunas herramientas, pero la fábrica seguía entera y dieciocho de las veintitrés máquinas de motor estaban en condiciones de funcionar. Era un balance penoso, pero era suficiente para volver a empezar.

El 1 de septiembre, Alemania invadió Polonia, y cuando mi bisabuelo escuchó la noticia en la radio se desesperó: Hitler volvía a poner la Europa que él idolatraba al borde del abismo. El segundo domingo de septiembre, en cambio, se levantó de un buen humor excepcional; habían vuelto a contratar personal, habían reorganizado el trabajo y la fábrica volvía a producir algunos miles de taponos. Aquella mañana, se negó a acompañar a las mujeres a la iglesia parroquial. Su mujer hizo un último intento cuando ya bajaba las escaleras del brazo de Yvonne:

—Vamos, hombre, que en misa encontraremos a Angèle, a Joaquim y a los niños, y saludarás a la gente de Cassà que no has visto desde antes de la guerra.

Mi bisabuelo no cedió. Cerró la puerta y se encaminó al despacho. Abrió las ventanas y los postigos y entró una luz espléndida, casi de pleno verano. Desparramó un montón de papeles de carta sobre la mesa y se puso a escribir compulsivamente.

*Cassà de la Selva, 10 de septiembre de 1939
Año de la Victoria Monsieur Bertrand de Mun
Reims*

Querido amigo:

Heme aquí desde hace dos meses, en mi país, donde he juzgado mi presencia de cierta utilidad para la reorganización y la reapertura de la fábrica, después de la clamorosa victoria del Caudillo. Su declaración de neutralidad, anunciada solemnemente, me ha llenado de satisfacción, ya que deduzco que nos encamina rápidamente hacia el restablecimiento de nuestras buenas relaciones, tanto de orden moral como comercial.

Tengo la más firme esperanza de que el tratado comercial entre nuestros dos países será un hecho antes de tres meses y, como poseo un buen stock de corcho, estoy feliz de anunciar que cuando llegue el momento estaré en condiciones de entregarle las primeras Connex dignas de la casa Veuve Clicquot Ponsardin. Considero mi deber hacérselo saber', ya que nunca olvidaré la confianza que me demuestra desde hace cuarenta años, una confianza que siempre me esforzaré en merecer y por la que siempre le estaré agradecido.

Formulo los mejores y más sinceros deseos para su salud y la de su familia, y en espera del placer de volver a verle, le ruego presente mis respetos a Madame de Mun. Creed, mi querido amigo, en mis cariñosos y devotos sentimientos.

Francisco Oller

Pasó el papel secante por la carta y la releyó con detenimiento. Luego la firmó, volvió a pasar el secante, la dobló con un punto de solemnidad y, antes de pasar la lengua por la pestaña encolada del sobre, se apoyó en la silla. Sentía nostalgia de las tardes en el

Círculo y en el despacho de la Maison Veuve Clicquot Ponsardin, cuando el conde de Mun y él hablaban de política y formulaban deseos para una victoria rápida de Franco que pusiera punto final a la Guerra Civil española.

Se pasó la mañana escribiendo a los propietarios y directores de las grandes casas de la Champaña: Clicquot, Taittinger, Bollinger, Roederer, Mumm, Besserat, Moët... Eran sus mejores clientes, pero también eran sus mejores amigos, los que treinta o cuarenta años atrás le habían abierto las puertas de la buena sociedad de Reims, seguramente la capital de provincias más exclusiva y exigente de Francia. Por eso mi bisabuelo procuraba tener palabras personales de recuerdo y de afecto para cada uno de sus corresponsales.

Cuando las mujeres regresaron de misa, aún seguía recluido en el despacho y escribía a Otto Bangerter, el hombre que regía los destinos de Piper-Heidsieck:

Privado de vuestras noticias, es para mí un placer deciros que pienso siempre en vosotros y que empiezo a añorar seriamente a los buenos amigos de Reims...

Mi abuelo Joaquim y los chicos vieron las cartas sobre el escritorio y entendieron que debían seguir a la bisabuela Joana y a Yvonne hacia la tribuna. La baba Angèle, en cambio, se sentó en la butaca de flores amarillas y verdes.

—Si me dictas, escribo un rato —le dijo cuando vio que la fatiga de setenta años de vida ajetreada, y sobre todo de aquellos últimos meses, se marcaba sin contemplaciones en la cara de su padre.

«Aquí sigo ocupado en normalizar el trabajo de mi fábrica —empezó a dictar más relajado mi bisabuelo después de intercambiar su sitio con Angèle—, de modo que, en cuanto el tratado de comercio sea un hecho, ya me encontraré en condiciones de contentar a mi fiel clientela, y muy especialmente a la Maison Piper-Heidsieck, con una mercancía digna de la casa Oller. Con este objeto me quedaré en Cassà hasta que pueda empezar las expediciones a Reims, donde mi presencia por ahora no es nada útil, ya que allí no dispongo de tapones de *premier choix*. Aquí, en cambio, tengo corchos excepcionales y estoy feliz de hacéroslo saber para que toméis nota de ello de cara al futuro...»

Mi abuela levantó los ojos de la carta y miró satisfecha a su padre. No necesitaba preguntar nada para comprender que la Maison Oller volvía a estar en marcha.

EL CONDE BERTRAND DE MUN

Al cabo de un mes empezaron a llegar las respuestas. Cuando mi bisabuelo subió a comer, Rosita le entregó el correo y, entre un montón de cartas de Barcelona, de Sant Sadurní y de Peralada, eligió una que venía de Francia y destacaba por el relieve dorado grabado en el sobre: «Château de Miromesnil». Se apresuró a abrirla y sonrió satisfecho cuando comprobó que la remitía el conde Jean Marie Bertrand de Mun, el primer accionista y director de la casa Veuve Clicquot Ponsardin. Era el hombre más poderoso e influyente de toda la Champaña, y por eso también fue el primero a quien escribió.

Se apoyó en la butaca y se preparó para descubrir el sentido de aquella primera respuesta. Tenía muy viva la imagen siempre impecable del conde: traje oscuro de Gales, pañuelo en el bolsillo de la americana, pelo repeinado, bigote recién recortado y, sobre todo, aquel cuello de camisa alto y almidonado que le tapaba hasta el mentón y subrayaba su imagen de hombre riguroso e inflexible que tanto le gustaba cultivar.

Estaba impaciente, pero aún dejó pasar un rato con la carta sobre la mesa. Saboreaba la trascendencia del momento: Bertrand de Mun era el hijo mayor del conde Albert de Mun, miembro de la Academia Francesa y fundador del catolicismo social, que renunció como oficial de los Dragones del Ejército cuando se casó con Céline Adrienne Barbe Marcelle Werlé, hija del conde romano y cónsul de Rusia Alfred Werlé, y nieta del mariscal Lannes. En 1907, el suegro, que era hijo de Eduard Werlé, el socio de la famosa viuda Clicquot, le pidió que se encargara de Veuve Clicquot Ponsardin, la empresa champañera más prestigiosa del mundo. Aceptó el encargo y desde aquel momento inició una fulgurante carrera política y empresarial como diputado del Marne, presidente del Sindicato de Grandes Marcas y fundador de la Federación Nacional de Exportadores de Grandes Vinos y Espiritosos de Francia.

Durante treinta y ocho años fue el líder indiscutible e indiscutido del mundo del champán. Su influencia en el sector y en la región era absoluta, y era el primero en contestarle. Mi bisabuelo empezó a leer con una pizca de ansia, pero plenamente complacido.

Miromesnil, 27 de septiembre de 1939

Querido amigo Oller:

Por la carta del pasado 10 de septiembre he recibido con gran alegría sus noticias y he sabido que el relanzamiento de la fábrica en su país le pondrá pronto en disposición de retomar con nosotros negocios que el próximo tratado de comercio con España hará por fin posibles. Los años 1937 y 1938 hemos tenido bastantes ocasiones de hablar con ansiedad y con impaciencia de la tan deseada victoria de su gran Caudillo, y ya puede suponer el placer que sentimos al saber que España está preparando la reanudación de las relaciones entre nuestros países, que durante muchos años fueron inmejorables.

En cuanto a nosotros, suponga acertadamente que estamos llenos de preocupaciones, porque sufrimos el ansia guerrera de Hitler. Todo anuncia que se acerca una guerra larga y dura. Personalmente tengo el disgusto amargo de estar condenado, por cuestiones de salud, a quedarme una temporada en el campo, en la noble residencia que vio nacer a nuestro ilustre compatriota Guy de Maupassant y que recientemente he adquirido para mi familia. Mi presencia en Reims supondría una complicación, más que una ayuda, por las atenciones que demasiado a menudo todos me quieren prodigar. Hago votos para poder volver allí pronto.

Mi mujer y mi hija están aquí, en Normandía, conmigo. Mi yerno ha sido movilizado y mi sobrino y mi sobrina se han quedado en Reims. Espero de todo corazón que su familia esté bien de salud y le envío la expresión de mis mejores sentimientos.

Bertrand, conde de Mun

LA GENTE VUELVE A LA CIUDAD

Otto Bangerter fue el segundo en contestar. El gerente de Piper-Heidsieck le escribió una carta larguísima, en la que comentaba noticias sobre la ciudad y la guerra, si bien daba por hecho que mi bisabuelo estaba bien informado a través de sus hijos, Louis e Yvonne, con los que coincidía a menudo en el Círculo y los restaurantes de Reims. A primeros de septiembre, después de la declaración de guerra, la gente se había desplazado en masa al campo, buscando refugio en los pueblos de los alrededores, pero, como en la ciudad esta vez no pasaba nada, al cabo de un mes muchos ya habían regresado. La mujer, la hija y los dos nietos de Otto Bangerter también se habían ido a su mansión de Trépail, entre viñedos, pero todos acababan de volver a la casa familiar de la Rue Linguet de Reims, porque el 4 de octubre los chicos debían retomar las clases en el *lycée*.

En la Champaña, los negocios aguantaban el embate bélico y se mantenían gracias a la exportación, principalmente lejos de Europa. Los propietarios de las grandes marcas trataban de mantener con normalidad su actividad comercial; solo debían vivir al día y olvidar los proyectos a largo plazo, imposibles debido a las incertidumbres de la guerra. Tener acceso a los suministros era un lujo para todos los industriales, y Otto Bangerter no dejó de felicitar a Francisco Oller por la determinación que demostraba concentrándose en la fabricación de tapones en aquellos momentos tan inseguros. En su respuesta, alentaba a mi bisabuelo a mantenerse al frente de la fábrica catalana, «porque si la guerra en Europa se alarga, desde Cassà serás más útil que nunca para tus amigos de Francia». También le informaba que la semana anterior había cenado en casa de Yvonne, con ella y Louis, y que ese mismo mediodía había vuelto a comer con Louis y su mujer, Suzanne, esta vez en La Coupole.

Al margen de estos pequeños encuentros familiares, en los círculos burgueses de Reims todo estaba en calma. En el Círculo siempre había grupos de gente que comía o cenaba y cada uno aportaba apreciaciones generalmente fantasiosas sobre la situación y el futuro desenlace de la guerra.

Aparte de eso, esperaban. Pero nadie sabía decir qué esperaban.

AMISTAD Y NEGOCIO

En espera de que en Europa se normalizaran las cosas, mi bisabuelo había decidido insistir sobre el mercado del Penedés. Sus aproximaciones a los productores de champán catalanes estaban presididas por la misma calidez personal que inspiraba sus relaciones con los amigos de Reims. La frontera entre la amistad y el negocio era tan fina que costaba distinguirla. A finales de septiembre fue en tren a Barcelona y visitó a su amigo Manuel Raventós, el primer productor de champán del país.

—Le ha costado decidirse a visitarnos. Tengo entendido que ya hace cinco o seis semanas que está instalado en su hotel de La Fosca —le reprochó Raventós cuando le vio entrar en su despacho de la plaza Calvo Sotelo de Barcelona.

—He estado muy ocupado relanzando las relaciones comerciales de la Maison Oller y proyectando algunas modificaciones en la fábrica de Cassà para responder a las necesidades de la clientela, en especial para intensificar la producción de los Connex y las cuatro piezas Primus. Me hubiera gustado poder organizar una visita a su casa en Sant Sadurní, pero no hay forma de recuperar los coches que nos robaron durante la guerra y por eso, al final, me he decidido a visitarle en Barcelona.

—Acepto las disculpas. ¿Cómo está la familia? ¿Han venido todos con usted al Rocafosca o se han quedado en Reims?

—Joana está conmigo. Mi hija Yvonne, que me acompañó en el viaje a la frontera española, volvió a Reims para ayudar a Louis al frente de la *maison* y para ocuparse de sus asuntos en las cavas Besserat, que ahora dirige plenamente. De momento, en Reims se vive casi con normalidad y hasta ahora se ha sufrido poco la guerra, pero desde hace unas semanas las noticias son alarmantes y en cualquier momento puede empezar la misma destrucción de veinte años atrás.

—He de suponer que, dadas las circunstancias, no pensará en volver y que, por lo tanto, tendremos ocasión de organizar el encuentro familiar en Sant Sadurní. Sería una gran satisfacción para mí y para mi esposa, y además me permitiría tener un intercambio de ideas más intenso con usted, amigo Oller, cosa que siempre me resulta muy agradable. Supongo que pronto volverá a disponer de un buen coche y que, por lo tanto, no le será muy difícil hacernos la visita acompañado de los suyos y aceptar una comida en aquella casa, que es la suya.

—Lo del coche ya se verá. Por ahora no veo cómo recuperar los dos Citroën que nos requisó la República, y el que traje de Francia ahora vuelve a estar en Reims con Yvonne y Louis. Allí tampoco es fácil conseguir coches, porque la industria automovilística se ha transformado en una industria de guerra. Pero ya encontraremos la forma de que nos lleven, porque al margen de lo mucho que me gustaría pasar un rato más largo en su compañía para cambiar impresiones entre comerciantes, también me interesará hablarle, como es natural, de mi fabricación de tapones. Creo estar en condiciones de suministrarles mercancías a plena satisfacción; este criterio personal, que puede parecerle exagerado, está justificado por la absoluta confianza que me demuestran desde hace años todos mis clientes franceses. He ordenado mandar dos muestras de *tirage* a Sant Sadurní y espero que su gente me comunique pronto la decisión.

—Tenemos otro asunto pendiente. Hace unos días, mi cuñado Carles Blanc me entregó una factura que usted satisfizo por un aparato de ortopedia que le consiguió en Francia y que asciende a trescientos cincuenta y cinco francos. Le agradezco en su nombre y en el de toda la familia sus atenciones pero, ya que finalmente nos hemos encontrado, es el momento de arreglarlo: días atrás le escribí una carta en la que le solicitaba que me indicara si ha efectuado otros pagos. Como no me ha contestado, justamente ayer le envié por giro postal doscientas pesetas. Tendría que decirme el total que todavía le

debo, mejor en pesetas que en francos, porque no sabría cómo conseguir la moneda francesa.

—No merecía la pena molestarse por algo de tan poca importancia; lo habríamos arreglado en cualquier momento. El aparato en cuestión costó, efectivamente, trescientos cincuenta y cinco francos. Al cambio de 0,50 pesetas, aún sobran veintidós pesetas, que le haré llegar en cuanto vuelva al despacho.

—Pues ahora que ya estamos en paz, no habrá excusa para que no celebremos el encuentro de nuestras familias.

La desgracia golpeó a los Raventós antes de que se celebrara ese *encuentro*. El 20 de octubre, mi bisabuelo se enteró de la muerte de la esposa de Manuel Raventós, y esa misma noche le escribió una carta de pésame:

Hoy me ha llegado la noticia de la desgracia que le aflige y no hace falta que le diga cuáles han sido los sentimientos de solidaridad que he experimentado. En este momento tan doloroso, le ruego que acepte de mí un sincero pésame, al cual se asocian mi esposa y toda mi familia. Cuando menos lo sospechamos, la vida nos depara estas amarguras crueles, que solo el afecto de quienes nos rodean, la resignación y el paso del tiempo pueden cicatrizar. Si el afecto de los buenos amigos también puede contribuir a hacer más llevadera la pena, crea que participamos muy sinceramente de su dolor y que hacemos votos para que no le falten ni la salud ni las fuerzas necesarias para soportarla.

Al día siguiente hizo que le acompañaran en taxi a Barcelona y depositó personalmente la carta en el buzón de Codorniu en la plaza Calvo Sotelo. Luego se apresuró para llegar a tiempo a los funerales, en Sant Sadurní. A la salida del templo, reconfortó personalmente a Manuel Raventós, que días después le agradeció por escrito las muestras de afecto:

Estimado amigo Oller, con palabras justas y sin duda inspiradas por la amistad con la que siempre me ha distinguido, ha sabido mitigar el dolor que me ha causado la pérdida de mi esposa, que Dios tenga en su gloria. Sin duda, desde el cielo, ella le agradece las atenciones que usted tuvo hacia su hermano Caries y este último tributo que ha rendido a su memoria asistiendo a sus funerales y consolando a sus hijos y a su esposo en su tribulación. Le estoy profundamente reconocido.

Tres meses más tarde, a primeros de marzo, mi bisabuelo recibió en Cassà una breve comunicación de Codorniu:

Les recordamos nuestro pedido de trescientos cincuenta mil tapones tiraje, que debemos recibir antes del 1 de mayo, y les comunicamos un nuevo pedido: cincuenta mil tapones Connex, segunda selección, demi-pleins, parafinados, al precio de ciento setenta y cinco pesetas el millar. A facturar en la estación de Sant Sadurní.

*Atentamente,
Codorniu, S. A.*

PD: Don Manuel Raventós me ruega que le haga llegar el saludo más afectuoso y la satisfacción por la conversación mantenida durante su visita del mes pasado a Barcelona.

LA PROFECÍA DE ROBERT HEIDSIECK

A medida que transcurrían los meses, la lentitud de la recuperación económica y la burocracia exagerada del nuevo régimen desesperaban a mi bisabuelo. Lo tenía todo a punto para que la fábrica se pusiera en marcha, pero le fallaban los suministros más elementales y no podía obtener ningún permiso de exportación hasta la firma de unos convenios internacionales que siempre eran inminentes pero que nunca terminaban de firmarse. En la planta francesa las cosas tampoco funcionaban, porque habían movilizado a los mejores trabajadores y escaseaban las materias primas. A pesar de todo, en el norte de Francia el frente se mantenía estable desde el estallido de las hostilidades, y a finales de marzo mi bisabuelo aprovechó el doble *impasse*, el de la guerra y el de sus negocios, para volver unos días a Reims.

Al entrar en el Círculo se topó con Robert Heidsieck, que desde septiembre alternaba las visitas a la ciudad con largas estancias en la Touraine, para acompañar a la familia, que se había refugiado allí en previsión de un empeoramiento de la guerra.

—Por fin se digna a volver, amigo Oller. ¡Me había dicho que estaría en Reims para enero y ya estamos en Semana Santa!

Mi bisabuelo le relató los problemas de salud de Joana y le confesó que él tampoco se había encontrado del todo bien.

—La Champaña y el buen tiempo le curarán todos sus males. Llevamos tres días con un sol espléndido, y cada día calienta más. Y ya era hora, porque el invierno ha sido durísimo; parecía que hasta la naturaleza notaba la guerra.

—¿Y qué dicen sus amigos del Gobierno? ¿Cómo ven desde París el futuro de este maldito conflicto?

—Solo Dios sabe qué nos reservan los días venideros. El Gobierno es optimista, pero en Francia todos sabemos que, al margen de lo que nos depare el futuro, esta guerra nos costará muy cara. Pero hablemos de España...

—Ya sabe cómo es ese país. Costará mucho arrancar las cosas.

—¿Y cómo iba a ser de otra manera? Aunque ahora España esté en paz, el batacazo ha sido tan fuerte que tardará en recuperarse. Pero las cosas solo pueden ir a mejor. Me han llegado rumores que anuncian que tiene buenos corchos a punto para fabricar y suministrar...

—Pronto superaremos las dificultades de suministro y la falta de electricidad, pero no podemos operar sin los permisos. Ahora mismo es lo que nos tiene bloqueados.

—Escúcheme con atención, Francisco: llegará muy pronto el día en que nos podrá servir sus tapones, y la buena reputación de la Maison Oller, que nosotros ya conocemos bien, se afianzará y se extenderá por todo el mundo, a unos niveles que aún no se puede ni imaginar. Cuando llegue el momento, recuerde mi profecía.

—Por nosotros no quedará, solo deben dejarnos trabajar. A veces parece que Europa haya decidido destruirse a sí misma y de paso destruirnos a todos nosotros. Nuestros muchachos se matarán en las trincheras en vez de formarse o de aprender un buen oficio.

—No me lo recuerde. Los mejores empleados y los mejores obreros de la empresa han sido movilizados. Trabajamos con mucho menos personal y mucho menos competente, de forma que los pocos dirigentes que no han sido llamados al frente cargan en sus espaldas con los trabajos más complicados. Estos últimos meses, la bodega aún ha funcionado bastante bien, pero la tarea es cada vez más dura y, si el verano no llega con visos de paz, no sé si podremos aguantar mucho más tiempo.

El hombre de Piper-Heidsieck le tendió la mano a mi bisabuelo y a Guy Falguière, que acababa de entrar en el Círculo y se había incorporado en silencio a la conversación.

—Ahora, si me permiten, me despido hasta el mes que viene; mañana viajaré a la Touraine. A la vuelta espero encontrarle definitivamente recuperado de estos achaques.

—Lo peor está por llegar —dijo con ojos tristes Falguière cuando se quedaron solos. El chico que había ido de voluntario a la primera batalla del Marne, aquellos días en que la Primera Guerra Mundial despertaba la euforia patriótica de los franceses, veía las cosas con un pesimismo radical—. Pronto llegarán los combates más duros y los muchachos serán los primeros en desear la muerte. Créame, Francisco, en la otra guerra, mientras duraba el combate solo pensaba en matar enemigos y seguir vivo, pero cuando volvía a la rutina de las trincheras, las horas se hacían interminables y empezaba a pensar en lo que había visto y lo que había hecho: me odiaba tanto que solo esperaba que todo acabara de una puñetera vez. En el frente tienes que elegir: imorir o enloquecer!

Mi bisabuelo lo miró con simpatía. Pensaba en cómo había cambiado aquel chico desde el entusiasmo guerrero de los primeros días de la guerra del 14; ahora, el hijo de su buen amigo René Falguière parecía realmente consternado.

—Han vuelto a movilizar a muchos de los jóvenes que combatieron conmigo en las trincheras, jóvenes convertidos en hombres maduros que dejan en casa mujer e hijos pequeños o adolescentes. ¡Si solo han pasado veinte años desde que regresaron del frente!

ENCUENTRO EN TOULOUSE

Las cosas no fueron como se habían deseado Robert Heidsieck y mi bisabuelo aquella noche en el Círculo. Aún no había pasado ni un mes desde su conversación cuando la potencia bélica de los alemanes sacudió las fronteras de Europa occidental: el 10 de mayo de 1940, invadieron los Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo y el norte de Francia, y el pánico se extendió hasta el último rincón del continente.

Mi bisabuelo lo vivió como una pesadilla. Veinticinco años después del incendio de la Rue Lecointre, la fábrica volvía a estar al alcance de la artillería enemiga. El 7 de junio, tres días antes de la entrada de los alemanes en Reims, se subió al coche de Yvonne e inició otra vez la huida hacia el sur. Cuando estuvieron fuera de la ciudad, cerró los ojos y trató de poner en orden sus pensamientos: primero habían huido de la Gran Guerra; después habían superado la crisis del 29; más tarde, la Guerra Civil española; y ahora Europa volvía a devorar a sus hijos más jóvenes. Le resultaba incomprensible que países civilizados se hubieran podido precipitar a la barbarie de aquella manera.

Las carreteras estaban colapsadas. Por todas partes había coches cargados de enseres inútiles y también miles de personas de todas las edades que huían a pie. Mi bisabuelo lo contemplaba como una derrota personal y se sentía totalmente desconcertado. Hizo conducir a Yvonne por carreteras secundarias y en tres días llegaron al Grand Hotel de la Poste, en Toulouse, donde siempre había sido recibido como un gran cliente y sabía que habrían echado a algún huésped con tal de facilitarle alojamiento.

Se quedaron cuatro días y cuatro noches. La última mañana, Yvonne fue la primera en salir del hotel para acercarse a correos a telegrafiar a Louis, que se había quedado en Reims. En el salón del hotel, mi bisabuelo leía los periódicos y se alarmaba: los alemanes estaban a menos de veinticuatro horas de París. A las nueve en punto él también se levantó y se dirigió hacia la puerta; le esperaban en la *banque*; quería dejar en orden sus finanzas y dar instrucciones precisas antes de cruzar la frontera.

Hélène y su hijo Francisco habían salido de París el 11 de julio, de madrugada, setenta y dos horas antes de que los alemanes entraran en la ciudad. Joan Rich había decidido quedarse para vigilar la fábrica; se sentía protegido por su doble nacionalidad francesa y española. El viaje fue lento, porque las carreteras hacia el sur eran las más saturadas: todos querían huir de la capital. Al anochecer del tercer día llegaron a Toulouse, pero tuvieron que dormir en el coche, porque no encontraron ninguna habitación libre.

Al día siguiente, con más calma, decidieron hacer un repaso a todos los establecimientos para tratar de implorar una habitación y una ducha antes de iniciar el último trayecto hasta la frontera. A las nueve se disponían a cruzar la calle para entrar en el Grand Hotel de la Poste cuando Francisco tiró del brazo de su madre y se puso a gritar, sobresaltado:

—¡El abuelo! ¡Es el abuelo!

Mi bisabuelo Francisco acababa de salir del hotel y se dirigía con paso lento hacia la *banque*.

Hélène miró hacia la otra acera y no podía dar crédito a la súbita aparición de su padre. Echó a correr, cruzó la calle y fue tras él:

—¡Papá!

—¿Hélène? —Se abrazaron, y cuando Francisco también se acercó, le estrechó la mano; nunca se habían dado un beso—. ¿Qué hacéis aquí? Pensaba que os quedaríais en París. —Todo el mundo piensa que allí las cosas se complicarán en poco tiempo y Joan dice que estaremos más seguros en España. El se ha quedado para vigilar la fábrica y

nosotros nos dirigimos a España, pero ya no estoy segura de querer cruzar la frontera; hace tres días que le estoy dando vueltas a la idea de volver atrás. Joan y yo tenemos la nacionalidad española, y los alemanes no nos pueden hacer nada.

Decidieron proseguir juntos el viaje. Yvonne y mi bisabuelo abrían la comitiva en su coche, porque se sabían de memoria la carretera hasta la frontera; Hélène y Francisco los seguían en su propio vehículo, en silencio, incapaces de decidir si debían continuar o dar media vuelta. Antes de cruzar la frontera hicieron noche en Perpiñán y, después de cenar, Francisco sorprendió a mi bisabuelo:

—Me he hecho francés. El día que nos íbamos de París cumplí dieciocho años y me llegó la hora de elegir nacionalidad. Cuando supe que los alemanes estaban a las puertas de la ciudad, decidí renunciar a la nacionalidad española y me hice francés. Papá me dio su autorización.

Mi bisabuelo se quedó mirándole. El nieto que le había reconciliado con su hija Hélène se estaba convirtiendo en un hombre, y en todos aquellos años solo le había visto diez o doce veces, en las comidas de Navidad y en las pocas fiestas que celebraban todos juntos en la casa de la Rue Clovis.

—Si quieres, tengo trabajo para ti en la fábrica de Cassà.

Aquella noche, Francisco Rich no durmió. Si aceptaba la oferta de mi bisabuelo, su madre ya no debería decidir, solo les quedaría la opción de seguir adelante hasta el otro lado de la frontera. A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, le costó encararse con aquel hombre alto y de rasgos marcados al que apenas conocía y que en el pasado le había dado mucho miedo.

—Volvemos a París, abuelo. España no me dice nada. Trabajaré con papá en la fábrica de tapones pequeños.

Mi bisabuelo cerró los ojos. La familia le volvía a dar la espalda, y todo por una pequeña fábrica de tapones para vino tranquilo, que de hecho prosperaba porque él les había bendecido, les había prestado dinero y les había abierto las puertas de muchos de sus propios clientes. Aquella mañana en Perpiñán se encontró solo como en los días de la fuga de Hélène y Louis. Con Angèle en Cassà, solo le había quedado la compañía de Yvonne, pero a su hija pequeña también le había destrozado la vida y era plenamente consciente de ello.

Se sentía abatido desde que habían salido de Reims, y el inesperado rechazo de su nieto acabó de ponerle de mal humor. Había quedado muy tocado durante el viaje que le había obligado a presenciar en vivo el éxodo de miles de familias en las que se veía reflejado, porque él mismo también huía por segunda vez. Aquella visión directa del hundimiento de Francia le había alterado más de la cuenta; hacía días que una presión en el pecho lo ahogaba, pero no le dijo nada a Yvonne. Intentaba no pensar en ello y echaba la culpa a la maldita bronquitis. No tardó en descubrir que se engañaba inútilmente, porque había algo más que no marchaba bien: era el primer aviso del corazón, que dos años después le fallaría definitivamente.

Cuando retomaron el camino de Le Boulou, volvió a hacerse las preguntas que le perseguían desde que habían salido de Reims. Empezaban a resultarle una obsesión enfermiza, pero no sabía cómo esquivarlas. Una vez más cerró los ojos y dejó que las preguntas le atormentaran hasta la frontera. ¿Cómo era posible que Europa volviera a caer bajo el peso de la violencia más extrema? ¿Cómo podía explicar que algunos de sus clientes alemanes a los que apreciaba se hubieran dejado deslumbrar por aquel fanático que sembraba el terror por todo el continente? ¿Qué había ocurrido para que decenas de miles de excombatientes que habían sobrevivido de milagro a la Gran Guerra tuvieran que abandonar ahora a su familia y volver al frente obligados por la sinrazón más infame?

Recordó a su jefe de producción, André Pinsard, llorando en el patio de la fábrica, un año antes, cuando recibió la carta de movilización; pensó en el hijo de Maquin, que también estaba en primera línea por segunda vez en poco más de veinte años. Como ellos, miles de jóvenes que se habían salvado del ensañamiento de la primera guerra de trincheras volverían a matar en los campos de batalla de toda Europa. ¿Qué pensarían? ¿De dónde sacaban las fuerzas? ¿Qué futuro trágico les esperaba? ¿Había algún mecanismo humano para explicar aquella locura centroeuropea? Mi bisabuelo habría

entendido que todo esto pasara en una España de la que siempre desconfiaba, pero le resultaba del todo incomprensible que pudiera reproducirse en la Europa que admiraba y que inspiraba todos sus actos. ¿Eran criminales aquellos que solo unos años antes parecían hombres de negocios amabilísimos, de una sensibilidad y una cultura indiscutibles?

No tenía respuestas, solo la certeza de que la vida le condenaba a transitar de guerra en guerra. Y cuando entregó el pasaporte para pasar el control fronterizo y entrar en España, intuyó que su viaje estaba a punto de terminar justo allí donde había empezado medio siglo antes. Se preguntó si el destino sería tan cruel para condenarle a morir en aquel rincón del mundo del que había huido y sintió el mismo abatimiento de aquel día que, de regreso de Grecia con Aimée, se cruzaron en el golfo de Nápoles con los barcos de guerra italianos que navegaban a toda máquina para sumarse al enfrentamiento fratricida de los españoles.

REFUGIO EN EL ROCAFOSCA

La Guerra Civil había pasado, la guerra europea quedaba lejos y mi bisabuelo se refugió en el hotel Rocafosca buscando aislarse del desánimo general de una Cataluña que le seguía inspirando sentimientos poco complacientes. El país tenía un buen paisaje, un buen clima y una gente bastante trabajadora, pero no había orden ni disciplina, y la guerra había exagerado la resignación popular, que él interpretaba como una desesperante falta de ambición.

La reanudación del trabajo se demoraba porque no había suministros, fallaba la electricidad, las comunicaciones eran lentas y la falta de rigor del nuevo régimen le resultaba frustrante. Mi bisabuelo lo compensaba haciendo planes. Desde el hotel siguió con su pasión epistolar y reanudó la costumbre de invitar a los clientes a la Costa Brava. Intuía que era el mejor momento para buscar complicidades, aunque tardara en recoger los frutos.

Algunos amigos de Reims encontraron en la invitación una buena oportunidad para alejar a la familia de la guerra. A Guy Falguière, en cambio, el futuro incierto del negocio le retenía en la zona de conflicto y le impedía escapar al sur y buscar refugio en la Costa Brava.

Raíz, 10 de agosto de 1940

M. Francisco Oller, Hotel Rocafosca, Palamós

Cher monsieur Oller:

Su carta desde el Rocafosca me ha causado un gran placer y me alegro al pensar que vuelve a disfrutar de los encantos de ese rincón delicioso. Desgraciadamente, esta vez tengo que renunciar a su invitación, porque el sábado salgo para Alemania en un difícil viaje de tres semanas para aclarar la situación de nuestros intereses familiares en la zona. Forzado por la lamentable derrota de nuestro país, no me queda más remedio que meterme en la boca del lobo y tratar de encontrar soluciones provisionales para nuestros negocios, que deberemos mantener tanto tiempo como dure esta locura. Soy consciente de que mi riesgo no es nada comparado con el que afrontan nuestros chicos que todavía combaten en el frente con las tropas aliadas. Es con auténtico terror y compasión que pienso en ellos y recuerdo mis años en las trincheras infernales del frente del Marne. Le doy mil gracias por su cálida invitación y deseo que su estancia sea placentera. Estoy en Batz para la celebración del 15 de agosto y me he reencontrado con mis padres, que se unen a mí para expresarle sus mejores deseos.

Guy Falguière

A mediados de agosto le escribió André Maquin para comunicarle una noticia que le dejó abrumado hasta el final del verano.

Reims, 14 de agosto

Francisco Oller

Hotel Rocafosca, Palamós, Espagne

Mon cher ami:

Me alegra que las cosas empiecen a arreglarse para vosotros; aquí, en cambio, van cada vez peor. Es con gran tristeza que debo comunicarte que hace unos días los alemanes detuvieron a nuestro buen amigo Bertrand de Mun y que lo mantienen retenido como rehén. Parece que el conde ha sido trasladado a la prisión de Fresnes y, aunque todos confiamos en que sea liberado

inmediatamente, a los setenta y tres años ya puedes suponer el impacto que todo esto puede tener en su salud. Echo de menos nuestras conversaciones en el Círculo y quisiera creer que pronto terminará esta pesadilla y podremos reencontrarnos en Reims; a pesar de todo, la opinión general entre nosotros es muy pesimista.

Con los mejores deseos para ti y tu familia,

André Maquin

EL TESTAMENTO

En La Fosca, mi bisabuelo se despertaba todos los días con los motores de las barcas de pesca que repicaban al otro lado de Cap Gros. A las siete, cuando salía a la terraza del hotel, el aire de la mañana todavía soplaba fresco, la luz era blanca y la bahía tenía ese olor a limpio y ordenado que a primera hora tienen todas las playas de la costa. Cuando se subía al coche, los dondiegos apenas cerraban sus flores rosas, amarillas y rojas, y los jardineros del Rocafosca rastrillaban los caminos de tierra y regaban las buganvillas y los jazmines emparrados en la pérgola. Llegaba a Palamós cuando las tiendas empezaban a abrir sus puertas, como si levantaran el telón de una función hecha a medida para los veraneantes que aquel año, a caballo entre las guerras española y europea, no acababan de llegar: los noctámbulos se retiraban con mil sueños derrotados; las traínas que habían pescado de noche descargaban las sardinas en el pósito; las mujeres barrían las aceras y los camareros colgaban en la calle las pizarras con las ofertas de la jornada.

Aquella era la mejor hora para abandonarse en las calles sin destino concreto, como en un paseo entre bambalinas, observando impudicamente las interioridades del país antes de que el teatro turístico iniciara su representación. A mi bisabuelo le gustaba pasear por la calle Mayor mientras las payesas despachaban las primeras frutas en sus puestos con gestos casi litúrgicos, que habían aprendido de sus madres y de sus abuelas. En los puestos había verduras y legumbres recién cogidas en los huertos de Calonge, de Vall-llobrega y de Sant Joan, y montones de cestos de fruta de secano, muy dulce, sobre todo melocotones de viña, pero también ciruelas Claudias, uva moscatel y los primeros melones de la temporada.

Mi bisabuelo recogía los periódicos franceses en la librería de Margarita Vidal y, poco después de las nueve, volvía a La Fosca. Aquella mañana, sin embargo, rompió su rutina; bajó al paseo por las escaleras de la plaza Murada y caminó despacio, haciendo tiempo para entrar en el hotel Trias. Se había citado con el notario Montagud, que venía ex profeso de Cassà para terminar las últimas disposiciones del testamento.

Se conocían desde los años de la Primera Guerra, de la firma de la escritura de compra de can Paró; el notario era quien mejor interpretaba los estados de ánimo de mi bisabuelo, que cambiaban en función de las continuas muestras de indisciplina de sus hijos. Se saludaron con afecto, pero no se entretuvieron preguntando por la familia o por los negocios.

—Ya he resuelto los dos temas que querías modificar. Hélène recibirá solo un veintitrés y medio por ciento de la sociedad Francisco Oller; Angèle, Yvonne y Louis heredarán un veinticinco y medio por ciento cada uno. Hélène tendrá, pues, un dos por ciento menos que sus hermanos. Siempre me había preguntado si al final la castigarías por haber huido...

—Mala deducción —le interrumpió mi bisabuelo, molesto por el comentario—. Cuando se casó, le di dinero para montar la fábrica de tapones pequeños en París; este dos por ciento equivale a lo que le adelanté.

Montagud vio que había metido la pata y fue al grano.

—Entiendo que a Angèle le dejas el cincuenta por ciento del hotel Rocafosca y que los otros tres se repartirán el cincuenta por ciento restante. ¿Es así?

—Es exacto, sí. Angèle siempre se ha encargado del hotel como si fuera suyo. —Se echó hacia delante y propuso—: Y ahora te quisiera dictar unas disposiciones adicionales relacionadas con el personal de la fábrica.

Mi bisabuelo empezó a dictar y el notario se limitó a tomar nota.

—En reconocimiento a los buenos servicios que me han prestado los obreros de la empresa Francisco Oller de Cassà de la Selva, he decidido testimoniarles mi gratitud de la siguiente manera. Dispongo que, dentro del plazo de medio año a partir del día de mi

fallecimiento, los obreros o personal de la fábrica reciban las siguientes gratificaciones: Pere Carrera, Robert Vilallonga y Emili Lobo, mil quinientas pesetas cada uno; todo el personal que tenga más de un año de antigüedad, quinientas pesetas; los que tengan menos de un año y los dos hervidores recibirán doscientas cincuenta pesetas. Dejó que el notario acabara sus notas y le confirmó que ya no deseaba darle más indicaciones.

—¿Lo tienes todo? Me parece que con esto dejo todas mis cosas en orden.

—Cuando vuelvas a Cassà estará todo listo para la firma —confirmó el notario. Y vio que mi bisabuelo se levantaba y buscaba apresuradamente la salida del hotel, como si de repente hubiera recordado que el tiempo se le acababa.

COMIDA EN CASTELL

Los días que soplaba el levante o la tramontana, los veraneantes tenían que buscar ocupaciones lejos del mar: jugaban a las cartas en las terrazas, iban en bicicleta hasta la ermita de Bell-lloc o simplemente paseaban hasta el Mas del Vent y el pinar de la Dolores. Si los temporales llegaban a finales de agosto, aprovechaban para coger moras o se acercaban a Castell para hacer ramos de cardos o de *puros* del arroyo y, de vuelta, por el sendero de Sant Esteve, cogían los primeros higos del año y sabían que se acercaba el momento de volver a la ciudad.

Aquellos días, el viento dejaba unos cielos luminosos y un mar plano como un espejo. El día se acortaba; el aire era más fresco; cuando se levantaban, en las redes había pescado azul poco apreciado: la idea de que el verano se acababa se instalaba en el ánimo de todos los miembros de la colonia y entonces, los amores inconfesados del verano corrían prisa y los acontecimientos se precipitaban.

Josep Rusalleda era de los que sentía esta premura porque le gustaba Conxita, pero en cuanto él llegaba, ella se iba a otra parte y la baba Angèle la regañaba.

—Yo no sabía de qué me hablaba mi madre. Josep no me dijo nunca que viniera por mí! Mi abuelo Pepitu, el padre de mi madre, era el animador de la comida de despedida que se hacía en Castell, a primeros de septiembre. Durante años, aquel encuentro certificó oficialmente la clausura de la temporada de veraneo de la colonia. Los niños y las mujeres iban a primera hora, a pie, por el camino de ronda; los hombres se dejaban caer a media mañana, en la Lucas, la barca de mi abuelo Farreras, y cargaban las cestas de mimbre con la comida. Después de comer, los adultos se adormecían en la arena y los jóvenes aprovechaban para ensayar sus declaraciones de amor y tratar de romper el hielo.

Habían instaurado la tradición el segundo verano tras la guerra española. Ese día encendieron la hoguera en un extremo de la playa, justo debajo de la barraca que Josep María Sert había hecho construir para que Salvador Dalí se encerrara a pintar cuando le hospedaba en el Mas Juny. Después de comer, mi bisabuelo Francisco, cansado y agobiado por las incomodidades de la arena, se acercó a Conxita y a Josep para tratar de desatascar las cosas:

—A ver si espabiláis, hacéis una buena pareja.

Luego, cuando a media tarde los jóvenes se levantaron de la arena para subir al poblado ibérico, mi bisabuelo insistió a Conxita:

—Pero ¿a qué esperas para hacerle caso? Es buen chico, es médico y le gustas. ¿Qué más da que sea un poco mayor que tú?

Mi abuelo Farreras también se apuntó, pero fue más bestia, a su manera:

—Pero tú, Conxita, ¿qué quieres? ¿Un chico que te magree o un buen chico como Josep, que siempre cuidará de ú?

El abuelo Pepitu era un gran defensor de la causa sentimental de Rusalleda, seguramente porque el joven pretendiente lo acompañaba todas las mañanas a levantar las redes y se había convertido en su grumete más eficaz. Por fin, aquel verano de 1940, antes de abandonar La Fosca, Conxita y Josep Rusalleda hicieron oficial el compromiso y dos años después se casaron. Josep tenía treinta y dos años, once más que Conxita, y sus amigas le tomaban el pelo:

—Este no te durará mucho, *ite* quedarás viuda muy pronto!

El tiempo ha puesto en cuestión las dotes premonitorias de las amigas de Conxita, porque de momento el marido le ha durado setenta años. La última vez que les vi, Josep Rusalleda, el tío Rusalleda, como siempre nos hemos referido a él, acababa de cumplir ciento tres años y, salvo una ligera sordera, me pareció que estaba perfectamente y me explicó con una memoria prodigiosa los paseos que compartió con mi bisabuelo por las afueras de Cassà una vez terminada la Guerra Civil. Tía Conxita,

que ya ha cumplido los noventa, aún camina diariamente más de tres kilómetros. En casa siempre ha sido una leyenda, porque de niños ya oíamos decir que, si iban de viaje a los Alpes con nuestros padres, a mitad de la comida ella se levantaba y preguntaba:

—¿Qué carretera tomarás, Manel? Yo voy a echar a andar y ya me recogeréis.

EN LA TERRAZA

Aquel mes de septiembre, después de comer, mi bisabuelo salía solo a la terraza del Rocafosca y ordenaba que le sirvieran un café y una copa de Armagnac, siempre en la misma mesa, al lado de la barandilla. Le gustaban los días de lebeche; en la bahía, las manchas blancas marcaban la línea del viento del sur, que golpeaba de lleno contra la playa de Castell y dejaba La Fosca retirada, como una balsa. Debajo de la terraza del hotel, las olas rompían tan suavemente contra la playa de los Pescadors que apenas se oían: puede que un golpe seco, poca cosa, y el ruido de la espuma, que a duras penas se deslizaba playa arriba; y cuando el agua retrocedía, el roce de la arena sonaba como un sorbo de champán.

La lenta cadencia de las olas invitaba a adormecerse, escuchando las voces que subían de la playa y se iban haciendo lejanas. Muy de vez en cuando entraban unas cuantas olas más fuertes, que se rompían con un chasquido seco contra la arena, mojaban por sorpresa las toallas y los albornoces y los niños chillaban.

—Las ha levantado aquel barco que pasa tan cerca de la costa —dictaminaron aquella tarde los más entendidos, señalando un barco que navegaba tan pegado a tierra que parecía como si quisiera cruzar entre la punta de Castell y las islas Formigues.

Mi bisabuelo se incorporó y reconoció el barco de Argel.

Recordó aquella vez que volvía de Tetuán con Aimée; cuando costearon frente a La Fosca, había intentado sin éxito distinguir la playa y las obras del hotel que la baba Angèle había empezado a dirigir sobre la antigua casa de los Matas.

Sintió una gran nostalgia de aquellos días en que aún soñaba con enderezar el futuro. En ese momento se sentía cansado y le martillearon de nuevo las preguntas que lo atormentaban desde hacía meses. Toda su lucha había estado guiada por dos obsesiones: dejar atrás la miseria de este país indisciplinado y cohesionar a la familia. De pronto, todo le parecía absurdo y lejano: en la primera cuestión ahora era Europa la que le defraudaba perseverando en su destrucción; y, respecto a la familia, no tenía más remedio que aceptar que quizá hubiera sido él mismo quien había fallado estrepitosamente.

¿Qué había hecho mal? ¿Por qué sentía tan distantes a sus hijos? Angèle era una francesa de raíz, pero sus ocho hijos le habían salido todos catalanes; Yvonne era una buena chica, pero la había arrastrado a un matrimonio imposible y moriría sin descendencia; con Louis no encontraba la forma de entenderse; y Hélène, la más lista, había hecho de la desobediencia una norma de conducta. Recordó a su madre en la cama, la noche en que murieron ella y Menna; vio a Calau bajando con mala cara de Els Metges; pensó en el encargado de Toulouse, que le había enseñado a seleccionar tapones, y en los Coris, padre e hijo, que le habían abierto las puertas de Épernay. También le vino a la cabeza el señor Forns y las aventuras del conde de Montecristo: no había terminado en el barrio de los catalanes de Marsella, pero no estaba satisfecho.

Las olas volvieron a acoplarse a un ritmo monótono y mi bisabuelo perdió la noción del espacio y del tiempo, porque los ruidos de la playa se le mezclaban con el sonido de todas las botellas de champán que había descorchado en Reims y con las que ahora soñaba.

Así pasaba las tardes aquel verano: bien en La Fosca, en la terraza del hotel; bien en Reims, en el Círculo, con sus amigos. Perdido entre dos mundos que amaba pero que nunca se fundirían en uno, como se fundían las olas en la arena de la playa de los Pescadors, mientras él se adormecía y soñaba con el conde de Mun, que descorchaba una botella de Veuve Clicquot en la Rue du Temple, y el gas liberado —iblop!— provocaba aplausos. O quizás era Otto Bangerter quien descorchaba una botella de Piper-Heidsieck —iblop!— en el restaurante del Círculo. Y luego Édouard Besserat y André Maquin también descorchaban botellas —iblop!, iblop!—. Hasta que una voz

comenzaba a gritar «¡Miquel!, ¡Miquel!», y mi bisabuelo se despertaba en la terraza del Rocafosca y descubría a mi abuelo Pepitu llamando al pescador para que acercara la Lucas al Bassi y cargara las nasas que habían preparado para ir a calar en el Rec de Fenals.

Al espabilarse aquella tarde, mi bisabuelo tuvo frío y tiró de la manta hasta cubrirse el pecho. Descubrió el origen del ruido que le había hecho soñar con las botellas de champán que descorchaban en el Círculo; dos mesas más allá, dos clientes franceses botaban una pelota de tenis —iblop!, iblop!—, haciendo tiempo para ir a la pista del pinar. El viento se había detenido. Se incorporó y escrutó más allá de las manchas blancas, buscando el barco de Argel. Pero ya no estaba. La línea del horizonte se veía desierta, y aquella ausencia inmensa fue la última imagen que mi bisabuelo se llevó del mar. Al día siguiente, de madrugada, se marchó a Cassà, y en aquel invierno de 1941, poco después de Navidad, murió.

Enterraron a mi bisabuelo en el cementerio de Cassà, en una tumba que él mismo había mandado excavar en el suelo cuando supo que ya no volvería a Reims. El entierro fue multitudinario por la presencia de los trabajadores de la fábrica y de todas las familias que alguna vez habían abastecido a Oller, pero no tuvo la solemnidad y el acento cosmopolita que habría tenido en tiempos de paz, porque ni los amigos de la Champaña ni los clientes de los demás países en guerra pudieron viajar a Cassà.

Al día siguiente, el notario Montagud convocó a los cuatro hijos Oller en su despacho. La lectura del testamento no aportó ninguna novedad sustancial; todos conocían de antemano las voluntades de su padre. Quizá les sorprendió que la participación de Oller en las cavas Besserat hubiera ascendido hasta el cuarenta por ciento coincidiendo con la entrada de Yvonne en la gerencia del negocio, pero no se entretuvieron porque intuían que esa parte de la herencia sería íntegramente para ella. Tampoco tuvieron sorpresas cuando recibieron el detalle de las finanzas personales de mi bisabuelo, aunque en los bancos de Cassà y en la *banque* de Toulouse había más dinero y más acciones de lo que pensaban.

Tras conocer la magnitud de la herencia, la pequeña de la familia fue la primera en reaccionar. Yvonne era estricta y exigente como sus hermanas, pero la falta de vínculos sentimentales estables siempre la había conducido a un ejercicio más amplio de su libertad personal. Soñaba con ser concertista de piano, pero al final se había refugiado en el trabajo y era feliz desde que había asumido plenamente la dirección de las cavas Besserat. Viajó a Reims, que seguía ocupada por los alemanes, y visitó a Edouard Besserat para cerrar el trato que habían acordado tres años antes: comprar un cincuenta por ciento más de la compañía y pasar a controlar el noventa por ciento de las acciones de las bodegas.

El notario de Aÿ se desplazó hasta la residencia de los Besserat y, por deseo de Edouard, firmaron el acuerdo en la mesa de la tribuna, que tenía el ventanal más grande y soleado de la comarca. La *véranda* era un espacio privilegiado al que en verano atemperaba la sombra de las glicinas y las viñas vírgenes. En invierno, en cambio, el emparrado quedaba desnudo y, si hacía buen tiempo, dejaba pasar aquel sol que en las tardes gélidas de la Champaña era un regalo muy valioso.

Después de firmar, Yvonne y Édouard bajaron al jardín, que estaba más abandonado que la última vez que les había visitado. Yvonne recordaba muy bien el día en que habían cerrado el acuerdo verbalmente: al pie del muro de piedra del cercado había matas de lirios de los valles cargadas de flores blancas, pequeñas y delicadas, y también había fresas con sus frutos rojos y jugosos, como una invitación tentadora al verano que se acercaba. Ahora, en cambio, no había ni flores ni fresas, y la maleza ganaba terreno a las plantas.

Édouard se lamentó del abandono: aquel invierno había sido muy frío y la guerra tampoco animaba a pensar en el jardín. Yvonne vio que a Édouard le costaba respirar y propuso volver a entrar en casa. Él la cogió del brazo y la miró a los ojos.

—Prométeme que, si alguna vez te desprendes de las bodegas, no se las venderás a mis sobrinos.

Yvonne le dedicó una sonrisa de complicidad, le dio un beso en la frente y confirmó:

—Te doy mi palabra.

El acuerdo quedó sellado.

Con su tenacidad y su capacidad de relación, Yvonne había forjado el maridaje entre el corcho y las viñas, y la familia Oller pasaba a tener un pie en la fabricación de tapones y otro en la producción de champán de altísima calidad. Justo después de su muerte, el sueño recurrente de mi bisabuelo acababa de hacerse realidad.

SEGUNDA PARTE

CUANDO VENÍAN LOS FRANCESES

LOS «TÍOS DE FRANCIA»

En casa siempre estuvieron los tíos, que eran los hermanos de mi padre —Josep, Francisco, Conxita, Narcís, Jordi, Lluís y Mariàngela— y los tíos de Francia, que eran los hermanos de mi abuela, la baba Angèle, y que, por tanto, eran nuestros tíos abuelos: Hélène, Louis e Yvonne. Los franceses vivían en Reims, pero venían un par de veces al año a Cassà y a La Fosca para visitar a la familia y ponerse al corriente del negocio, porque la fábrica catalana siempre fue más productiva y dio más beneficios que la planta francesa.

Desde el final de la guerra, los visados se concedían con muchas restricciones y cuando Louis quiso viajar a España pidió a mi abuelo Joaquim que buscara algún industrial de renombre que le avalara ante las autoridades franquistas. Mi abuelo escribió a Manuel Raventós:

Cassà de la Selva, 2 de julio de 1942

Muy distinguido señor y amigo Manuel Raventós:

Según me tiene manifestado mi cuñado, el señor Louis Oller, residente en Reims, el consulado español en París exige ahora a todos los súbditos de nacionalidad francesa un informe favorable, facilitado por la Dirección General de Seguridad de Madrid, para autorizar su entrada en España. Con tal fin es necesario citar a dos o más personas que garanticen la personalidad del interesado. Louis y yo mismo hemos pensado en usted para que pueda dar referencias de su persona. Le agradeceríamos sinceramente que, si es consultado, quisiera tener la amabilidad de apoyarle para que pueda viajar a España en compañía de su esposa, Suzanne Chapuis Chervuys. El desplazamiento les resulta ahora mismo de gran interés. Agradecido una vez más por sus múltiples atenciones, le saludo muy atentamente y quedo a su disposición.

Joaquim Nadal

La respuesta del patriarca Raventós desde Sant Sadurní solo tardó cinco días:

Estimado señor y amigo Joaquim Nadal, sucesor de Francisco Oller:

Acuso recibo de su querida carta del 2 del corriente y, en correspondencia, me complace manifestarle que será para mí muy agradable dar inmejorables informes y constituirme en garante de su cuñado Louis y de su señora esposa, si soy invitado a hacerlo por parte de la Dirección General de Seguridad. Con esta fecha transmito una copia de su carta a nuestra empresa de Barcelona, por si la consulta tuviera que evacuarse en aquella sucursal. Deseando que a los señores Oller les vaya todo muy bien y tenga pronto el gusto de saludarles, me ofrezco, de usted afectísimo,

Manuel Raventós

De esta forma, Louis y Suzanne obtuvieron el visado sin más complicaciones y organizaron su primer viaje a Cassà desde el final de la guerra. Cuando supo que venían los franceses, la baba Angèle se puso tan nerviosa que tres o cuatro días antes ya empezó a dar órdenes a Rosita y a aleccionar a los niños.

—¡No me hagáis quedar mal! —les suplicó antes de enumerar una lista larguísima de normas de *politesse* y de costumbres francesas.

Mi abuela era rigurosa e inflexible, pero en vísperas de aquellas visitas era ella la que se mostraba insegura y acababa implorando a sus hijos un comportamiento digno de la familia Oller.

—Antes de sentaros, lavaos bien las manos y recordad que no se deben poner los codos en la mesa —repasó, con vistas a la comida del domingo, la única en que los pequeños

podían compartir la mesa con los adultos—, y sobre todo, no entréis en el comedor más tarde que los tíos. ¡Y no habléis si no os preguntan!

En cuanto regresaron a Cassà, después de la guerra, mi abuelo Joaquim y la baba Angèle habían dejado can Paró y se habían instalado en el pequeño *château* de la estación que habían heredado a la muerte de mis bisabuelos Manel y Enriqueta. En can Nadal, mi abuela se esforzaba por recuperar la autoridad sobre sus hijos, debilitada a causa de los tres años de excepcionalidad y descontrol de la guerra. Las estrecheces de la época habían exagerado su tendencia a la severidad: primero restableció los horarios; después impuso una higiene escrupulosa; a continuación, reinstauró un régimen alimenticio sobrio y sin caprichos, y finalmente, introdujo de nuevo las lecciones prácticas de urbanidad.

—¡Manel, los codos fuera de la mesa! ¡Lluís, la espalda más derecha! ¡Jordi, haz el favor de limpiarte los labios con la servilleta antes de beber!

Con las privaciones de la guerra también se había vuelto extremadamente austera y cuidadosa con todos los bienes materiales, con especial atención a la ropa. Cuando las zapatillas de andar por casa se gastaban, decía que siempre había un pie que tenía más desgaste que el otro y ordenaba a Rosita:

—Intercambie las suelas; aún durarán otra temporada.

Según iban creciendo los chicos, se pasaba horas zurciendo sus calcetines o repasándoles los trajes; todas las semanas cepillaba con gasolina sus americanas y las de mi abuelo Joaquim: se ponían a ello con Mariàngela a primera hora de la mañana, en la tribuna del comedor, y podían estar frotando cuellos y puños hasta la hora de comer.

La tribuna era el rincón más confortable de la casa. El sol daba de lleno desde el mediodía hasta el atardecer y proyectaba sobre la estancia los colores vivos de los cristales emplomados. Tras la puesta del sol, en cambio, la tribuna era fría, y en invierno tenían que apresurarse a cerrar las puertas para aislar el comedor. Las puertas correderas se atascaban a menudo por su propio peso y había que pulirlas para que se deslizaran más suavemente. Cuando mi abuelo Joaquim se levantaba de la butaca para cerrarlas, los chicos se reían porque sabían que les repetiría las palabras que de niño había oído decir a su padre, dirigidas al carpintero que venía a pulirlas:

—¡Cuidado, Jaume, que de tanto lamer nos vas a dejar sin puertas!

Mi abuela se encontraba entre dos mundos. Era tan francesa que cada vez que cruzaba la frontera, *camino de Perpiñán*, cantaba *La Marseillesa* con un entusiasmo que dejaba estupefactos a los guardias civiles y a los gendarmes de la aduana; sus acompañantes siempre temían que los agentes se lo tomaran como una provocación. Aprovechaba cualquier excusa para empezar a hablar en francés. Cuando pedía un café con leche en alguna cafetería de Barcelona, siempre aclaraba: «Le café, bien chaud!».

Se había acostumbrado tanto a soltar discursos en francés para remarcar sus orígenes que, a veces, en Francia, invertía los papeles. Pedía un café con leche en un francés impecable y al final gritaba «¡El café, bien caliente!», provocando la perplejidad de los camareros.

Pero sus hijos eran todos catalanes y la baba Angèle no estaba dispuesta a que parecieran más maleducados que cualquiera de los miembros de la familia de Reims. De modo que cuando venían los franceses, ella sufría y mi padre y sus hermanos temblaban, porque durante la visita se suspendían los juegos, se prohibían radicalmente las carreras y debían evitar en lo posible las entradas y salidas de casa. Y si a algún chaval se le ocurría pedir permiso para algo, la influencia de los parientes provocaba una respuesta automática y contundente de mi abuela:

—Non!

—Pero mamá...

La réplica terminaba siempre con la humillación añadida de los comentarios hirientes de alguno de los tíos de Francia:

—*Mais, voyons! Tu est pas intelligent...* —intervenía cualquiera de ellos, mientras todos los demás observaban con una mirada de desaprobación.

La vida normal quedaba limitada a la cocina, el territorio gobernado por Rosita, que los tíos de Francia solo pisaban el primer día para saludar a la criada y preguntarle por su salud.

—Si yo no os llamo, no entréis en el comedor ni en la tribuna —ordenaba mi abuela.

Y ellos lo agradecían, porque, una vez dados los besos de bienvenida y agradecidos los regalos que les habían comprado en Reims, corrían hacia la cocina o salían al jardín por la puerta trasera, la que daba a la carbonera, exactamente igual que haríamos nosotros muchos años después, todos los domingos, cuando íbamos a visitar a los abuelos de Cassà y la única francesa que quedaba en la casa era precisamente la baba Angèle, que nos reprendía si corríamos por el jardín, porque le desordenábamos las piedrecitas del camino que acababa de rastrillar.

Los tíos de Francia traían siempre regalos. Mi padre y sus hermanos lo celebraban como si llegara el Père Noël o como si celebraran las *étrennes*, porque todo lo que tenían los franceses de severos también lo tenían de generosos y espléndidos con sus sobrinos. En sus viajes a Reims, para visitarse con el doctor Raimond, mi bisabuela también cargaba vituallas para la baba Angèle, sobre todo patés, chocolates y botes de *bisque d'homard* o de *poule au pot*, y también con las últimas novedades para el menaje de la casa y pequeños electrodomésticos que en Cataluña todavía no se encontraban.

Más adelante, cuando mis padres ya estaban casados y habían empezado a tener una familia numerosa, si los tíos de Francia nos visitaban en La Fosca, también venían cargados de todo tipo de obsequios. La más espectacular era Yvonne, que llegaba con su descapotable como si todo el coche fuera un envoltorio; abría el maletero y no paraba de sacar cajas de bombones de la pastelería de la Place Drouet-d'Erlon y regalos para todos. Y en Navidad, mandaba a mis padres un par de cajas de champán Besserat a la casa de la plaza de Santa Llúcia de Gerona, y en su interior escondía algún regalo para nosotros, porque mi padre era su ahijado y, cuando ella se hizo mayor, decidió ejercer de madrina de sus doce hijos.

Las visitas de Hélène eran más esporádicas y más cortas, particularmente en verano, que se reservaba celosamente para ella. Todos los primeros de agosto se instalaba sola en el Hotel du Parc & Majestic de Vichy, por un período innegociable de tres semanas. Joan Rich sabía que Hélène no renunciaría jamás a ese ejercicio de independencia y no protestaba; él optaba por acomodarse esas mismas tres semanas a menos de cien kilómetros, en el Grand Hotel de Lyon, en Royat, la otra ciudad balnearia del centro de Francia. En Vichy, Hélène seguía una rutina estricta, pero nada monótona. Por la mañana alternaba los baños con la lectura en las butacas de la terraza, a la sombra de los jazmines emparrados de la pérgola. Después de comer jugaba al *bridge* con las amigas en la sala principal y después salía a pasear entre los castaños de Indias del parque o jugaba un partido de croquet. Por la noche alternaba los conciertos, los bailes y las visitas al casino; le gustaba acercarse a las mesas para estudiar de cerca los tics de los jugadores de ruleta, pero nunca incurría en el mal gusto de apostar.

Con este ritual, Hélène preservaba el poco tiempo libre que podía arrancarle a la Maison à Bouchons Jean Rich, la empresa familiar de tapones pequeños de la que era el alma indiscutible. Amaba a Joan con locura, pero con el paso del tiempo había descubierto que ella tampoco podía renunciar a sentirse libre durante unas semanas al año. Cuando fue consciente de que seguía las pautas de conducta de su padre, empezó a hablar con sarcasmo de ella misma:

—Al final Kiefer tendrá razón: éramos incompatibles porque nos parecíamos demasiado.

EL ROSARIO

La baba Angèle era poco devota. En cuestiones de religión, seguía la corriente y punto: cumplía los preceptos religiosos; iba a misa todos los domingos; ayudaba en las conferencias de San Vicente de Paúl y rezaba todas las noches una oración en francés antes de acostarse. Pero no era obsesiva ni muy experta. En Reims no son tan devotos de los santos como los católicos españoles, ni tan aficionados a las figuras que los representan como sus compatriotas de la Provenza o del Rosellón. La baba Angèle lo atribuía a la cercanía de la Champaña con las zonas de influencia de la reforma luterana. El caso es que se hacía un lío con el santoral, con el calendario religioso y con los preceptos de cada temporada. Mi abuelo Joaquim, en cambio, era un practicante avezado y a menudo le reprochaba su desconocimiento:

—iAngèle, mujer, no nos puedes preparar *ris de veau* para comer! ¡Hoy es día de ayuno y abstinencia!

Mi abuelo era el encargado de dirigir el rosario, que tanto antes como después de la guerra rezaban a diario en familia. Arrancaba por sorpresa, sentado en la butaca del comedor:

—Domingo, misterios de Gloria. El primer misterio es la resurrección del Señor. Padre nuestro que estás en los cielos...

Mientras iba recitando el padrenuestro, se levantaba y empezaba a cerrar las ventanas y los postigos de la tribuna, pasando un hierro horizontal que cruzaba las dos hojas de madera.

Clac-clac, primero golpeaban los postigos al cerrarse y luego el hierro cuando entraba en el agujero que lo fijaba por dentro.

—El pan nuestro de cada día... —contestaban mi abuela, mi padre, Narcís, los gemelos y Mariàngela, que seguían el rosario sentados en el comedor. Conxita ya estaba casada; Josep y Francisco estudiaban en Barcelona, y en verano hacían los campamentos de las milicias. Los dos hermanos mayores eran los más devotos, aunque con la guerra, Francisco había olvidado su determinación de hacerse ordenar.

De repente, la voz de mi abuelo se alejaba porque había salido a cerrar los postigos del despacho —clac-clac— y luego aún se hacía más débil, porque subía las escaleras del primer piso.

—El segundo misterio es la ascensión del Señor. Padre nuestro... —clac-clac, aseguraba los postigos de su cuarto, sin interrumpir en ningún momento las oraciones, porque enseguida empezaba el avemaría—. Dios te salve, María, llena eres de gracia...

—Santa María, Madre de Dios... —contestaban desde el comedor. Y a los gemelos se les escapaba la risa, porque sabían que en ese momento mi abuelo estaría arrodillado al pie de la cama, comprobando que no había nadie escondido. Además de cerrar las ventanas, cada noche miraba debajo de cada una de las camas de la casa para asegurarse de que no hubiera ningún intruso y que podían irse a dormir tranquilos.

Cuando mi abuelo subía al desván apenas se le oía, pero los demás contestaban sin equivocarse, porque todos se sabían la secuencia de memoria y podían recitarla maquinalmente sin necesidad de oír los pasos con que les guiaba su padre.

Con las letanías ya en marcha, la voz se aproximaba nuevamente; mi abuelo ya bajaba las escaleras y de nuevo el diálogo se hacía muy vivo:

—*Mater purissima* —decía, con una voz cada vez más clara.

—*Ora pro nobis* —contestaban mi abuela y los niños.

—*Mater castissima*.

—*Ora pro nobis*.

—*Mater inmolata*.

—*Ora pro nobis*.

Mi abuelo Joaquim se acercaba a la entrada principal y cerraba las puertas exteriores de madera, y después aún le daba una vuelta a la llave de la puerta de cristales emplomados que daba al distribuidor.

—*Virgo potens* —seguía recitando.

—*Ora pro nobis* —contestaban con exactitud las voces del comedor.

—*Virgo clemens*.

—*Ora pro nobis*.

—*Virgo fidelis*.

—*Ora pro nobis*.

Y volvía a sentarse en su butaca justo para presidir el final del rosario.

—*Agnus Dei, qui tollis peccata mundi*.

—*Parce nobis, Domine*.

—*Agnus Dei, qui tollis peccata mundi*.

—*Exaudi nos, Domine*.

—*Agnus Dei, qui tollis peccata mundi*.

—*Miserere nobis*.

COLES DE BRUSELAS

Una sucesión de picos y colinas paralelos encarcelaban un valle estrecho y profundo, oculto entre las dos cordilleras. Por el centro discurría un río alimentado por las escorrentías de decenas de arroyos y torrentes que desgarraban las laderas dibujando sobre ellas la figura de dos espinas de pescado. En poniente, en cambio, la montaña caía suavemente hacia la llanura y se abría hacia grandes extensiones de campos y arboledas. Y por el extremo del valle, el río salía a la llanura y se abandonaba con pereza entre los chopos y las casas de campo.

Un poco antes de llegar al río, el corcho presentaba un repliegue más torturado, como una cueva, y mi abuelo Joaquim colocó allí a los pastores y unos cuantos corderos paciando. Los puso, uno a uno, sobre el musgo que había bajado de los bosques de Santa Pellaia y se retiró para contemplar el efecto que producían al pie de aquellas dos cordilleras de corcho que enmarcaban el pesebre de la casa de la estación.

—Es como la Verneda cuando baja de las Gavarres, pero también podría ser el Freser cuando sale del valle de Ribes —dijo satisfecho mi abuelo Joaquim, y mi padre aprovechó para acercarse a la mesa y colocar el ángel encima de la cueva, apoyándolo en un pequeño recodo del corcho.

—¡Pero mira que eres crío, Joaquim! —refunfuñó la baba Angèle, que aceptaba de mala gana todo el alboroto del pesebre y no acababa de entender que su marido se pudiera pasar toda la tarde plantando puntas de brezo para simular los huertos y arboledas de las Gavarres y menos aún todo aquel montón de musgo, tierra y papel de plata que se acumulaba en el suelo del recibidor. Ella ya había colgado las velas y las campanillas en el árbol de Navidad del comedor y no había causado ninguna debacle.

—Mira, mamá, en el río hay patos y una lavandera... —le gritaron los gemelos cuando la baba Angèle ya se había metido en la cocina a dar las instrucciones para la cena.

—Cuando mamá salga de la cocina le pedís unas cuantas coles de Bruselas a Rosita; las plantaremos en este campo —dijo en voz muy baja mi abuelo, mientras con un dedo iba marcando los surcos que dos bueyes de barro labraban con parsimonia sobre la tierra arenosa que habían esparcido entre el musgo.

Mi abuelo aún se entretuvo sosteniendo dos trozos de corcho, uno contra otro, para formar la cueva del nacimiento, que debía ser más alta y más grande que la de los pastores. Los gemelos fueron plantando las coles: Jordi con cierto desorden, Lluís en hileras rectísimas. Mi padre colocó las gallinas alrededor del pajar y ocultó tres o cuatro conejos en la cresta más alta, que mi abuelo había cubierto con trozos de musgo blanco, como si estuviera nevada.

Después, mi abuela llamó para cenar y terminaron justo cuando Rosita salía de la cocina con la sopera y les dedicaba una mirada llena de reproches por la porquería que habían esparcido y que ella debería recoger antes de acostarse.

LAS GALLETAS DE NATA DE LECHE

Mi tía Mariàngela, *la niña*, conserva la libreta de cuadros escoceses con las recetas en francés de la baba Angèle. La libreta es el origen de muchos platos que, en su versión a la francesa o con algunas modificaciones a la catalana, mi madre ha convertido en tradicionales en la cocina de casa: el soufflé de queso, la ensalada tibia de mollejas, el gratinado de patatas *dauphinoise*, los lenguados *à la normande* (con gambas y champiñones), *la cuisse qui pleure* (una pierna de cordero muy poco hecha) y, sobre todo, *la île flottante*.

Todos los años, por Navidad, la baba Angèle iba a Perpiñán a comprar provisiones para las fiestas. Los últimos años, la acompañaba muy a menudo Mariàngela, pero la tradición ya se remontaba a la posguerra, cuando en Cataluña era imposible encontrar productos franceses. En 1962, el año de la nevada, mis tíos Josep y Mariàngela, el mayor y la pequeña, se quedaron unos días bloqueados en Cassà con sus hijos. La despensa iba mermando y mi abuelo Joaquim no lo veía claro:

—Ya se ha terminado el queso francés; se acabará todo.

Cuando salió el sol y las máquinas limpiaron las carreteras, mis abuelos organizaron una expedición a Perpiñán y volvieron cargados de fiambres llenos de gelatina para la comida de Año Nuevo: había *terrines de lapin pistachée au foie gras*, *terrines normandes aux pommes et calvados*, *jambon de Reims à la réduction d'échalotte*, *pâté en croûte et pâte brisée avec viande Père Noël*.

Las gelatinas de la charcutería francesa fueron la cruz de aquel día de Año Nuevo, el primero que recuerdo y que había comenzado lleno de promesas. Cuando llegamos a can Nadal, habían limpiado de nieve el camino de la cocina y había un sendero de nieve derretida hasta el depósito de los peces. Alguien había roto la capa de hielo que recubría toda la balsa y los peces rojos y las carpas nadaban indiferentes a la temperatura. Los cedros que hacían de valla aún estaban nevados y, al otro lado, los últimos caquis naranjas y rojos de la temporada destacaban contra el blanco de la nieve virgen del huerto. No he olvidado aquel día de Año Nuevo: tenía ocho años y pensé que el caqui lleno de bolas rojizas era el mejor árbol de Navidad que había visto jamás. Y también lo recuerdo porque cuando nos sentamos a la mesa sirvieron los fiambres con gelatina que detestaba y no comí nada hasta que Rosita y mi abuela llevaron a la mesa el pollo asado y mi abuelo se puso de pie para cortar los cuartos con un trinchante enorme que tenía el mango de porcelana blanca.

—¿Qué te gusta más, muslo o pechuga? —iba preguntando mientras servía, y antes que nadie dijera nada, él mismo se respondía haciendo siempre la misma broma absurda—: ¡A mí, una mano en cada sitio!

Es el chisté más picante que le oímos contar. Con el pollo asado, mi abuelo Joaquim era inflexible pero, en cambio, nunca conseguía que de primero su mujer le preparase escudella. Había quedado tan harta de ella durante los años que vivió con mi bisabuela Enriqueta que ya para siempre le pareció un plato de poca categoría y se negaba a incluirlo en el menú de las grandes celebraciones. Mi abuela prefería servir salmón, ostras y todos aquellos fiambres gelatinosos, y para acompañar el pollo había crema de castañas y a veces también le ponía *céleri*, *betterave rouge* y *petits pois*, muy dulces, traídos de Francia. El resto del año le gustaba preparar, sobre todo, el *ris de veau* y también hacía lengua una vez por semana. El pescado, en cambio, no le gustaba mucho, quizá porque en Francia tampoco son muy aficionados a él.

Sin embargo, ninguno de los manjares venidos de Francia tenía el éxito de las galletas de nata de leche de mi abuela. Mis tíos las recuerdan como una magdalena proustiana,

que les despierta recuerdos exactos del Cassà de antes de la guerra. Mi abuela se pasaba días acumulando la nata de las vasijas de leche que le llevaban cada día en un carro. Cuando ya tenía bastante, la mezclaba con azúcar y harina, hacía la pasta y la esparcía sobre un paño blanco en el mármol de la cocina. Con un vaso boca abajo iba cortando las circunferencias de pasta, que cuando salían del horno se habían convertido en unas galletas redondas, crujientes y deliciosas. Mariàngela aún tiene amigas de Cassà que le hablan de las galletas de la baba Angèle. Y es curioso que, de todas las comidas sofisticadas y riquísimas de la libreta de recetas que mi abuela importó de Reims, mis tíos recuerden las galletas de nata de leche por encima de los *savarins*, los *soufflés*, que siempre le salían extraordinarios, e incluso de la *île flottante*, popularísima entre todas las generaciones de la familia.

FUERA ALFOMBRAS

Mi bisabuela Joana no pudo librarse nunca de los animales de Calau. Al contrario, acabó siendo su destinataria: a la muerte de mi bisabuelo, cuando ella se instaló definitivamente en Cassà, Calau siguió visitando la casa dos o tres tardes por semana y le llevaba todo tipo de regalos que recolectaba en los bosques de las Gavarres. Después de comer, en cuanto oía la campana de la puerta y la criada anunciaba que había visita, mi bisabuela ordenaba que retiraran las alfombras del recibidor y de la sala, porque sabía que Calau venía directamente del bosque, con los zapatos embarrados. Rosa, que había entrado al servicio de mi bisabuela cuando mis abuelos se llevaron a Rosita a can Nadal, se preguntaba infructuosamente cómo era posible que una señora distinguida tolerase aquellas visitas tan absurdas. Pero mi bisabuela sabía que la memoria de su marido la obligaba a ser amable y que Calau debía tener siempre abiertas las puertas de la casa. De modo que siguió recibéndole y aceptando los regalos más insólitos: si traía un cesto de cardenales o una bolsa de almendrucos, mi bisabuela se esforzaba en darle las gracias, con miedo de que un exceso de amabilidad aún lo incentivara a traer más; pero cuando se sacaba las ranas o los sapos del bolsillo, Joana los miraba con cara de repugnancia y ordenaba a la criada que se los llevara inmediatamente al lavadero.

—¡Viejo chiflado! —mascullaba Rosa cuando volvía a sus dominios, malhumorada porque sabía que más tarde tendría que barrer toda la casa.

Mi bisabuela aguantó con resignación las visitas de Calau, que perduraron más de diez años. Es el tiempo que ella sobrevivió a mi bisabuelo, resignada en Cassà, a menudo en compañía de los ocho nietos que le había dado Angèle y del montón de bisnietos que habían empezado a llegar. Por la parte catalana, tenía una familia más numerosa de lo que nunca habría llegado a imaginar; la familia francesa, en cambio, estaba en riesgo de extinción, y Joana ya solo volvió a Reims muy de vez en cuando, para operarse y para recibir las atenciones médicas del doctor Raimond.

En casa siempre la han recordado como una gran señora que, al volver a Cataluña, empezó a añorar el *savoir faire* de Reims. Luego, cuando murió mi bisabuelo, ya no supo adaptarse a la vida de pueblo.

—¡Es que no saben ni qué copa va a la derecha y cuál a la izquierda! —se quejaba amargamente cuando vigilaba mientras ponían la mesa.

—Pero ¿qué quieres que haga, mamá? —intentaba hacerle entender Angèle—. ¿Dónde quieres que encuentre una chica refinada que sepa todas esas cosas? ¡Ya es un mérito que obedezcan y sean ordenadas!

—*Mon dieu, c'est affreux!*—gritaba mi bisabuela, teatralizando su desesperación.

—Tienes suerte con las chicas que te he encontrado. ¡No puedes pretender que sepan llevar una casa al estilo de Reims!

Mi bisabuela no aflojaba. Hasta el último día se comportó como una mujer distinguida y exigió maneras francesas. Pero de vez en cuando también tenía algunos arrebatos nostálgicos: una tarde a la semana se hacía acompañar a Bescanó, donde todavía tenía una hermana, Catalina, que era una viuda de muy buena posición. A mi padre también le gustaba acompañarla porque, en vez de ofrecer galletas a las visitas, como era tradición, la tía Catalina sacaba *bulls*, salchichones, bayonas y melocotones en almíbar.

LA PENSION DEL PADRE CAUM

Cuando se enfadaba con los chicos, la baba Angèle les encerraba en el váter, pero mi padre enseguida se le descontroló: en lugar de esperar a que pasara el castigo, daba golpes con los pies y reventaba la puerta, o saltaba por la ventana y se escapaba. Mi padre tampoco se dejaba impresionar por los franceses; si el tío Lluís de Francia estaba de visita y le perseguía porque le había contestado mal, se encerraba él mismo en el lavabo del rellano de la escalera de la carbonera, abría la ventana, saltaba al jardín y corría a esconderse en el huerto, mientras Louis gritaba y golpeaba infructuosamente la puerta, cerrada por dentro.

En aquella época, mi abuela hizo estudiar piano a todos sus hijos. A mi padre no le gustaba, y desde el primer día le dio la espalda; lo hacía tan mal que se notaba que desafinaba adrede. Un día mi abuela le dio una bofetada.

—Mira, mamá, esto no me conviene, es mejor que lo dejemos —dijo mi padre muy solemne, y a continuación se levantó del piano y salió a jugar al jardín.

Su madre se quedó cortada, porque ningún hijo había osado nunca desafiarla. Desde aquel día, se terminaron para siempre las clases de piano y mi padre hizo siempre su voluntad.

Después, cuando huyeron a Francia, interrumpió sus estudios, acabó de independizarse y dos años después de que terminara la guerra se buscó la vida en Gerona. De hecho, en cuanto volvió a Cassà, antes de la muerte de mi bisabuelo Francisco, se había puesto a trabajar en Oller, pero la experiencia había acabado muy mal; solo estuvo un par de meses, hasta que el bisabuelo le descubrió apilando sacos de tapones.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Ayudo.

Al día siguiente, mi abuelo Joaquim llamó a su hijo y le apartó del trabajo.

—Tendrás que buscarte otra cosa. Tu abuelo tiene razón; aquí basta con tu hermano Francisco; dos familias en la misma empresa suelen hacer un mal negocio, y si dependes de tres socios más que son parientes, peor todavía.

La oportunidad le llegó en verano en La Fosca: mi abuelo Joaquim habló con el que luego sería mi abuelo Pepita Farreras, que no se lo pensó dos veces y aceptó a mi padre como aprendiz en el almacén de madera de Gerona. En septiembre abandonó la casa familiar de Cassà, se instaló en la pensión del padre Caum, en lo alto de la calle de la Força, y entró a trabajar en Fustes Farreras, que acababa de trasladar el almacén y las sierras desde la iglesia de Sant Nicolau a un solar de la ronda Ferran Puig, junto a la vía del tren.

Cuando mi madre y sus amigas salían del instituto y bajaban hacia la Rambla por la calle de la Força, mi padre salía al balcón de la pensión y les decía piropos. Mi madre, que lo conocía de La Fosca, también comenzó a bromear.

—Manel, a esta le gustas —le decía, señalando a una chica de Vidreres, que se ruborizaba y salía corriendo Força abajo.

Dos meses después, mi padre ya bajaba a la calle y las acompañaba a pasear; al cabo de un año, él y otro chico, Josep Bosch, competían por mi madre.

—Como no sabía a cuál de los dos elegir, un día les dije que a la tarde siguiente saldría con el primero que llegara a la Rambla.

—Ya veis que vuestra madre no me escogió por amor —se reía años después mi padre al recordarlo—; fue porque corrí más que Bosch.

Narcís y los gemelos bajaban todos los días al instituto de Gerona en el tren pequeño y, como vivían al lado de la estación, no se levantaban hasta que no oían el silbido, que el maquinista hacía sonar en la Verneda para anunciar la entrada en el pueblo. Muchas mañanas salían de casa a medio vestir y con los zapatos en la mano, y no se los ponían hasta que ya estaban en el tren.

En Gerona, las clases eran bastante buenas y ellos, acostumbrados a la disciplina y la exigencia de la escuela francesa, no necesitaban esforzarse mucho. El instituto solo tenía un inconveniente: carecía de calefacción y en invierno, en Gerona hacía un frío que pelaba; muchos alumnos se refugiaban en los juzgados, junto a la estufa de leña que había en la sala de vistas, y seguían los consejos de guerra. Un día, cuando llegaron a casa, los gemelos explicaron que habían visto cómo condenaban a un hombre a muerte: mi abuelo se indignó; al día siguiente les sacó del instituto y les mandó a estudiar a Barcelona.

Alquilaron un piso en la calle Provença, entre Llúria y Passeig de Gràcia, donde instalaron a todos los hijos a cargo de la pobre Rosita, que hasta ese día no había salido nunca de Cassà. A veces, mis abuelos iban a Barcelona y les llevaban víveres que en la ciudad eran difíciles de encontrar, como las patatas del huerto, que mi abuelo se encargaba personalmente de que prosperaran, abonándolas con un cazo de mierda que sacaba de la aportadera en la que recogían la porquería de la casa, mientras mi abuela se encargaba del jardín y cavaba las malas hierbas.

En el piso de Barcelona, Josep, que acababa de regresar del ejército, ejercía de hermano mayor e imponía su propia disciplina. Narcís, que era el más divertido y simpático de los ocho hermanos, era quien sufría más la rigidez de las normas, pero los gemelos tampoco lo veían claro y trataban de independizarse. Cuando el Opus empezó a cortejarles, ellos se dejaron perseguir. Josep quería prohibírselo.

—Pero tú, ¿por qué te metes? Allí se estudia muy bien, tienen calefacción y nos dan merienda. ¿Qué más se puede pedir?

Después del frío de Gerona, el piso del Opus debía de ser realmente acogedor, pero los gemelos se cansaron enseguida. Josep, en cambio, que al principio se oponía, terminó asociándose a la organización religiosa.

La baba Angèle acabó recuperando el control y el orden volvió a imperar en la casa, pero a medida que los hijos se iban haciendo mayores, ya no podía atarlos como antes de la guerra. Ella no soportaba que nada rompiera el orden natural de las cosas y, desde que estudiaban en Barcelona, la autonomía de los chicos la ponía frenética.

Un día entre semana, cuando vivía solo en el piso de la calle Provença porque sus hermanos ya se habían casado, mi tío Jordi se encontró muy mal y decidió volver a Cassà para ponerse en manos del médico de la familia. A primera hora de la mañana cogió un tren en la estación de Francia, bajó en Caldes de Malavella y tomó el coche de línea para completar el trayecto hasta el pueblo. Llegó a casa al mediodía, hizo sonar el timbre y le abrió la baba Angèle.

—¿Qué haces aquí?

—No me encuentro bien, mamá.

—¿Tú crees que es normal presentarte así, enfermo, sin avisar? ¿No podías haber esperado al sábado?

Jordi no fingía. Su cuñado, el tío Ruscallea, le diagnosticó una difteria que le retuvo dos meses en cama, pero esto no ablandó a mi abuela, que refunfuñó hasta que tuvo que aceptar que su hijo no pensaba regresar a Barcelona para pasar la enfermedad.

Otro día, un sábado en que mi padre tenía fiesta en Gerona, se presentó en casa con la intención de pasar la noche.

—Me quedaré a dormir, mamá.

—¿Cómo que te quedarás a dormir? ¿Hoy? No puedes. Ya he doblado las mantas y las he guardado.

Mi padre ya hacía tiempo que no aguantaba esas tonterías y no le dio alternativa.

—Pues tendrás que sacarlas.

Y se fue hacia la cocina a dar un abrazo a Rosita, que ya había vuelto a instalarse en Cassà y había recuperado su mejor sonrisa.

LA MISA VERMUT

Los Oms tenían un balcón privilegiado que daba justo encima de la puerta principal de la iglesia de Cassà y era un observatorio inmejorable para seguir las idas y venidas de los feligreses. Cuando alguna de las familias poderosas del pueblo casaba a su heredero o a su heredera, había cola para salir al balcón y seguir el desfile desde aquella atalaya tan exclusiva. En verano, la cotización se disparaba, porque el párroco decía la misa con la puerta abierta y la perspectiva hasta el mismísimo altar era extraordinaria. Al chico de can Oms siempre le decían:

—Los domingos tienes que montar una misa vermut. ¡Desde aquí, la vista es impagable! Los Almeda siempre eran los primeros en llegar. Los mayores propietarios forestales de Cassà vivían en can Barril, junto a la casa parroquial, y solo tenían que cruzar la calle y entrar por la puerta pequeña de la parte lateral del templo. Desde el balcón de los Oms les veían aparecer al fondo de la nave, como un grupo de actores que salían a escena desde el crucero, desfilaban por delante del altar, hacían una genuflexión para saludar respetuosamente al Santísimo y se sentaban en las sillas de la primera fila de la izquierda, que tenían reservadas desde tiempos inmemoriales.

Los segundos en entrar eran los Frigola, que siempre despertaban la admiración de los mirones del balcón de los Oms, porque la señora Frigola y su nuera, Lolita, eran muy modernas y solían ir a misa muy arregladas. Cuando entraban, alguna de las feligresas más estiradas se acercaba a ellas para soltar algún comentario impertinente, con un ánimo de censura bien manifiesto.

—¿Dónde va tan maquillada, señora Frigola?

—¡Ay, chica, las fachadas viejas son las que deben arreglarse!

La señora Frigola y Lolita, que era muy guapa, también llevaban los mejores sombreros del pueblo: cada vez que las veía entrar a misa, la pequeña de los Oms siempre reclamaba un sombrero como el de ellas.

—Cuando seamos ricos, niña —le contestaba invariablemente su madre.

Con la iglesia ya medio llena, llegaban los Garriga y los Nadal, que subían juntos las escaleras y aprovechaban para ponerse al día de las últimas novedades familiares: la baba Angèle se interesaba por las gemelas Garriga, que estudiaban en Inglaterra, y la señora Garriga la correspondía preguntando por Mariàngela, que también pasaba temporadas largas en el extranjero. Traspasada la puerta principal, las dos familias caminaban juntas por el pasillo central y mi abuela recordaba a Madame Mupoile y añoraba la grandiosidad de la catedral de Reims; frente al altar, flexionando una rodilla, se persignaban, se volvían a poner en pie y se separaban: los Garriga, hacia las primeras sillas de la derecha, en la parte de los Frigola; mi abuelo Joaquim, la baba Angèle y los ocho hijos Nadal Oller, escalonados de menor a mayor, se dirigían al lado opuesto y ocupaban toda la segunda fila.

Después aún seguían llegando más taponeros y más propietarios forestales: los Boada, los Alemany, los Xiberta y también los Bosch, que eran los dueños de la Banca Bosch i Codolà. Cuando parecía que no faltaba nadie, entraba resoplando Josep Botanch, el director de la otra banca del pueblo, la Jubert i Preses, que siempre llegaba el último pero se ponía delante de todo. En el balcón de can Oms esperaban impacientes su entrada, porque era como una señal: cuando por fin se sentaba al lado de los Almeda, el padre Margall salía de la sacristía, los feligreses se ponían de pie removiendo con gran estruendo las sillas y comenzaba la misa solemne.

En Cassà se celebraron tres bodas que salieron mal. Una chica de can Juliol se casó por dinero con un Boada de los Filipinos, pero una vez casada descubrió que los suegros se habían arruinado. María Bosch, de los Bosch i Codolà de la banca, se casó con el mayor de los Oller —de la rama que eran parientes lejanos nuestros— porque le parecía el más guapo del pueblo, pero al cabo de poco tiempo tuvo un accidente de coche y

quedó desfigurado. Teresa Domingo se casó con Ricardo de Puig y, según los cotillas locales, estaba condenada a pasarlas canutas, porque el novio estaba a dos velas.

—Suerte que en tu casa tienen un campo de alubias y siempre tendréis algo que comer —le decían.

Sin embargo, una vez casados, Ricardo de Puig se asoció con los Garriga de can Damiá, montó una fábrica de aglomerados y se convirtió en un potentado.

Al margen de estas pequeñas convulsiones del azar, las grandes familias de Cassà siempre fueron las mismas. En 1881 habían pagado la llegada de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, los hermanos de la Salle, que construyeron la primera escuela en unos terrenos que recibieron fruto de una donación. Pasados veinte años, los herederos de estas familias pagaron los terrenos para ampliar el centro y, al cabo de un tiempo, volvieron a ceder dinero y solares para futuras ampliaciones.

Medio siglo después, el día que el obispo Cartanyà bendijo las obras de restauración del retablo de la iglesia, que los comités revolucionarios habían quemado durante la Guerra Civil española, los hijos y los nietos de aquellos prohombres llenaban las primeras filas de la iglesia. Estaban allí una hora antes del inicio de la ceremonia porque, aunque sabían que nadie del pueblo se atrevería a ocupar sus sillas, no querían arriesgarse a que alguien llegado de Gerona les dejara fuera de una celebración extraordinaria que habían contribuido a pagar con donaciones muy generosas.

Con todo ya a punto para el inicio del oficio solemne, desde el balcón de los Oms vieron a mi bisabuela Joana y a la baba Angèle abriéndose paso entre la multitud que taponaba las escaleras de la puerta principal. Mi abuelo y los niños habían llegado hacía rato y les reservaban sus sillas en la segunda fila.

—Mira, ahora llegan doña Joana y la francesa.

Y cuando vieron que también las acompañaba Yvonne, empezaron los codazos en el balcón, porque su condición de divorciada despertaba muchas fantasías y algunas maledicencias.

—Ha llegado esta mañana en un coche muy nuevo de la Citroën, el Avant, que al parecer tiene tracción delantera. Después podemos ir a verlo: lo ha dejado aparcado en el paseo Vilaret.

TRES MUJERES

Mis abuelos y los franceses salieron juntos de la misa del señor obispo. Habían quedado para comer en can Nadal y bajaron paseando por la calle Ample hasta la casa de la estación. Yvonne iba delante, con un gemelo cogido de cada brazo, orgullosa de aquellos dos chiquillos que había custodiado en Reims durante la guerra y que ya se habían convertido en unos muchachos muy apuestos. Después de comer tenía previsto coger el Avant y conducir hasta el Rocafosca, con la esperanza de que aún no habría turistas y tendría la bahía para ella sola.

A continuación bajaban mi bisabuela Joana, la baba Angèle y Conxita, tres generaciones de personalidades muy diferentes, pero las tres marcadas por un mismo orgullo francés. Saludaban a la gente desde lejos, con un gesto de la cabeza y una sonrisa, pero raramente daban conversación.

Detrás de todos, en cambio, mi abuelo Joaquim se quedaba rezagado porque se detenía a saludar a todo el mundo.

—Tu abuelo Joaquim era el hombre más simpático y más buena persona de Cassà — sostiene Conxita Rodà, la nieta de Rossendo Viader, que fue el encargado de la Maison Oller de Reims antes de la guerra de 1914, cuando Joan Rich pasó a ser el director de planta—. Todos tienen un buen recuerdo de él. Se llevaba bien con todos, se preocupaba por las familias de sus trabajadores y cuando iba en coche *por las* afueras del pueblo hacía subir a todos los que se encontraba volviendo a pie del campo o de la viña.

—¿Y la baba Angèle?

—La Francesa era muy francesa, y eso no era nada malo, simplemente una forma de ser. Eso sí, se veía a la legua que era la que mandaba.

Algunos trabajadores la llamaban la Francesa, como a toda la familia de Reims, pero para la mayoría era simplemente la abuela, o la baba Angèle, como si fuera la matriarca de todo el pueblo. Consuelo, de can Nape, que a los catorce años ya había entrado a trabajar en can Paró y solía realizar encargos para mi abuela, se lo explicaba así a su hija Lola:

—El señor Joaquim hablaba con cualquiera y se preocupaba por todos. Era como un guante. La baba Angèle, en cambio, no decía casi nada, solo daba órdenes: «Ve a llevar los chubasqueros a los *hermanos*, que los chicos se mojarán», me encargaba cuando estaba a punto de llover.

De hecho, lo de mandar le debía de venir de familia. Mi bisabuela Joana también era mandona, incluso con los críos. Cuando Conxita Rodà tenía cinco o seis años se dejaba llevar a caballito por la niñera, pero si veía venir de lejos a mi bisabuela, caminando con ese aire elegante, alta, estirada y con el bastón en la mano, gritaba:

—Corre, bájame, que viene doña Joana y me va a reñir.

Y, efectivamente, cuando llegaban a su altura, mi bisabuela le recriminaba:

—¿Qué hacías a hombros? ¿No te da vergüenza, con lo mayor que eres?

INVITACIÓN A CHARLOTTE

Cinco años después de la ocupación alemana, Francia todavía estaba en guerra. Yvonne decidió alargar indefinidamente su estancia en Cataluña y se quedó toda la temporada refugiada en La Fosca. Algunas tardes cogía el Avant y se acercaba a Cassà para cumplimentar a la tía Conxita y a Josep Rusalleda, que acababan de tener a Montserrat, la primera de los cincuenta y seis bisnietos Oller, que mi bisabuelo Francisco no pudo conocer por pocos meses. El bautizo reunió a la familia al completo, excepto a Louis, que, a pesar de los riesgos de la guerra, no se movía de Reims e intentaba adaptarse a su nuevo cargo al frente de la compañía. Fiel a su vena epistolar, escribía continuamente a su madre y a su hermana.

Querida madre, querida Yvonne:

Estamos muy felices después de recibir estas pequeñas palabras de Yvonne anunciando su llegada a Cassà y el buen estado de salud de Conxita y de la pequeña Montserrat. También estamos contentos de saber que toda la familia, tanto en can Nadal como en can Oller, tiene solucionadas las primeras necesidades domésticas y esperamos que esto sea así por muchos años.

Aquí no hay ninguna novedad. He empezado a ver a tos clientes, uno tras otro, porque a pesar de la guerra no es cuestión de dormirse. Por ahora, estoy contento de cómo aguantamos la situación, pero debemos pensar al día, porque la guerra no parece acabarse y eso hace el futuro muy incierto.

Decidle a Joaquim que tendría que comunicarme cómo va la preparación de los tapones Primus para los pedidos en curso y si tiene a punto las licencias para la American Wine. El nougat que nos hicisteis llegar era excelente y os doy las gracias. Un tierno abrazo para todos,

Louis

PD: Suzanne se ha visto con la señorita Charlotte Leroy, que no ha aceptado nuestra invitación para venir a comer a la maison.

LA BODA DE MIS PADRES

Mis padres acabaron de enamorarse en La Fosca, y a finales de verano ya no pudieron ocultarlo. Estaban en Castell, en uno de esos días tan claros de primeros de septiembre, y acababan de celebrar la comida de despedida de la temporada estival que mi abuelo Pepitu Farreras había convertido en tradición entre los veraneantes de la colonia.

—Esos dos son novios —le espetó alguien a mi abuelo Pepitu, señalando hacia el grupo de los jóvenes.

Mis padres estaban sentados, uno junto al otro.

—¿Montserrat con Manel? ¡Vamos, anda! —se burló mi abuelo—. Si me dijeras cualquier otro de los chicos de can Nadal, te escucharía, pero Manel se pasa el día pescando pulpos y no tiene otra cosa en la cabeza.

La afición de mi padre por los pulpos era indiscutible. Se pasaba horas entre las rocas del Mollet, hurgando las guaridas con un pañuelo blanco atado a la punta de la fisga, hasta que los pulpos se agarraban a ella. Y era sorprendente la rapidez con la que retiraba el tridente del agua, cogía los pulpos, les daba la vuelta a la bolsa y los lanzaba derrotados sobre alguna roca.

—Déjate de pulpos. ¿Es que no ves que están haciendo manitas por debajo de la arena? En invierno, las manitas de mis padres terminaron en noviazgo, y cinco años después llegó la boda. El convite se celebró en el hotel Rocafosca; Lluís Martínez, el chef, sirvió una zarzuela gloriosa, que en casa aún es narrada con tanta admiración que ha pasado a formar parte del imaginario familiar. La noche de bodas también la pasaron en el hotel, en la habitación de mi bisabuelo Francisco, que la baba Angèle se negaba a alquilar a los clientes del establecimiento y solo dejaba utilizar a la familia en ocasiones excepcionales como aquella.

La ceremonia la oficiaron el padre Narcís Nadal —el hermano de mi abuelo Joaquim, que dijo la misa— y el padre Fernando Forns —el hermano de la baba Teresa, que celebró el matrimonio—, y sirvió para inaugurar la capilla de La Fosca, construida con aportaciones de los veraneantes. Una vez terminada la celebración religiosa, en la sacristía, el padre Fernando se quitó la casulla y el roquete, se secó la frente, masculló algo sobre la humedad pegajosa de aquella mañana de verano y se puso la sotana nueva que le había regalado la baba Teresa especialmente para la boda. Cuando salió, los invitados ya desfilaban por la avenida de eucaliptos y adelfas hacia la entrada del hotel, y en la capilla no quedaba nadie. Al traspasar la puerta, le salió al paso el padre Narcís, que le estaba esperando.

—Mi sobrino y tu sobrina hacen buena pareja. Por esos no tendremos que preocuparnos.

—Lástima que el señor Oller no haya vivido para verlo. Mi abuelo le dio clases antes de emigrar a Francia. Le habría hecho ilusión ver que su nieto Manel se casa con la bisnieta del señor Forns, su profesor de francés.

Empezaron a bajar hacia el hotel, siguiendo de lejos a la comitiva. Se conocían bien del seminario y tenían una visión muy similar del mundo, aunque mi tío Fernando estaba más comprometido. Tras volver del exilio francés, habían querido castigarle por sus inclinaciones catalanistas y le habían nombrado cura del Frente de Juventudes y del hospicio. A él, promotor de la escolanía de la iglesia del Mercadal de Gerona y antiguo consiliario en Francia de un grupo de escultismo durante la guerra, le gustaba trabajar con los jóvenes y asumió con agrado los encargos.

—Este domingo llevaré a los chicos del hospicio a la playa de cal Cristo. Me gustaría decir una misa de campaña.

—Si quieres vendré a concelebrar —le concedió el padre Narcís, que era el párroco de Castell d'Aro y le correspondía autorizar la misa al aire libre en aquella playa que dependía de su parroquia.

A la entrada de la pérgola, se separaron de los invitados y subieron por la escalera de adobes rojos hacia el pinar del hotel. Cuando llegaban a la pista de tenis, el padre Narcís sorprendió al padre Fernando:

—Dicen que te estás buscando problemas ayudando a los judíos...

EN EL BANQUETE

Bajaron del pinar por detrás del pozo y saltaron la acequia que los jardineros mantenían en estado natural, llena de cañedos y de pitas. Ambos sacerdotes se habían quitado el alzacuello y se habían desabrochado dos o tres botones de la sotana. El sudor les chorreaba por el cuello. Cuando entraron en el comedor del Rocafosca para presidir la comida, las sotanas tenían un montón de manchas blancas de sal, en las axilas y en la espalda. Mi abuelo Joaquim se acercó al padre Narcís.

—¿De qué hablabas tanto rato con el tío de Montse?

—Le he advertido de toda la gente que le quiere mal, porque ayuda a escapar a familias judías que llegan a Gerona huyendo de los nazis y aquí caen en manos de la policía del régimen; si los entregan a la Gestapo, acaban en los campos de concentración. A mucha gente no le gusta que ayude a los judíos y empiezan a buscarle problemas, aunque en los campamentos juveniles ha hecho algunos amigos falangistas, que de momento lo protegen.

El padre Narcís sabía de qué hablaba; en el obispado de Gerona había leído una copia del informe del secretario del gobernador civil pidiendo represalias contra el padre Fernando: «El capellán de las FET y de las JONS, Fernando Forns, es un destacado separatista antes de la guerra, tanto que de él se dice que, cuando la Dictadura, siendo entonces estudiante de los últimos cursos, se ciscó materialmente en la Bandera Española. Suponiendo que se haya convertido, lo cual no es probable, no es justo ni decoroso que ocupe tal cargo un sujeto de tales antecedentes, habiendo otros sacerdotes buenos patriotas que podrían ocuparlo».

—Haces bien en decirle que sea prudente —insistió mi abuelo Joaquim—. Las cosas cada día son más complicadas y nadie sabe aún cómo acabaremos.

—¡No estaría mal que vosotros también fuerais prudentes! El padre Fernando dice que los aliados han puesto tu nombre y el de Louis entre los que incumplen el embargo a los alemanes.

—¿De dónde ha sacado eso?

—Se lo han dicho directamente en la embajada británica de Madrid. Tiene tratos con todas las embajadas por el asunto de los judíos...

—Es injusto y estoy convencido de que en la embajada entenderán las explicaciones que les hemos enviado. Suministramos taponés a los industriales de Reims que hace dos años respondieron positivamente cuando Francisco Oller reactivó la fábrica de Cassà después de nuestra guerra: muchos de los grandes productores de la Champaña son alemanes o tienen capital alemán en las bodegas, pero nosotros no les podemos dar la espalda después de todo lo que hicieron por mi suegro y por la Maison Oller.

—El padre Fernando no estaría de acuerdo. Afirma que los alemanes tienen un plan para exterminar a los judíos de Europa. Cualquier gesto de normalidad favorece sus abominables proyectos...

—En Reims también hacemos lo que podemos para ayudar a los judíos vinculados a la fábrica, pero los productores de champán no tienen nada que ver con los nazis.

La conversación fue interrumpida por la repentina aparición de Josep Puig-Riera, que se acercaba a saludarles.

—¡Mirad hasta qué punto quiero a Manel que he venido a su boda y no fui ni a la mía!

El dueño de can Pallés, la fundición más grande de Gerona, escandalizaba a la sociedad gerundense porque vivía en pareja sin haber pasado por la iglesia. Tenía tan mala fama que, antes de casarse, la baba Teresa obligó a mi abuelo Pepitu a dejar de tratar con él. Cuando Puig-Riera paseaba por Gerona con su amante, la hija de un guardia civil, guapísima y mucho más joven que él, todo el mundo se volvía para mirarles: los hombres, con envidia mal disimulada; las mujeres, con miedo de que aquella exhibición descarada sirviera de ejemplo a sus maridos.

Cuando Puig-Riera murió, la sociedad biempensante de Gerona propagó una versión cruel de sus últimas horas: contaron que, mientras el buen hombre agonizaba en la cama, la hija del guardia civil, sentada en el cabezal, le acercaba los labios al oído y repetía:

—Eso se te acaba, te estás muriendo. ¿Me oyes, Josep? Te estás muriendo. Ha llegado tu hora.

Y todos, ellos y ellas, quedaban reconfortados por el sufrimiento final del hombre que les había restregado por la cara su felicidad libertina.

FRANCISCO Y MARÍA TERESA

Mientras la Segunda Guerra Mundial se ensañaba con Europa, se inició un proceso migratorio inverso y muchos catalanes que habían ido al norte en busca de fortuna empezaron a regresar. Solo unos cuantos se resistían a abandonar sus negocios en zona de conflicto, por miedo a perder todo lo que habían ganado tras muchos años de sacrificios. Domingo y Toribi Vidal formaban parte de ese grupo que se negaba a volver. Los *Gebrüder Vidal* habían prosperado en Stuttgart gracias a la fonda y, sobre todo, al comercio de vinos catalanes. Cuando vieron llegar la gran inflación de los años treinta, se apresuraron a invertir todos sus ahorros en la compra del edificio donde tenían su negocio, que aún era propiedad de Aycart, el catalán que había tenido que refugiarse en Suiza para complacer a su mujer, porque en Alemania sentía añoranza. Pidieron algún dinero a sus parientes de Cassà, solicitaron una hipoteca y se convirtieron en propietarios de un gran edificio en una de las zonas más céntricas de la ciudad. Mientras tanto, ambos habían tenido dos hijos, niño y niña —Domingo tenía a Francisca y Frederic; Toribi, a Joaquim y María Teresa—, y las familias habían echado raíces en Stuttgart. Tanto, que a la mujer de Toribi siempre le parecía que en Alemania todo era mucho mejor que en Cataluña.

—La leche no se puede ni comparar; el pan es mucho más bueno; la carne es de primera; el café es mucho mejor.

—¡Alto! ¡Hasta ahí podíamos llegar! —protestaba al cabo de los años su hijo, el doctor Quim Vidal, que pronto se trasladó a Gerona y se convirtió en uno de los médicos de cabecera de la familia—. El café sí que no, ¡el café es una mierda!

Cuando el Reich alemán se empezaba a derrumbar, los aliados intensificaron los bombardeos, convencidos de que acabarían forzando la rebelión de los generales contra Hitler. La vida en la retaguardia se volvió tan peligrosa como en el frente, y los Vidal vieron que había llegado la hora de volver a Cassà. Sin embargo, Toribi aún se negó a abandonar la bodega.

—En Stuttgart caían bombas todos los días y yo no quería quedarme, pero papá no se decidía —recuerda María Teresa.

Finalmente, cuando llegaron los bombardeos de 1944, su padre le propuso un trato.

—Cuando termines el curso y apruebes los exámenes de bachillerato, podrás irte a España.

Y aquel verano, Toribi y Quimeta mandaron a su hija a España mientras ellos se quedaban a velar por el negocio. Quim, el hijo médico, había sido movilizado y trabajaba en un hospital militar.

El día en que salió para Cataluña, Toribi Vidal abrazó muy fuerte a su hija y la aleccionó: —Explica cómo hemos prosperado, ¡pero de la hipoteca no digas nada! En ese país aún no han descubierto que para mejorar hay que pedir dinero e invertirlo; en Cataluña, tener la casa hipotecada aún es sinónimo de ruina.

Tres años después, María Teresa Vidal empezó a salir con mi tío Francisco, aquel chico que los Nadal Oller habían bautizado el mismo día que Toribi y Joaquina se casaron en Perpiñán y en la estación vieron al bisabuelo Francisco, el *viejo de can Paró*, que volvía del bautizo y se subía al tren de París.

EL HOMBRE DE SUDÁFRICA

Dos meses después de la rendición alemana, el Gobierno de Sudáfrica envió a Europa a Ernest Zeh y a un alto funcionario del Ministerio de Industria para tratar de revitalizar el potente sector vinícola, bloqueado por la falta de suministros. Durante la guerra, Zeh se había ganado un nombre trabajando con éxito para vinateros de Stellenbosch, pero las bodegas habían sobrevivido en una situación precaria; no podían importar maquinaria de Europa y los pocos intentos de conseguir suministros sudamericanos habían sido abortados por los torpedos de los submarinos alemanes.

Los aviones sudafricanos aún estaban retenidos por el ejército y los dos delegados del Gobierno tuvieron que viajar en hidroavión. Hicieron escala en algunos de los grandes lagos africanos y hasta cuatro días después no aterrizaron en un aeropuerto italiano. Zeh viajaba con pasaporte militar de Sudáfrica y eso le facilitó las gestiones en Roma y Milán. Después, en Francia, fue directamente a Reims a dar un abrazo a Louis y a Yvonne; sus contactos franceses también le hicieron el trabajo muy fácil.

El viaje se torció cuando intentaban entrar en Alemania por la zona ocupada por el ejército estadounidense: en el control fronterizo les trataron como si estuvieran locos y les denegaron el salvoconducto. Vestidos como auténticos embajadores y abrumados por un sol feroz, los dos hombres empezaron a desesperarse, conscientes de que se estaban convirtiendo en la atracción de aquel lugar tan apartado. Pronto se rindieron: se quitaron las americanas y se sentaron al borde de la carretera, aguardando a que alguien les llevara de vuelta a Reims. No habían pasado ni cinco minutos cuando tuvieron que apartarse; un remolino de polvo anunciaba la llegada de un convoy militar. Cuando lo tuvieron más cerca descubrieron que se trataba de una brigada de carros de combate estadounidenses. El comandante viajaba con la cabeza fuera de la torreta y los dos *gentlemen* le llamaron la atención. Cuando pasaba a su altura ordenó a la columna que se detuviera y gritó:

—¡Ernest! ¿Qué coño haces aquí, disfrazado para ir a una boda?

Ernest Zeh lo veía a contraluz y tardó en reaccionar.

—¿Teodor?

El comandante de la brigada era su compañero de pupitre de la escuela elemental de Kostheim. La última vez que Ernest Zeh y Teodor se habían visto fue en la sinagoga, aquella tarde que el rabino no quiso aceptar que estaban todos en peligro. Al cabo de un momento, los dos hombres de la misión sudafricana entraban en territorio alemán subidos en el carro de combate del comandante americano, que contaba a gritos y emocionado su fuga de Alemania, poco después del viaje de Zeh a Sudáfrica, y cómo se había alistado en el ejército estadounidense.

De vuelta en Ciudad del Cabo, Ernest vio multiplicado su prestigio y lo aprovechó para montar Columbit, su propia empresa comercial de productos vinícolas. Durante muchos años fue uno de los principales distribuidores de la Maison Oller.

Reims, 17 de noviembre de 1948

Columbit PTY Ltd.

Cape Town

Mon cher Zeh:

A la recepción de su carta del 8 de octubre he telegrafiado a Cassà para que le remitan las informaciones relativas a Stellenbosch que solicita.

He sabido que le escribieron el 12 de octubre para confirmar la expedición en el Churruca, vía Londres, de 14.000 taponos para champán, de una pieza, para MD Distillers Corporation, S. A.,

y de 50.000 tapones para champán, de cuatro piezas, para MH Stellenbosch Farmers Winery Ltd.

Confío en que este envío parcial permitirá a Stellenbosch esperar la llegada del resto del pedido. Dígame si cree que podríamos esperar a enero para expedir el complemento. En la fábrica llevamos un gran retraso en todas las actividades: el lunes pasado nos entró el grupo electrógeno que nos debe permitir trabajar regularmente. ¡Estaba encargado desde hace ocho meses!

Lamento profundamente que Cassà no le haya contestado su telegrama del 1 de octubre y me excuso vivamente por ello.

Ya debe de haber visto al señor Wilfred Kramer desde su regreso a Ciudad del Cabo. Durante su estancia aquí hemos procurado atenderle todo lo bien que hemos podido y esperamos que esté muy satisfecho de su visita a la Champaña, donde, por otra parte, coincidió con el señor Sedgwick, el agente de Pommery en El Cabo. No hemos recibido aún la visita de su recomendado Mister Costa, a quien acogeremos con placer si viene a vemos.

Suzanne me pide que le envíe estas fotos de una de las cenas de este verano en la terraza del hotel Rocafosca. También me pregunta si ha recibido la cerámica negra que encargó en Quart y envía los saludos más afectuosos para su esposa.

Amistosamente suyo,

Louis Oller

LA FALSIFICACIÓN DE VEUVE CLICQUOT

El representante de Veuve Clicquot en España descubrió en Madrid una partida de botellas de champán francés falsificadas. La etiqueta y el precinto eran exactos a los que utilizaba Clicquot, pero el líquido que contenían no era champán original de la casa francesa, sino un producto de pésima calidad embotellado por algún productor sin escrúpulos. El tapón de corcho que sellaba las botellas llevaba grabada la inscripción «Fco. Oller-Connex» y había sido fabricado por Francisco Oller en Cassà de la Selva. Esta era la única pista que tenían los directivos de Clicquot para iniciar sus investigaciones: las etiquetas eran fáciles de copiar, pero un tapón de corcho no se podía duplicar. El tapón de las botellas falsificadas era auténtico y eso indicaba que el tramposo era un productor de champán catalán, cliente habitual de la Maison Oller. Alertado del asunto por Jean Marie Bertrand de Mun, el antiguo conde que con los años había heredado el título de quinto marqués de Mun, Louis se implicó a fondo en la investigación y empezó a estudiar cómo podía ayudar a los amigos de Clicquot. A finales de mayo de 1949, mi abuelo Joaquim viajó a Reims para coordinar un plan para desenmascarar al falsificador.

Habían quedado en la estación a las diez, la hora prevista de llegada del tren de París, pero la cita resultó un desastre. Cuando entró en las *Promenades*, Louis las encontró colapsadas por miles de aficionados enfervorizados que esperaban al Stade de Reims, el equipo de fútbol de la ciudad, que se acababa de proclamar campeón de Francia. Cuando consiguió entrar en la estación, completamente sofocado y fuera de sí por aquella imperdonable falta de previsión, ya eran las once, pero por suerte el tren justo entraba en el andén. Llegaba con una hora de retraso porque los futbolistas campeones viajaban en él y había costado lo indecible despejar las vías antes de salir de París.

En su compartimento, mi abuelo Joaquim estaba igualmente nervioso y desconcertado. En París había estado a punto de perder el tren por culpa de la multitud; cuando había conseguido llegar a su asiento, había descubierto con horror que tendría que hacer un viaje delirante, rodeado de futbolistas y periodistas que bebían y cantaban medio enloquecidos en los vagones de primera; al cabo de una hora, los gritos le habían provocado un dolor de cabeza que le atormentaba; más adelante había visto con disgusto que el tren acumulaba retrasos en cada estación, y cuando finalmente había entrado en Reims, había descubierto por la ventana del vagón que la estación estaba materialmente invadida por una multitud histérica que ondeaba banderas y gritaba «Allez, Reims!» con tanta fuerza que parecía que la cubierta de hierro de la estación podía derrumbarse de un momento a otro.

Convencido de que no tendría ninguna posibilidad de encontrarse con su cuñado, asomó instintivamente la cabeza por la ventana, buscando algún camino para escapar de aquella multitud descontrolada. Nada más asomarse, se le unió un joven con cara de buen chico que se reía y levantaba los brazos al cielo celebrando la victoria. Fue como una señal, porque, de repente, los miles de aficionados de la estación dirigieron la mirada hacia la ventana de mi abuelo y empezaron a bramar «Ko-pà, Ko-pà», cada vez más fuerte, hasta que sonó como un trueno y mi pobre abuelo, desconcertado y aterrado, se retiró de la ventana y se dejó caer en la butaca.

Las autoridades tardaron casi una hora en organizar la comitiva de los futbolistas, que seguían a la banda municipal y llevaban a hombros al delantero centro, Raymond Kopa, el más popular de los jugadores: todos le conocían, todos le idolatraban, todos le vitoreaban y todos le querían saludar. Excepto mi abuelo Joaquim, que no había

reconocido a su compañero de compartimento y seguía sin entender nada de lo que ocurría.

A las doce, mi abuelo logró llegar a la puerta principal de la estación y notó que una mano lo cogía por el hombro.

—¡Dios mío, por fin! —le gritó Louis, al mismo tiempo que le daba dos besos—. ¡Huyamos de aquí o nos aplastarán!

Mi abuelo estaba tan asustado que, muchos años después, en can Nadal, cuando se hablaba de algún acto que había congregado a una multitud, aún decía:

—¡Había tanta gente como en la estación de Reims!

Caminaron pegados a la fachada hasta el extremo de la estación para alejarse de la multitud que bloqueaba la puerta principal; a la altura de la Place de la République cruzaron las *Promenades* y entraron en la Rue du Temple.

—Vamos directamente al despacho de Clicquot; el marqués nos espera para comer —dijo Louis, visiblemente alarmado cuando se dio cuenta de que llegaban media hora tarde.

En el patio empedrado del pequeño castillo de Veuve Clicquot Ponsardin les esperaba un *valet de chambre* que les hizo subir al primer piso, al comedor privado de la casa. Jean Marie Bertrand de Mun parecía estar de buen humor.

—*Mes chers amis!* ¿Habéis visto qué locura? Son días de felicidad; hace dos días que la ciudad está de fiesta y las celebraciones son buenas para todos, ¿no os parece?

A ninguno de los dos les gustaba el fútbol, pero si el marqués era feliz, ellos también y dijeron que sí, que compartían fervorosamente la alegría de la ciudad. Pasaron enseguida a la mesa y el marqués se interesó por la salud de Madame Oller, mi bisabuela Joana. Después repasó los antecedentes de la situación que les había reunido y proclamó, muy convencido:

—Confío en Oller para descubrir a esos canallas.

Louis expuso su plan:

—Hasta ahora, todos nuestros tapones de primera distribuidos en España llevan una única marca grabada: «Fco. Oller-Connex», con un círculo y una cruz que separa el nombre y la clase; de esta manera es completamente imposible descubrir cuál de nuestros clientes está falsificando sus botellas; todos reciben los tapones grabados con la misma marca. Solo se me ocurre una cosa: a partir de ahora podríamos grabar una marca diferente para cada uno de los clientes.

—¿Podríamos hacerlo? —preguntó vivamente interesado Bertrand de Mun.

—Solo tenemos que diseñar tantas marcas diferentes como clientes tenemos en España. Esto no es ningún problema. La marca no se graba nunca hasta el momento de ensacar los pedidos, por lo que podemos grabar una marca diferente para cada embotellador sin ninguna complicación especial.

—¿Creéis que funcionará?

—Será lento, pero tiene que funcionar. Quizás pasarán uno o dos años hasta que su gente en España descubra alguna botella con un tapón marcado con los nuevos diseños, pero cuando eso suceda, la marca desvelará cuál de nuestros clientes le está estafando.

—¡Bravo! —gritó el marqués, y descorchó una botella de champán de la casa. Cogió el tapón y lo olió—. ¡Excelente! —concluyó, en el mismo momento en que entregaba el tapón a Louis, que sonrió satisfecho cuando vio la inscripción «FO-Reims» grabada en el corcho de aquel extraordinario Veuve Clicquot *millésimé* de 1919 que había salido de la reserva especial del marqués.

Dos años después se volvieron a reunir los tres alrededor de la mesa del marqués para celebrar el éxito de la investigación.

—¿Cómo piensa actuar? —preguntó mi abuelo Joaquim—. En Cataluña, cuando trascienda este asunto, será un auténtico escándalo.

—Por mí no se sabrá. He escrito una carta a esos impresentables exigiéndoles la destrucción inmediata de todas las botellas falsificadas que les queden en *stock* —dijo Bertrand de Mun mientras les entregaba una copia de la carta, que era durísima, e iba dirigida a uno de los productores de champán más conocidos de Cataluña.

El tapón de las botellas de Veuve Clicquot falsificadas en España era el que Oller había grabado con una marca exclusiva para él. El culpable no tenía escapatoria.

—¿Está seguro de que es una buena idea no presentar ninguna denuncia? —intervino Louis.

—Este es mi último año al frente de la casa Veuve Clicquot Ponsardin. Pronto se cumplirán cincuenta años desde que sustituí a mi suegro, que a su vez había sustituido a su padre y a la propia viuda Clicquot, cuando eran socios y dirigían conjuntamente la empresa. No es momento de escándalos sino de celebraciones, y os querría pedir que os sumarais a nuestra discreción.

Bertrand de Mun sonrió y se ajustó el cuello de la corbata. Apenas le disimulaba el cuello almidonado de la camisa, tan ajustado a la barbilla que su rostro parecía sobresalir de uno de esos muñecos de feria que dejan un hueco para asomar la cara y hacerse retratar con cualquier disfraz divertido. Louis le miró y recordó la admiración de mi bisabuelo por el marqués, el primero que le había demostrado su amistad y confianza un vez terminada la guerra española. Le resultaba extraño pensar que solo ocho años antes aquel hombre de ochenta y un años, que ahora le parecía tan alto, tan elegante y tan bien conservado, era prisionero de los invasores alemanes. Sintió una admiración sincera por el marqués y contestó:

—Si es su deseo, lo respetaremos y seremos discretos. Y puede estar seguro de que no volveremos a suministrar nunca más a ese cliente.

Ni mi abuelo Joaquim ni Louis revelaron nunca quién era el productor de champán tramposo e infiel que había falsificado aquellos miles de botellas de Veuve Clicquot y la familia ha guardado celosamente hasta hoy el secreto.

LA ADICCIÓN A LA CORRESPONDENCIA

Tras la muerte de mi bisabuelo, Louis había asumido el control de la empresa y desde Reims había empezado a marcar de cerca a mi abuelo Joaquim, que como director general de la planta de Cassà siempre había actuado con mucha autonomía. A Louis, la fábrica catalana le recordaba la sociedad siempre bien avenida entre mi bisabuelo y la baba Angèle, un entendimiento que se había forjado a costa de su propio destierro. Ahora, el mero hecho de pensar en Cassà le irritaba y empezó a maniobrar contra mi abuelo. Más adelante lo convirtió en una obsesión.

Las acciones de la compañía estaban repartidas a partes iguales entre los cuatro hijos —solo Hélène tenía aquel dos por ciento menos a cuenta del dinero que había recibido por adelantado—, pero las tres hermanas aceptaron con naturalidad el papel de Louis como sucesor de mi bisabuelo.

El reconocimiento familiar no mejoró su carácter agrio, que había consolidado durante años de enfrentamiento con su padre: era incapaz de ceder, le costaba distinguir entre la familia y la empresa y tenía dificultades para manifestar con naturalidad sus sentimientos. Por si esto fuera poco, se le había agravado la obsesión por la correspondencia y todas las noches escribía cartas larguísimas a mi abuelo Joaquim, à mi bisabuela y también a Yvonne, que pasaba largas temporadas en Cassà o en el Rocafosca. Más adelante añadió a la lista a mi tío Francisco, el segundo de los hijos de mis abuelos Joaquim y Angèle, que cada día asumía más responsabilidades en la empresa.

La compulsión epistolar de Louis era tan grande que, a veces, después de escribir a mi abuelo desde casa, antes de cenar, le volvía a escribir por la mañana desde la fábrica. El tono era siempre el mismo: frío e imperativo. Y lo mismo daba que hablara de la salud de su madre, de los problemas para encontrar una cola adecuada, de las dificultades para obtener del Gobierno franquista permisos de exportación o de las quejas de los clientes por los defectos en alguna partida de tapones. Siempre parecía que todo estaba mal, que el mundo era un desastre y que nadie hacía nada bien.

Reims, 24 de junio de 1949

Querido Jo:

Acuso recibo de tu carta del día 9 y te confirmo las mías de los días 14, 17 y 23.

El domingo, después de almorzar, recibimos la visita de Francisco y de su joven esposa María Teresa. Al día siguiente prosiguieron el viaje de bodas hacia Stuttgart, pero tuve la ocasión de guiarle durante unas horas por la fábrica y hacerle ver el porqué de los reproches que hago a muchos de los choix recibidos últimamente. Supongo que se ha dado cuenta de que tendremos que repasar todos los tapones seleccionados en vuestros almacenes. Quisiera conseguir una fabricación impecable, sobre todo porque continuamente recibo quejas de clientes de la región de Épernay, aunque normalmente se trata de clientes que solo compran tapones ordinarios.

Francisco y su esposa parecen perfectamente felices y le he autorizado a prolongar dos o tres días la estancia en Stuttgart, a causa del retraso con el que recibió el visado. No creo que llegue a Cassà antes del 4 o el 5 de julio. Yo mismo espero visitaros el 5 o el 6.

Motor.— Acabo de telegrafarte: «Preved la instalación del segundo grupo electrógeno en el mismo local». En efecto, como continuación de mi carta de ayer, encargareis un segundo grupo y este deberá ser instalado en el mismo hangar que el primero.

Cola.— Solo os puedo mandar Gallia si conseguís un permiso de importación; de otra manera, sería para nosotros una exportación de capitales. La compra de caseína en Cassà me parece peligrosa, corremos el riesgo de dar a nuestros tapones un lamentable sabor a queso.

Tirajes y Morceau.— Es inútil aprovechar tanto la selección de tapones llenos para hacer más primeras selecciones; después nos vemos obligados a retirar inmediatamente los flexibles y eso es un trabajo suplementario, inútil.

Depósito gasóleo.— ¿Está hecho?

Tapones pequeños.— ¿Querías enviarme una o dos muestras de veinticuatro tapones cilíndricos veinte por veinte por veinticuatro, primera selección, para una casa de Argelia que me las encarga? Pedirás muestras a dos o tres empresas de Cassà especializadas en tapones pequeños (Rich, Molinas, Turón).

Louis de Polignac.— El príncipe Louis de Polignac, vicepresidente de Pommery y presidente de la Sociedad de Baños de Mónaco, tiene que venir a España. Si pide dinero, hay que dárselo, y si pide cualquier ayuda, también.

Mamá.— En mi última carta te decía que mamá ya no tenía fiebre. Esta mejora no se ha mantenido y sigue teniendo fiebre todos los días. La operación se ha hecho tres o cuatro días tarde y su pie ha provocado una pequeña infección generalizada, que remitirá con el tiempo. Para no alarmarla inútilmente, el médico ha desaconsejado el uso del termómetro durante algunos días.

Sin más novedades, os envío mis pensamientos más afectuosos.

Louis

Más adelante, las cartas se fueron volviendo más impertinentes. Cuando llegaban, la baba Angèle se llevaba las manos a la cabeza y le confesaba sus temores a su hija mayor, Conxita, que acababa de tener a Isabel, su cuarta hija.

—Ha llegado carta de Louis. Vamos a tener otra comida tormentosa.

Efectivamente, antes de sentarse a la mesa para comer, mi abuelo Joaquim gritaba a su mujer «¡Mira lo que dice tu hermano!», y empezaba a leerle la carta.

Reims, 31 de agosto de 1949

Querido J:

No he recibido hasta ayer tu carta del 24 del corriente y te la agradezco. Todas mis felicitaciones por el feliz acontecimiento del nacimiento de la pequeña Isabel, que viene a sumar un ornamento en tu corona ya bastante adornada de flores. Por tu parte, tú no has recibido hasta el 22 mi carta expedida el 15. Los plazos de expedición entre nuestros dos países son demasiado largos y como aquí la correspondencia se reparte muy rápidamente, pienso que el retraso solo es imputable a los servicios españoles. Así no se facilitan los negocios. ¿Llamarás la atención a vuestra Cámara de Comercio sobre este punto?

Corchos.— Si el espesor de Rabida es malo y no es útil para futuros envíos a Alemania, será mejor deshacerse de él y venderlo inmediatamente.

Electricidad.— Hace ya dos meses que encargasteis el motor. ¿Cuándo llegará y estará en funcionamiento?

Gasóleo.— En cuanto terminéis la cisterna, llenadla.

Cola.— ¿En qué punto tenéis el pedido de importación de Gallia? Relanzad inmediatamente este asunto.

Despacho.— ¿Está pintado?

Oficina.— Supongo que el chico que habéis contratado sabe escribir a máquina.

Preparación.— Estoy muy sorprendido de que no tengáis más cuadros de corcho para preparar. Debéis entender que ahora es el momento de hacerlo, mientras la preparación de las colas está parada.

Tapones pequeños.— He recibido muestras de Molinas y de Rich. Encuentro que el color de Molinas es espantoso.

Mamá.—El martes empezó un tratamiento de estreptomicina para combatir la septicemia postoperatoria causada por la infección del dedo pequeño del pie. La temperatura baja con regularidad: miércoles por la mañana 37,7, tarde 37,9; jueves por la mañana 37,3, tarde 37,7; hoy, 37,1. El tratamiento, duro. Según los médicos, el estado general es bueno. Pronto podrá volver a Cassà.

Comparte con los tuyos nuestros pensamientos llenos de afecto.

Louis

EL ATARDECER DEL ENTIERRO

Cuando mi bisabuela volvió a Cassà, ya estaba muy enferma. La operación en el pie que le habían hecho en Reims se había practicado demasiado tarde y le había dejado secuelas de las que no se recuperaba. Mis padres la visitaban todos los domingos; Joana los recibía en el costurero, porque daba a la carretera y se entretenía viendo pasar los carros cargados de planchas de corcho o de tapones listos para ensacar. Siempre se tapaba con una manta y se había obsesionado con las corrientes de aire: —¡Por el amor de Dios, cerrad esas puertas! —refunfuñaba a todas horas.

Ochenta y un años de vida azarosa la habían convertido en una mujer de una gran dignidad, que se movía siempre a medio camino entre la sencillez elegante del Mas Viader de Bescanó y la arrogancia cosmopolita de la Maison Oller de Reims.

La última vez que mis padres la visitaron, las criadas les hicieron esperar, con la excusa de que Joana estaba «acabando de dar órdenes en la cocina». En realidad, estaba en su habitación y no quería bajar a recibirles hasta que no la hubieran arreglado como si tuviera que salir de visita. Mi bisabuela había ordenado:

—Cepillad bien la peluca; no quiero que me vean de esta guisa.

Dos días después murió.

El día del entierro, cuando se levantaron, se dieron cuenta enseguida de que el bochorno sería insoportable. Después, en el cementerio, el sol alumbró de cara todo el rato y la ceremonia se eternizó en una sucesión de pequeños movimientos, sin estridencias, como si todos quisieran ahorrar las fuerzas que aquel verano bochornoso les consumía sin contemplaciones. La enterraron junto a mi bisabuelo, en una tumba excavada en el suelo: «Familia de Francisco Oller; Francisco Oller Martinell, 13 de febrero de 1941; Juana Viader de Oller, 18 de agosto de 1951». Encima de la losa había una cruz de piedra sencilla, un crucifijo, también de piedra, y la palabra «Pax» en relieve.

Abandonaron el cementerio entre las dos hileras de cipreses y aún se movían más despacio, para no desperdiciar el aire, que quemaba. De los campos subía una especie de vaho que desdibujaba los rastros, como si fueran a fundirse y desaparecer. Así enterraron a mi bisabuela, a cámara lenta y rodeados de un espejismo.

Al anochecer, Yvonne y Hélène se sentaron en el porche de can Paró, esperando a que les llegara un poco de brisa. Desde el otro lado del muro subían las voces alegres de los vecinos del paseo Vilaret, que habían sacado las sillas a la calle. Todo el pueblo había salido a tomar el fresco, pero no corría ni pizca de aire.

Hélène se echó hacia delante y se puso un brote de menta en la boca. Después se apoyó en el sillón de mimbre y soltó:

—Aquí me encaré con él por última vez antes de huir a París. Aquel día de Año Nuevo no había ni dondiegos ni racimos de glicinas; el jardín parecía muerto y él no tuvo piedad: «Tendrás que elegir: o Joan o la familia», me dijo.

Yvonne encendió un cigarrillo y el fuego iluminó sus rostros un momento. Las dos hermanas intercambiaron sendas miradas llenas de curiosidad. Era la primera visita de Hélène a can Paró desde la fuga, y ambas buscaban la confianza por primera vez en mucho tiempo. Cuando volvieron a quedarse a oscuras, Yvonne preguntó:

—¿Le odiabas?

—No, no lo creo —dijo Hélène. Después lo pensó un rato—. No me lo he planteado nunca de esa manera. Papá era como era, pero yo también tenía derecho a ser a mi manera. Eso es todo.

Los vecinos debían de haber entrado a acostarse, porque el paseo se había quedado en silencio. Solo se oían los grillos y las ranas de la fuente de can Castellò, al otro lado de la carretera. Un perro ladró más lejos, quizás en cal Rabitxo, hacia la Verneda. Yvonne volvió a preguntar:

—¿Te has arrepentido alguna vez?

—Jamás! ¡Ni un solo instante!

LA THIÉRION

Louis se acostumbró a intercalar las cartas a mi abuelo Joaquim con otras dirigidas a mi tío Francisco, que se perfilaba como un futuro relevo para la dirección general de Cassà. El verano de 1950 acentuó la presión sobre mi abuelo y empezó a mostrar sus bazas:

Querido Jo:

Proyecto traer a tu hijo Francisco a Reims para que trabaje algunas semanas a mi lado como escogedor, se dé cuenta de las exigencias de nuestra clientela y dejemos de recibir de una vez par todas unas selecciones tan detestables como las que estamos recibiendo últimamente. Con su estancia, Francisco comprobará que, si na corregimos los choix en Cassà, tendremos que volver a seleccionar aquí todos los tapones que habéis preparado en vuestros almacenes.

En Reims, Louis se sentaba a menudo a trabajar con los escogedores y quería inculcar ese espíritu de exigencia a su sobrino, aunque fuera a costa de saltarse a mi abuelo y a la jerarquía de Cassà. Un par de veces al año bajaba a controlar personalmente las instalaciones catalanas y siempre encontraba motivos para reñir a los trabajadores de la empresa; a veces, solo por un tapón que había caído al suelo desde algún cesto demasiado lleno; cuando se daba cuenta, llamaba a los operarios cercanos y les interrogaba.

—Si vais por la calle y os encontráis una peseta, ¿la recogéis?

—¡Pues claro!

—Pues recoged el tapón del suelo. ¡Cuesta más de una peseta!

La exigencia extrema de Louis daba resultados positivos en el desarrollo tecnológico de la *usine*. Cuando después de la guerra española no podía enviar la cola Gallia, imprescindible para pegar con garantías los discos de los tapones de piezas, experimentó con fórmulas propias, primero con su cuñado y unos años después con su yerno, Toni Tarrés, que como químico tenía los conocimientos adecuados. Cuando en la casa Oller empezaron a fabricar los tapones de aglomerado, que se pegan a dos discos de corcho natural, que son los que entran en contacto con el champán, consiguió una fórmula italiana que aún ahora funciona con plenas garantías, sin riesgo de que se desencolaran las piezas ni que dañara con sabores extraños el contenido de las botellas. Pero su contribución más notable a la industria de los tapones fue la financiación de la primera máquina Thiérion para mecanizar el encolado de las piezas. Cuando en el año 2011 el Estado francés concedió a la Maison Oller el estatus de *patrimoine vivant de la France*, junto a las empresas Chanel y Baccarat, Michel Thiérion escribió en los periódicos franceses acerca del origen de la máquina que aún está considerada la clave del proceso de fabricación de los tapones modernos:

Louis Oller era un visionario que intuía que no habría suficiente corcho de calidad para servir a todo el mercado del champán y buscaba la manera de incorporar mecánicamente los discos. Mi padre, Gabriel Thiérion, llevaba años trabajando en una máquina para automatizar este acoplamiento. Louis también era un humanista generoso y en 1950 concedió a mi padre un crédito sin intereses para poder arrancar y le encargó la primera máquina. Trabajamos dos años sin descanso, y cuando entregamos el primer prototipo a Oller, no solo no cubría los objetivos y tenía constantes averías sino que tuvimos que reconocer que los defectos no se podrían corregir. Cuando nos entrevistamos con Louis Oller, dábamos por hecho que la aventura había terminado, pero nos sorprendió y nos financió una nueva oportunidad: «Es inútil darle vueltas, esta máquina no funcionará jamás; la tiraremos a la chatarra y vosotros

reflexionaréis sobre cómo volver atrás, corregir los errores y hacer un nuevo proyecto. Y trataréis de daros prisa para suministrarme una máquina que funcione».

Dos años después entraba en funcionamiento la primera máquina automática para pegar discos y revolucionaba el mercado mundial. Pero la ambición tecnológica y la exigencia de calidad que imponía Louis también generaban unos costes altísimos que siempre se cargaban a la planta de Cassà. Por cada tapón bueno que mi abuelo Joaquim y mi tío Francisco enviaban a Reims para servir a los exigentes clientes franceses, había nueve que eran malos y que Cassà debía tratar de comercializar y, si no les encontraba salida, tenía que comérselos en su balance.

EL BRIDGE

Por aquella época, los tíos de Francia se aficionaron al *bridge*. Mi bisabuelo siempre lo había jugado en el Círculo con sus amigos, un día a la semana, pero sus hijos solo jugaban muy de vez en cuando, los días festivos que se reunían para comer. Poco después del verano de 1952, empezaron a jugar una tarde a la semana. Cuando quedaban en casa de Louis, Suzanne hacía de anfitriona y servía minilionesas y tartaletas de fresa y de mora que mandaba traer de la pastelería de la Place Drouet-d'Erlon. Louis jugaba siempre en pareja con su hermana Yvonne y también se emparejaban Francisco Rich y su prometida Annick, aunque si algún día Hélène estaba en Reims, la futura nuera le dejaba la plaza para que madre e hijo formaran equipo. El segundo domingo de noviembre, Yvonne llegaba tarde a la partida.

—Creíamos que ya no venías —dijo Suzanne como único saludo cuando le abrió la puerta.

—Estaba en la plaza del Palacio de Justicia, esperando la sentencia del caso Chevallier.

—Lo he oído en la radio. ¡Me alegro por la pobre mujer! Vaya aspecto que tenía esta mañana en las fotografías de los periódicos.

—¿De qué habláis? —preguntó desde la mesa Louis, harto de esperar para la partida y a punto de cancelarla.

—Del caso Chevallier.

—Y las dos debéis de estar de acuerdo con la sentencia absolutoria... ¡Todas las mujeres os habéis dejado embaucar por una asesina confesa! Si matar a sangre fría es una heroicidad, ya me diréis cómo podremos juzgar a los criminales a partir de ahora. No sé adónde queréis ir a parar con todo esto.

Un tribunal de Reims acababa de juzgar y absolver el asesinato cometido por Yvonne Chevallier, una mujer de cuarenta años que había disparado cinco veces contra su marido y le había causado la muerte instantánea en su propio dormitorio, cuando él hacía la maleta para irse a vivir definitivamente con su amante. La víctima era el alcalde de Orleans, a quien el presidente De Gaulle acababa de nombrar secretario de Estado de Enseñanza, Juventud y Deportes. El asesinato causó un impacto tan grande en la sociedad francesa que el juicio, trasladado a Reims para evitar disturbios por parte de los partidarios de la mujer, se convirtió en el primer proceso retransmitido en directo por todas las radios del país. En la sala había tantos periodistas y se tomaron tantas fotos sin ningún tipo de control que, a partir de ese caso, se prohibió el uso de los *flashes* en las salas de vistas.

Yvonne, como la mayoría de las mujeres francesas, se dejó seducir por la voz apagada y el rostro lloroso de Madame Chevallier mientras relataba la soberbia del marido pagado de sí mismo desde que obtuvo su éxito político y cómo había seducido a su amante, una chica de tan solo veinticuatro años. Cuando se terminó la vista, la mujer levantó los ojos empañados por las lágrimas hacia los magistrados y exclamó entre sollozos: «Lo siento».

Los jurados del Marne se retiraron a la sala de deliberaciones, impactados por la cara de la asesina que, de golpe, acababa de convertirse en víctima; solo necesitaron cuarenta minutos para emitir un inesperado veredicto absolutorio.

La multitud que llenaba la sala se puso en pie y aplaudió frenéticamente. Los periodistas abandonaron los cuadernos de notas encima de las mesas y también se levantaron y aplaudieron. Cuando la noticia llegó a la muchedumbre reunida en el exterior del Palacio de Justicia, los aplausos se multiplicaron y se convirtieron en un grito ensordecedor; la policía, desplegada para evitar disturbios, se añadió a la celebración. En un rincón de la plaza, Yvonne y Charlotte también aplaudían y se abrazaron con complicidad. Charlotte respiró complacida un aire discreto de sándalo y ámbar y también descubrió un rastro de violetas en el cuello de Yvonne.

—L'Air du Temps. ¡Hueles a verano en Grindelwald! —le dijo cuando se despedían.
Yvonne se rio, pero aceleró el paso porque llegaba tarde a la partida de *bridge*.
—Todos los hombres sois iguales —soltó cuando se sentó a la mesa de juego, sofocada por el retraso. Estaba encendida y dirigió una mirada de desprecio a su hermano Louis.

LA NEVERA

Pasada la segunda guerra europea, cuando ya hacía tiempo que las cosas en París les iban muy bien, Hélène consiguió que le mandaran una nevera Westinghouse desde Estados Unidos y la pagó gracias a las divisas que habían obtenido en las exportaciones. Durante un par de meses, la nevera fue el tema de conversación preferido de todas sus amigas, que pensaban que hacía un hielo fantástico, y la noticia también llegó a Reims, donde causó un gran impacto entre la familia. Tanto que, cuando llegaron los primeros frigoríficos a los escaparates de las galerías de la Place Drouet-d'Erlon, Suzanne también quiso uno.

Durante meses reclamó el aparato y cantaba sus ventajas a todas horas, pero Louis no veía la necesidad de comprarlo; pensaba que se arreglaban bien con las barras de hielo y no daba su brazo a torcer. Ella siguió insistiendo hasta que por fin, una tarde, él se quedó en casa a esperar a unos operarios que tenían que llevarle «un paquete muy especial». Suzanne, creyendo que había llegado el momento que esperaba, lo miró amorosamente y se quedó de pie en el umbral de la puerta, para abrir en cuanto llamaran. Cuando llegaron los operarios y desembalaron el paquete, traían una acuarela de Roca Delpech para el comedor: Louis compraba cuadros de pintores gerundenses y los mandaba a Francia escondidos entre las sacas de tapones que importaba de Cassà. Al día siguiente, Suzanne cogió una barra de mantequilla, dos botellas de leche, un par de quesos —un *chaource* y un *cedré de Champagne*— y una bandeja de peras y albaricoques y lo dejó todo en el suelo del comedor, justo debajo del Roca Delpech que los operarios habían colgado la tarde antes, cuando ella pensaba que venían a traerle la nevera.

A la hora de comer, cuando Louis regresó de la fábrica, casi se resbaló con la mantequilla.

—¿Qué significa todo esto en el suelo del comedor? —gritó desconcertado.

Suzanne entró, fingiendo desinterés, y contestó:

—¿Esto? Nada. He puesto algunas cosas debajo del cuadro, a ver si se conservan frescas.

Y volvió a desaparecer hacia la cocina a dar las últimas instrucciones para la comida. Al día siguiente, Louis encargó la nevera.

El año de la boda de mis padres, mi tío Narcís Nadal se declaró a Monique Oller, pero en cuanto la familia se enteró, les advirtió que no podían casarse sin dispensa de Roma; ellos siguieron insistiendo varios meses, pero les convencieron de que, por más que consiguieran el permiso eclesial, una boda entre primos hermanos no era conveniente, y se rindieron. Mientras intentaba superar la decepción, Monique se fijó en Toni Tarrés, que también reparó en ella y el verano siguiente se le declaró.

Cuando se casaron y se instalaron en Barcelona, Louis le dijo a su hija:

—Ahora espabila. Siempre has dicho que querías vivir tu vida; pues demuestra de qué eres capaz tú sola.

Los primeros años de casados, Suzanne, su madre, los ayudaba económicamente, y de vez en cuando tía Yvonne también les enviaba algo, pero Louis siguió poniendo a su hija a prueba, esperando que recapacitara y acabara aceptando que haberse ido a vivir a España había sido un gran error. Años después, a Monique se le presentó la oportunidad de devolverle la pelota, cuando Yvonne les propuso que se trasladaran a Reims y que Toni asumiera la gerencia de Besserat. Louis, que había soñado con una familia numerosa y había acabado teniendo una única hija, miraba a Toni como a un hijo y celebró la oferta de Yvonne a la pareja, confiando en que abriría la puerta de su regreso a Francia. Una vez trasladados a Reims, pensaba ofrecer a su yerno la gerencia de Oller. Monique y Toni le decepcionaron de nuevo:

—Hemos tenido que espabilarnos solos y, como puedes ver, lo hemos conseguido. Ahora no nos interesa en absoluto volver a Reims.

Louis tuvo que escribir a Francisco, el hijo de Hélène, para ofrecerle el trabajo. Francisco aceptó, puso a la venta la Maison à Bouchons Jean Rich, la fábrica de tapones para vinos tranquilos de sus padres, y al cabo de un año se trasladó a Reims para ocupar el puesto pensado para el marido de Monique.

Desde que se casó y se manejó en catalán y castellano, Monique ha arrastrado siempre las erres a la francesa, igual que la baba Angèle. Cuando las dos, tía y sobrina, estaban juntas en La Fosca, podían resultar insoportables. Al principio, su afectación nos causaba risa, pero a la larga resultaba irritante. Había como una especie de superioridad francesa, anticatalana y antiespañola, que no nos pasaba desapercibida, y si algo podía despertarnos un inexistente espíritu patriótico era aquel aire ofensivo de las dos mujeres más orgullosas de la familia, que siempre exhibieron con arrogancia su origen francés.

EL ANILLO DE SUZANNE

Louis sentía debilidad por los hijos de Angèle, y muy especialmente por mi padre.

Durante un tiempo había madurado la idea de incorporarle al negocio de los tapones. Le gustaba el espíritu de negociante que observaba en su sobrino y valoraba su carácter abierto, que lo hacía ir siempre de cara. Pero esa franqueza favoreció algunas peleas memorables.

Un día, en la plaza de Santa Llúcia, Louis y Suzanne eran los invitados de mi abuelo Pepitu Farreras y la baba Teresa. Mis padres compartían el papel de anfitriones. Louis se pasó el almuerzo criticando todo y a todos, en aquel tono tan suyo de superioridad francesa. Mi padre no se pudo aguantar y saltó:

—Tío, a usted no le parece bien nada, ¡y así le va! No está nunca pendiente de la familia, solo existe el negocio, por eso todo el mundo le rehúye. Incluso su hija se ha hartado; Monique ha venido a casarse con un barcelonés para estar lejos de usted.

Mi tío se indignó. Su mujer estaba desconcertada. Mis abuelos tampoco sabían ni qué decir ni dónde mirar. A la hora del postre, mi abuelo Pepitu se fijó en el anillo de brillantes de Suzanne y acabó de estropearlo:

—Déjeme ver el anillo un momento.

Cogió un papel de fumar, lo humedeció con agua y lo colocó sobre el brillante.

—No vale nada. Pura baratija.

El almuerzo terminó como el rosario de la aurora. Hablarle de Monique había sido un golpe bajo de mi padre, que sabía muy bien que Louis no digeriría nunca que su hija hubiera huido de Reims y renunciado a una buena boda —como correspondía a una descendiente de los fundadores de la Banque Chapuis— para casarse con un químico catalán que había conocido en La Fosca.

—*L'Espagne m'a volée la fille!*—exclamaba desolado Louis en aquella época.

La boda de Monique con Toni Tarrés también supuso un paso más en la recatalanización de la familia de mi bisabuelo. Primero había sido la baba Angèle, que se había instalado en Cassà. Ahora, la hija única de Louis también abandonaba Francia para establecerse en Cataluña. Puesto que Yvonne no tenía descendencia, a partir de aquel momento, Hélène, su hijo Francisco —el chico que había reclamado la nacionalidad francesa el día en que los nazis entraron en París— y sus nietos Jean-Pierre, Isabelle y Nathalie estaban destinados a constituir los últimos eslabones franceses de la familia. Solo habían pasado cincuenta y cinco años desde que mi bisabuelo emigró a Toulouse y decidió convertirse en ciudadano francés de pleno derecho, y los Oller regresaban en bloque a Cataluña.

LA JUBILACIÓN FORZADA

Louis había aumentado la dureza de los reproches y había empezado a presionar a mi abuelo Joaquim para que se retirara. En medio de algunas tensiones que fueron enfriando las relaciones familiares, mi abuelo le arrancó dos prórrogas consecutivas, seguramente por imposición de Hélène e Yvonne, a las que la baba Angèle había suplicado su intercesión. Pero a finales de 1960, Louis consiguió que las dos hermanas le retiraran el apoyo y le jubiló forzosamente. Angèle, desconcertada, no entendía nada: hacía tiempo que las disputas con mi bisabuelo habían favorecido el acercamiento entre los otros tres hermanos; ella, lejos de Reims, no se había dado cuenta.

Mi abuelo Joaquim alegaba que los dueños no se jubilaban, que en todo caso delegaban progresivamente sus funciones, y no aceptaba el cese. Pero la decisión estaba tomada y no solo fue apartado de la dirección de la Maison Oller en Cataluña, sino que fue privado de cualquier papel honorífico en la empresa. Le enviaron derecho a casa y, al cabo de unos meses, fue sustituido por su hijo Francisco.

Después de la traición a mi abuelo, el primer fin de semana en can Nadal fue un funeral. Mi abuela intentaba disimular con su orgullo francés el abatimiento por las malas maneras de Louis.

—Vuestro padre ha cumplido setenta y dos años y se merece una vida más descansada. Quería convencer a sus hijos, pero no se atrevía a mirarles a la cara. Los chicos eran jóvenes y se indignaron. Escribieron una carta al tío Lluís de Francia y rompieron los lazos familiares.

Cuando le entregaron el sobre, Louis supo que el contenido no iba a gustarle. Cogió la carta de sus sobrinos y la miró sin saber qué hacer; la dejó encima de la mesita *art nouveau*, apartó las cortinas y miró la silueta amable de Saint-Jacques, intentando retrasar con cualquier excusa el momento de la lectura. Todo el día había estado nublado, pero ahora el sol entraba de soslayo por debajo de las nubes, iluminando el campanario.

Finalmente se decidió: «Querido tío...».

La terminó y se entretuvo doblando la carta con esmero. Luego se la pasó a Suzanne. Mientras mi tía leía, él se hundió en la butaca, volvió a retirar las cortinas y vio que llegaban nuevas bandas de nubes por detrás de la Opera y que, en poniente, el cielo se encendía y se volvía rojizo.

Suzanne le devolvió el sobre y se quedaron ambos callados, a oscuras. Ya era casi de noche. Las nubes pasaban cada vez más bajas, negras como en los días de grandes tormentas. La ciudad entera se sumió en la oscuridad y empezaron a caer unas gotas gordísimas, que golpeaban la claraboya de la escalera —clac, clac, clac—. Louis y Suzanne no se movieron, abrumados por el eco de los reproches de sus sobrinos. Como si les hubieran hipnotizado.

Con el paso del tiempo, mis tíos quizás habrían preferido no haber mandado esa carta, pero en aquella época eran jóvenes y se sentían justamente sublevados. Solo Conxita firmó a disgusto, porque todos los demás firmaban.

—El tío Lluís era mi padrino. Durante la guerra se arriesgó por nosotros, nos llevó a Reims y corrió con todos los gastos. Y cuando papá y mamá se refugiaron en Perpiñán, aprovechó la nacionalidad francesa para instalarse en Cassà y controlar la fábrica; era francés, pero España estaba en guerra, y en la zona republicana había una situación prerrevolucionaria: un empresario podía morir fusilado por el mero hecho de ser

propietario. Con la carta, tía Suzanne también se llevó un gran disgusto. No tendríamos que haberlo hecho.

La confesión de Conxita me llegó una tarde fría de marzo de 2013. Yo me había acercado a Cassà buscando una versión de primera mano sobre un episodio que las cartas no aclaraban. Conxita cerró un momento los ojos y en su rostro se le marcaron las arrugas de sus noventa y dos años. Llevaba el pelo recogido en un moño, con coquetería. Comprendí que buscaba la mejor manera de explicarme el juicio contradictorio que se había formado sobre aquel viejo enfrentamiento. Finalmente abrió los ojos, me miró con una sonrisa y retomó el hilo de la historia.

—Tu abuelo Joaquim era *charmant*, buen negociante y le gustaba el trato directo con los productores de corcho, que en general le adoraban; pero también era un poco *señor*. En Francia, los dueños eran quienes abrían la puerta de la fábrica...

La carta fue cosa de Josep, el hermano mayor. Mi tío Josep estaba convencido de que su padre era muy competente, que tenía muy buen ojo para comprar y que resultaba imprescindible para el negocio. Por ello promovió la respuesta conjunta de los hijos Nadal Oller.

—... solo dejamos al margen a Francisco, que trabajaba en la fábrica, pero yo tampoco estaba de acuerdo —siguió insistiendo Conxita—. Louis sabía que yo me había opuesto; por esta razón siempre mantuvimos la relación que con los otros hermanos quedó cortada un montón de años. Firmé porque firmábamos todos, pero no teníamos razón. Papá había cumplido setenta y dos años, y en su lugar no ponían a un desconocido, sino a su hijo Francisco.

Un buen día, los franceses dejaron de venir. El descapotable de tía Yvonne ya no aparecía por sorpresa en la puerta de casa, en La Fosca, deslumbrando a los veraneantes y haciendo subir nuestra autoestima. El tío Lluís de Francia y Suzanne tampoco volvieron a comer en la casa familiar de la plaza de Santa Llúcia de Gerona. Solo por Navidad seguían llegando las dos cajas de champán Besserat de Yvonne y los paquetes para todos nosotros: la Navidad en que los franceses dejaron de venir, la tía nos envió *Les hommes bleus au Maroc*, un libro sobre los tuareg que en casa todos leímos con entusiasmo porque invitaba a correr aventuras en los desiertos de África. Después, quedó arrinconado en la librería del cuarto de los juegos, y cuando alguna vez lo encontrábamos, nos preguntábamos qué habría sido de los tíos de Francia. Nadie nos dio ninguna explicación, y delante de nosotros tampoco se habló nunca más de la ruptura.

UN MONÓLOGO EN CAN RUSCALLEDA

El año 1961 había arrancado trastocado, y el segundo domingo de febrero aún resultó más extraño. En cuanto llegamos a Cassà, la baba Angèle nos dio un puñado de dinero y propuso:

—Id al casal, a ver qué película ponen.

No tuvo que repetirlo dos veces. Recogimos la inesperada propina y salimos corriendo de casa, con ganas de huir de un ambiente que estaba más cargado que de costumbre. Mi abuela parecía inquieta; el abuelo tenía un aire muy grave y no nos había recibido con la sonrisa reconfortante de otros domingos. El viaje desde Gerona también había sido diferente: mi madre no había leído en voz alta; mi padre no había cantado «Mon amour et ton amour / sont nés le même jour» ni otras canciones francesas que le ponían de buen humor; y nosotros tampoco habíamos jugado a ver quién era el primero en descubrir los pueblos por donde pasábamos. De modo que, cuando vi el campanario asomarse ya por encima de las casas del pueblo y grité «¡Cassà!», nadie me hizo caso.

Antes de entrar en el cine pasamos a buscar a Kiku y luego llamamos a la puerta de can Ruscalleda para recoger a los otros primos, que vivían enfrente del *casal*. Mis tíos Conxita y Josep tampoco tenían buena cara, y preferimos irnos sin más ceremoniales. Justo cuando estábamos a punto de salir, entraban el tío Lluís de Francia y tía Suzanne, pero no nos hicieron caso; nos hicimos los despistados y salimos corriendo.

Nos resultó raro que Louis y Suzanne fueran a casa de los Ruscalleda y no haber visto ni rastro de ellos en can Nadal. El Manco seguía bajando dos veces al año a Cassà para controlar la fábrica, pero se acercaba poco a las casas familiares, salvo a la de mi tío Francisco, que era el director general de la empresa y se mantenía al margen del conflicto familiar. Aquella tarde de domingo había acudido por primera vez a la casa de mi tía Conxita.

Se sentaron junto a la chimenea, que estaba encendida desde primera hora, porque la noche había sido muy fría. Parecía que de un momento a otro el frío se calmaría y empezaría a nevar. Louis y Suzanne se sentaron juntos en el sofá, frente a Conxita y Ruscalleda, que ocupaban los sillones orejeros. Se miraron un rato, sin decir nada; Conxita se movía continuamente, porque no encontraba postura; Suzanne dejó escapar una lágrima que pareció sincera y, sin preámbulo, Louis empezó un monólogo larguísimo, estructurado en puntos muy bien detallados pero muy fríos, como cuando escribía las *cartas* a mi abuelo Joaquim.

—Mira, Conxita, ya sé que la carta está inspirada por dos de vosotros y que algunos la desaconsejasteis, pero al final la firmasteis todos y, por lo tanto, dentro de unos días os contestaré por escrito a todos a la vez. De entrada, quiero que quede claro que con mi respuesta no pretendo echar leña al fuego ni haceros más penosa una situación que para mí es especialmente dolorosa. Con un poco más de cordura, en nuestra familia seguiría reinando la armonía de siempre. Dicho esto, he aquí los hechos: nuestro negocio es una sociedad en la que cada uno de los hijos del fundador posee un número similar de acciones y, en proporción a esos títulos, participa de los beneficios de la empresa. El negocio lo administran gerentes que reciben un pequeño salario base y unas participaciones en los beneficios en función de sus responsabilidades. Este es un sistema lógico y normal de retribuir su trabajo.

Ruscalleda se levantó a remover el fuego y añadió dos troncos de encina que se hacía bajar de las Gavarres. Conxita aprovechó para preguntar si querían más café, pero Louis hizo un gesto seco de negación con la mano y siguió hablando:

—Vuestro padre ha cumplido setenta y dos años y ya no puede seguir ejerciendo funciones de dirección, que de hecho hace tiempo que no ejerce. Ahora es vuestro hermano Francisco quien carga con estas responsabilidades y por lo tanto resulta evidente que es él y no vuestro padre quien debe recibir los beneficios reservados a la gerencia. No veo en ello nada que no sea absolutamente normal. Ya hace dos años que habíamos convenido que los porcentajes sobre los beneficios se repartirían a razón de seis partes para Francisco y dos para vuestro padre. Pero esto no se ha cumplido y vuestro padre finge no recordar el compromiso que vuestra madre y vuestro hermano tienen muy presente. Vuestro padre dice que no está de acuerdo, que «son los viejos quienes deben recibir la mayor parte» y que «los jóvenes ya tendrán tiempo de envejecer cuando les llegue el momento». No comparto en absoluto este punto de vista. Conxita llevaba rato dando vueltas a la edad de su padre. No comprendía qué necesidad tenía de seguir trabajando, sobre todo porque era su hijo Francisco quien le había sucedido al frente de la empresa.

—El contrato de gerencia de vuestro padre ya se había extinguido por segunda vez, y en la última visita que le hice en Cassà vino a pedirme una nueva prórroga. Le dije que aceptaba, con la condición de que no frenara la actividad general de la fábrica ni la consolidación de Francisco como cabeza visible...

Louis seguía hablando, pero Conxita ya hacía rato que no lo escuchaba. Puede que el tío tuviera razón, pero ella no podía quitarse de la cabeza la imagen de su padre escuchando las condiciones que Louis le imponía, apelando al buen sentido profesional y a las necesidades de la empresa. Tai vez Louis también tenía ganas de hacerle pagar la autonomía con la que había actuado mientras aún vivía mi bisabuelo.

Cuando salimos de la sesión doble del *casal*, mis padres nos estaban esperando en la puerta para volver a Gerona a tiempo para cenar. En el coche había las mismas caras largas de la ida, y yo miraba por la ventana el cielo cada vez más compacto, con la esperanza de que, de un momento a otro, empezara a nevar.

PERSIANAS MALLORQUINAS

Mi abuelo Joaquim llevaba días encerrándose en el despacho y a media tarde se sentaba a la mesa de trabajo, después de regular las persianas mallorquinas para impedir el paso de la luz y asegurarse un poco de ventilación cruzada. Mi abuelo era experto en las persianas mallorquinas y sabía manejar con destreza los huecos para obtener las mejores transparencias y las corrientes de aire más suaves. Últimamente había encontrado en ellas una ocupación que le entretenía y le hacía más soportable la monotonía de la jubilación.

Por la mañana, después de desayunar, cerraba las persianas y las contraventanas de levante y abría de par en par las que daban a poniente: al mediodía, antes de comer, bajaba la inclinación de las mallorquinas de poniente y aún mantenía cerradas las que estaban orientadas al este, recalentadas por el sol de la mañana. Después de comer, manipulaba con delicadeza el juego completo de persianas para conseguir la oscuridad necesaria para la siesta, que siempre se echaba con la boca bien abierta; le gustaba adormecerse poco a poco, mientras escuchaba desde la penumbra las voces de los que pasaban por la calle, como si estuviera en un confesionario. Y así todo el día, hasta que por la noche abría todas las ventanas de par en par, para estimular una buena ventilación cruzada con la que combatir el bochorno de aquel agosto insoportable.

Hacía días que escribía notas inconexas, solo para ir refrescando la memoria de sus años en la fábrica Oller. Finalmente se decidió a poner por escrito sus emociones y redactó una carta llena de reproches que, seguramente, iban dirigidos a sí mismo más que a la destinataria de la carta.

Querida Angèle:

Aún no había terminado la primera guerra europea cuando, en septiembre de 1918, tuvo lugar nuestra boda. En aquellos momentos, incendiada la fábrica de Reims, la casa Oller se organizaba en Cassà con vistas al futuro. Tú, Angèle, ayudabas a tu padre con actividad y entusiasmo. Las circunstancias eran difíciles: la instalación de máquinas se eternizaba, los transportes eran escasísimos, había dificultades de todo tipo.

Más adelante, con el nacimiento de nuestros primeros hijos y abrumada por las tareas domésticas, ya no pudiste colaborar con tu padre.

Fue entonces cuando se me propuso entrar en la casa Oller, donde se me dijo que tendría una situación y un futuro mejor. ¡Y no se me dijo si sería por diez años o por cien! Encontré muy natural la proposición, ya que nuestro destino era vivir en Cassà, y no era así para los otros hermanos Oller; ni para Hélène, que acababa de irse a París, ni para Louis ni Yvonne.

Acepté, pues, renunciando al negocio de mi familia en el ramo del corcho, que no dejaba de tener posibilidades debido a las muchas y viejas relaciones que teníamos en los lugares de producción. Han sido muy numerosos los industriales que, con menos tradición, han obtenido buenos resultados con los negocios corcheros. No dejo de recordar también que, al tomar esa decisión, mi padre me hizo ver que no debía olvidar nunca el valor y las ventajas que una total independencia tiene en la vida de todo hombre.

Son cuarenta años los que he colaborado con la casa Oller sin ningún fracaso, que yo sepa, y sin haber hecho nunca un mal uso de las atribuciones que me fueron otorgadas. He cumplido las funciones del cargo con honradez, buena voluntad y eficacia. Me parece que puedo decir, justificadamente, que también Cassà ha contribuido a la prosperidad de la empresa.

Cuando en 1948 se me comunicó que la gerencia se me prorrogaba solo por cinco años, me llevé una gran sorpresa y decepción. Eso motivó aquella situación tensa, la intervención de Narcís, mi hermano cura, y el arbitraje del notario Montagud, una tragicomedia absurda a la que a día de hoy aún no sé encontrar explicación. A finales del año sesenta, que finalmente se me había fijado como último plazo de la gerencia, se me separó total y definitivamente de la casa y, por todo consuelo, se me manifestó que a mis años ya era hora de llevar una vida tranquila y de reposo.

Con los antecedentes expuestos no había derecho para mi separación: era lógico y normal que yo formara parte de la casa Oller hasta mi muerte: no debía de ser difícil encontrar una forma honorable de continuidad. No se me ha tenido, pues, la consideración que merece todo empleado honrado con tantos años de servicio, y mucho menos aún la consideración de todos los vínculos familiares que nos unían.

Es por eso que esta disposición tan arbitraria me ha causado un disgusto que nada, ni el paso de los años, me podrá hacer olvidar y que no podré superar mientras viva.

Cassà de la Selva, diciembre de 1963

Cuando terminó la carta, notó que toda la casa olía a corcho quemado y corrió a cerrar las persianas.

Se estaba poniendo de moda el aglomerado negro para aprovechar el corcho bornizo, el de la primera pela, como aislante, y en Cassà acababan de instalarse en poco tiempo cuatro fábricas: Garriga i de Puig, en la carretera de La Bisbal; Reliable, en la de Caldes; Isoladora, en el camino de Esclet, y algo más tarde, Germans Berna, en el camino del Remei. Había una fábrica en cada entrada del pueblo, de modo que, soplara de donde soplara el viento, siempre se respiraba aquel olor tan desagradable del corcho ennegrecido por el vapor; era un olor espeso, de bosque recién quemado, que impregnaba la ropa y los pulmones. Nada que ver con el suave olor del corcho hervido solo para reblandecer y hacer flexibles las planchas antes de trabajarlas, el olor que siempre había llevado a los expertos a dictaminar que «el corcho no huele» y que por eso es adecuado para taponar los recipientes de líquidos sin contaminarlos.

Las fábricas de aglomerado prosperaban gracias a la exportación, sobre todo a Estados Unidos. Los que trabajaban en ellas decían que trabajaban en los *mascadnos*, porque salían siempre tiznados por el aglomerado negro, que, además, esparcía motas de corcho quemado por todo el pueblo. Las mujeres no podían tender la ropa al aire libre si no la querían recoger embadurnada de aquellas motas asquerosas que a veces también se colaban en las casas y apestaban todos los rincones; y cuando se acostaban, también las encontraban en las almohadas y las sábanas.

El enfado de mi abuelo Joaquim por la traición de Louis no alteró su carácter. Al contrario, exageró su afabilidad y le animó a cultivar su vida interior, que siempre le había reportado grandes satisfacciones; en su opinión, los franceses de la familia no sabían nada sobre espiritualidad y filosofía. Pero se volvió un poco más cáustico. Cuando murió mi abuelo Farreras, los abuelos Nadal bajaron a Gerona para dar el pésame a la baba Teresa y a mi madre. Ya se iban y mi abuelo Joaquim, siempre tan discreto, sorprendió a la baba Angèle:

—¡María Teresa ha pasado realmente a mejor vida!

LA DECEPCIÓN DE BRUG

A principios de los sesenta, Yvonne padecía un Parkinson avanzado y tenía dificultades para andar. Eso sí, cuando estaba de pie, con las manos en los bolsillos del pantalón negro ceñido más arriba de la cintura y se metía por dentro un jersey de verano, de rayas marineras, recuperaba un aire entre travieso y seductor, de una elegancia muy francesa. Por aquella época usaba Calèche, un perfume mucho más elegante y sobrio que los que escogía para los grandes viajes, con una pizca de mandarina que quizás tenga la fragancia menos afrutada de todas. Aún seguía fumando compulsivamente. Y aún era la que jugaba mejor al *bridge*.

En cuanto se sentaba a la mesa, encendía un cigarrillo Lark y, mientras repartía las cartas, ponía a sus compañeros de juego al corriente de las novedades de Besserat. Gracias a la recapitalización que ella misma había llevado a cabo, las bodegas se habían podido aprovechar de la recuperación general del sector y funcionaban cada vez mejor. La producción de aquel año era extraordinaria; en casa lo comprobaron en Navidad, cuando llegaron las dos cajas de champán Besserat para mi padre. Para nosotros, Yvonne envió *Les Navajos*, un libro de fotos de la tribu india impreso con una técnica muy delicada, que nos fascinó: las casas eran *hogans*, las mujeres, *squaws*; el desierto de Monument Valley aparecía completamente nevado, un día de invierno, y yo me aprendí de memoria el canto de la danza de la lluvia en francés: «Je marche d'ordinaire là où tombent les pluies / Parmi le maïs blanc je marche / Je marche d'ordinaire là où tombent les pluies / Parmi les tendres matières je marche / Je marche d'ordinaire là où tombent les pluies / Où se tiennent les eaux je marche». *Les Navajos* todavía está en casa, milagrosamente entero y bien conservado, después de pasar por las manos de los doce hermanos y estimular nuestro espíritu aventurero.

Un día, Yvonne se dio cuenta de que sus fuerzas flaqueaban y decidió buscar un comprador y deshacerse de la empresa. Durante todo un invierno convirtió las partidas de *bridge* en el escenario apasionado donde narraba las novedades de la venta, que finalmente acabó integrando a Besserat en el poderoso grupo Krug. La operación tenía una cláusula blindada impuesta por Yvonne a los compradores en cumplimiento de la promesa que había hecho años atrás: si alguna vez volvían a vender las bodegas, no las podían traspasar a Besserat de Bellefon, la empresa de los sobrinos de Édouard Besserat, que él había querido alejar de su empresa porque los detestaba profundamente.

Tres años después, la crisis empujó a Krug a revender Besserat a la empresa Thienot. Un domingo, Yvonne llegó a la partida de *bridge* furiosa.

—Krug no ha cumplido. ¡Thienot era una tapadera que ha acabado vendiendo las bodegas a los sobrinos de Édouard!

Yvonne estaba realmente dolida, porque Édouard Besserat había sido para ella como un segundo padre, mucho más tierno que el verdadero. Se querían tanto que su relación despertaba la maledicencia general; los comentarios de la sociedad *chamenoise* eran tan rebuscados que la divertían¹ enormemente, y cuando se los contaba a Charlotte no podían parar de reír.

EL ÁNGEL DE LA SONRISA

Yvonne no estaba acostumbrada a estarse quieta en una iglesia y cambiaba continuamente de postura. Había decidido acompañar a Louis y a Suzanne a la misa solemne de la catedral y llevaban más de dos horas sentados, apretujándose sin espacio en aquella maldita octava fila, un poco más atrás del tercer banco que todavía recordaba de niña, de cuando los Oller se sentaban en él todos los domingos, al lado de los Mupoile. El domingo 8 de julio de 1962, sin embargo, las primeras filas estaban ocupadas por un montón de ministros, oficiales del ejército y personalidades regionales, nacionales y extranjeras de todas las condiciones.

La temperatura de la catedral había subido hasta límites poco recomendables. Yvonne empezaba a pensar que se había equivocado, que debería haber ido a La Fosca con Angèle después del consejo de administración que la Maison Oller había celebrado tres días antes, o tal vez simplemente tendría que haberse quedado leyendo en el jardín de la Rue Buirette, una forma mucho más atractiva de pasar la mañana del domingo. Pensaba en todo esto y se estaba poniendo de mal humor cuando el rumor del exterior de la catedral subió de volumen, advirtiéndoles que ya llegaban. En la plaza, la multitud empezó a aplaudir y las cuatro o cinco mil personas que se apretujaban en el interior de la iglesia se volvieron hacia el pórtico interior y el rosetón, tratando de ver algo. De fuera llegaron gritos de «¡Viva De Gaulle!», coreados con entusiasmo por la multitud, y la emoción recorrió todos los bancos de la nave; luego, cuando se escucharon otras voces que gritaban vivas a Adenauer, la respuesta de la gente de Reims fue más bien fría.

Desde dentro no veían nada, pero los gritos y los aplausos de los de fuera les ayudaban a seguir los primeros actos de la ceremonia: intuyeron el momento exacto en que De Gaulle y Adenauer bajaban del coche en el que habían hecho juntos parte del viaje; se imaginaron a monseñor Marty esperándoles en el pórtico, con los brazos abiertos y una sonrisa en los labios, justo debajo de la escultura del Ángel de la Sonrisa, decapitada en 1914 por los proyectiles alemanes y reconstruida como símbolo de la resistencia de la ciudad mártir.

—Excelencia, el canciller Adenauer y yo mismo venimos a vuestra catedral para sellar la reconciliación de Francia y Alemania —dijo Charles de Gaulle al arzobispo de Reims, pero esto no pudo escucharlo nadie en aquel momento y no lo supieron hasta el anochecer, cuando las radios de todo el país reprodujeron los momentos más emocionantes de la ceremonia.

El movimiento de los que ocupaban los últimos bancos anunció que el presidente francés y el canciller alemán estaban a punto de entrar, y después se hizo un silencio respetuoso, consciente del momento histórico, y todos siguieron con la mirada emocionada a aquellas dos figuras que avanzaban lentamente por el pasillo central hasta que se sentaron solos, en dos sillones de brazos, en el coro de la catedral.

La misa la concelebraron el obispo auxiliar Béjot y dos sacerdotes elegidos con toda la intención: el padre René Lallement, antiguo prisionero de guerra en Alemania, y el canónigo Lucien Huss, antiguo deportado al campo de concentración de Dachau. El arzobispo, que se reservó el sermón, hizo un emocionado llamamiento en favor de la paz:

—La catedral está contenta de acogerles juntos y por eso les recibe con la sonrisa de su ángel. La Champaña es desde siempre una encrucijada de pueblos donde hombres de distinta procedencia se han encontrado, han discutido y se han batido, pero no han

conseguido destruirse. ¿Por qué no pueden reencontrarse hoy y siempre para conocerse, para respetarse, para amarse y para ayudarse?

El llamamiento de monseñor Marty fue escuchado por la providencia, porque a partir de aquel verano los alemanes empezaron a volver a Reims como turistas y se convirtieron en los visitantes más numerosos de la catedral y de las bodegas de champán. El alcalde, Jean Taittinger, debía de intuirlo, porque cuando terminó la misa tenía una sonrisa de oreja a oreja que aún exhibía media hora después, cuando recibió a los mandatarios en el Ayuntamiento para la comida oficial, que reunió a lo más selecto de la ciudad.

Cuando salieron de la catedral, Suzanne miró con envidia a Louis y a Yvonne, que habían sido invitados a la recepción municipal por su amigo Taittinger. A ella también le hubiera gustado ver de cerca al general De Gaulle, pero una vez más tendría que comer sola en casa.

—No vengáis tarde. A las cuatro lo tendré todo listo —gritó a su marido y a su cuñada, que aceleraban el paso hacia el *Hôtel de ville*. Resignada, se encaminó hacia la pastelería a recoger las pastas de té para la partida de *bridge*.

«¡BAJA Y MIRA, MUJER!»

Con ochenta años cumplidos, en verano, mi abuelo Joaquim aún nadaba todos los días un rato en la bahía de La Fosca; también le seguía gustando tumbarse en la arena y dejar pasar el tiempo. Representaba el polo opuesto de mi bisabuelo Francisco: la naturaleza le volvía loco. Cuando conducía por carreteras secundarias, si descubría un buen paisaje paraba el coche, bajaba a la calzada y se quedaba encantado un rato, contemplando la vista con deleite. Si lo acompañaba mi abuela, la invitaba sin éxito a sumarse a su entusiasmo:

—Mira qué valle, Angèle. Parece un pesebre.

—Ya lo veo, Joaquim. Ya lo veo. Pero ahora iarranca de una vez o no llegaremos nunca!

—Pero bájate, mujer. ¡Baja y mira!

En primavera preparaba ramos para llevárselos a la baba Angèle, que los recibía con un entusiasmo más bien escaso. En verano se detenía en todas las pozas y en todas las balsas y se bañaba con un *slip* ridículo, que siempre llevaba doblado en la guantera del coche. Le gustaban las cosas cercanas y el tiempo más lento; le encantaba viajar en tren, para entretenerse con el paisaje, como cuando llevaba a sus hijos de excursión, a la Salut o a Cantonigrós. En casa, mi abuelo tenía libros de arquitectura de montaña y guardaba planos de las casas que pensaba que un día mandaría construir, dibujadas por él mismo o por Lluís, su hijo arquitecto. No añoraba el trabajo en el despacho, pero le hubiera gustado seguir comprando corcho; para visitar bosques, no le habría importado madrugar. Era tranquilo y prudente, pero también era eficaz: nunca se alteraba, proyectaba siempre una gran serenidad, y eso le había hecho temible en los acuerdos comerciales, porque cuando entraba en una negociación nunca adivinabas cuáles eran sus intenciones.

La modernidad de finales de los años sesenta lo descolocó. Era un hombre hecho para seguir escrupulosamente el ritmo lento de las estaciones; en ocasiones, su flema exasperaba a la baba Angèle, que tampoco entendía la bonhomía de su marido. Para ella, educada en la intransigencia de mi bisabuelo y en el ejemplo riguroso de los comerciantes del norte de Francia, los negocios eran más una misión religiosa que una forma de ganarse la vida. Para mi abuelo Joaquim, en cambio, la vida había que vivirla, aunque no se permitía ningún exceso y siempre actuó de acuerdo con la prudencia de uno de sus lemas preferidos: «Solo se tiene aquello que se ahorra».

Nunca se subió a un avión. A mi abuela, en cambio, le gustaba mucho volar y no compartía en absoluto ni el entusiasmo excursionista de su marido ni su afición a bañarse. Ella no soportaba dejarse ver en la playa: en La Fosca, si quería tomar un baño, bajaba muy temprano, siempre antes de las nueve, al pequeño muelle, justo delante de su casa. Más tarde bajaba vestida a la arena de la playa Gran y hacía calceta debajo del toldo.

La baba Angèle era Oller por los cuatro costados: una devota incondicional de su padre y una patriota francesa convencida de que Francia era el mejor país del mundo (y de pasada, que España era una auténtica porquería). Le encantaba que le preguntaran su apellido, para poder desafiar a su interlocutor y responder con una sonrisa en los labios y una mirada altiva:

—*Olé, avec deux eles.*

En casa leía a Maurois, que consideraba una literatura elegante, o bien hojeaba *Marie Claire* y *Paris Match*, las revistas a las que estaba suscrita. Mi abuelo, en cambio, leía a Pía.

—Mira cómo describe la bahía, Angèle —le decía, y trataba de enternecerla leyéndole aquel pasaje de Palamós—: «En la bahía de Palamós, los crepúsculos son de un prestigio inolvidable».

Pero mi abuela no lo escuchaba, porque en la tele algún francés acababa de ganar una prueba deportiva y sonaba *La Marseillesa*, el himno que despertaba su vena patriótica y la impulsaba a ponerse en pie. Y no estaba para nada más. Siempre me ha parecido un misterio que, siendo tan diferentes, mi abuelo Joaquim y la baba Angèle pudieran entenderse, ipero se entendían! A veces formaban una pareja pintoresca, pero eran tan elegantes y se conservaban tan bien que eran la envidia de mucha gente. Cuando hacían su aparición en cualquier ambiente con aquel aire solemne, casi majestuoso, atraían todas las miradas. Pero en realidad ambos eran sencillos, modestos y extremadamente austeros.

Sin el trabajo en la fábrica, Cassà se les debía de quedar pequeño, y a finales de los años sesenta se trasladaron a vivir al piso de la calle Provenga de Barcelona. Se acostumbraron rápidamente a la ciudad, que siempre les había gustado. Mi abuelo iba todas las mañanas a la Boquería y volvía con alguna bolsa de fruta para los nietos. A veces, unas delicadas fresas de bosque; otras, unas manzanas *red delicious* de piel roja, dulces y olorosas. Mi abuela recibía a sus amistades y paseaba por las calles comerciales. Para mí es otro misterio que disfrutaran tanto de su retiro en Barcelona. Aunque quizá mi abuela todavía añorara la *grandeur* y el estilo de vida de Reims.

LA MARSELLERA

Ni la amplísima colección de cartas de la caja fuerte del Deutsche Bank que acababa de leer, ni los relatos orales, que en una familia numerosa son muy abundantes, me habían ayudado a decantar las sensaciones contradictorias que me despertaba la baba Angèle. Y decidí buscar el testimonio directo de sus hijos.

—¿Sabes a qué se dedicaba la familia del prometido que la baba Angèle tenía en Reims antes de la guerra del 14? —le pregunté un día a mi tío Jordi, convencido de que su instinto de historiador le habría llevado a investigar hasta el último detalle de la historia familiar de los Duprés.

—¿Mi madre se había prometido en Francia? No sabía nada.

—Tuvo novio hasta que Francia entró en la Primera Guerra Mundial y el chico fue movilizado. El riesgo de que no volviera del frente, o que volviera malherido, era muy grande, y la familia Duprés propuso al bisabuelo romper el noviazgo y liberar a la baba Angèle del compromiso.

—En aquella época, los padres nunca contaban nada a los hijos, era tabú. Quizás les hizo alguna confidencia a mis hermanos mayores, pero a mí no me dijo nada. Claro que conmigo tampoco hablaba nunca de nada: ni me preguntaba ni me contaba. De hecho, de pequeño, yo quería mucho más a mi padre.

—Pues en aquella época los niños querían más a sus madres...

—A mí, mi padre me hacía sentir cómodo. ¡Mamá me daba miedo! Muchas veces estuve tentado de irme de casa, hasta que un día me encaré con ella y le solté: «El orden que pretendes es antivital. ¡Déjame vivir un poco, mujer!».

—Eran una pareja extraña...

—Papá era sensible, un entusiasta de la naturaleza y de la cultura. Le leía en voz alta pasajes de libros a mamá, que no parecía muy interesada. Ella solo tenía dos pasiones enfermizas: Francia y la Maison Oller. Para mamá, Francia siempre fue el mejor país del mundo; España, en cambio, era muy poca cosa.

Escuchando a mi tío Jordi, recordé un 2 de agosto en La Fosca, cuando tenía once años y acababa de regresar de pasar todo el mes de julio en las colonias francesas de La Besse, un poco más arriba de Albi. Me había traído de Francia un pirograbado que había hecho en las colonias y me sentía muy orgulloso de él; me hubiera gustado regalárselo a la baba Teresa, pero era el día de la Virgen de los Ángeles y me pareció que debía tener un detalle con la baba Angèle. La encontré sentada en la terraza de su casa, mirando al mar: puso la mejilla, dijo gracias exagerando cuanto pudo la erre a la francesa, dejó el pirograbado en el suelo y siguió hablando con las visitas que habían subido a felicitarle el santo, sin ni siquiera mirarme. Yo me fui a la cocina a saludar a Rosita, que pareció contenta de verme y me dio un gran abrazo.

—La verdad es que no le gustaban nada los niños —me confirmó mi tío Jordi cuando terminé de relatarle la escena.

—Con nosotros era muy estricta, pero también la recuerdo como una mujer fuerte y decidida —insistí.

—Muy dura, pero muy positiva. En la posguerra, me salvó la vida porque, en vez de compadecerse de mi sordera, por las noches se encerraba a estudiar inglés y con la ayuda de un diccionario escribió al representante de la Maison Oller en Estados Unidos para encargarle los mejores audífonos de la época, que se fabricaban en California. Me hizo estudiar y me obligó a espabilarme, en contra de la opinión de mi padre, que quería darme un vitalicio. Ni a mí ni a mis siete hermanos nos concedió nunca ningún capricho, pero cuando nos hizo falta, siempre estuvo lista para ayudarnos.

—De mayor se suavizó...

—Mucho. Cuando ya era catedrático en Valencia y los fines de semana iba en tren a Barcelona, me la encontraba en el andén del apeadero del Passeig de Gràcia,

esperándome. La primera vez me sorprendió tanto que pensaba que había ocurrido algo; luego me acostumbré. Supongo que le hacía ilusión venir a recogerme y que estaba orgullosa de que hubiera conseguido la cátedra.

Cuando ya nos despedíamos, mi tío Jordi se quedó mirándome un rato. Después nos dimos dos besos y, mientras abría la puerta, sentenció:

—Esto no debería decírtelo, pero mi madre quizás habría sido más feliz con el francés.

Y no se refería a Bertrand Duprés ni a mi abuelo Joaquim, sino a que mi abuela había renunciado a casarse con la Francia que amaba con locura y la había cambiado por una Cataluña que nunca la sedujo. Y cuando salía a la calle recordé que yo también había visto a la baba Angèle de pie delante del televisor cantando *La Marseillesa*, aquel día de Año Nuevo en que un saltador de Grenoble ganó el concurso de saltos de esquí y, en la entrega de trofeos, sonó el himno e izaron la bandera francesa.

«JE DIS NON, ET C'EST NON!»

La baba Angèle, la abuela de Cassà, no proyectó nunca la calidez de la baba Teresa, la madre de mi madre, que vivía con nosotros en la casa de la plaza de Santa Llúcia de Gerona. Desde que se había quedado viuda, mi abuela de Gerona solo vivía para nosotros, los doce hijos Nadal Farreras, que la queríamos con locura. A la baba Angèle, en cambio, no le recuerdo ninguna caricia ni ninguna muestra de ternura, ni siquiera una simple sonrisa amable. Y yo tampoco la quería como a una abuela.

Nuestra presencia más bien la molestaba, y a menudo protestaba porque hacíamos ruido, nos regañaba si corríamos de un lado para otro o, simplemente, se quejaba porque nos hacíamos notar en exceso. Y si mi madre le contaba algún éxito que habíamos conseguido en los estudios o en alguna actividad, se limitaba a sonreír con displicencia y exclamaba «¡Qué gracia! *Drôles de garçons, ces fils de Manuel!*», y ponía cara de encontramos realmente curiosos, como si le resultara insólito que nuestros padres nos hubieran podido adiestrar en una habilidad cualquiera.

Solo la veía sonreír cuando estaba sentada en la terraza del Rocafosca con sus amigas o rodeada de sus hijos —mis tíos— y de sus hermanos —los tíos de Francia— en el comedor de Cassà. Con los adultos se sentía a gusto, siempre era el centro de la reunión y desprendía tanta seguridad en sí misma que llamaba la atención. Su figura acababa ejerciendo una atracción hipnótica. Me gustaba verla fumar y dar órdenes a los hombres o explicaciones sobre las perspectivas económicas del país bajo la mirada de envidia mal disimulada del resto de las mujeres. En aquellos momentos, cuando la espiaba de lejos, la baba Angèle me parecía la más francesa, la más moderna, la más culta y la más libre de las mujeres que conocía. Y supongo que la admiraba.

El día que hablamos de mi abuela, mi tía Mariàngela no debió de quedarse tranquila, porque al día siguiente me llamó para insistir:

—¡Tu abuela era muy feminista! Nunca entendió que las mujeres españolas, incluso las que venían de buena familia, se sometieran tan dócilmente a sus maridos. Tenía muy claro que la suficiencia económica era la garantía de la independencia personal, y por eso siempre decía a sus hijas y sus amigas: «Guardad vosotras mismas vuestro dinero y procurad invertirlo».

Ella siempre lo puso en práctica. Tenía su dinero, sus acciones y la capacidad de dirigir ella misma sus inversiones. En la Maison Oller, esta era la filosofía que se respiraba desde el principio de los días, y mi abuela la había interiorizado a la sombra de mi bisabuelo: trabajo, ahorro, autosuficiencia y libertad. Una cosa no podía existir sin las otras, y por eso mi abuela siempre impuso que en una de las casas más ricas de Cassà se pasaran más privaciones que en la mayoría de las más modestas. Era «la forma francesa de tener dinero», que en realidad no era una cuestión de dinero, sino un principio básico de la educación de los hijos.

Mi tía Mariàngela no recuerda ni dónde les dejaban los regalos los Reyes.

—No sé si lo hacían en el cuarto de los juegos, en el comedor o en la tribuna. Hago un esfuerzo por recuperar las escenas de mis Reyes infantiles, pero no consigo evocar ni una sola imagen feliz. A lo sumo, la memoria me devuelve algunas renunciadas dolorosas: un año pedí un acordeón de juguete y no me lo trajeron; siendo algo mayor, con doce o trece años, cuando ya estudiaba en Barcelona, pedí unas muñecas María Roig, que se coleccionaban, pero papá tampoco quiso, porque le parecieron caras y prescindibles. Yo me preguntaba si éramos pobres, porque veía a mis amigas con los regalos que a mí no me llegaban; pero luego, la única que fue a estudiar a Alemania y a Inglaterra fui yo. Y cuando fui por primera vez al Liceu, mamá me encargó el mejor vestido de Pertegaz.

De vez en cuando, ella también compraba algún vestido a los grandes diseñadores de Barcelona o en tiendas que importaban vestidos de París: Guy Laroche y Nina Ricci eran sus favoritos.

Mi tía Conxita también cree que la baba Angèle compraba poco, pero que cuando era imprescindible, era partidaria de comprar cosas buenas:

—A veces compraba a escondidas de tu abuelo y se reía: «¡Si Joaquim supiera lo que me ha costado este vestido!».

Pero el dinero era suyo y no tenía que dar cuentas a nadie. Esto, en la España de la época, no se entendía, y a mi abuelo Joaquim también le costaba aceptarlo. A veces se rebelaba con alguna indirecta:

—Mira, Angèle, esto págalo tú, que eres la rica.

Las privaciones, por supuesto, solo afectaban a las cosas superfluas; cuando estaba en juego el futuro de los chicos, mis abuelos no ahorraban y se lo daban todo. Una vez casados, la generosidad aún fue en aumento, muy especialmente la de la baba Angèle. Para las *étrennes* de Año Nuevo, les regalaba siempre cien mil pesetas de la época, una pequeña fortuna, que no era para gastar, sino para invertir.

—¡Comprad acciones de petróleos, que ahora están muy bien!

Y también era generosa con la gente más necesitada.

Practicaba la solidaridad azucarada de las organizaciones de la época, como las Conferencias de San Vicente de Paúl, pero también visitaba discretamente a enfermos y a familias necesitadas y las ayudaba económicamente.

Un día de verano, no hace mucho, en Palamós, mi tía Mariàngela entró en un supermercado muy frecuentado por turistas franceses. Un niño se puso pesado pidiendo algún capricho a su madre, que se lo negó de forma tajante. El niño insistió una segunda vez. La madre se volvió de golpe: —*Je dis non, et c'est non!*

El niño se quedó clavado y no volvió a abrir la boca. Mariàngela miró a aquella madre y le ofreció una sonrisa franca, de aprobación y simpatía. Por un segundo le había parecido oír la voz de mi abuela:

—*Je dis non, et c'est non!* ¡esa era tu baba Angèle!

LA EXCURSIÓN DE LA FÁBRICA

Cuando mi abuelo Joaquim dejó sus funciones en Oller en manos de su hijo Francisco, ya hacía tiempo que en la práctica mi tío había asumido la dirección de la empresa y había impulsado su internacionalización. Sobre todo hacia los mercados estadounidenses, que se recuperaban del batacazo de la Segunda Guerra Mundial y se dejaban seducir por los productos europeos. Mi tío, que había heredado el instinto comercial de mi bisabuelo, también intensificó los contactos con Chile, Argentina y los países del Pacífico, como Australia y Nueva Zelanda, a los que tenía acceso en parte gracias a la influencia creciente de Columbit, la empresa de Harold Zeh, que desde Sudáfrica representaba a la Maison Oller en toda la región.

Mi tío también había heredado el espíritu paternalista de mi bisabuelo y todos los años, cuando llegaba el buen tiempo, organizaba una excursión con todos los trabajadores de la fábrica. Utilizaba a sus hijos como conejillos de Indias y, antes de convocar oficialmente la salida, les hacía experimentar las alternativas. De esta manera, Kiku y sus hermanos pasaban los domingos de mayo de excursión en Sant Miquel del Fai, en Santa Afra o en la Salut de Terrades y comían en los santuarios o en restaurantes cercanos, para comprobar la calidad de los menús que les ofrecían y elegir el programa definitivo. Luego, cuando se acercaba la fiesta mayor de Cassà, repetían la excursión repartidos en cuatro o cinco autobuses con todos los trabajadores de la empresa.

En junio de 1967 se celebró el setenta y cinco aniversario de la fundación de la Maison Oller, que la familia situaba en el día de 1892 en que mi bisabuelo registró la primera sociedad para actuar comercialmente en Francia; Francisco Oller tenía veintidós años y solo hacía seis que había abandonado Cassà, pero con aquella licencia empezó a vender los productos que le enviaban los industriales catalanes y pronto tuvo su propio almacén y pudo comenzar a cortar sus propios tapones.

Toda la familia de Reims viajó a Cassà para asistir a la celebración del aniversario. Louis —que vino acompañado de Suzanne—, Yvonne y Hélène presidieron con mi abuelo Joaquim y la baba Angèle la enorme mesa de honor, a la que sentaron a veintidós personas, porque también estaban mi tío Francisco, Monique, Toni Tarrés, Francisco Rich y los principales directivos de la compañía con sus esposas.

En el resto de las mesas se repartieron hasta ciento veinticuatro de los ciento cincuenta y cuatro trabajadores de la fábrica. Pasaron el día en Figueres y comieron en Casa Duran, que entonces era el restaurante más reputado de la ciudad.

Desde muy pequeño, Kiku, el segundo de los hijos de mi tío Francisco, recibió una educación que debía conducirle a la fuerza al mundo del corcho y los tapones de champán. Cuando no tenía clase, trabajaba en la fábrica, y cada temporada lo cambiaban de departamento. En verano estudiaba alemán y francés en campamentos de Austria, de Alemania o de Suiza y, de vez en cuando, visitaba Reims para acostumbrarse a la exigencia francesa a la hora de seleccionar los tapones, como había hecho su padre treinta años antes. En algún momento, Louis y mi tío Francisco debieron de acordar discretamente que Kiku estaba predestinado a ser el sucesor al frente de la planta catalana de la empresa, porque el chico enseguida se dio cuenta de que los franceses le dedicaban una atención especial. Cuando venían a Cassà, le interrogaban sobre los estudios, se interesaban por sus aficiones y, si no cumplía los criterios de la *politesse* más exigente, le regañaban con más severidad que a ningún otro.

Kiku se sentía observado, y siempre percibió la presencia de Louis como la de un general que pasa revista a la tropa y va repartiendo sanciones y condecoraciones según el grado de satisfacción. Porque de repente también empezó a recibir algunas atenciones: en los campamentos de verano le llegaban sobres de Reims con algunos marcos o con francos suizos; a menudo también recibía paquetes con periódicos franceses y españoles, y el día que Neil Armstrong puso el pie en la Luna, Louis, que estaba de visita en Cassà, le envió por correo aéreo un ejemplar de *La Vanguardia*.

Cuanto más prosperaba la fábrica catalana, más crecía el recelo de Reims hacia Cassà, y para garantizar el control futuro de una planta que la eficacia hacía cada vez más autónoma, Louis se fijaba cada día más en los rápidos progresos de Kiku.

—A veces me inspiraba miedo, porque marcaba distancias con un aire muy estirado, pero de vez en cuando también me demostraba respeto y me hacía sentir protegido.

Louis quería dejar claro su dominio pero, como buen tutor, no ocultaba la satisfacción por los progresos del aprendiz. Alternaba de forma exagerada algunas dosis de control, exigencia y protección, al igual que había hecho mi bisabuelo Francisco con él mismo, con una insistencia tan obsesiva que había acabado provocando la ruptura de sus relaciones. Eran los mismos tics que él habría aplicado al heredero que no tuvo y que de alguna manera también terminó imponiendo a su hija Monique.

Kiku intentaba no obsesionarse y decidió seguir siempre la táctica de su padre, que asentía a las indicaciones de los franceses pero acababa actuando a su aire en beneficio de la empresa que, de haber atendido el dictado impuesto, quizás se habría arruinado. Como estaba a punto de arruinarse la casa madre un año después, cuando Louis murió y Francisco Rich tomó las riendas de un negocio que amaba pero del que lo ignoraba casi todo.

Cuando Kiku cumplió veintidós años, su padre le mandó tres meses a la fábrica de Reims, para que comprobara in situ la instalación de una nueva máquina Thiérion mucho más perfeccionada que el primer modelo adquirido unos cuantos años antes. Kiku vivía en casa de Francisco Rich, que le hacía grandes demostraciones de afecto y prometía tratarle como a un hijo más, junto a Jean-Pierre, Isabelle y Nathalie, que no se portaban demasiado bien entre ellos y se peleaban a menudo.

—Desde tu llegada hemos encontrado el equilibrio dos a dos y la concordia familiar ha mejorado.

El hijo y las hijas también le trataban con cariño y le hacían toda clase de confianzas, que incluían reproches a los demás hermanos y a sus padres. A primera vista, parecía un escenario extraordinariamente cordial y propicio para afianzar los vínculos entre las dos sedes de la empresa, pero siempre terminaba surgiendo el complejo de superioridad francés. Para los Rich, igual que antes para Louis, Cassà era España, España era África y los españoles eran africanos, y la fábrica española debía ser tutelada a distancia desde Reims, porque sola no podía cumplir con los niveles de exigencia que imponía la clientela francesa.

Tras la muerte de Louis, mi tío Francisco recuperó para la fábrica de Cassà la autonomía que había tenido cuando vivía mi bisabuelo. Durante cerca de veinticinco años presidió el consejo de administración de Oller. Pero sin el fundador, la libertad de las dos sedes de la compañía terminó separándolas. Reims se empeñó en poner en marcha la máquina de encolar los mangos de granulado mezclando la tecnología Thiérion con los diseños de unos ingenieros belgas, y el fracaso fue tan grande que la fábrica francesa quedó absolutamente improductiva durante más de un año. Cassà, en cambio, puso en marcha sin tropiezo su Thiérion original, de segunda generación, la segunda máquina que se montaba en todo el mundo, y a partir de ese momento tuvo que suministrar sus mangos a Reims, que no podía fabricarlos. Y tuvo que pagar con su dinero la ruina de la planta francesa.

—Cassà se dejó los huevos para pagar aquel desastre tecnológico de Reims. Estuvimos años vertiendo recursos, y los accionistas también, pero aun así ellos seguían mirándonos por encima del hombro.

Cassà también pagaba con su sobreesfuerzo el desprecio de los franceses. Cuando les mandaban la cola para aglutinar el aglomerado con el que fabricaban los mangos de los tapones de dos piezas, Louis y Francisco Rich enviaban los productos a Barcelona,

donde les arrancaban las etiquetas de las garrafas y las sustituían por una numeración antes de reenviarlos a Cassà.

—Me pasé muchas noches sin dormir, mezclando productos según la fórmula que nos daban; constaba la cantidad que debíamos emplear de cada recipiente, pero no sabíamos cuáles eran los ingredientes. ¡Decían que era la manera de que ningún trabajador pudiera robar la fórmula secreta!

LA MUERTE

Louis fue el primero de los cuatro hijos Oller en morir, a los setenta y cuatro años. Una cirugía a destiempo convirtió un mal que parecía menor en una trampa mortal. Tenían que haberle operado en agosto de 1973, pero él quiso esperar hasta septiembre, a la vuelta de las vacaciones de su médico de confianza, y aquel mes de retraso fue letal.

Francisco Rich, que después de vender la fábrica de tapones pequeños de sus padres había entrado a trabajar en las oficinas de Reims, le sustituyó como gerente de la planta francesa de Oller. Quicó —con acento en la «o», como le llamaban en casa— era un enamorado del oficio del corcho y los tapones, pero no tenía ni la capacidad comercial de su tío Louis ni la intuición y la simpatía de su madre Hélène, y el negocio declinó rápidamente.

La segunda en morir, en 1979, fue Hélène. Tenía ochenta y cinco años y vivía sola en París desde que se quedó viuda de Joan Rich. Hasta el final fue tan independiente como Yvonne y muy poco dada a cultivar las relaciones familiares. Solo un par de veces al año cogía su Citroën DS y se plantaba en Reims para visitar a su hijo y a los nietos, pero a los pocos días volvía a su refugio de la capital, en la Rue Auguste Lançon, y recuperaba la libertad que se había ganado huyendo de casa para ir al encuentro de Rich en París. Al final, la golpeó el Alzheimer y cuando volvió definitivamente a Reims fue para ingresar en una residencia para personas mayores.

FA la muerte de Yvonne, a los ochenta y siete años, el apellido Oller se extinguió en Reims. En 1988, cien años después de la llegada de mi bisabuelo Francisco a Francia, la muerte de la hija pequeña cerraba un ciclo tan brillante como efímero: mis bisabuelos habían huido de la miseria de Cataluña siguiendo el camino durísimo del desarraigo; se habían hecho franceses; habían prosperado tras ser aceptados por la excluyente burguesía de Reims; habían criado a cuatro hijos franceses de personalidades fortísimas; y habían consolidado una posición de prestigio, de la mano de una industria siempre bien dirigida. Pero no habían tenido tiempo de pensar en la muerte. Los Oller habían echado raíces en Reims, donde no habían reservado un lugar para el reposo eterno. Mis bisabuelos estaban enterrados en el cementerio de Cassà; Hélène y Joan Rich, en el cementerio de Gentilly, en París. Cuando llegara su hora, la baba Angèle también tenía un lugar reservado en Cassà, junto a mi abuelo Joaquim.

La independencia personal y económica de Yvonne y la coincidencia de intereses profesionales la habían acabado haciendo inseparable de su hermano. Por eso, cuando murió, Suzanne respetó un poco a su pesar las disposiciones que había dejado Louis antes de morir y acogió los despojos de su cuñada en el panteón familiar de los Chapuis. El día del entierro, en el cementerio de Reims, Charlotte Leroy se adelantó con pasos cortos y vacilantes y dejó encima del féretro un ramo de rosas rojas que había perfumado con unas gotas de Narcisse Noir.

—Decía que quería volver una vez más a la costa amalfitana —dijo en voz baja cuando se reincorporó al grupo familiar mientras metían a Yvonne en el panteón.

Suzanne, impávida, contemplaba la escena. Cuando vio el féretro junto al de Louis sintió una punzada dolorosa y no pudo evitar comentarle a la baba Angèle:

—Incluso muerta, Yvonne se interpone entre Louis y yo. Meses después murió Suzanne y, efectivamente, cuando fue enterrada en el panteón Chapuis del cementerio de Reims, entre ella y Louis estarían para siempre los restos de Yvonne.

LA TUMBA INUNDADA

Cuando murió mi abuelo Joaquim, la baba Angèle empezó a alargar sus estancias en Barcelona, en el piso de la calle Provenga, porque en Cassà se encontraba sola. Todos los jueves, mis padres iban a visitarla y comían juntos en Les Delices de France o en algún otro restaurante francés, y a veces los hermanos que estudiábamos en Barcelona nos sumábamos a la cita.

Si había llovido o amenazaba lluvia —y a veces incluso con sol—, mi abuela salía con el paraguas, que había convertido en un apéndice muy práctico. Si tenía que cruzar una calle, levantaba el paraguas para que la vieran y luego se ponía en marcha sin miramientos, y si algunos conductores la abucheaban, ella los amenazaba levantando el paraguas y la dejaban pasar entre la hilaridad general. Uno de esos días lluviosos, a mediados de diciembre, quiso pasar por La Caixa y retirar dinero para las gratificaciones de Navidad y para comprar algunos regalos antes de regresar a Cassà. La acompañamos con mi madre y alguna de mis hermanas; cuando la oímos pedir un millón de pesetas, ino nos lo podíamos creer! Y el cajero tampoco, porque muy educadamente trató de quitársela de en medio:

—Lo siento, señora, pero no le puedo dar tanto dinero.

—¿Cómo que no me puede dar tanto dinero? ¡Quiero un millón de pesetas ahora mismo!

—Lo siento, pero no tiene tanto dinero en la cuenta.

Cuando levantó el paraguas y golpeó el cristal de la caja, ya se había formado una cola expectante y yo me hice a un lado, tratando de desentenderme del grupito familiar. La baba volvió a golpear el cristal y gritó:

—Haga el favor de avisar al director ahora mismo. Ya verá si tengo o no tengo un millón de pesetas. Pero ¿qué se ha creído usted?

El director llamó a la oficina de Cassà de la Selva y al cabo de un momento mi abuela contaba uno a uno los billetes de mil, con el paraguas colgado del brazo por si tenía que volver a usarlo. Una vez en el piso, buscó un buen escondite y guardó tan bien el dinero que al día siguiente no lo encontraba. Ella y mi tío Josep estuvieron todo el día buscando el millón por toda la casa, hasta que, finalmente, empezaron a encontrar billetes metidos en todas las medias de la baba.

En verano se instalaba sola en el balneario Vichy, de Caldes de Malavella, y cuando los nietos íbamos a verla, comprobábamos que mantenía el genio intacto. En Caldes, mi abuela no tomaba las aguas ni seguía ninguna dieta especial, simplemente descansaba y se dejaba llevar por el ritmo monótono del establecimiento. A la hora del aperitivo, cuando los otros huéspedes tomaban un Vichy Catalán o una limonada, ella pedía invariablemente una copa de champán y ordenaba que le llevaran el tapón para olerlo y sentir el tacto suave del corcho esmerilado.

Durante los dieciséis años que sobrevivió a mi abuelo aún exhibió una gran vitalidad, y todos tenemos la sensación de que los años mejoraron su carácter. Pero le seguía gustando vivir a su aire: el día que le tocó un viaje promocional del Concorde, de Barcelona a Nueva York, ya tenía ochenta y siete años, y cuando la llamaron del Banco Industrial de Cataluña para preguntarle a quién regalaría el viaje, sus gritos se escucharon hasta en la Diagonal.

—Pero ¿qué me está contando de regalar el viaje? ¡Lo haré yo misma, con alguno de mis hijos!

—Pero ¿qué edad tiene usted, señora?

—Tengo ochenta y siete años y usted es un maleducado.

Aquel febrero de 1979, cuando llegó al aeropuerto Kennedy con su hijo Lluís, la esperaba el otro gemelo, mi tío Jordi, que impartía clases en la Universidad de Princeton. Y también la esperaba una tormenta polar, pero no se inmutó: «Todo va bien y aunque ayer nevó no hace el frío riguroso que me esperaba. El tiempo pasa tan

deprisa que, en un abrir y cerrar de ojos, nos volveremos a encontrar en Barcelona», escribió en una postal del *skyline* nocturno de Manhattan que mandó a mis padres.

Murió a los ciento un años, y el día de su entierro aún siguió dando guerra.

Siempre que iba a visitar la sepultura de mi abuelo Joaquim, la baba encontraba la tumba de la familia Nadal inundada. Estaba tan harta que, poco antes de morir, anunció solemnemente a sus hijos:

—Quiero que me enterréis en la tumba de los Oller, con mis padres. En la de los Nadal no se puede ni entrar. Joaquim me sabrá perdonar.

El día del entierro, los hijos decidieron no hacerle caso y quisieron ponerla junto a mi abuelo Joaquim. Cuando levantaron la losa e iban a bajar las escaleras, la tumba estaba cubierta de agua. Mis tíos se miraron desconcertados y por unos momentos la ceremonia rozó el desastre. Finalmente, mi padre se adelantó y dijo unas palabras al oído a los operarios. Al cabo de un rato habían retirado la losa de la familia Oller e improvisaban un sitio para mi abuela junto a los bisabuelos, a la espera de las obras que debían cortar de raíz las inundaciones en la tumba de los Nadal.

La baba Angèle tenía toda la razón al quejarse; en el invierno de 2013, un día frío y lluvioso de marzo fui a visitar su sepultura y la losa que sella la tumba de la familia Nadal estaba recubierta de moho por todos lados y presentaba un aspecto muy inhóspito. La de los Oller, unos metros más allá, era igual de austera y tenía las mismas dimensiones, pero era mucho más soleada y parecía más comfortable para afrontar la inmensidad del reposo eterno.

Después de la muerte de mis abuelos, cuando la casa de la estación quedó deshabitada, la familia se la cedió al Ayuntamiento de Cassà, que acabó trasladando allí las dependencias municipales. Pero durante muchos años, estuvo cerrada. En otoño, cuando salía a caminar, mi tía Conxita miraba por encima de la tapia y se desesperaba viendo madurar los caquis del huerto que nadie recogía. Acabó pidiendo permiso al Ayuntamiento para recogerlos. El día que volvió a can Nadal, abrió la puerta medio trabada del jardín, que dejó escapar un gran chirrido, rodeó la casa por el camino empedrado hasta la puerta de la cocina, que estaba abierta, y siguió caminando hacia la parte trasera. La cisterna de los peces rojos estaba vacía. Cruzó la valla de cedros. Y cuando entró en el huerto, presidido por aquel caqui cargado de frutos rojizos que rezumaban, vio a un grupo de niños que salían corriendo y saltaban la tapia.

EPÍLOGO

EL BRINDIS FINAL

EL GOLPE

Jaume acababa de entrar en el restaurante argentino Los Inmortales, en la calle Copèrnic, de Barcelona, cuando le comunicaron la noticia:

—Los franceses han tomado el control de la fábrica.

Jaume es mi hermano abogado y siempre carga con todos los enredos de la familia. Aquella noche, cuando salió del restaurante para llamar a mi tío Narcís y tratar de confirmar el alcance de la información, sabía que se le acababa de presentar trabajo.

—¿Qué ha pasado?

—Jaume, hemos quedado en minoría.

—Pero ¿cómo es posible?

—¿Por qué te metes? —se indignó Narcís—. Es lo mejor que podía pasar; nuestra gestión ha quedado anticuada, la empresa no ha asimilado las nuevas tecnologías...

—Pero ¿de qué coño de tecnología hablas, tío?

De hecho, cuando la Maison Oller inauguró la nueva fábrica de Cassà, el éxito hizo aún más confiada la gestión catalana de la empresa, que mantuvo un cierto trato de favor hacia Reims. Siempre les suministraban los mejores tapones y al mejor precio; eso engrosaba directamente la cuenta de resultados de la planta francesa. En Cassà debían duplicar el esfuerzo para servir con calidad a sus propios clientes y mantener las cuentas en positivo.

Cuando llegó el consejo de administración de Francisco Oller-Bouchons à Champagne, en enero de 2004, ya se veía que algo no funcionaba.

—¿Cómo es posible que con una facturación seis veces menor, Reims dé casi los mismos beneficios que Cassà? —preguntó de repente mi tío Narcís, que formaba parte del consejo en representación de los herederos de la baba Angèle. El tono de la pregunta implicaba que alguien ya tenía preparada una estrategia de censura.

Jean-Pierre Rich, el nieto de Joan Rich y Hélène, había hecho circular unos datos muy tendenciosos y acababa de conseguir que fuera un Nadal quien atacara la gestión de la propia rama familiar.

En frío, los libros reflejaban un resultado brillante de Reims y Jean-Pierre lo aprovechó para urdir el golpe definitivo, que dio dos meses después, en la junta de accionistas del 23 de marzo. En cuanto empezó la reunión, se lanzó al cuello de los gestores de Cassà; Monique y Toni Tarrés, los herederos de Louis, le apoyaron. El Francés acababa de asumir el control de la fábrica que la familia de Cassà había mantenido ininterrumpidamente desde 1920, por decisión expresa de mi bisabuelo.

A partir de ese momento, Jaume se convirtió en el abogado defensor de los Nadal Oller y pasó a la acción para intentar recuperar el control y suavizar el conflicto que amenazaba con romper el legado de Francisco Oller. Al día siguiente llamó a mis tíos, uno por uno, para explicarles la situación, y ocho días después los reunió para rebatir todas las acusaciones del Francés: las ventas de la planta Oller de Cassà estaban aumentando por encima de las del mercado; las de Reims derivaban en buena medida del esfuerzo de la fábrica catalana, que además afrontaba la amortización de la nueva planta. Cassà estaba pagando con sus propios beneficios la fábrica más moderna del país. Reims, en cambio, vivía de las rentas y su patrimonio se devaluaba rápidamente.

—¡Sobran las explicaciones! Nos da igual lo que ha ocurrido y por culpa de quién. ¡Es la familia! —Mi tía Mariàngela fue la primera en explotar.

Mi tío Jordi enseguida la siguió:

—Por el amor de Dios, Narcís, ¿en qué estabas pensando?

—Esto es como lo que le hicieron a papá —insistió Mariàngela, y el fantasma del golpe de Louis contra mi abuelo Joaquim sobrevoló la reunión de las ocho familias Nadal Oller. Mi padre estuvo a favor de plantar cara, tal como habíamos quedado en casa el sábado anterior, cuando Jaume nos comunicó la conspiración del Francés. Mi tía Conxita se

alineó con mi padre. Mi primo Jani, que sustituía a mi tío Josep, fallecido hacía poco, se añadió directamente a lo que propusiera Jaume. El tío Lluís, también. Kiku, que se representaba a sí mismo, escuchó durante toda la reunión: Jaume también hablaba por él. Mariàngela clamaba justicia inmediata.

LA CENA CON EL FRANCÉS

Jaume y Jean-Pierre se vieron las caras por primera vez cenando en L'Alzina, una masía situada justo delante de la fábrica Oller, al otro lado de la carretera de Gerona a Sant Feliu de Guíxols. Jaume le sorprendió sin esperar a que les sirvieran:

—Si no arreglas de una manera más elegante nuestra salida, no tendrás la llave de la caja de Sant Feliu, que en definitiva no es de la empresa, sino de la familia de Cassà. Allí se guardan las cartas y los documentos de tres generaciones. —Levantó la mano derecha y simuló abrir una cerradura.

Jean-Pierre se puso en pie de un brinco y empezó a gritar y a gesticular, completamente fuera de control. Cuando le enseñó el puño cerrado, amenazante, Jaume le miró impasible y le respondió con una sonrisa: le había llevado exactamente a donde quería. En el restaurante, los comensales miraban la escena con interés: el Francés, colérico, había perdido los papeles; era evidente que las cosas no estaban saliendo como había previsto. Los Nadal se habían reagrupado y al día siguiente todo el pueblo lo sabía.

Al cabo de dos días, el Francés cedió y, en el juzgado, Jaume le entregó la llave de la caja.

—Aquella noche en el restaurante de Cassà supe que le ganaría la partida —recordaba luego Jaume—. Jean-Pierre creía que la parte Nadal Oller le dejaría hacer y no había planeado un contraataque.

Una vez controlada su rama familiar, a Jaume solo le quedaba averiguar qué había llevado a Monique y a su marido a ponerse del lado de un hombre tan inestable como el Francés. Y decidió llamar a Toni Tarrés.

LA BANDERA

El día en que se consumó el golpe en la Maison Oller, una bandera ondeó en el jardín de los Tarrés, en La Fosca. Un pintor estaba barnizando las vigas de madera de la terraza de mis padres y se entretuvo viendo cómo izaban la bandera y la ataban al mástil, en un lateral del jardín.

—¡Hoy es un gran día! —le gritó el hombre de la gorra desde su terraza.

Unos meses después, cuando la fábrica de taponos amenazaba con derrumbarse, arrastrada por la frivolidad de la gestión de Jean-Pierre, Jaume empezó a restablecer las relaciones con Monique y su marido, Toni Tarrés.

—Aún no entiendo cómo os dejasteis embaucar por Jean-Pierre y consentisteis echar al equipo que dirigía la empresa con una solvencia muy notable.

—Seguramente tienes razón —se le sinceró Toni—, pero teníamos cuentas pendientes. Entre otras, la guerra del agua.

Aquella guerra era tan antigua como la urbanización de la playa de La Fosca, en los años veinte. Can Matamala, can Farreras, can Nadal Oller, can Nadal Abella, can Tolosa, can Casanovas y Villa Rosita —la casa de los Sánchez Babot—, todas las casas de la primera línea de costa, se habían construido en las parcelas que había vendido el abuelo Tarrés y se abastecían del pozo que él tenía detrás de la iglesia. Se daba por hecho que el acceso al agua formaba parte del acuerdo de venta del terreno, y así funcionó hasta que los Tarrés se construyeron una casa en una de las parcelas, plantaron un jardín con césped y, por culpa del riego, tuvieron problemas de agua y decidieron cortar el suministro al resto de los propietarios.

Las familias afectadas se rebelaron y el tramo de paseo debajo de la terraza de can Tarrés fue el escenario de las primeras concentraciones de protesta de la comarca. Desde entonces, los veraneantes tuvieron que llenar los depósitos de las casas con cisternas —cubas, las llamaban—, y cuando el Rocafosca también tuvo problemas, el director del hotel, Lluís Martínez, tiró por la calle de en medio y encargó un pozo más hondo que el de los Tarrés, que el verano siguiente también tuvieron que racionar el agua. La baba Angèle y María Tarrés eran íntimas amigas, pero los Tarrés consideraron siempre que los Nadal habían sido los auténticos instigadores de la guerra del agua.

Nosotros siempre creímos lo contrario, que los Tarrés eran los malos de la película, porque no podían dejar sin agua a las parcelas que ellos mismos habían vendido. Hasta que Monique, que como heredera de Louis tenía una participación en el hotel Rocafosca y como esposa de Toni Tarrés veraneaba en la casa de sus suegros enfrentados con los veraneantes, me explicó la otra cara de la guerra: cuando Lluís Martínez excavó el pozo nuevo del Rocafosca, aprovechando que en invierno los veraneantes ni se acercaban por allí, lo hizo encima del manantial de los Tarrés. Desde aquel invierno, el hotel les chupaba toda el agua. La guerra dejó un sabor amargo en algunos de los miembros más jóvenes de las familias enfrentadas, pero en aquellos años La Fosca crecía a un ritmo frenético y el tiempo también pasaba muy rápidamente: los veranos se sucedieron, uno detrás de otro, y un día volvimos a ver a la baba Angèle y a Maña Tarrés tomando el café juntas en la terraza del hotel Rocafosca. Para el invierno siguiente, en Barcelona, ya volvían a ser inseparables y la mayoría dimos por sentado que la guerra del agua había pasado a la historia.

NI UNA PALABRA DE CATALÁN

Por tradición, las reuniones del consejo de administración y las juntas de accionistas de Oller se hacían en francés, tanto en Reims como en Cassà. Y las actas también se redactaban en ese idioma. En los momentos conflictivos y delicados por los que pasaba la empresa, el mejor dominio del idioma daba una ventaja dialéctica a la familia de Francia, de modo que, tras el golpe de Jean-Pierre, cuando se celebró el primer consejo en Cassà, Jaume alegó que no sabía suficiente francés e impuso el catalán. Como ni el Francés ni su padre, Francisco Rich, entendían ni una palabra de catalán, Jaume transigió:

—Que todo el mundo hable como quiera, y las actas las redactaremos en castellano, porque todos lo entendéis. En Reims las seguiremos redactando en francés y estaremos en paz.

Un mes después, cuando se celebró el siguiente consejo en Reims, Francisco Rich fue el primero en tomar la palabra y le quiso devolver la ofensa a Jaume:

—Estoy muy contento de verte con la familia en Reims, y te doy la bienvenida. Pero me sorprende que un hijo de mi primo Manuel Nadal, con quien siempre he compartido tan buenos ratos en esta ciudad y también en el Prieuré de Binson durante la guerra española, no sepa hablar un francés impecable.

—Yo también estoy muy contento de estar con la familia de Francia. Ahora bien, también parece mentira que el hijo de Hélène y de Joan Rich, el antiguo encargado de la fábrica de Cassà, no sepa ni una palabra de catalán.

Con el Francés, la empresa funcionaba a trompicones: los clientes echaban de menos el contacto cercano de Kiku; las reacciones de Jean-Pierre despistaban al personal; la compañía dejó de apoyar a las entidades de Cassà y cuando la facturación se resintió, mucho antes de lo previsto, los Tarrés empezaron a apoyar las propuestas de Jaume. Desbordado y consciente de que no se saldría con la suya, el Francés propuso un director general, hinchando el currículum del aspirante. Toni Tarrés lo descubrió y se indignó. En realidad, Toni era tan estricto como un Oller, era más francés que catalán, parecía más calvinista que católico y estaba horrorizado con algunas actuaciones de Jean-Pierre. Los Tarrés y los Nadal se aliaron por primera vez desde el golpe y tumbaron al aspirante.

Cuando hubo que relevar al presidente del consejo, Jaume fue rápido de reflejos:

—Hasta hoy presidían los Rich; antes ya lo habían hecho los Nadal; ahora les toca a los Tarrés. Que presida Monique.

Poco después ficharon a Joan Puig, un director general de prestigio, y poco a poco las cosas se fueron enderezando, pero todos habían tomado conciencia de que en el futuro la fragmentación haría imposible tomar decisiones. Si seguían así, la empresa estaba condenada al fracaso. Y empezaron a buscar comprador.

JUEGO DE SOMBRAS

Una parra filtraba el sol y dibujaba juegos de sombras sobre las mesas de mármol de la terraza del chiringuito de La Fosca. Kiku escuchaba en silencio las explicaciones de Antonio Amorim y trataba de procesar las perspectivas que le abrían las palabras del representante del grupo portugués Amorim, que estaba a punto de comprar el paquete de acciones mayoritario de Francisco Oller-Bouchons à Champagne.

—Nos gustaría que te incorporases a nuestro proyecto. Y también que siguieras como accionista.

Sintió el sabor agradable del reconocimiento: le gustaba desde siempre la empresa portuguesa y respetaba especialmente a Antonio, que hablaba en nombre de la familia más rica de Portugal. Una ráfaga de gregal movió las hojas y los juegos de sombras se desplazaron de mesa en mesa por la terraza. Kiku miró primero a Antonio, que acababa de hacerle la oferta; luego miró a Jaume.

—Necesito una noche para terminar de pensarlo.

Antonio Amorim, el futuro hombre fuerte de la empresa, se dirigió a Jaume:

—A ver si entre hoy y mañana le acabas de convencer. En caso contrario, tendrás que implicarte mucho más.

Aquella noche, Kiku apenas durmió. Repasó mil veces las razones que le desaconsejaban el regreso a Oller. Las horas se le hicieron larguísimas y por la mañana se quedó hasta tarde en la cama, saboreando aún la conversación con Jaume y Antonio Amorim.

Pasadas las diez se levantó, llamó a los portugueses y declinó la oferta.

—Por fidelidad a la historia familiar, me mantendré como accionista, pero a la compañía le conviene la gestión independiente que ahora tiene.

LA VENTA

La Gerona de la posguerra no era tierra de grandes vinos ni de vendimias concurridas, pero en nuestros paisajes infantiles siempre había una viña con las cepas alineadas en largas hileras, que iban a morir a algún margen lleno de higueras o a algún pinar fresco, a orillas del mar.

El recuerdo debe de proceder de aquellas viñas ásperas y modestas que descubríamos en La Fosca, en el camino del Mas Juny, algunas tardes de agosto que buscábamos la sombra del pinar de la Dolores, y desde los pinos hacíamos incursiones en la viña para coger racimos de uva verde y caliente. Después, cuando nos dirigíamos hacia la playa de Castell, íbamos escupiendo los pellejos y dejábamos un rastro en el sendero, como en el cuento infantil.

La memoria quizás también idealiza aquellas pocas parras de un muscat de grano pequeño pero dulce que trepaban por las higueras que había en nuestra casa de Aiguaviva. Era la uva que tomábamos de postre los días de septiembre, cuando a la hora de comer sacábamos la mesa debajo del tilo. Era la época en que se plantaba la vid en las tierras más secas y pedregosas solo para hacer el vino del año, que al cabo de cuatro días ya estaba rancio, aunque los agricultores se lo bebían igual, porque el frío apretaba de verdad y el vino les daba las energías suplementarias que necesitaban.

En aquella época aún no habíamos descubierto las viñas importantes, las de las regiones europeas que han hecho del vino una gran industria: los viñedos que se extienden desde las colinas de Saint Emilion hasta los castillos suntuosos de la desembocadura del Garona; las que dibujan ondulaciones suaves en las pendientes de la Côte des Nuits, en la Borgoña; las que crecen en un orden perfecto siguiendo los meandros del río Mosela y los antiguos campos de batalla de Alsacia; y sobre todo, los viñedos que trepan por las colinas blanquecinas de Épernay, en la Champaña francesa. Y tampoco nos habíamos familiarizado con las viñas mediterráneas del Penedés, porque en aquella época aún no habíamos aprendido a apreciar las cosas más cercanas.

En el Mediterráneo, cada isla tiene sus viñedos y las cepas desarrollan una personalidad tan marcada como la de los propios isleños: los viñedos para la malvasía en Lipari, las parras que se mezclan con las alcaparras en Salina, las matas que se agarran a la piedra volcánica del Etna, del Vesubio o del Stromboli, las cepas torturadas en las islas de Santorini, de Korcula y de Formentera. En todo el Mediterráneo, las vides, el trigo y los olivos dibujan paisajes civilizados a medias por la naturaleza y por los hombres, unidos en un diálogo milenario que suele ser tranquilo, pero que a veces desencadena un combate desigual que acaba ganando la naturaleza.

Desde hace poco vuelve a haber viñedos magníficos colgados sobre el mar en la Costa Brava, cerca de Cadaqués, en el camino de cala Montjoi o en Garbet. Y en La Fosca también han recuperado las viñas, que se esconden detrás de vallas de pitas y de chumberas.

—Si ahora volviera a empezar, me dedicaría al huerto y a las viñas —le dije a Jaume cuando volvíamos de Castell y nos topamos con la valla del viñedo del Mas del Vent.

Ese era el momento que mi hermano abogado estaba esperando. Acababa de coger un racimo de uva negra, a punto de vendimiarse. Se llevó un grano a la boca. Después, escupió el pellejo y me anunció:

—Los portugueses han comprado Oller.

—Justo cuando le estaba cogiendo el gusto a esto de los tapones de corcho y a esta parte de la historia familiar... —lamenté.

—No nos desvincularemos del todo. Nuestro padre, Kiku y Mariàngela mantendrán un porcentaje de acciones, y seguramente Monique y Rich también. Y los portugueses me han pedido que me quede como presidente del consejo de administración tanto en Cassà como en Reims.

EL ORGULLO

Mariàngela es la que más a fondo se ha implicado emocionalmente en el conflicto. Y por eso también se ha querido mantener como accionista tras la venta del paquete mayoritario a los portugueses.

—Los franceses eran tan engreídos, se sentían tan superiores que nunca vieron que la fábrica vivía del esfuerzo y de las habilidades de los catalanes. Tu tío Francisco la dirigió con acierto; Kiku, tu primo, también lo hizo muy bien. Y ahora tu hermano Jaume la lleva divinamente.

La niña, la pequeña de los ocho hijos de la baba Angèle, no esconde su inclinación. Aún cree injusta la manera en que los franceses trataron a mi abuelo Joaquim y considera una jugada infame la operación orquestada por Jean-Pierre.

—Si tu baba Angèle viera que finalmente vuelve a ser un Nadal quien ha sacado adelante la fábrica y ha recuperado el liderazgo mundial de los tapones de calidad, que ya habían conseguido Francisco y Kiku, se sentiría muy orgullosa. Y tu abuelo Joaquim vería compensadas muchas humillaciones.

EL RECELO

El día en que fui a hablar con Jérôme descubrí que Louis, nuestro tío Lluís de Francia, era el *grand papa*. Ese día también supe que la tía Suzanne, la mujer de Louis, era la *mamy*, y que Yvonne era la *taty*. Son realidades biológicas —Louis era su abuelo— y apodos que en casa no había oído nunca. Jérôme, en cambio, los utilizaba con una naturalidad absoluta, y pensé que seguramente estos pequeños detalles son los que acaban produciendo visiones tan diferentes de las historias familiares.

Jérôme Tarrés Oller es uno más de los cincuenta y seis bisnietos de mi bisabuelo Francisco; como yo mismo, como mis once hermanos, como mis cuarenta y ocho primos hermanos. Pero desde una perspectiva tradicional, él es el heredero más directo: es el nieto mayor de Louis, que a su vez era el único hijo varón de Francisco Oller, el fundador de la dinastía, y aún lleva como segundo apellido el de mi bisabuelo, que nosotros ya hemos perdido.

El día en que me lo encontré en la fábrica Oller de Cassà, donde ahora trabaja, me pareció más maduro y más cálido que la última vez que lo había visto, en La Fosca, muchos años antes. De pequeño, Jérôme parecía una mezcla explosiva del temperamento de los Tarrés y del orgullo español que Ernest Kiefer atribuía a los Oller, pero Jaume ya me había advertido que detrás de esta máscara endurecida podía encontrar una sorpresa.

Y en efecto, Jérôme me desconcertó hablando del lirio de los valles y de las fresas rojas y jugosas del jardín de los Besserat, que recuerda de cuando iba de visita, durante el año que vivió en Reims en casa de tía Yvonne. Y también recuerda las viñas que arrancaban junto al muro y subían por los cerros calizos.

Había ido a verle con ganas de hacerle hablar del carácter difícil de su abuelo —Louis—, pero lo dejé correr. La severidad del tío Lluís de Francia tendrá su sitio en el altar de la memoria familiar, junto a sus tres hermanas: la baba Angèle, la fuerte; Yvonne, la misteriosa; y Héléne, la rebelde que huyó a París. Pensé que, con la edad, mi juicio sobre la condición humana quizá se ha vuelto más benévolo. En definitiva, solo perseguía a destiempo algunas raíces familiares.

Cuando salí de Oller, el sol se ponía detrás del Montseny y los campos se ondulaban con suavidad en la parte de Caldes y Llagostera; los verdes vivísimos del trigo prometían una cosecha espléndida. Me sentí bien y pensé que ya era hora de escuchar a la tercera rama de la familia. Decidí viajar a Reims para reunirme con Francisco, el hijo de Héléne y de Joan Rich, el antiguo encargado de Cassà.

EL OLVIDO

La Résidence Clémenceau Personnes Âgées de Reims se encuentra al final de la avenida Clémenceau, en la esquina con el Boulevard Pommery, en uno de esos cruces desestructurados de las ciudades francesas en los que no sabes si sigues en el núcleo urbano o ya estás en las afueras. Llegué con tiempo, para echar un primer vistazo. En el bar-quiosco de tabaco donde me había citado Jean-Pierre había cinco o seis personas sentadas en mesas separadas, de cara al televisor. Seguían las carreras de caballos y hacían anotaciones en los boletos de apuestas. En la barra, tres o cuatro clientes parecían a punto de caer derrotados por el alcohol. Los que solo entraban a comprar tabaco aparcaban sobre la acera y dejaban el motor en marcha, a punto para huir de aquel estanco que debían de encontrar demasiado sórdido.

Me instalé en un rincón de la barra y pedí un café que ni siquiera probé, tenía un olor repulsivo, a rancio. Me concentré en la carrera que estaba a punto de terminar porque me llamaron la atención los nombres de los dos caballos que enfilaban, casi rozándose, la recta de llegada: Tropical Rain y Lady Spring. Cuando Tropical Rain ganó, me trasladé a una mesa, de cara a la puerta del local, y empecé a repasar algunas de las preguntas que me habían llevado a aquel encuentro con Francisco Rich, el hijo de Hélène, la más difícil, la más inteligente y la más guapa de las tres hijas de mi bisabuelo.

¿Había sido sincera la reconciliación entre Hélène y mi bisabuelo o solo habían escenificado un acuerdo superficial para mantener las apariencias? ¿Estaba Hélène tan unida como aparentaba a Louis y a Yvonne? ¿O quizás habían disimulado la ruptura entre ellos por la necesidad de gestionar conjuntamente la herencia de mi bisabuelo? ¿Había un poso de resentimiento amargo hacia Angèle, *toujours si sage*, y siempre tan obediente con su padre? ¿Era por eso que Hélène había apoyado a Louis en el golpe contra mi abuelo Joaquim? En cuanto a Yvonne, ¿también tenía cuentas pendientes? ¿O solo se había apuntado por la convivencia cotidiana con su hermano? ¿Cómo se habían tomado en Reims la carta con la respuesta airada de los hijos de Joaquim y Angèle? ¿Era solo el chovinismo lo que marcaba con aires de superioridad la relación de la familia francesa con la rama catalana? ¿Por qué se había vuelto tan frío Louis, que de joven parecía el más sensible de la familia? ¿Cómo reaccionaba cuando veía que la fábrica de Cassà, dirigida sucesivamente por mi abuelo Joaquim, por el tío Francisco y por Kiku, prosperaba mucho más rápidamente que la de Reims? ¿Estaba Yvonne enamorada de Charlotte? ¿Se hablaba de los cruceros anuales de mi bisabuelo en las comidas familiares? ¿Aimée era solo una amante o mi bisabuelo se había enamorado de ella? ¿Lo sabía todo mi bisabuela Joana? ¿Por qué la familia se había replegado en la industria de los tapones de corcho y no se había quedado las bodegas Besserat cuando Yvonne abandonó su gestión?

Las preguntas que habían quedado almacenadas durante meses en algún rincón del cerebro emergían ahora precipitadamente y se pisaban unas a otras en desorden. De pronto se mezclaron con ellas las dudas sobre el propio Francisco Rich y qué versión de él me esperaba en la residencia de ancianos. ¿Encontraría al muchacho impulsivo y valiente que se había hecho francés para protestar contra la invasión alemana? ¿Me esperaba el ejecutivo dubitativo y pusilánime que se había dejado anular por Louis? ¿El primo cariñoso que compartía colonias de vacaciones con mi padre en el Prieuré de Binson? ¿O me enfrentaría cara a cara con el hombre frío que había favorecido la conspiración de su hijo Jean-Pierre, el Francés?

Justo cuando recordaba el episodio que había precipitado el final del imperio industrial de mi bisabuelo, entró Jean-Pierre. Llegaba tarde, mal afeitado, y el primer saludo ratificó una primera impresión lamentable:

—Salgamos a la calle; antes de subir, fumaré. En la *résidence* está prohibido.

Se fumó dos cigarrillos seguidos en la puerta de la residencia, que no paraba de abrirse para dejar salir a gente mayor que empujaba a gente aún más mayor en silla de ruedas. Era el 15 de agosto y las familias aprovechaban para visitar a los abuelos ingresados y sacarles un rato a pasear por calles sucias e inhóspitas. Entré en el establecimiento con un punto de tristeza: en el pasillo había más ancianos que empujaban un andador e iban de un lado a otro con aire desorientado.

Francisco Rich y Annick tenían una especie de apartamento con dormitorio, cocina, salón y dos cuartos de baño, en el piso de arriba. Cuando Jean-Pierre aceptó concertar la visita, me advirtió:

—Solo llevan tres semanas en la *résidence* y aún están un poco perdidos. Mamá tiene un Alzheimer galopante y le hemos dicho que tiene que vivir aquí porque hemos vendido la casa. No es verdad pero, si sale en la conversación, tú sígueme la corriente... Papá tiene buena memoria, pero hace unos días que está muy débil. Se cae continuamente y se cansa enseguida.

Jean-Pierre abrió con su propia llave. Nos esperaban en la sala, Francisco sentado en un sillón, con los pantalones remangados hasta las rodillas y las piernas llenas de heridas pintadas con mercromina. Trató de levantarse, pero me adelanté y le di dos besos sentado en el sillón. Se le veía muy débil. Annick, en cambio, parecía en plena forma. Me vino a recibir, me dio dos besos y me ofreció una silla junto a Francisco. Yo le ofrecí una caja de bombones y buscó la silla más apartada para sentarse y abrirla.

—¡Qué ilusión que hayas venido! Quiero mucho a Manuel, desde aquel verano de la guerra que pasamos juntos en Binson. Tu padre hacía trampas para cazar pájaros y también pescaba cangrejos tirando ladrillos llenos de agujeros al río; cuando los sacaba, los agujeros estaban llenos de cangrejos.

Decidí tirar del hilo con mucha suavidad.

—Papá también habla siempre de las judías que os hacían cosechar en la granja.

—Sí, ilas judías no se acababan nunca! Pero esto a tu padre no le molestaba; hacía todo lo que le mandaban los curas y sobre todo era un gran *bricoleur*, aquel verano también construyó una especie de noria para sacar el agua del pequeño arroyo que cruzaba el Prieuré, antes de desembocar en el Marne...

Francisco, *Quicó*, como aún le llamamos en casa, no ocultaba su simpatía por mi padre, pero cuando empezó a hablar de todo el grupo de hermanos Nadal Oller adoptó un tono más irónico.

—En el 36, cuando llegaron «los españoles», eran poco disciplinados. ¡Yvonne les tuvo que poner en su sitio! Por eso tu padre y Narcís terminaron en el Prieuré y a mí me mandaron a hacerles compañía.

—¿Ya vivías en Reims?

—¡No, qué va! Siempre vivimos en París. Mamá no quiso volver a vivir nunca en Reims, aunque bajaba a menudo para vender taponos pequeños para vinos y licores. La Champaña era su principal mercado, porque se beneficiaba del prestigio del abuelo. Piensa que en aquella época de entreguerras a muchos productores de champán no les iba tan bien como ahora y, muy a menudo, el abuelo dejaba dinero a los bodegueros y les financiaba ampliaciones de las bodegas. Francisco Oller tuvo uno de los primeros coches de la región y le gustaba conducir hasta Épernay y pasear a los clientes por sus propios viñedos. Era un hombre popular. Y muy rico.

—Pero bien que os relacionabais con toda la familia, una vez tuvo lugar la reconciliación...

—Solo nos reuníamos en Navidad. De hecho, al abuelo Francisco apenas lo vi diez o doce veces en toda mi vida; solo le recuerdo de algunos días de Navidad, de las bodas y de la vez que nos encontramos por casualidad en Toulouse, cuando huíamos de los alemanes.

—¿Cómo hicieron las paces el bisabuelo y Hélène?

—Cuando nací, en París, mamá le escribió una carta de dos líneas: «Tu as un nouveau petit fils. On va l'appeller Francisco». A partir de ese día, las relaciones se fueron suavizando. Y cuando Yvonne se casó, bajamos por primera vez los tres, papá, mamá y yo. Por cierto, estuvo llorando toda la boda...

—¿Quién? —le interrumpió Annick desde su silla.

—Yvonne.
—¡Ah! ¿Está aquí?
—No, en la boda.
—¿Quién se ha casado?
—Yvonne. Hablamos de la boda de Yvonne —intenté relevar a Francisco, que tenía cara de cansado, mientras Jean-Pierre miraba de lejos y se limitaba a reír disimuladamente.
—¿Y tú quién eres?
—Rafel.
—¿Eres de Reims?
—No, de Gerona.
—¡Ah! ¿Trabajas en Reims?
—No, en Barcelona.
—Debe de ser duro trabajar entre dos países...
—No, trabajo solo en Barcelona.
—Y trabajas para la fábrica, ¿no?
—No. Escribo.
—Es por eso que le cuento el verano en el Prieuré de Binson —intervino Francisco, que parecía más repuesto.
—¿Qué verano?
—El del 37, con Manuel y Narcís.
—¿Quién es Manuel?
—Mi primo.
—¿Está en Reims?
—No. Está en España. Manuel es español, pero estuvo en Reims durante la guerra.
—*Oh, mon Dieu!* ¿Qué guerra?
Y así hasta el infinito. Las dos últimas memorias vivas de la familia francesa se iban apagando a toda velocidad porque, de pronto, Francisco también se empezó a repetir.
—Paseaba a los clientes en su coche. Dicen que fue el primer coche de Reims.
—¿El coche de quién? —volvió a interrumpir Annick.
—De Francisco Oller.
—¡Ah! ¡A ese lo conozco!, ¿no?
—*Oui!* Es el fundador —intervino por primera vez Jean-Pierre.
—Mi abuelo —remató Francisco.
—¿También es su abuelo? —les interrogó Annick, señalándome.
—No, su bisabuelo. El es el hijo de Manuel.
—¿Manuel?
—Mi primo español.
—¿Tienes primos en España? ¡Hay que ver las cosas que descubro!
—Se quedó en casa de Yvonne durante la guerra.
—¿Yvonne está aquí? ¿Dónde?
—No. Hablo de la guerra, cuando mi abuelo Francisco Oller hizo venir a Francia a mis primos españoles.
—¿Francisco Oller?
Me levanté sin decir nada y le di dos besos a Francisco.
—Te estoy muy agradecido. Has iluminado mi 15 de agosto —me dijo mientras me cogía bien fuerte las dos manos.
—Me has contado historias muy bonitas —le respondí.
—*Et bien...*
—¿De quién habláis?—se acercó Annick, que llevaba la caja de bombones medio vacía en la mano.
—Seguimos hablando de Francisco Oller.
—¿Quién es Francisco Oller?

EL ANIVERSARIO DE MI MADRE

El día en que cumplió ochenta y nueve años, a la hora de comer, mi madre anunció solemnemente:

—He decidido volver a conducir. Ya he empezado a hacer prácticas.

Entre hijos, nietos, bisnietos y parejas, ese día en el *mas* éramos más de cincuenta, repartidos en tres mesas separadas. Los mayores comíamos en la mesa larga, en el salón de la entrada de can Cantalozella, y nos sentábamos por orden de edades, como en las grandes ocasiones: mis padres presidían la mesa; Quim y Calaia se sentaban a su derecha; Pep y Iamen eran los primeros por la izquierda; después veníamos todos los demás, hasta llegar a Elena y Magali, que ocupaban la cabecera más alejada de la mesa. Nietos y bisnietos llenaban dos mesas más, en otro salón. A la hora de los postres, cuando acababan de entrar las bandejas de *île flottante* y la euforia empezaba a dominar la reunión familiar, mi madre hizo el anuncio solemne que nos dejó a todos boquiabiertos. Antes sopló las dos velas que representaban un ocho y un nueve y correspondió con una sonrisa pícara al «Mon amour et ton amour / sont nés le même jour» que le cantamos todos a coro; después repicó con una cucharilla la copa de champán para reclamar silencio y lo soltó:

—He decidido volver a conducir. Ya he empezado a hacer prácticas.

Quim se atragantó con un trozo de merengue y el azúcar quemado de la *île flottante*.

—¿Que has decidido qué?

—Quiero volver a conducir...

—¡Pero si apenas hace tres años que lo dejaste! Tú misma dijiste que tus reflejos ya no eran los de siempre y que era mejor que te llevaran.

—Y aún lo pienso. Pero si algún día le pasara algo a tu padre, quiero poder llevarle al hospital.

Cuando la noticia llegó al comedor de los pequeños, el efecto fue descomunal: algunos empezaron a aplaudir, otros gritaban vivas a la abuela y al final todos se pusieron de pie y empezaron a corear su nombre.

En la mesa de los adultos aún predominaba la perplejidad y mi madre nos quiso tranquilizar:

—No os preocupéis, no iré por carretera, solo conduciré de vez en cuando por los caminos de tierra del *mas*. Lo justo para mantenerme en forma.

Mi padre se rio por lo bajo y propuso un brindis. Desde que Yvonne vendió Besserat, en casa siempre hemos brindado con cava, pero ese día, en homenaje a mi madre, abrimos la *caja*, de Henri Abelé que yo había traído de Reims: el champán que lleva el nombre del amigo de mi bisabuelo que los alemanes tomaron como rehén al principio de la guerra de 1914 es ahora propiedad de la empresa catalana Freixenet. Mi padre descorchó la primera botella. Cogió el tapón y lo examinó con atención, repitiendo solemnemente el gesto que había visto tantas veces a mi bisabuelo, en las mesas de can Paró, en Cassà, y de la Rue Clovis, en Reims. Olió el corcho con aire satisfecho. Finalmente dictaminó:

—Es de casa. Un gran tapón Francisco Oller. —Y empezó a pasar el tapón FO para que diera la vuelta a la mesa.

NOTA DEL AUTOR

Los personajes que aparecen en esta novela, así como la mayoría de las situaciones descritas, son reales; solo en un par de casos me he permitido ocultar bajo nombres imaginarios la verdadera identidad de los protagonistas. Algunas fechas y algunas circunstancias relatadas no se corresponden exactamente con las que da por buenas la tradición oral de la familia, pero están recreadas a partir de la abundante documentación que he consultado, por lo que responden con igual o mayor exactitud al relato histórico.

Las cartas originales de mis bisabuelos, de los tíos de Francia y de mis abuelos Joaquim y Angèle estaban siempre en francés, también cuando se escribían entre ellos, pero se han traducido para facilitar el ritmo de lectura. Solo la carta dirigida por Louis a mi abuelo Joaquim desde Santander, en el episodio «Tuyo hasta la muerte», fue escrita en castellano, igual que la correspondencia comercial de la posguerra.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres y a mis hermanos les tengo que agradecer una vez más el ejercicio de memoria de las sobremesas de los sábados, en el comedor de la plaza de Santa Lúcia de Gerona, que en buena medida han inspirado esta extraordinaria saga familiar de mi bisabuelo Francisco. Jaume, mi hermano abogado e historiador, ha aceptado con resignación que lo haya utilizado como excusa para explicar algunos acontecimientos conflictivos y ha compartido muchas horas de investigación, de manera que le debo un reconocimiento particular. También a Quim, que me regaló un original de 1918 de la guía Michelin de los campos de batalla y me ha proporcionado mucha otra documentación.

Mis tíos Jordi, Lluís, Conxita y Mariàngela Nadal Oller han aceptado de buen grado revivir episodios lejanos, a veces dolorosos, para ayudarme a reconstruir esta historia; me han abierto sus álbumes de recuerdos, me han dejado leer cartas y documentos y me han dedicado largas horas de conversación, en las que han acreditado una memoria prodigiosa. Les agradezco especialmente el humor, el valor y la sinceridad. También tengo un recuerdo muy especial para el tío Ruscaleda, el médico de la familia, que murió en agosto de 2013 a los ciento tres años, cuando el original en catalán de este libro ya estaba a punto de entrar a imprenta. Hasta el último momento mantuvo la capacidad de recordar lugares y fechas con una precisión extraordinaria, y antes del verano me regaló un par de tardes memorables en su casa de Cassà de la Selva.

Mi primo Kiku me ha refrescado con generosidad algunos episodios del itinerario familiar que yo viví de lejos. Y también agradezco la amabilidad de Monique, de Toni y de Jérôme Tarrés, así como el esfuerzo que hicieron Francisco Rich y Annick para recibirme en la residencia de Reims.

Harold Zeh, que vive en Sudáfrica, me contó la rocambolesca huida de su padre de la Alemania nazi. Rafael Soler, exalumno de la escolanía del Mercadal, me dio a conocer la carta que le dirigió JeanJoél Dorkam desde el kibutz Palmach Tsouba de Israel, donde relataba el encuentro con el padre Femando en el hospicio de Gerona. El historiador Josep Calvet me descubrió el informe del Gobierno Civil de Gerona que aconsejaba la destitución del padre Femando. Quim Cadenet, Eduard Mestres, Conxita Rodà, Cati Fontané y María Lluísa Arbussa me han guiado por algunos rincones de la memoria popular de Cassà, igual que Joan Riera y el grupo de jubilados del centro, que una tarde de mayo me ayudaron a concretar algunos itinerarios por las Gavarres. A Francis Vidal y a Muti —la tía María Teresa— les debo los recuerdos de Stuttgart. Y a Jean Claude Gerard, *chef de coeur pour le grégorien* de la catedral de Reims, una conversación sobre el *Magnificat*.

Desde el momento en que le hice el relato oral de las convulsiones de la familia de Reims, Arturo San Agustín me insistió en que tenía que escribir la historia; sin su estímulo, este libro no existiría. Quim Español, Xavier Folch, Josep María Fonalleras y Eva Piquer me han hecho observaciones siempre oportunas e inteligentes, que me han permitido resolver algunas dudas. Pitu Roca, del Cellar de Can Roca, y Quim Vila, de la Viniteca de Barcelona, me han descubierto algunas de las viñas que después he visitado en mis viajes mediterráneos.

Ester Pujol, Berta Bruna, Miriam Valí, y toda la gente de Grup62 y Editorial Planeta han sido entusiastas incondicionales del libro y siempre me han hecho las cosas muy fáciles, por lo que les estoy extraordinariamente agradecido.

Anna, mi mujer, ha sido mi primera lectora y ha soportado estoicamente la corrección capítulo a capítulo, que una vez más la ha privado de leer y descubrir la historia entera. Mi hija Silvia y Rubén, mi yerno, han tenido que adaptar su calendario a la evolución del libro y les agradezco la paciencia. A mis nietos, Jordi y Rubén, les debo algunas tardes en el río, que a partir de ahora recuperaremos.

Fin

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos DEBES SABER que NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

Usando este buscador:

<http://www.recbib.es/book/buscadores>

encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.

Puedes buscar también este libro aquí, y localizarlo en la biblioteca pública más cercana a tu casa:

<http://libros.wf/BibliotecasNacionales>

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.

Notas

[1] Abuela, en catalán en algunas zonas de Gerona. (N. del T.)

[2] En catalán, chirrido. (N. del T.)